

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Sin amor
no hay magia*



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Bianca Ellis es una organizadora de bodas novata que sueña con crear momentos únicos para sus clientes. Cuando empieza a trabajar en una nueva empresa bajo la tutela de Alex Coleman, alias Cupido, sabe que se convertirá en la mejor.

Al contrario de lo que anuncia su apodo, Alex Coleman es un cínico consumado que no cree en el amor. Mientras trata de demostrarle a la ingenua Bianca que los finales felices no existen, no puede evitar sentirse atraído hacia esa mujer.

Bodas extravagantes, unas amigas muy entrometidas, compañeros de trabajo que dificultan su labor y unos sentimientos muy confusos hacia el hombre más impertinente con el que se ha encontrado jamás complicarán mucho la labor de Bianca. No obstante, ella no está dispuesta a darse por vencida.

¿Conseguirá romper la férrea coraza que rodea el corazón de su mentor?

SIN AMOR NO HAY MAGIA

Silvia García Ruiz



Capítulo 1

Todos tenemos sueños, y a lo largo de nuestra vida esos sueños van cambiando, igual que nosotros, y tomando otra forma diferente de la que tenían en un principio. Sin embargo, la esencia de estos siempre permanece en un pedacito de nuestro corazón, recordándonos que una vez fuimos esos niños que no dejaban de soñar.

Yo siempre he creído que los sueños pueden hacerse realidad, que el amor existe, en los finales felices y en ese «felices para siempre» que aparecen en muchas historias de amor sin saber entonces que la vida no me iba a poner fácil cumplirlos.

Cuando era pequeña adoraba las películas de encantadoras princesas y apuestos príncipes, y cuando supe que no podría ser una de ellas, me llevé una gran decepción.

Yo quería ir vestida con uno de esos elegantes vestidos y brillar en medio de las demás chicas, siendo la más especial. Quería tener un caballo y recorrer una gran alfombra roja, quería disfrutar del «fueron felices y comieron perdices»... Pero mi madre, una mujer sensata, racional y nada fantasiosa, como corresponde a toda abogada que se precie, destrozó mis sueños infantiles argumentando que, como no pertenecía a la realeza, no podía ser una princesa.

Mi sería hermana mayor de diez años, Kimberly, me exigió que fuera más realista y que dejara de molestarla relatándole mis fantasías, y mi padre, un soso contable, me indicó que no podíamos tener un caballo en casa porque se cagaría en el jardín. Después de que me enseñara un reportaje donde mostraban lo que tendría que limpiar si comprábamos un caballo, al final me decanté por un perro, al que llame *Pony*, y al que en ocasiones le colocaba una felpa de unicornios en el lomo para dejar volar mi imaginación..., felpa que, a la menor oportunidad, mi mascota se arrancaba a mordiscos.

En cuanto a mi ilusión de ser una princesa, no renuncié a ella hasta que una mañana encontré el modo de serlo, aunque fuera tan solo por un día.

Durante varias semanas mi madre había estado nerviosa, rebuscando en su armario algún bonito vestido que ponerse en lugar de los formales trajes grises que solía utilizar para el trabajo. Finalmente, tras recibir una llamada de su amiga Amanda, nos llevó a mi hermana y a mí a una elegante *boutique*.

Esa tienda parecía salida de las fantasías que se describían en los cuentos de hadas y que yo había visto en las películas: los suelos estaban cubiertos por extensas y mullidas alfombras blancas, enormes espejos colgaban de sus paredes y unas grandiosas lámparas de araña adornaban sus techos, dotados de relieves y molduras.

Detrás de un gran mostrador aguardaban unas chicas elegantemente vestidas que recibían a

todos los clientes con gran educación y resplandecientes sonrisas, y lo mejor de todo fue cuando, tras cruzar un gran arco, entramos en un vestidor lleno de lo que yo consideraba «ropa de princesa», sobre la que me precipité emocionada.

Mi madre, que normalmente elegía para todas las celebraciones a las que asistíamos vestidos sobrios, elegantes, serios y distinguidos, en esa ocasión se probó uno lleno de volantes, adornos y pedrerías de un chillón color rosa con el que ya no se veía como esa regia abogada que siempre le gustaba ser. Un vestido que a mí me encantó, porque me mostraba una faceta distinta de mamá.

—En fin, qué se le va a hacer..., ¡todo sea por Amanda! —comentó mi madre entre resignados suspiros delante de un gran espejo para, ante mi sorpresa, decidir quedarse con el vestido.

Mi hermana Kimberly prefirió decantarse por una prenda más simple que pudiera utilizar en otros eventos, y yo... yo quería vestirme como esa princesa con la que me tenían prohibido soñar. Antes de que comenzáramos una interminable disputa porque ninguna de las dos quería ir a juego con la otra, como sucedía la mayor parte del tiempo obligadas por nuestros mayores, nuestra madre nos interrumpió y nos comunicó que nuestros trajes ya estaban preparados.

Dado que en todas las disputas sobre vestimenta que mantenía con mi hermana era ella quien solía ganar, me resigné a ver ante mí algún soso vestido que sería muy del gusto de Kimberly pero, para mi asombro y enorme sorpresa, nuestra indumentaria eran unos hermosos vestidos blancos propios de una princesa.

Al ver mi nueva ropa, salté ilusionada y no paré de correr de un lado al otro mientras me la probaba y mi madre intentaba explicarme algo de unas flores que tenía que tirarle a alguien, pero la emoción apenas me permitió entender nada.

Cuando regresamos a casa, guardamos los vestidos en nuestros armarios para estrenarlos en una importante celebración, para la que yo no dejaba de contar nerviosamente los días que faltaban, impaciente por volver a vestirme de princesa.

Finalmente llegó el día y mi madre por fin los sacó del armario y todas nos vestimos primorosamente. Incluso vino una peluquera a nuestra casa y nos hizo unos peinados maravillosos con los que lucimos más bonitas que nunca.

A pesar de que mi madre descartara de mi indumentaria mi felpa de unicornios, mis pulseras de pompones rosas, mi bolso de purpurina rosa y mi unicornio de peluche antes de salir de casa, me sentí la chica más feliz del mundo con mi hermoso vestido de princesa.

La ceremonia a la que debíamos acudir era una bonita boda que se celebraría en Central Park, uno de mis lugares favoritos por sus hermosos jardines, los cenadores de madera que me hacían soñar que estaba en otro mundo, los románticos puentes que parecían trasladarme al pasado, los plácidos lagos y el interminable mar de césped cubierto de hojas sobre las que me encantaba revolcarme. Se trataba de un lugar de ensueño que una chica como yo comprendía perfectamente

por qué razón había sido elegido para esa celebración, aunque más de un invitado adulto se quejase de ello.

Mi madre me explicó que la boda de su amiga Amanda tendría lugar en uno de los cenadores de madera, que en mi fantásica cabecita parecía un largo camino creado por los árboles, los cuales unían sus ramas para cobijarnos al tiempo que generaban un lugar mágico. Frente al cenador se levantaban bonitos bancos de madera, entre los cuales se abría paso un camino señalado por una larga alfombra blanca que finalizaba bajo un hermoso arco repleto de flores, debajo del cual aguardaba con aire solemne un hombre, instalado detrás de un improvisado altar que sostenía un enorme libro.

Una banda de música clásica amenizaba el momento interpretando una dulce melodía junto al cenador, banda de la que mi madre me alejó cuando comencé a pedirles que tocaran alguna de esas canciones de películas de princesas que a mí tanto me gustaban y que ella detestaba, tal vez porque se las cantaba diez veces al día.

Y luego, antes de que me enterara de cuál era mi deber en esa boda, me pusieron junto a otras dos niñas vestidas igual que yo y me entregaron una cesta con pétalos de rosa. Mi hermana estaba muy por delante de mí en la fila, junto a mi madre, y yo no podía preguntarle qué tenía que hacer con esa cesta, así que, tras tocar con suavidad su hombro, se lo pregunté a la niña de negros cabellos, bonitos ojos azules y cara de enfado que tenía enfrente y que iba acompañada por un niño vestido con un traje bastante pomposo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Tirárselo a los invitados a la cara. El que te caiga peor se los lleva todos y, a ser posible, tirárselos cuando tenga la boca abierta.

—¡Ah! Pues vale... —respondí confiadamente, cogiendo un puñado de pétalos mientras comenzaba a buscar a las personas que me caían mal en esa boda.

Cuando ya estaba a punto de lanzar la primera salva, una niña pelirroja que había a mi lado me detuvo y me explicó lo que tenía que hacer realmente:

—¡No! ¡No le hagas caso! Lo que debes hacer es arrojar los pétalos al suelo mientras vamos caminando delante de la novia y luego, cuando lleguemos al final, te pones junto a tu madre, que es una de las damas de honor. Por cierto, yo soy Penny y esta es Kelsie. El de su lado es el adorable Wilson, su hermano.

—¡«Adorable», mi culo! —gruñó la niña que me había dado instrucciones erróneas.

—No admites la verdad, hermanita... ¿Por qué te cuesta tanto aceptar que con mi traje estoy mucho más guapo que tú y que cualquiera de estas niñas repipis? —apuntó el aludido, ganándose una airada mirada de su hermana.

—Yo soy Bianca, ¡toma! —me presenté. Y al comprender, después de oír a Wilson, la razón de la cara de enfado de Kelsie, le pasé un bote de purpurina que había conseguido ocultarle a mi madre en su registro antes de salir de casa.

—¿Qué es esto? —preguntó ella extrañada, mirando esa cosa tan brillante.

—¡Purpurina! Se la tiras a la persona que te moleste, a ser posible en el pelo, de donde no sale durante mucho mucho tiempo... —respondí consiguiendo que esa chica sonriera, aunque solamente fuera de una manera maliciosa mientras contemplaba alternativamente el botecito de purpurina y a su hermano.

—Bianca, definitivamente, vas a ser mi mejor amiga... —anunció Kelsie, quien, sin esperar siquiera a que termináramos el recorrido, vació el bote entero sobre la cabeza de su hermano cuando este volvió a molestarla, para luego pasar a mentir descaradamente y gritarle mientras simulaba que leía la etiqueta—: ¡Vaya por Dios! ¡Aquí pone que si te lo echas en el pelo te quedas calvo!

—¡Mamá! —gritó Wilson, corriendo hacia el final del camino mientras lo llenaba todo de purpurina.

El resultado fue que la música se aceleró para seguir su marcha y nosotras tres fuimos las niñas de las flores más rápidas del mundo mientras, finalmente, tal y como Kelsie me había indicado con anterioridad, algunos invitados recibían los pétalos en la cara.

Cuando llegué junto a mi madre, ella me miró con reprobación, y, reteniéndome, me susurró al oído:

—¿De dónde ha sacado esa niña la purpurina?

—Puede que de su bolso... —respondí, sin lograr que su mirada de reproche se apartara de mí—. ¿Del de otra niña? —apunté, obteniendo una mirada aún más fulminante—. Del mío... —confesé al final, recibiendo como respuesta la típica frase que solo los padres sabían decir para hacer más larga la espera ante el irremediable castigo que se habían ganado los hijos.

—Ya hablaremos en casa. Ahora, guarda silencio, que comienza la boda.

De repente sonó una música más lenta y bonita y, por unos instantes, me fijé en todo lo que me rodeaba. A mi alrededor reinaba un ambiente elegante que parecía directamente salido de uno de esos fantásticos cuentos de hadas con los que mi madre me prohibía soñar. Las mujeres iban ataviadas con hermosos y elaborados vestidos. Los hombres, con trajes con los que parecían príncipes, y todos contemplaban felices al nervioso novio que esperaba junto al altar y a la novia que caminaba hacia él.

Como a mi madre a menudo le gustaba regocijarse cuando tenía razón, yo no pude evitar seguir su ejemplo y señalarle en voz baja mientras todos los demás guardaban silencio:

—¿Ves como yo tenía razón y las princesas existen, mamá?

—Esto es solo una boda, cariño —respondió ella tras proferir un suspiro resignado mientras yo dejaba volar de nuevo mi imaginación.

—Sí, mamá. Pero hoy nadie puede negar que la novia es una auténtica princesa —declaré, señalando a la alegre mujer que caminaba hacia el novio, y mi madre, tras ver la sonrisa de su amiga, por una vez dio su brazo a torcer y reconoció que tenía razón.

—Sí, Bianca: hoy Amanda es toda una princesa —manifestó señalando a su amiga para luego, conociéndome, intentar detener esa exagerada imaginación que sabía que yo desplegaba a la

menor oportunidad, por lo que me dirigió una firme mirada y dijo—: Pero tú sigues sin poder ser una princesa... —y antes de que yo volviera a señalarle a Amanda, añadió—: excepto el día de tu boda.

—Entonces pienso tener muchas bodas —declaré empecinadamente, cruzándome de brazos mientras la retaba con la mirada.

—No, hija. Solo hay una que valga, y es tan especial que siempre la recordarás. La boda que te hará sentir como una princesa es aquella que celebres con la persona de la que te enamores. Si no hay amor, no hay magia —declaró mi madre señalando a los novios, afirmación en la que estuve completamente de acuerdo con ella.

Mi problemática sobre cómo ser una princesa aumentó y yo, como la infantil niña de siete años que era, decidí reflexionar cuidadosamente acerca de todo lo que había aprendido esa jornada, aunque, por el momento, simplemente saboreé la idea de que algún día, aunque fuera solo por unos instantes, podría disfrutar del sueño de ser una princesa junto al hombre al que le hubiera entregado mi corazón.

* * *

La familia Ellis se había mudado hacía poco a Ditmas Park, un histórico distrito de Brooklyn formado por casas antiguas de estilo victoriano y olmos imponentes repartidos por toda la vecindad. Esas casas unifamiliares contaban con un pequeño porche y un gran jardín delantero, perfecto para los fantasiosos juegos de Bianca.

La construcción, de tres plantas, aunque por fuera mantuviera su historia, por dentro había sido totalmente reformada para incorporar las distintas comodidades modernas. Un gran salón con suelos de madera daba la bienvenida a las visitas con su cómodo sofá negro adornado con delicados cojines azules, que los fines de semana eran apartados a un lado para dar paso a veladas familiares con la intención de disfrutar de alguna película. Bajo el sofá se extendía una mullida alfombra azul a juego con los cojines, y, sobre ella, una mesa de cristal con un fino jarrón de color aguamarina que albergaba flores artificiales blancas y piedras de diversos colores. Las impolutas paredes de la estancia estaban cubiertas por una decena de fotografías familiares que mostraban a todos el feliz hogar en el que se adentraban.

Cruzando el salón se accedía a una sala abierta dotada de grandes ventanales que permitían la entrada de la luz del sol. Allí mismo se encontraba la gran mesa de comedor donde la familia celebraba sus almuerzos y sus cenas, y, próxima a esta estancia, la gran cocina equipada con muebles y electrodomésticos de estilo moderno y diseño sofisticado.

Aunque la casa contaba en un inicio con tres dormitorios, Bianca tenía que compartir el suyo con su hermana mayor, Kimberly, ya que una de las estancias había sido reconvertida en un despacho adecuado para sus padres. Por ese motivo, a pesar de que estos la regañaran a menudo

cuando la encontraban jugando entre trastos viejos, Bianca se había adueñado del desván, un lugar donde podía desplegar sus fantasiosas aventuras en esa rígida casa.

Bianca Ellis era una dulce chica de siete años, de cabellos rubios y ojos azules, a la que sus padres tenían prohibido soñar. Su padre, Charlie Ellis, un contable de cabellos castaños y ojos azules, le dedicaba la menor atención posible, escondiéndose siempre detrás de su periódico de economía.

Por el contrario su madre, Linda Ellis, le brindaba una atención desmesurada, intentando planificar tanto su vida como su futuro. Linda era una magnífica abogada de elegante porte, unos bonitos ojos verdes que ocultaba tras unas serias gafas y una preciosa melena rubia que no solía mostrar habitualmente a causa de los severos recogidos que llevaba, con los que pretendía ofrecer una visión rígida e impecable en su trabajo, imagen que permanecía también en su hogar cuando su objetivo era que su hija menor se concentrara en sacar las mejores notas e ir a las mejores escuelas, justo como había hecho hasta entonces Kimberly, su hija mayor.

Para conseguir que Bianca cumpliera sus metas, a Linda no le importaba aplastar sus sueños infantiles. Intentando que creciera antes de tiempo, le pedía que dejara atrás las fantasías propias de su edad, la cargaba de tareas y le escondía los variopintos vestidos de princesa y los juguetes que su abuela le compraba, lo que acrecentaba esa desmedida imaginación que en más de una ocasión la metía en problemas.

A pesar de los esfuerzos de Linda, cuando Bianca iba a la casa de sus nuevas amigas y vecinas, se llevaba a escondidas alguno de esos vestidos que ella le había requisado, y Linda acababa recogiendo más tarde a una niña que, disfrazada, fantaseaba con que era una princesa secuestrada, un sueño que, para desgracia de la mujer, persistía incansablemente. Sobre todo después de que Bianca asistiera a una boda y descubriera ingenuamente una manera en la que ella creía que podía llegar a ser una princesa...

* * *

—¿Estás segura de que esto convertirá a Penny en una princesa? —preguntó Kelsie, una niña de siete años a la que siempre le gustaba vestir ropas oscuras y que, aunque no le agradaran demasiado las princesas, siempre sería amiga de esas dos chicas que la embadurnaban insistentemente de purpurina.

—Sí, ¿os acordáis de cuando asistimos a aquella boda en la que nos conocimos? La novia iba vestida como una princesa y, cuando yo se lo señalé a mi madre, ella no negó que lo fuera. Eso debe de significar que esta es la manera correcta de convertirnos en princesas, aunque sea tan solo por un día.

—Pero mira que mi hermano no es ningún príncipe, Bianca... —señalo Kelsie a su amiga, aún dudando de que esa fuera una respuesta acertada para convertirse en una princesa.

—No tiene por qué serlo. Mi madre me aseguró que funcionaría solo si nos casábamos con la

persona que amábamos. Así que como a Penny le gusta tu hermano, creo que esto puede funcionar. Además, ¡mira cómo brilla Penny hoy!

—Eso es solo porque le has echado purpurina —replicó Kelsie con escepticismo mientras le advertía con la mirada para que a ella no la embadurnara más con esa cosa.

—Bueno..., entonces, ¡comencemos con la ceremonia! Tú acompaña a Penny por el camino de rosas hasta el altar donde está el novio y yo los casaré —dijo Bianca.

—Oye, ¿estás segura de que es normal que el novio esté atado y amordazado junto al altar? —preguntó Kelsie, sospechando cada vez más de esa extraña ceremonia.

—Es que se negó a colaborar... —dijo Bianca, lo que provocó que Wilson, un niño tres años mayor que ellas, se quejara tras la mordaza que tenía en la boca mientras rogaba ayuda a su hermana con la mirada, una mirada que Kelsie ignoró, tal vez porque su hermano siempre la fastidiaba.

—Ah, pues vale —declaró Kelsie finalmente, decidida a seguir a sus amigas en esa locura. Y, sonriéndole maliciosamente a su hermano, se preparó para llevar a la novia hasta el altar.

Penny, una hermosa niña pelirroja de ojos verdes, caminaba alegremente con su vestido blanco de princesa, un ramo de flores y un gran mantel de encaje que le había robado a su madre a modo de velo. Bianca puso la música en la pequeña radio que había sobre la mesa de plástico que hacía las veces de altar mientras Kelsie acompañaba a Penny hacia allí. Luego la dejó junto a su hermano y se señaló sus ojos con dos dedos y luego los del amordazado Wilson, haciéndole saber que estaría vigilándolo.

Cuando Bianca comenzó con el discurso, repitiendo lo que recordaba de la boda a la que había asistido aderezado con alguna de sus invenciones para hacerlo más divertido, no cayó en que, después de que la novia pronunciara el «sí, quiero», era necesario que el reticente novio también diera su consentimiento. Aun así, siguió adelante improvisando e ignorando ese pequeño problema.

—Wilson Parker, ¿juras amar a Penny Wise en lo bueno y en lo malo para siempre jamás, teniendo en cuenta que si no cumples tu promesa te bañaremos en purpurina?

—Que rompa su promesa, que rompa su promesa... —dijo Kelsie en voz alta mientras cruzaba emocionada los dedos.

Y, ante las amenazantes miradas de esas chicas, Wilson hizo lo único que podía hacer un niño de diez años en su situación: en cuanto le retiraron la mordaza para que contestara, llamó a su madre a gritos mientras huía a saltitos hacia la salida.

—¡Hum! Wilson está huyendo lentamente —comentó Kelsie, señalando con satisfacción cómo su hermano saltaba como un gusano en busca de la protección de su casa, sin saber que cuando a su amiga Bianca se le metía algo en la cabeza no había nadie que la hiciera cambiar de opinión. Y lo que ella quería ese día era organizar una boda.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡Nadie va a estropear esta boda! —exclamó Bianca.

Y, arrojando sus primorosos zapatos a un lado, se arremangó el vestido y saltó por encima de

la mesa plegable para hacerle un placaje al novio a la fuga como toda una profesional del fútbol americano.

—¡Dios! ¡Cómo me estoy divirtiendo con esta boda! —manifestó Kelsie antes de que los adultos, alarmados por los gritos de Wilson, irrumpieran en el lugar y acabasen de golpe con toda la diversión.

* * *

Linda Ellis confiaba en que, un mes después de haber asistido a la boda de su amiga Amanda, su hija Bianca habría madurado, habría aprendido a diferenciar la fantasía de la realidad y habría comprendido que lo mejor para ella era dejar atrás sus sueños y concentrarse en quién iba a ser en el futuro.

Segura de que Bianca habría dejado atrás esa etapa infantil de travesuras y sus fantasías de ser una princesa, un sueño que ambas habían acordado que solo ocurriría una vez en la vida, le había permitido ir a casa de una de sus amigas a jugar. Gracias a Dios, Amanda había invitado a algunos de los vecinos del lugar a su boda, y Bianca, una niña a la que en ocasiones le costaba hacer amigas, había entablado una muy buena relación con los hijos de dos parejas vecinas.

Linda no dudaba de que cuando fuera a recoger a su hija todo sería distinto de las anteriores ocasiones en las que la había encontrado subida a un árbol mientras torturaba a un niño con purpurina simulando que era un hada, o pintando las rosas del jardín porque jugaba a que era Alicia en el País de las Maravillas. En esta ocasión Linda había mantenido una seria conversación con su hija antes de dejarla salir de casa y había conseguido que Bianca dejara de soñar y se abriera a la realidad. O eso era lo que ella había creído...

—¡Mis rosas! —gritaba Prue Parker al ver cómo las niñas que habían estado jugando en su jardín habían arrasado sus preciados rosales para hacer un camino de flores.

—¡Mi mantel de diseño exclusivo traído de Francia! —exclamó, casi al punto de las lágrimas, Violet Wise cuando vio cómo su hija, al llevarlo como si fuera un largo velo de novia, lo manchaba con la tierra del jardín.

Y cuando Linda vio lo que estaba haciendo su hija, no pudo evitar gritar más que ninguna de esas madres:

—¡Bianca, ¿quieres levantarte de encima de ese niño inmediatamente?!

—¡No, mamá! ¡Que se escapa! —contestó ella con impertinencia mientras ignoraba a su madre y sacaba un bote de purpurina con el que no dudó en amenazar a Wilson—. ¡Si no pronuncias el «sí, quiero» tendrás purpurina en el pelo durante toda una semana!

Al recibir las amenazadoras miradas de dos madres que la declaraban culpable del comportamiento de su hija, que había arrastrado a las suyas en esa locura, Linda no tardó en dirigirse hacia Bianca y, tras arrebatárle el bote de purpurina, la levantó de encima de ese niño y la reprendió por su alocado comportamiento.

—¿Se puede saber a qué fantástico juego estabas jugando ahora: unicornios, hadas, escuela de brujas...?!

—A celebrar una boda —contestó ella, cortando de raíz el inevitable discurso de su madre, que le exigía que dejara de soñar.

—¿Eh? ¿Se puede saber por qué querías casarte? ¡Solo tienes siete años! Eres muy pequeña para pensar en esas cosas.

—¡Yo solo quería casar a Penny con el chico que le gusta para que fuera una princesa por un día, como tú me aseguraste que pasaba! —dijo Bianca, lo que hizo que las miradas reprobadoras de las madres de sus amigas recayeran de nuevo sobre su madre.

—Hija, ese tipo de sueños solo puedes cumplirlos cuando eres mayor, así que haz el favor de dejar de jugar a que eres una organizadora de bodas y...

—¡Espera un momento, mamá! ¿Hay gente que se dedica a organizar bodas?

—Sí, claro. Hay muchos profesionales cualificados a quienes los novios pagan para que se encarguen de organizar todos los arreglos necesarios para su ceremonia y la fiesta posterior y...

—respondió Linda, una contestación que cortó de inmediato cuando vio los ojos de su fantástica hija, que estaban abiertos como platos y comenzaban a brillar de ilusión—. ¡Oh, no! ¡De eso nada! ¡Escúchame bien, Bianca Ellis: tú vas a ser una ilustre abogada o una seria y eficiente contable! Ni sueñes con que voy a permitir que seas organizadora de bodas. ¡Es mi última palabra! —anunció Linda con contundencia mientras sacaba a su hija de la casa, planificando su futuro.

Para su desgracia, los hijos no siempre eligen el destino que les señalan sus padres por más planes que estos hagan, ya que ellos crean su propio camino guiándose en muchas ocasiones por esos sueños que alguien, alguna vez, les prohibió tener.

Capítulo 2

Diecinueve años después

—¿Qué? ¿Tu madre aún sigue sin hablarte porque no seguiste sus pasos para convertirte en una elegante abogada como ella? —preguntó Kelsie a Bianca mientras desempeñaba su papel de dama de honor, en el que, como había sido llamada en el último momento, destacaba un poco con su vestido negro en medio de tanto empalagoso rosa.

—Ya se le pasará.

—Llevas diciendo lo mismo desde hace años y aún sigue enfadada porque hiciste la carrera de Publicidad y Relaciones Públicas en vez de la de Derecho —señaló Penny, que volvía a contemplar con desagrado el vestido rosa que su hermana Sandy le había obligado a ponerse y que no pegaba nada con sus rojos cabellos.

—Creo que así es mucho mejor: cuando voy a verla, apenas me habla. Así que mi visita es corta, para mi fortuna. Y no os podéis imaginar lo breves que son sus llamadas de teléfono, donde se limita a lanzarme unos cuantos gruñidos de descontento. ¡Todo ventajas!

—Oye, cuéntanos: ¿has empezado ya tu nuevo trabajo en esa empresa a la que decidiste presentar tu candidatura solo porque su eslogan era «Hacemos realidad hasta tus más locos sueños»? ¿Estás cumpliendo ya tu sueño de ser una organizadora de bodas con una gran cartera de prestigiosos clientes para ti sola? —preguntó Penny, recordando lo mucho que había trabajado Bianca como becaria en su antigua empresa para luego, en el último momento, dejarse seducir por el eslogan de otra a la hora de decidir su futuro.

—No sé por qué, pero... ¿os podéis creer que en mi anterior trabajo no intentaron retenerme ni a mí ni a mi talento y que, cuando me fui, celebraron una gran fiesta de despedida en mi honor a la que el encargado del evento olvidó invitarme? En fin..., en mi nueva empresa, Dream Weddings C&S, ya me han informado de que, antes de que pueda tener una cartera de clientes propia, he de empezar desde abajo y trabajar bajo supervisión de un agente experimentado durante algún tiempo que vigilará mi trabajo.

»Me ha tocado como supervisor un hombre al que apodan *Cupido*. Por lo visto, es un experimentado organizador que se ha labrado una gran reputación. Dicen que siempre consigue organizar la boda que se le ha asignado, por más difícil y sorprendente que sean las peticiones de los novios, y que el eslogan de la empresa lo pusieron por él. En la entrevista me han asegurado

que puedo aprender mucho de él, siempre y cuando dure lo suficiente a su lado..., y yo estoy dispuesta a durar lo suficiente como para conseguir mi propia cartera de clientes.

—Bueno, tú procura no acostarte con tu jefe y creo que todo te irá bien, ¿verdad, Penny? —dijo Kelsie, mirando a Penny con reprobación.

—No me lo recuerdes... —repuso esta con enfado—. Después de pasarme años enamorada del idiota de tu hermano, el muy estúpido tuvo el descaro de pedirme que le organizara una cita a ciegas a través de una agencia de contactos para encontrarle una chica adecuada que pudiera presentarles a sus padres mientras la hacía pasar por su novia. Así que cambié mi aspecto y de ser su seria y eficiente secretaria pasé a ser la chica más inadecuada para que no volviera a pedirme tan tremenda estupidez.

—¿No sabes ya que mi hermano es idiota? Pues ahora se ha enamorado de ti y te busca insistentemente.

—¡Pues va listo! Si no se ha fijado en mí durante prácticamente toda su vida, dudo mucho que lo haga ahora.

—¿Podrías hacer el favor de volver a vestirme de mujer fatal y terminar de romperle el corazón? O volver a tirártelo, cualquiera de las dos opciones me vale con tal de dejar de oír sus lloros porque es demasiado idiota para saber con quién se ha acostado —pidió Kelsie—. O también podrías dejarme que se lo dijera yo... La foto de su cara tras recibir esa noticia es algo que quiero guardar para la posteridad.

—¡Ni se te ocurra decirle nada a tu hermano! —advirtió Penny a Kelsie, perdiendo la dulzura y la delicadeza que siempre la caracterizaban.

—Bueno, chicas, cambio de tema... Kelsie, ¿cómo te va con la grabación de ese nuevo programa que han dejado en tus manos? —se interesó Bianca, tras lo que recibió varias miradas de enfado de algunas de las demás damas de honor, ya que se suponía que debían guardar silencio.

—¡Bah! Mal... Como nueva productora en la cadena, yo quería dirigir un programa de acción llamado *Detrás de la acción*, donde mostraría escenas de deportes de riesgo, cómo se hacían las secuencias de los dobles en las películas de acción, e incluso había propuesto una sección en la que desmentíamos muchos mitos del cine y mostrábamos cómo algunas escenas que vemos en las películas no podrían realizarse en la vida real.

»Pero los directivos de la cadena se han limpiado el culo con mi proyecto y me han obligado a dirigir un programa dedicado al reencuentro de antiguas parejas a través de cartas de amor. El presentador es un guaperas famosillo que jura creer en el amor y que dice que cada uno de nosotros tiene una pareja predestinada..., y eso a pesar de que ese tío se tira a todo lo que se le pone por delante. Las parejas que llevo al plató son la mayoría octogenarias, y el público al que va a ir dedicado este bodrio no me lo quiero ni imaginar... En definitiva, que voy cuesta abajo y sin frenos.

—¿Barra libre? —le preguntó Bianca a Penny, señalando dónde iban a reunirse todas para

ahogar sus respectivas penas en cuanto terminara la ceremonia.

—Sí, claro. Mi hermana os conoce demasiado bien como para cometer el error de no poner una barra libre en su boda.

—¡Perfecto! —declaró Kelsie levantando los dos pulgares—. Esta noche todas necesitamos alcohol y sexo..., excepto tú, que si tienes ganas de tirarte a alguien, llamas a mi hermano —le advirtió a Penny, mostrándole el número de teléfono de Wilson en la agenda de su móvil.

—Bueno, conformémonos con el alcohol, ya que es muy difícil encontrar un hombre del que puedas llegar a enamorarte —dijo Bianca, la ilusa que siempre creería en el amor, mientras la cínica Kelsie replicaba:

—Pero siempre puedes encontrar uno con el que echar un buen polvo.

—¡Eh! ¡Creo que el novio quiere escaparse! —exclamó Penny en ese momento mientras observaba los nerviosos movimientos de su futuro cuñado, que no cesaba de mirar la salida.

—Sí, tienes razón: esos son los mismos movimientos que hacía Wilson cuando lo obligamos a simular una boda contigo —confirmó Kelsie cuando vio los vacilantes pasos del novio.

—¡Bianca! —reclamaron ella y Penny al unísono en dirección a la dama de honor que también había ayudado a organizar parte de esa boda.

—¡Oh, no! ¡No en mi turno! —exclamó Bianca al tiempo que le entregaba su ramo de flores a Penny y se desprendía disimuladamente de sus zapatos de tacón para placar a ese tipo si hacía falta.

Y, cuando el nervioso novio comenzó a correr hacia la salida y Bianca se preparaba para dar el salto, otro de los invitados se arrojó sobre él, haciéndole un doloroso placaje antes de llevarlo de nuevo al altar para que le ofreciera las pertinentes explicaciones a la novia y proseguir con el enlace.

—¡Mira, Bianca: has encontrado a tu media naranja! —señaló Penny con una sonrisa mientras ella volvía a ponerse los zapatos y recuperaba su ramo.

—¡Hum! Puede que ese tipo y tú tengáis muchas cosas en común, y una boda y una borrachera son la excusa perfecta para conocerlo mejor y disfrutar de ese «fueron felices y follaron para siempre» —apuntó la incorregible Kelsie.

Bianca suspiró resignada ante las locas ideas de sus amigas. No obstante, no dejó de mirar con interés al hombre que creía tanto en el amor que era capaz de hacer cualquier cosa porque los sueños de esa pareja de novios se cumplieran.

—Creo que lo mejor será no llamar demasiado la atención, así que, por una vez, comportémonos y no abusemos ni del sexo ni del alcohol —propuso Bianca, haciendo que sus amigas eludieran su mirada mientras silbaban con disimulo, no estando de acuerdo con ella y anunciando cómo resultaría esa velada para las perpetuas damas de honor que eran ellas, una vez más.

* * *

—¡El otro día fui a un funeral! ¡¿El suyo para cuándo, abuela?! —gritó una Kelsie medio beoda a una anciana, provocando que huyera despavorida mientras Penny y yo la reteníamos.

—¡Kelsie, compórtate! —la amonesté, intentando ignorar las miradas de reproche que se habían centrado en nosotras y en el espectáculo que, inevitablemente, estábamos dando.

—¡Me ha provocado! ¿Sabes cuántas veces me han preguntado esas viejas chismosas durante esta boda para cuándo será la mía?

—Tranquilízate ya, es algo que se suele preguntar en todas las bodas. No debes alterarte tanto con ello —declaró la pacífica Penny, intentando apaciguar el airado humor de su amiga.

—¿Ah, sí? ¡Pues que sepas que también me ha preguntado cuándo te ibas a casar tú con mi hermano!

—¡¿Qué?! ¡Está muerta, abuela! —exclamó Penny, señalando amenazadoramente a la anciana metiche que había tocado un tema muy delicado para Penny, quizá el único que la llevaba a perder los estribos. Finalmente, fueron dos las damas de honor beodas a las que tuve que sujetar mientras la anciana huía hacia la salida.

—Creo que será mejor que no abuséis más del alcohol —opiné arrebatándoles la botella que Penny y Kelsie habían comenzado a compartir.

—Bien, entonces abusemos del sexo... —declaró Kelsie, comenzando a buscar a algún incauto por los alrededores, lo que consiguió que le devolviera rápidamente la botella antes de que montara otro escándalo.

—¡Seguid abusando del alcohol! —anuncié dejándolas por imposibles al tiempo que, como la profesional organizadora de bodas que trataba de ser, buscaba cualquier fallo que hubiera en la celebración que supusiese un problema para los novios y que yo pudiera resolver, ayudándolos a convertir ese día en el más feliz de su vida, uno que pudieran recordar para siempre con una sonrisa.

Mientras mis ojos inspeccionaron los pequeños defectos de la celebración, ignorando el mayor, que eran mis dos amigas, vi al hombre que había placado al novio al inicio del evento. En esos instantes estaba atendiendo a una llorosa novia que se mostraba compungida porque le habían manchado el vestido con un vino tinto muy difícil de eliminar.

El hombre la condujo tranquilamente hasta una silla y, tras asegurarse de que nadie lo miraba, cogió una cinta blanca de las que adornaban los grandes jarrones de flores que engalanaban el local. Para mi sorpresa, él mostró una gran habilidad e hizo una flor con la tela. Luego sacó un imperdible de su bolsillo, lo colocó estratégicamente en el adorno para que no se deshiciera y, tras pedirle a la novia que se pusiera de pie, lo sujetó a su vestido, logrando así tapar la escandalosa mancha de vino.

—¡Listo! ¡Ahora vuelves a ser la mujer más preciosa de esta boda! —manifestó el hombre mientras le daba una vuelta a Sandy y lograba que volviera a reír, convirtiéndola en la princesa de ensueño que era cualquier novia.

Cuando Sandy se marchó, yo aproveché la oportunidad para conocer a ese hombre, y, ofreciéndole una copa, le anuncié mi presencia con una pregunta de la que, por mi trabajo, yo ya sabía la respuesta.

—Es difícil ser el hada madrina del cuento, ¿verdad?

—Sí —confirmó. Y, tras mesar sus cabellos negros y aceptar la copa, respondió mientras me devoraba con la mirada—: Pero, en ocasiones, serlo puede tener su recompensa. Soy Alex, ¿y tú eres...?

—Bianca Ellis. Y dime..., Alex, ¿cuál crees que podría ser tu recompensa por tus buenas acciones en esta boda? —pregunté con coquetería, acercándome al hombre por el que había sufrido un flechazo tras verlo placar al novio y comprobar que, como yo, creía en el amor, en los finales felices y en las bodas.

—¿Por qué no disfrutamos de una copa, de un baile, hago de ti una princesa y luego te susurro al oído cuál quiero que sea mi recompensa? —contestó él, lo que hizo que me decidiera por convertirlo en mi príncipe azul.

Y, aceptando la mano que me tendía, Alex trocó esa boda en un maravilloso sueño, no solo para la novia, sino también para mí.

No obstante, para mi desgracia, los sueños solo me duraban lo que tardaba en despertarme, y cuando a la mañana siguiente abandoné los brazos de ese hombre, descubrí que Alex no solo podía llegar a ser el hombre de mis sueños, sino también el de mis pesadillas...

Capítulo 3

Dream Weddings C&S era una empresa dedicada a la planificación de bodas de bastante renombre. Contaba con varias oficinas en diferentes distritos de la ciudad de Nueva York e, incluso, sus dueños estaban pensando en abrir alguna sucursal en el extranjero.

En ella, los novios podían contratar los servicios de un adecuado organizador de bodas, o *wedding planner*, que se encargaría de disponer diferentes aspectos concretos y específicos de su boda o, incluso, de la organización completa de todo el evento.

Al contrario de lo que muchos podrían pensar, ese trabajo no era nada fácil. Los organizadores de bodas colaboraban estrechamente con las parejas, tomando nota de todos sus deseos para saber cómo querían que fuera su ceremonia, y luego se encargaban de ejecutar las acciones necesarias para que todo se desarrollase a la perfección en ese día tan importante.

Sus funciones incluían numerosas tareas, como realizar diferentes presupuestos para la boda, todo el papeleo legal, reservar el lugar donde se oficiaría la ceremonia, tanto la religiosa como la civil, contratar a fotógrafos y cámaras, reservar el transporte que llevara a los novios antes y después, las invitaciones, los votos y las lecturas, la música de la ceremonia, la disposición de los asientos, el *catering*, los adornos, la tarta, la lista de regalos, los pagos a los proveedores, la ropa, el peinado y el maquillaje de la novia y de las damas de honor, el servicio de animación nocturna, el alojamiento de los invitados, la organización de una fiesta de compromiso, la despedida de soltero, la luna de miel..., incluso officiar una boda no legal o cualquier otra cosa que los novios pidieran.

Una de las últimas adquisiciones de Dream Weddings C&S había sido un edificio de la Quinta Avenida que habían remodelado para convertir varios *lofts* en magníficos salones de celebraciones, así como para transformar su azotea en un romántico jardín donde podían llevarse a cabo hermosas ceremonias.

Los espaciosos salones contaban con imponentes y enormes ventanales que iban de pared a pared y permitían que la luz natural inundase el espacio interior durante el día, al tiempo que ofrecían una espectacular visión panorámica de la resplandeciente ciudad durante la noche.

Una parte del jardín de la azotea estaba cubierto durante todo el año para poder realizar ceremonias en todas las estaciones, y las impresionantes vistas que se ofrecían desde él cambiaban a lo largo de los meses, creando momentos inolvidables y únicos para cada pareja.

En el mismo edificio podía encontrarse también el selecto *catering* con su chef exclusivo, un fotógrafo-camarógrafo profesional y las oficinas de los *wedding planners*, grandes expertos que contaban con numerosos contactos que les permitían satisfacer todos los deseos de sus clientes.

En esta empresa, que llevaba más de treinta años en el mercado matrimonial y que había sido fundada por dos prestigiosas familias neoyorquinas, había maravillosos organizadores que se habían hecho un nombre y que todos solicitaban para su boda, y organizadores a los que alguien les había puesto un apodo para burlarse de ellos y de su loca forma de hacer las cosas.

Alexander Coleman, conocido como *Cupido*, era uno de estos últimos..., y es que cuando la empresa quiso innovar y ofrecer servicios que se salieran de lo común, no limitándose a celebrar únicamente solemnes y elegantes ceremonias como el resto de sus competidores, creó un eslogan bastante llamativo: «Hacemos realidad hasta tus más locos sueños», y tan solo el hombre al que se le había encargado esa sección pudo saber lo locos que podían llegar a ser algunos sueños.

No obstante, Alex fue capaz de sacar adelante todas las extrañas peticiones de sus clientes y se ganó con justicia su apodo, pues, tal y como este anunciaba, él era ese loco cupido que, a pesar de las dificultades que se presentaran en su camino, seguía uniendo a las parejas que querían celebrar su amor..., sin sospechar nunca que en su camino se cruzaría una dificultad bastante difícil de superar, incluso para él.

* * *

Era mi primer día en ese trabajo y llegaba tarde, y todo se debía a que me había pasado de rosca con las celebraciones de una boda, pero eso no era algo que pudiera poner como excusa cuando, precisamente, mi trabajo desde ese día sería organizar ese tipo de eventos.

—¡Bianca Ellis, llegas tarde! —me amonestó Kara Franck, una de mis superiores, una mujer de mediana edad, de negros cabellos recogidos en un recto moño, de rígido porte y fríos ojos azules que me evaluaban sin pausa—. Y tu aspecto no es el mejor, que digamos... —añadió señalando la arrugada ropa que apenas había tenido tiempo de sacar del armario después de llegar apresuradamente a mi apartamento, tomar una rápida ducha y un simple café para desayunar antes de coger mi coche y correr hacia el trabajo, haciendo en treinta minutos un trayecto que normalmente me llevaría unos cuarenta y cinco.

—Lo siento, tuve un imprevisto de última hora —respondí profesionalmente, sin especificar que ese imprevisto había sido tratar de superar los excesos del día anterior, cuando me había dejado llevar y había acabado ignorando el consejo que yo misma les había dado a mis amigas, abusando tanto del alcohol como del sexo, algo que me confirmaron las botellas de champán vacías que había dejado en el suelo del hotel y mi tanga, que seguramente todavía estaría dando vueltas en el ventilador del techo de la habitación en la que me había despertado esa mañana.

Aún recordaba cómo mi hombre de ensueño había permanecido dormido junto a mí y las ganas que tenía de volver a jugar con él, de acurrucarme a su lado y de hablar sobre cómo sería nuestra vida a partir de ese momento, ya que ambos nos habíamos enamorado a primera vista y habíamos hallado a nuestra otra mitad. Pero cuando comenzaba a pensar en despertarlo, la alarma de mi teléfono empezó a sonar, por lo que tuve que salir corriendo hacia mi trabajo y

despedirme de ese hombre de ensueño con una simple nota que dejé en su almohada, una nota que solo contenía mi número de teléfono para que volviéramos a vernos.

Nerviosa, estuve mirando mi móvil mientras me duchaba, a la vez que me arreglaba para el trabajo y mientras terminaba mi café antes de correr como una loca hacia la oficina. Y ahora, mientras mi superior me sermoneaba con un interminable discurso sobre la puntualidad, asegurándome que el hombre que sería mi mentor había llegado hacía tiempo y me estaba esperando, yo no dejaba de observar de reojo mi teléfono, a la espera de que el tipo con el que había disfrutado de una maravillosa noche volviera a contactar conmigo al darse cuenta de que yo era la mujer de sus sueños.

—Voy a hablar con Alexander. Él será el encargado de adiestrarte y de familiarizarte con todos los pormenores de este trabajo. Creo que ahora mismo está atendiendo a una pareja, así que, en cuanto termine, te lo presentaré y podrás comenzar —dijo Kara sonriendo con malicia, como si disfrutara de la idea de que ese hombre se hiciera cargo de mí, haciendo que me preguntara como era en verdad la persona a la que todos apodaban *Cupido*.

Y mientras yo intentaba seguir de pie, con una jaqueca de aúpa y solo un café en el cuerpo, al fin recibí una llamada de un número desconocido, aunque no era la que esperaba.

—Al habla Bianca Ellis, ¿cuándo quieres que volvamos a quedar?

—¿Para una borrachera? Cuando tú quieras —contestó Kelsie con tono burlón, borrando la gran sonrisa que se había formado en mis labios al pensar que era mi príncipe azul quien me telefoneaba—. Te llamo para preguntarte si has visto mi móvil..., y a Penny, de paso, porque los perdí a ambos en esa boda y no he vuelto a verlos.

—¿Eh? ¿Cómo demonios has podido perder a tu amiga? —le pregunté en tono acusador.

—¡El alcohol tuvo toda la culpa! —se excusó Kelsie—. Bueno, el alcohol y un tío buenorro al que, al parecer, le he robado el móvil sin querer, ya que era igual que el mío..., salvo por el horrible y ñoño fondo de pantalla que tiene de un corazón con un todavía más ñoño cupido. Tuve suerte de que el guaperas careciera de imaginación y se hubiese puesto de clave algo tan lamentable como 123456, así que voy a aprovechar para hacer una decena de llamadas a su costa antes de devolverle el teléfono. Bueno, ¿sabes dónde está Penny o no?

—¿Has probado a llamarla a ella?

—Sí, me lo cogió la primera vez porque era un número desconocido, pero ahora que sabe que soy yo no hace más que ignorarme. Sospecho que está de nuevo con mi hermano, un idiota que, gracias a Dios, ha dejado de molestarme con sus lloros y que ahora pasará a molestar al guaperas que tiene mi teléfono. Por cierto, ¿dónde te metiste tú después de la boda de Sandy?

—Pues..., por lo visto, hice lo que os prohibí hacer a vosotras.

—¡Oh! ¿Abusaste del alcohol?

—Sí.

—¿Y del sexo?

—Sí.

—¡Ajá! Te acostaste con el príncipe azul, ¿verdad?

—Me niego a contestar a esa pregunta —repuse, sabiendo lo mucho que Kelsie se metería conmigo después de contarle lo que había pasado esa noche.

—¿Y te has asegurado de que ese tipo con el que te acostabas no era tu futuro jefe?

—¿Qué? ¡Por favor, Kelsie! ¡Esa sería una increíble coincidencia! Además, yo no soy el tipo de chica que comete esa clase de errores y... —negué, hasta que Kara se dirigió hacia mí acompañada del hombre que sería mi supervisor y me quedé boquiabierta y sin saber qué contestar a la insistente amiga que tenía al teléfono.

—Te has acostado con tu jefe, ¿verdad? —insistió Kelsie.

—Ya hablaremos... —terminé con un hilo de voz, finalizando bruscamente la conversación mientras intentaba recomponerme antes de presentarme de nuevo ante el atractivo moreno de metro ochenta y cinco, unos treinta años y ojos azules que, tras sus serias gafas, me miraba igual de sorprendido que yo por la terrible casualidad.

—Alexander Coleman, te presento a Bianca Ellis. Es nueva en la empresa, pero tiene un currículum muy interesante y una aún más interesante forma de pensar sobre cómo debe ser nuestro trabajo. Está dispuesta a aprender todos los entresijos que debe conocer una perfecta organizadora de bodas, así que ¡es toda tuya, campeón! —dijo Kara, golpeando burlonamente la espalda de Alex mientras le dirigía una sonrisa socarrona y se alejaba de nosotros, como si emparejarnos hubiera sido una broma que solo ella comprendiera.

Yo sonreí nerviosamente al hombre de mis sueños, un serio y responsable tipo vestido con un elegante traje y una bonita rosa en la solapa. Era obvio que teníamos mucho en común y que el destino había vuelto a juntarnos después de que Cupido nos uniera en esa maravillosa boda, soltándonos a ambos un flechazo directo al corazón.

Él me devolvió la sonrisa y se mesó los cabellos un tanto nervioso, tal vez tan nervioso como me sentía yo misma, y sin saber qué decirme. Pero antes de que comenzara su discurso de bienvenida, la pareja de novios a la que había estado atendiendo se acercó a Alex e interrumpió nuestro romántico encuentro con sus dudas y sus nervios ante su boda.

—Alex, ¿estás seguro de que podrás encontrar una carroza como la de Cenicienta?

—Por supuesto, Nataly, no te preocupes. Sé lo especial que es ese día para ti.

—¿Y un chaqué para el novio que sea como el de un príncipe?

—Sí, tranquila: soy único encontrando trajes especiales, tanto para el novio como para la novia. Estaréis encantadores ese día.

—¿Y los zapatos serán de cristal?

—¡Hum! Creo que el cristal sería algo incómodo y peligroso, pero conozco a un diseñador que es capaz de crear algo de ensueño. Con sus zapatos te sentirás como una princesa, y hasta la mismísima Cenicienta tendría envidia de ti. Tú solo déjalo todo en mis manos y en la de nuestra empresa y todos los sueños que tengas se harán realidad, porque el de tu boda es un día único en

el que, definitivamente, tienes que brillar —declaró Alex, consiguiendo que tanto la novia como yo suspiráramos, encantadas con sus palabras.

Tras besar galantemente la mano de esa mujer, Alex la despidió con una sonrisa. Y cuando yo estaba a punto de volver a echarme a los brazos de ese hombre que me había vuelto a enamorar, él se desarregló el engominado e impecable cabello, se aflojó la corbata y, tras quitarse las gafas, se acarició las sienes y profirió un suspiro de frustración antes de manifestar, dejándome boquiabierta:

—Hay que ver la pila de idioteces que tengo que decir para vender estos malditos eventos... Le doy dos semanas para que se dé cuenta de la trampa que es el matrimonio y corra hacia un rápido divorcio. Por suerte, también estamos empezando a celebrar eventos de divorcio y podremos cobrarles el doble.

—Eh..., pero... pero ¿tú no creías en el amor? —farfullé, espantada ante las palabras que habían salido de la boca de un hombre que organizaba bodas.

—Cielo, por los beneficios que nos aportan estos eventos creo hasta en un elefante rosa que vuela, algo mucho más probable que esa ficticia irracionalidad del «amor eterno»... No me digas que tú eres de las que se creen esas bobadas... —dijo dirigiéndome una cínica sonrisa.

—Sí, yo pienso que las bodas son un momento único y decisivo en las parejas que las llevará a recordar su amor para siempre.

—¡Pues vamos listos! —exclamó Alex, volviendo a ponerse las gafas mientras suspiraba frustrado, como si mis palabras fueran un error del que tenía que sacarme. Pero mis opiniones sobre el amor y sobre ese día especial que era el matrimonio no iban a cambiar ni para agradarle a él ni a nadie.

—¡Eres muy diferente de la persona con la que me acosté! —dije indignada, haciéndole saber que me sentía engañada porque un encuentro que había creído mágico había resultado ser el mayor error de mi vida.

—No, cielo: soy el mismo. Lo único es que vimos ese momento de diferente manera. Tú seguramente creíste encontrar a tu hombre ideal para ese «por siempre jamás», mientras que yo pensé haber encontrado a la mujer ideal... con la que pasar una sola noche, ardiente y apasionada.

—¡Me utilizaste! —exclamé ofendida porque ese tipo se burlase de mis sueños mientras contenía las ganas de darle una bofetada.

—Y tú a mí. Tú soñaste con un ideal que me asignaste sin molestarte siquiera en ver al hombre de verdad y fantaseaste con un «amor eterno» sin preguntarme si quería formar parte de tu fantasía. Yo fui un poco más realista y me limité a llevarme a la cama a la mujer que deseaba durante el tiempo que esta me lo permitiera —dijo ese canalla, acercándose peligrosamente a mí.

—Ahora que sé cómo eres, dudo que vuelva a desearte —respondí, apartando a ese espantoso hombre de mí.

Pero, mientras lo empujaba, no tener nada en el estómago me pasó factura y me mareé. Todo

empezó a darme vueltas y, cuando ya creía que acabaría en el suelo, unos fuertes brazos me sostuvieron.

—¿Has desayunado algo esta mañana? —me preguntó Alex con apariencia preocupada, convirtiéndose en el caballeroso sujeto por el que mi corazón había cometido el error de creerlo adecuado para mí.

—Solo un café —contesté sintiendo que todo me daba vueltas.

—Te llevo dentro y robamos unos postres, así tú desayunas algo y yo meto a Kara en algún que otro problema cuando estos desaparezcan de la prueba del menú. Y la próxima vez que pases una tórrida noche conmigo, acuérdate de desayunar después.

—Ya te he dicho que no pienso volver a acostarme contigo. Es evidente que un hombre como tú es alguien de quien no puedo llegar a enamorarme, por lo que meterme en tu cama es algo que no va a volver a ocurrir.

—Ajá... —dijo ese molesto sujeto, como si únicamente me estuviera dando la razón para seguirme la corriente—. El problema aquí, cielo, es que, aunque no puedas enamorarte de mí, resulta más que evidente que sí puedes desearme —anunció Alex mientras me cogía entre sus brazos y acercaba su rostro lo bastante como para ponerme nerviosa ante la idea de un beso.

Luego simplemente me sonrió con cinismo y yo aparté mi sonrojado rostro mientras él me cargaba por el lugar como si fuera una princesa, haciéndome soñar de nuevo con un hombre que no existía en la realidad, aunque sí en mis fantasías.

* * *

Creí que en la ridícula boda a la que me había invitado mi viejo amigo Mark, el hermano del novio, había encontrado a una mujer apasionada con la que podría mantener una relación de adultos, estrictamente basada en el sexo y en la atracción.

Como fue ella quien se acercó a mí, pensé que sabía las reglas de ese juego, en el que las fantasías del amor quedaban completamente excluidas, lo cual pareció confirmarse cuando se fue sin incordiar me con una conversación incómoda y empalagosa y, en su lugar, se limitó a dejarme su número de teléfono. En ese momento estuve seguro de no tendría que tratar con ninguna estupidez relacionada con el amor o con alguna fantasiosa idea que esa mujer pudiera imaginarse sobre nuestra relación.

Pero, para mi desgracia, esa mujer de veintiséis años, bonitos cabellos rubios e ilusos ojos azules había resultado ser la persona más fantasiosa de cuantas me había encontrado a lo largo de mi vida respecto al amor.

Ella era la chica de la que Kara llevaba hablándome toda la semana: una ilusa que creía ciegamente en el amor y que pensaba que el trabajo de organizar una boda era simplemente crear un momento único y maravilloso para las parejas, algo que siempre recordarían, cuando la realidad era que nosotros buscábamos conseguir una factura lo más abultada posible con la que,

efectivamente, nunca llegarían a olvidar ese momento porque lo estarían pagando hasta que llegara la hora de su divorcio.

Ahora yo tenía que enseñarle a esa chica en qué consistía realmente formar parte de nuestra empresa. Kara había colocado a esa novata conmigo a propósito, pues sabía que yo era la persona más cínica sobre el amor, un hombre que la haría toparse de bruces con la dura realidad y que rompería cada una de sus fantasías acerca de nuestro trabajo. Quién me iba a decir que en nuestro primer encuentro también acabaría con las fantasías que se había montado sobre mí.

—Estás disfrutando, ¿verdad? —le pregunté a Bianca cuando la vi acomodarse entre mis brazos como si yo fuera su príncipe azul. Al parecer, esa chica aún no había aprendido lo cabronazo que podía ser yo, así que, parándome en seco, la cargué de una forma menos romántica para que dejara de pensar que era el hombre de sus sueños y comenzara a ver la realidad.

Colocándola sobre uno de mis hombros como si se tratase de un vulgar saco de patatas, empecé a provocar bastantes cuchicheos entre las personas que nos rodeaban, así como una interminable reprimenda de la mujer que cargaba, que, aunque no tenía fuerzas para mantenerse en pie, sí las tenía para dedicarme un largo sermón.

—¿Qué haces? ¡Si me llevas así la gente va a suponer que mantenemos algún tipo de relación que va más allá de lo estrictamente profesional!

—Nos hemos acostado —repliqué, recordándole que, quisiera reconocerlo o no, ya nos conocíamos más allá de lo estrictamente profesional.

—Eso es algo que no quiero recordar y que no quiero que la gente de mi alrededor sepa, así que haz el favor de bajarme.

—Por supuesto. Lo haré cuando puedas mantenerte en pie y no te desmayes. Una advertencia: la próxima vez que te olvides de desayunar y te desvanezcas, tu culo acabará en el suelo —contesté, molesto con esa mujer que quería borrarle de su vida tan solo porque yo no encajaba en el molde que ella había construido para mí en sus fantasías.

Sin hacer caso a ninguna de sus protestas, me paseé despreocupadamente por el jardín con ella cargada en mi hombro, presentándola con descaro a nuestros compañeros cuando alguien preguntaba quién era, aunque siempre evitaba responder qué hacía sobre mi hombro.

En el momento en el que Bianca estuvo lo suficientemente avergonzada, me acerqué a la mesa de degustaciones y cogí un postre para ella y un caro licor de importación para mí que luego les cargaría a los novios.

A continuación, sin esperar a que siguiera calentándome los oídos, la senté a la mesa y le ordené con brusquedad:

—Come.

—¡Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer y...!

—En estos instantes soy tu superior, y te ordeno que te comas eso o estás despedida —anuncié, provocando que ella reaccionara infantilmente y se introdujera una gran cucharada de la

tarta de chocolate en su boca, hinchando los carrillos como una niña pequeña, imagen que me hizo sonreír mientras disfrutaba de mi bebida junto a ella.

—¿Cómo puedes no creer en el amor si trabajas como organizador de bodas? No tiene ningún sentido —apuntó Bianca con la boca llena.

—Di «a»... —repuse. Y, antes de que siguiera con sus preguntas, le metí una nueva cucharada de tarta en la boca.

—Ahora sí, dime por qué tú...

—¡Aquí viene otra! —respondí evitando el tema con otra cucharada, un tema que esa chica no parecía dispuesta a dejar de lado, ya que, después de tragar rápidamente, insistió:

—Pero ¿por qué no crees en...?

En esa ocasión, sin aviso alguno, volví a introducirle una nueva cucharada en la boca, logrando que me fulminara con la mirada. Creí que al fin habría pillado la indirecta de que yo no quería hablar de esa cuestión, pero Bianca devoró rápidamente lo que tenía en el plato y, dirigiendo su decidida mirada desde este hacia mí, intentó retomar su interrogatorio.

—Ahora es el momento de que contestes a algunas de mis preguntas...

—¿Quieres un trago? —le propuse. Y, tras contemplar su fulminante mirada, finalicé antes de vaciar mi copa—: Entonces, más para mí.

—Creo que, si voy a trabajar contigo, por lo menos merezco saber el tipo de persona que eres.

—¡Oh! Eso es fácil: soy un cabrón avaricioso que hace cualquier cosa con tal de obtener beneficios, y en mi trabajo eso significa llevar a buen término todas y cada una de las bodas que me encarguen, cumpliendo todo los requerimientos de los novios, por más estrafalarios que estos sean... Y no te haces una idea de la pila de estupideces que pueden llegar a ocurrírseles. Pero no te preocupes: como mi ayudante, no tardarás en averiguarlo.

—Creo que debería pedirle a Kara que me ponga bajo la supervisión de otra persona.

—¡Ah, pues buena suerte! Kara me la tiene jurada, y resulta evidente que a ti también porque, si no fuera así, conociéndome como me conoce, jamás te habría puesto bajo mi tutela.

—Estoy segura de que, si hablamos con ella, encontraremos las palabras adecuadas para convencerla de que no somos compatibles para trabajar juntos.

—¿Tú crees? —le pregunté irónicamente a esa chica que creía que el mundo era de color de rosa. Y cuando Kara se acercó a nosotros, seguramente para reprenderme por el caro licor que me había agenciado, yo me levanté de la silla al ver que Bianca se encontraba recuperada, puse una mano sobre su hombro y le dije con una amplia y falsa sonrisa—: No te preocupes, yo te allanaré el terreno para que tú puedas exponerle a Kara una buena razón para que dejes de estar bajo mi supervisión.

—Gracias —dijo la pobre crédula, confiando en mí. Saltaba a la vista que todavía no había aprendido la lección.

Así pues, cuando Kara llegó junto a nosotros, antes de que abriera la boca para soltarme una interminable reprimenda para echarme en cara que me bebiera el licor de la prueba del menú de

una boda, dejé un tanga de encaje sobre la mesa, sorprendiendo a ambas mujeres, tras lo que anuncié escandalosamente:

—Toma, Bianca. Te lo devuelvo. La próxima vez que te acuestes con un desconocido, procura no olvidarte las bragas.

La asombrada chica me miró con incredulidad, incapaz de creerse que yo hubiera revelado con todo descaro lo que ella quería ocultar.

—Ahora ya tienes una excusa válida para intentar librarte de mí, mucha suerte —le susurré al oído antes de dejarla sola ante el peligro, haciendo que comenzara a comprender lo difícil que resultaríamos de manejar tanto ese trabajo como yo.

* * *

Bianca, tan asombrada como Kara, contemplaba la lencería de encaje que el desvergonzado de Alex había dejado sobre la mesa. Y cuando este desapareció de escena, no dudó en guardársela a toda prisa en su bolso mientras intentaba explicar lo que ni ella misma era capaz de entender.

—Eh..., yo..., esto... Esto es un gran malentendido —comenzó Bianca, haciendo que Kara alzara escépticamente una ceja.

—Entonces, ¿esas bragas que has guardado a toda prisa en tu bolso no son tuyas?

—Eh..., sí..., no..., o sea..., todo tiene una explicación racional —apuntó Bianca, dispuesta a confesar antes de quedar ante su jefa como una pervertida que se agenciaba la ropa interior de otras personas.

—Te has acostado con Alex, ¿verdad? —inquirió Kara, dando de lleno en el problema.

—Sí, lo hice... ¡Pero fue antes de saber que sería mi superior y antes de conocer cómo era en realidad! Su cínico humor y su idea del amor o de las bodas me garantizan que jamás volveré a caer ante él.

—Me parece perfecto que pienses así, porque en ese caso no me molestarás con alguna estúpida excusa aludiendo a conflictos personales que pudieran surgir en vuestro trabajo y, por supuesto, no me pedirás que te cambie de supervisor —declaró Kara, acallando sus palabras y dejando a Bianca sin excusa alguna con la que poder alejarse de Alex.

—Bueno..., yo... yo no tendré ningún problema para separar mi trabajo de mi vida personal, pero ¿y Alex...? ¿Tal vez él podría...? —comenzó a decir, segura de haber encontrado un buen pretexto al que poder agarrarse para poner distancia entre ese hombre y ella, hasta que las carcajadas de Kara le hicieron saber que no podría librarse tan fácilmente de trabajar con él—. Es posible que Alex se avergüence de haberse acostado con una mujer que resulta ser su empleada... —continuó Bianca, consiguiendo que las carcajadas de Kara aumentasen—. ¿Y si... y si... se enamora de mí? —añadió, una última y desesperada excusa que solo provocó que su jefa se apoyara sobre ella mientras sufría un auténtico ataque de risa.

—¡Dios! ¡Tus bromas son únicas! —exclamó Kara antes de limpiarse las lágrimas del rostro —. ¡Nunca nadie me había hecho reír tanto! ¡Uf! Bueno..., ya se me pasa... Bien, ahora que hemos terminado con esta conversación y con tus bromas, ve a hablar con Alex y hazle saber que ni él ni tú os habéis librado de trabajar juntos.

—¡Pero...! ¡Pero...! —intentó excusarse Bianca, pero Kara ya se alejaba de ella. Y al no tener nada que argumentar para intentar evitar trabajar con Alex, finalmente se resignó a su mala suerte.

Unos momentos más tarde, al ir en busca de Alex, el hombre que desde ese instante sería su superior, lo encontró disfrutando de una nueva y cara bebida en una de las mesas del jardín. Este, alzando su copa en un brindis burlón dedicado a ella, le preguntó desvergonzadamente, haciéndole saber que él había estado al tanto de cuál sería el resultado de su conversación con Kara desde el principio:

—No has podido librarte ni de mí ni de este trabajo, ¿verdad?

—De ti pienso seguir intentando librarme a la menor oportunidad. En cuanto a este trabajo, es el sueño de mi vida y no pienso abandonarlo por nada del mundo.

—¿De verdad crees que organizar bodas es un trabajo de ensueño? —inquirió Alex, alzando una ceja con ironía.

—¡Por supuesto! Nosotros somos los responsables de crear un momento único y especial que...

—Perdona, princesita de azúcar, nosotros no somos «los responsables de crear un momento único y especial», sino de cumplir con las estúpidas exigencias de una pareja que se divorciará a los dos días, así como de solucionar los cientos de problemas que, inevitablemente, siempre surgen a lo largo del proceso de desarrollo de esa celebración. Y si crees que una boda no supone ningún problema para nosotros, más allá de la mera organización de la ceremonia o del banquete, no tienes ni la menor idea de lo equivocada que estás.

—Estoy preparada para todo. Nada de lo que me digas hará que abandone este maravilloso trabajo que, para mí, es un sueño que se hace realidad.

—¿Ah, sí? Pues en ese caso, bienvenida a tu sueño..., o tal vez debería decir a tu pesadilla. Sea como sea, esto es algo que necesitarás para salir adelante —manifestó Alex, poniendo en manos de Bianca su copa cargada de un fuerte licor que ella no tardó en acabarse de un solo trago mientras desafiaba la burlona mirada que se clavaba en ella, retándola a demostrar que él estaba equivocado.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Bianca, colocando el vaso vacío sobre la mesa, decidida a darlo todo en ese trabajo.

—Hoy, por ningún lado. Vete a casa y descansa, porque mañana serás toda mía... —declaró él con una voz ronca y sensual que hizo recordar a Bianca algunos de los momentos de la noche que habían pasado juntos. Y cuando su mente se recuperaba lo suficiente como para comenzar a

protestar por sus insinuantes palabras, Alex añadió—: para comenzar con la organización de una de tus bodas de ensueño.

Sus palabras podrían haber sonado como la amable bienvenida de un superior a una nueva empleada, siempre que Alex no las hubiera acompañado de un cínico gesto y una maliciosa sonrisa que le advertía que su trabajo no sería sencillo, y que él no se lo pondría nada fácil, convirtiéndose tal vez en uno de esos grandes problemas a los que Bianca tendría que enfrentarse mientras llevaba a cabo la organización de una boda.

* * *

Bianca regresó a su casa sin que ningún problema más se cruzara en su camino.

Su hogar era un apartamento de Brooklyn ubicado en un edificio construido con una llamativa piedra rojiza que aún conservaba adornos de antes de la guerra en su histórica fachada. Había tenido suerte de que, después de terminar su carrera de Publicidad y Relaciones Públicas, la vieja tía Gertrudis, que siempre estaba viajando por el país, le hubiera hecho un buen precio para el alquiler.

Su apartamento se encontraba en una de las zonas más populares de Brooklyn, un barrio cuyas calles estaban llenas de árboles, muy cerca de Prospect Park, uno de los parques más grandes y hermosos de la ciudad, y del Museo de Brooklyn y el Jardín Botánico.

Se trataba de un apartamento de dos habitaciones localizado en el primer piso, por lo que, después de subir los diez peldaños del primer tramo de escaleras, llegaba a su hogar. Su pequeño salón tenía los muebles de su antigua propietaria, por lo que dos amplios sofás blancos adornados con unos horrendos cojines daban la bienvenida al visitante. Enfrente de ellos, una pequeña mesa de madera algo arañada situada sobre una alfombra blanca y una diminuta mesita en un rincón con un antiguo televisor que sus amigas siempre querían tirar a la basura completaban el mobiliario de la estancia.

En una de las habitaciones había una gran cama de madera adornada con grabados antiguos y un armario y un tocador a juego con ella. Los suelos estaban cubiertos por una alfombra oscura, y frente a las grandes ventanas colgaban unas cortinas blancas que Bianca mantenía recogidas la mayor parte del tiempo para dejar pasar la luz.

La otra habitación, que contaba con un baño propio dotado de una vieja ducha, la había convertido en un estudio habilitado para su trabajo como organizadora de bodas, con estantes llenos de archivos y un pequeño escritorio con su ordenador portátil. La cocina contaba con electrodomésticos antiguos y una cocina de gas, además de una gran barra donde solía desayunar precipitadamente antes de irse al trabajo.

Cuando había algún problema, Bianca siempre podía contar con sus amigas. Ella las llamaba y Kelsie y Penny acudían a ocupar los sofás, donde, en ocasiones, se quedaban dormidas intentando hallar una solución a los líos en los que podía llegar a meterse Bianca. Bueno, eso

cuando había algún problema y ella tenía suficiente alcohol como para que sus amigas consintieran en escuchar sus quejas, claro.

La parte del alcohol la había resuelto de camino a casa y, con respecto al problema, sin duda era el asunto de haberse acostado con un hombre que luego resultó ser su nuevo jefe y que, para empeorarlo todo, acababa de descubrir que no se parecía en nada al hombre de sus sueños.

Se trataba de un problema bastante grande que llamó de inmediato la atención de sus amigas. Kelsie y Penny, como las buenas compañeras que eran en esos instantes, intentaban ayudarla a solucionar esa difícil situación, que posiblemente se agravaría cuando Alex y ella comenzaran a trabajar juntos mientras pensaban de formas tan distintas sobre lo que significaba una boda. Y aunque sus amigas siempre estaban llenas de buenas intenciones, Bianca había olvidado que no siempre daban muy buenos consejos.

—No puede ponérmelo demasiado difícil, ¿verdad? —les preguntó después de haberles contado su primer día de trabajo, dejando salir todas sus preocupaciones.

—Es tu superior, así que creo que puede fastidiarte bastante asignándote algún evento complicado que no seas capaz de manejar sola —señaló Penny, que, a pesar de no querer desalentar a su amiga en su nuevo empleo, tampoco quería mentirle sobre lo que podría llegar a pasar.

—Es tu supervisor, por lo que de momento no creo que te deje sola, pues tú eres su responsabilidad de cara a sus propios superiores y, si la cagas, él comparte la cagada. Yo creo que lo máximo que puede hacer es fastidiarte haciendo que le lleves los cafés mientras él planifica el evento y no te deja participar —declaró Kelsie despreocupadamente mientras abría otra cerveza.

—¿Creéis que supondrá un problema que me haya acostado con mi jefe? —preguntó Bianca inocentemente.

—Me niego a contestar a esa pregunta —dijo Penny mientras los ojos de Kelsie se fijaban acusadoramente en ella a la espera de una explicación adicional.

—¡Por Dios! ¿Hemos venido a emborracharnos o a llenar el lugar de mocos? —exclamó Kelsie antes de arrojarle una cerveza a Bianca—. Si tu jefe comienza a hacerte la vida imposible en el trabajo, te lo vuelves a tirar y todo solucionado.

—¿Se puede saber cómo demonios solucionaría mis problemas volver a acostarme con ese hombre?

—¡Oh! De ninguna manera..., pero si es bueno en el sexo, aunque el trabajo sea una mierda, al menos te llevas una alegría para el cuerpo. Además, siempre puedes vengarte atándolo a la cama.

—Un consejo de amiga: no vuelvas a acostarte con tu jefe —dijo Penny, sin hacer caso de Kelsie mientras cogía a Bianca de los hombros.

—Y menos si ese jefe es el hermano de tu amiga, ¿eh? —apuntó Kelsie mordaz, asomando la cabeza por encima del hombro de Penny y ganándose una fulminante mirada de su, hasta ese

instante, siempre dulce amiga.

—Bueno, ahora que tengo claro lo que no tengo que hacer, ¿me ayudáis a elaborar una lista de posibilidades para prepararme ante cualquier contratiempo que pueda manifestarse en una boda, para demostrarle así mi profesionalidad a ese hombre que es la antítesis de cualquier príncipe azul?

—¡Por supuesto! ¿Para qué están las amigas si no es para ayudarse en los momentos difíciles?
—dijo Penny, sacando un bolígrafo de su bolso.

—¡Sí! ¡Y si estamos medio pedos, las ideas que tengamos siempre serán mucho mejores! —
declaró Kelsie, aportando unas hojas de su agenda y una botella de tequila que extrajo de su bolso, un detalle que no le proporcionó mucha confianza a Bianca a la hora de anotar esos consejos. No obstante, como se trataba de sus amigas, los aceptó sin saber si llegaría a seguirlos en alguna ocasión.

Capítulo 4

Estaba preparada para todo y más que dispuesta a demostrarle a ese hombre de lo que era capaz. No pensaba sorprenderme ante ningún contratiempo, e iba a hacer gala de mi eficiencia y mi profesionalidad.

En cuanto entré por la puerta, Alex me miró de arriba abajo y asintió, dando su aprobación a mi traje elegante y sin una arruga, a mi firme recogido y a mi ligero maquillaje. Yo recibí su gesto con una sonrisa, haciéndole saber que estaba más que decidida a encargarme de ese maravilloso trabajo con el que siempre había soñado. Entonces él me dedicó una mueca cínica que pretendía anunciarme que, al final del día, mi sonrisa desaparecería de mi rostro.

—Lo primero que debes aprender en nuestro trabajo es a sonreír con falsedad y a mantener la sonrisa en tu rostro, en todo momento y a pesar de las circunstancias, ante nuestros clientes.

—¿Acaso no lo estoy haciendo ya? No me caes nada bien y mira: te estoy sonriendo —repuse ampliando mi falsa sonrisa.

—Así, así... —respondió Alex moviendo la mano en un gesto rotatorio con el que expresaba sus dudas ante mi afirmación—. Bueno, espero que sepas mantenerla, ya que ahora vamos a tratar con nuestros primeros clientes del día. Se trata de una boda rápida que se celebrará dentro de dos días. Kara me la ha endosado a mí porque sabe que soy infalible a la hora de complacer a un cliente en todos sus caprichos, por muy retorcidos que estos sean..., y también porque me odia, claro. ¿Estás preparada para conocer a los novios? —preguntó usando un tono irónico, como si se estuviera burlando de mí.

—¡Por supuesto! —contesté muy ilusionada ante la oportunidad de hacer realidad los sueños de una pareja en un día tan especial.

—No, no lo estás —negó Alex exhibiendo una maliciosa sonrisa antes de abrir la puerta de su oficina, donde nos esperaba la pareja de novios.

Cuando al fin conocí a nuestros clientes, mi sonrisa se esfumó siendo sustituida por una boca completamente abierta por la sorpresa y la confusión.

—Esa sonrisa... —susurró burlón ese hombre junto a mi oído mientras le daba la bienvenida a la pareja con un gesto muy falso que intenté imitar, pero fallé estrepitosamente cuando volví a contemplar a la novia, preguntándome si eso sería una páfida broma que me estaba gastando ese tipo o la realidad.

Y cuando Alex comenzó a hablar de los pormenores de la ceremonia, supe que en esos instantes necesitaba la copa que había rechazado el día anterior.

* * *

Estaba seguro de que ese nuevo trabajo que me había asignado Kara solo para tocarme las pelotas rompería los sueños de esa ilusa mujer con respecto a la organización de bodas.

Cuando Bianca entró en mi despacho, supuestamente preparada para todo, no tenía ni idea de lo que se le venía encima. Y tras recordarle que debía mantener en todo momento esa falsa sonrisa que era nuestra seña de identidad ante nuestros clientes, comencé a contar los segundos que faltaban para que su alegría desapareciera por completo de su rostro al darse cuenta de que trabajar conmigo podía ser un auténtico infierno.

Yo mantuve mi fachada de profesionalidad y mi falsa sonrisa en todo momento mientras recibía a mi cliente, seguramente porque después de tantos años en esa profesión ya estaba curado de espantos e inmunizado frente a casi cualquier sorpresa. A Bianca, en cambio, le costó horrores mantenerla. Aún no había aprendido a mostrarse tan hipócrita como yo, por lo que su falsa sonrisa parecía más bien un gesto de estreñimiento agudo.

—Buenos días, Andy. Soy Alex Coleman, el responsable de organizar su boda. Le presento a mi ayudante, Bianca Ellis. Ambos estamos encantados de conocerlo en persona —me presenté, tendiendo mi mano hacia el novio y dándole un efusivo apretón—. Como ya le comenté por teléfono, estoy muy feliz de que nos hayan elegido para preparar su ceremonia, así como el banquete nupcial. Lo organizaremos todo con la mayor precisión, celeridad y profesionalidad de la que somos capaces para que disfruten de ese gran e inolvidable día —recité mi discurso estándar, quedando como Dios.

Andy se mostró instantáneamente encantado conmigo, como estaba previsto, pero no tanto con mi paralizada ayudante, que aún contemplaba a la novia boquiabierta..., seguramente porque en su mundo de ensueño jamás se habría imaginado que pudiera existir una boda como la que íbamos a organizar.

Al verla tan confusa, no pude evitar ser un poco malo y la apremié a que hiciera su trabajo.

—Bianca, ¿a qué esperas? Preséntate a la novia y calma sus nervios antes de la boda.

Ella me miró, preguntándose si yo iba en serio. Entonces, aguantándome la risa y ocultando mi boca detrás de una mano, esperé a ver cómo salía de ese aprieto sin ofender a nuestro cliente.

—Eh..., bueno..., encantada de conocerlos. Soy Bianca Ellis y..., eh..., estoy aquí para..., eh..., para... ayudarla en su boda —declaró Bianca entrecortadamente, ofreciendo su mano. Y, sin saber cómo tomar la de esa novia que no cooperaba demasiado, finalmente la abrazó con efusividad, ante lo que me apresuré a sacar mi móvil para immortalizar tan entrañable momento con una fotografía.

Cuando Bianca se dio cuenta de lo que estaba haciendo, me fulminó con la mirada y apretó a la novia con excesiva fuerza, lo que provocó que sonara un alarmante pitido que la hizo apartarse asustada.

—¡Por favor, trate con más delicadeza a mi novia! —exclamó Andy, apartando a su futura

mujer de mi dubitativa ayudante, que se disculpó de inmediato con la pareja, para luego pasar a fulminarme con la mirada cuando yo, malévolamente, persistí en guiarme por mi discurso habitual aunque esa no fuera una boda nada común.

—¿Necesitan también que le organicemos una despedida de soltera a la novia? Si es así, Bianca estará encantada de ayudar a su futura mujer con ese asunto —dije mientras le enumeraba nuestros servicios a Andy, haciendo que mi ayudante volviera a mirarme espantada, alegrándome el día.

—No, somos una pareja muy unida, por lo que hemos decidido prescindir de ese tipo de eventos. Aunque sí creo que Vivian necesitará ayuda con el alquiler del vestido de novia..., y si pudiera ayudarla a encontrar unas damas de honor adecuadas con sus respectivos vestidos a juego para la ceremonia, se lo agradeceríamos mucho.

—¡Por supuesto! No se preocupe: Bianca se encargará de todo —respondí, consiguiendo que la falsa y precaria sonrisa que mi ayudante intentaba mantener frente a nuestro cliente se convirtiera en un gesto de pánico ante el que yo no pude evitar regocijarme—. Sé que dejo esta tarea en buenas manos, ya que mi ayudante siempre ha creído que cada boda es un momento único que debe ser creado con todo cuidado, mimando cada detalle para que el recuerdo de esos instantes tan especiales perdure para siempre. Estoy del todo convencido de que esta boda será algo que usted no olvidará jamás, ni ella tampoco... —declaré usando un tono irónico del que Andy no se percató, pero que provocó que Bianca me apuñalara con la mirada.

Luego, ante el asombro de mi ayudante, continué desempeñando mi trabajo como el profesional que era, sin importarme nada la insólita pareja que tenía ante mí. Cuando terminamos de ultimar todos los detalles, Andy, como los demás incautos novios a los que recibía a diario, se había gastado una considerable suma en esa celebración, dejándonos tanto a mí como a mi empresa la mar de satisfechos. En esa ocasión, lo más positivo de esa reunión fue que la novia no puso ninguna pega, por lo que las diferentes decisiones para la ceremonia fueron tomadas mucho más rápido de lo habitual.

Tras la despedida de rigor, mi inocente ayudante aún seguía mirándome boquiabierta, a mí y a la puerta por donde habían salido nuestros extraños clientes. Entonces, acercándome a ella con gesto burlón, le cerré su asombrada boquita y le susurré con malicia al oído:

—Así que estabas preparada para todo, ¿eh?

—No para esto —reconoció Bianca con un hilo de voz—. ¿De verdad vamos a organizar una boda para que ese tipo se case con una muñeca hinchable? —inquirió indignada, ignorando todavía cómo trabajábamos en esa empresa y, sobre todo, desconociendo cuál era el cometido de mi sección: organizar todas las ceremonias imposibles que Kara me enviaba con la esperanza de que yo fallara. Pero, para su desgracia, yo siempre la sorprendía llevando a cabo todos esos eventos con completo éxito mientras me embolsaba una jugosa propina de cada uno de mis problemáticos clientes.

—Por esta cantidad, cielo, caso a Andy hasta con un unicornio. Y, para tu desgracia, tú eres

mi ayudante y trabajas para mí, así que acostúmbrate a preguntar de qué color quiere el cliente su unicornio.

»¿Qué? ¿Te gusta la primera maravillosa boda que vas a ayudarme a organizar?

—Estás disfrutando, ¿verdad? —preguntó ella mirándome con el ceño fruncido, bastante molesta con mis burlas.

—De lo lindo. Estoy esperando a ver cómo conviertes esta boda en un evento romántico y de ensueño cuando no hay por dónde cogerla.

—Pues, a pesar de que me lo hayas puesto prácticamente imposible, ¡como que me llamo Bianca Ellis que voy a convertir esa ceremonia en algo romántico, mágico e inolvidable!

—No, si inolvidable va a ser, pero romántico y mágico...

—¡Ya lo verás! —dijo mi empecinada y fantasiosa ayudante, que aún pretendía verlo todo de color de rosa.

Esa mujer me sacó una sonrisa y me hizo recordar cómo era yo al principio, muy al principio, en ese trabajo, así que, decidido a devolver a la realidad a la incauta que había frente a mí, le hice un encargo antes de que ella hiciera una salida teatral y ofendida por la puerta de mi oficina.

—Entonces puedo dejar en tus manos la tarea de encontrar a unas damas de honor adecuadas para Vivian, ¿verdad?

Su respuesta fue un sonoro portazo que demostraba su indignación, una respuesta que estropeó acto seguido, cuando volvió a entrar en mi oficina para que le entregara la tarjeta de gastos y los datos de las facturas que debía confeccionar durante la gestión de esa boda, que, una vez más, para mí solamente era un loco evento en el que algunos se empeñaban en malgastar su tiempo y su dinero.

* * *

—¿Qué tal? ¿Cómo te va con la organización de tu primera boda? —preguntó mi amiga Kelsie a través del teléfono mientras yo, que normalmente me habría mostrado mucho más tímida en ese tipo de tiendas, había entrado en el *sex-shop* en el que me encontraba arrasando con todo mientras exhibía un cabreo monumental a causa de mi jefe.

—¿Te acuerdas de que ayer creíamos que estaría preparada para todo? ¡Pues no! ¡No lo estaba en absoluto! Ahora mismo estoy en un *sex-shop*.

—¡Eh! ¡No te escaquees del trabajo para comprarte un consolador, que ya me escaqueo yo del mío para ir a buscarte uno!

—Para mi desgracia, esto es parte de mi trabajo.

—¡Ah, entiendo! Estás comprando cosas para la despedida de soltera.

—No: estoy comprando a las damas de honor.

—¿Qué? Bianca, ¿has bebido? ¿Y cuánto? Y lo más importante, ¿por qué no me has llamado antes para que te acompañara en la borrachera?

—No, Kelsie, no he bebido, pero la verdad es que creo que después de esto necesitaré una copa, o tal vez dos. ¡Trabajar con ese hombre es un infierno!

—¡Venga ya, exagerada! No puede ser para tanto.

—¿Ah, no? Pues mira, en esta «boda de ensueño» que tengo que organizar, resulta que el novio se va a casar con una muñeca hinchable —dije recibiendo como única respuesta de mi amiga unas estruendosas carcajadas—. ¿Has terminado? —pregunté indignada por el tipo de apoyo que era capaz de darme Kelsie.

—¡Joder, Bianca! ¡Qué bromas más buenas haces en ocasiones!

—No es ninguna broma —respondí con un tono de voz bastante serio que llevó a mi amiga a reírse de mí otra vez.

En un principio pensé que se reía porque aún pensaba que estaba bromeando, hasta que, entre risas, la desquiciante de Kelsie me anunció:

—¡No me puedo creer que tu trabajo sea más mierda que el mío!

—¿Sabes? Tus risas no me sirven de mucho para animarme en este primer día de trabajo... Ya le he dicho a ese hombre que iba a convertir esta boda en un evento mágico, romántico e inolvidable.

—¡Ya está! ¡Lo tengo! ¡Haz que las damas de honor exploten al final de la boda llenándolo todo de purpurina y confeti! Así sí que sería inolvidable del todo.

—¿Quieres que traumatice al novio de por vida?

—Vamos, Bianca, muy bien no debe de estar si se va a casar con una muñeca hinchable, así que peor no lo vamos a dejar. Además, si lo grabo y lo subo a mi canal de internet, podría conseguir un buen montón de seguidores...

—¡No pienso invitarte a esta boda!

—¿Ni para hacer bulto? Mira que si quiero me puedo camuflar muy bien entre las damas de honor: puedo mantenerme del todo inerte y con la boca abierta durante bastante tiempo.

—¡No! —le grité a Kelsie harta de sus bromas, que únicamente estaban empeorando ese maldito día.

—¡Mierda! Solo me llamas para las bodas aburridas, las interesantes me las vetas.

—¿Has llamado para tocarme las narices o para ayudarme?

—De todo un poco, ya que Penny me acaba de dejar colgada.

—Entonces, ¿podrías ayudarme a encontrar a alguien que me haga unos vestidos de damas de honor para estas muñecas, y otro de novia?

Como respuesta a mi petición, mi querida amiga no me decepcionó y, la muy jodida, una vez más, se descojonó a mi costa mientras, probablemente, estaría revolcándose por el suelo.

—¡Esa boda es la mejor! ¡Joder, Bianca, déjame que asista como cámara o fotógrafa!

—Ni lo sueñes —me negué una vez más, bastante molesta—. ¿Vas a ayudarme o no?

—¡Vale! ¡Vale! Ya sabes que mi abuela, aunque está jubilada, es modista. De hecho, fue ella quien le hizo unos retoques al vestido de novia de Sandy, la hermana de Penny. Estoy segura de

que, si hablo con mi yaya, ella estará encantada de hacerte un favor. Tú compra vestidos de saldo, que ella te los adaptará para esas muñecas.

—Muchas gracias, Kelsie.

—¡Bah! No te preocupes, ¿para qué están las amigas? Hablaré con mi yaya para allanarte el terreno, pero tú y tus encantos tendréis que hacer el resto con esa avinagrada mujer. Te aconsejo que utilices «el encanto del vodka»: ese nunca falla con ella. Bueno, y ahora, sigue contándome cómo vas a colarme en esa boda... —insistió Kelsie, consiguiendo que le colgara groseramente.

Cuando mi teléfono volvió a sonar de inmediato, suponiendo que era mi amiga, lo cogí al momento y respondí sin pensar:

—¡Ni loca pienso invitarte a esa boda...!

—Bueno, para tu desgracia, yo tengo que estar allí, aunque la verdad es que preferiría quedarme en casa —contestó mi jefe, haciendo que me mordiera la lengua—. No estarás comentando los detalles confidenciales de esta boda con terceros, ¿verdad? —me preguntó Alex con seriedad, ante lo que contesté evasivamente, sin saber si sería acertado decirle la verdad a ese hombre.

—Eh... ¿No?

—De acuerdo, me alegro mucho, porque, de ser así, no tendría más remedio que despedirte por falta de profesionalidad —dijo poniéndose más serio de lo que nunca lo había visto, haciéndome sudar, hasta que, de repente, su tono mudó en otro mucho más jocoso—. Cambiando de tema: ya que estás ahí, cómprame varias cajas de condones. Y que te las carguen en la factura bajo el concepto «adornos de la boda».

—No creo que esos sean los adornos más adecuados para una boda.

—Pues después de saber quiénes son las damas de honor, yo no tengo ninguna duda al respecto. Tú cómpralos, a ver si se los podemos colar a Kara entre los gastos y así me doy una alegría a su costa. Y no tardes: tenemos que organizar una boda —terminó mi jefe antes de colgar, dejándome a cargo de uno de sus estúpidos recados, del que, definitivamente, debería encargarse él.

Furiosa con esa maldita compra, no dude en adquirir unos preservativos fluorescentes para dar un «toque mágico» a sus momentos más íntimos, de forma que no pudiera olvidarse de mí, como yo no podía olvidarme de él en esos instantes en los que me dirigía hacia la caja y no dejaba de maldecirlo. Tras depositar mis compras sobre el mostrador, como toda una profesional, informé al dependiente de que necesitaría una factura, ya que era organizadora de eventos. El hombre me preguntó entonces desinteresadamente mientras pasaba mis artículos por el escáner:

—¿Y que organizará?, ¿una despedida de soltero?

—No, una boda —manifesté tras emitir un largo suspiro.

El dependiente se rio de mi contestación, y, cuando vio que yo no reía, pasó a mirarme asombrado antes de acelerar el paso de mis artículos por el escáner, demostrándome que, a sus ojos, había pasado de la categoría de profesional a la de chiflada.

—¡Por Dios! ¿Qué más puede salirme mal? —me quejé retóricamente, sin recordar la mala suerte que traía decir ese tipo de cosas antes de una celebración en la que, para mi desgracia, yo era la encargada de resolver todos y cada uno de los problemas que pudieran surgir.

* * *

—¿Estas son las muñecas a las que les tengo que hacer un vestido? —preguntó una enfurruñada anciana mientras miraba con desaprobación las muñecas hinchables que tenía ante sí, mostrándole a Bianca que una botella de vodka no iba a ser suficiente, así como que Kelsie no le había especificado a su abuela el tipo de muñecas que tenía que vestir.

—No... —contestó Bianca, haciendo suspirar de alivio a la anciana ante lo que creía que era una broma pesada, hasta que anunció ganándose un reprobador gruñido de descontento de esa mujer—: hay una más en la bolsa.

—¿Se puede saber en qué trabajas, niña?

—Soy organizadora de bodas —respondió Bianca. Y mientras en otras circunstancias esas palabras habían salido de sus labios con gran orgullo, en esos momentos lo hicieron con poca confianza y alegría.

—¿Tu madre sabe que juegas con este tipo de muñecas?

—Eso es algo que prefiero mantener al margen de ella —declaró Bianca, colocando una segunda botella de vodka sobre la mesa.

—Veo que nos vamos entendiendo —declaró la anciana, mirado con aprobación la segunda botella—. Cuéntame: ¿qué tipo de boda estás organizando que requiera este... favor especial de mi parte?

—Es un asunto confidencial, por lo que, si se lo cuento, tendría que matarla o invitarla a la boda, que, a mi parecer, son dos opciones bastante terribles —contestó Bianca, poniendo otra botella de vodka sobre la mesa para acabar con el interrogatorio.

—Tu trabajo también es una mierda, ¿eh? —interrogó la yaya de Kelsie, comprendiendo la situación de Bianca, quizá por lo difícil que también lo tenía en ocasiones su nieta en su propio trabajo.

—Hasta hace poco era el paraíso. Ahora es un infierno, y encima yo tengo que trabajar con el mismísimo diablo.

—¡Ah! Pues tú procura no acostarte con él y empeorar más la situación —apuntó la anciana.

Y, mientras sacaba a la última invitada de la bolsa, vio unos coloridos condones que la llevaron a negar reprobadoramente con la cabeza en dirección a Bianca. Antes de que la anciana comenzara a reprenderla sobre un error que no pensaba volver a cometer, Bianca puso una cuarta botella de vodka sobre la mesa, manifestándole a la abuela de su amiga:

—Sin comentarios.

Tras soltar un gruñido reprobador, la octogenaria aceptó sus regalos sin echarle un sermón,

para luego anunciar cuando abrió una de las botellas y colocó un vaso ante Bianca:

—Este trago es para ti: creo que lo necesitas más que yo para continuar con la organización de esa boda.

Y Bianca, cogiendo con firmeza el vaso, le dio la razón a esa anciana cuando se tomó el fuerte licor de un solo trago mientras pensaba que su trabajo no podría empeorar mucho más.

* * *

Si en algún momento Bianca llegó a pensar que su trabajo no podía empeorar, salió de dudas cuando llegó el día de la boda de Andy y, como en todas las bodas, todo comenzó a ir mal ya antes de empezar.

Nada más llegar al jardín donde tendría lugar la ceremonia, se encontró con el problema de que una de sus compañeras de trabajo, una chica de su edad de cabellos rojos y presumidos ojos azules, engalanada mucho más elegantemente que alguno de los invitados que asistirían a la boda que ella estaba organizando, se había apropiado de todo el espacio para su propio evento, donde destacaba una melosa decoración caracterizada por innumerables adornos de Cupido. Por todos lados había globos de corazones y querubines que representaban al dios del amor.

Como la profesional que era, Bianca se dirigió de inmediato a la chica para notificarle que ese día el jardín estaba reservado para la boda que estaba organizando ella y que debía comenzar a dismantelar esa decoración. Pero, por lo visto, en esa empresa nadie se lo iba a poner fácil: ni su jefe, que la había avisado de que llegaría tarde a causa de una resaca, si es que llegaba; ni sus compañeros, que no fueron muy amables a la hora de tratar con una novata.

—Buenos días, soy Bianca Ellis, acabo de incorporarme a la empresa —se presentó tendiendo amablemente su mano, que su compañera ignoró mientras la contemplaba con desdén, sin dignarse siquiera contestarle. No obstante, Bianca persistió con sus amables modales mientras informaba a su compañera del error que había cometido al ocupar el jardín—: Siento informarte de que esta zona ya está reservada para la boda que estoy organizando yo, así que, si quieres, puedo ayudarte a retirar todos esos adornos y...

—Me has dicho que te llamabas Bianca, ¿verdad? Pues, verás, yo soy Emma Tuidlin, una nueva empleada, como tú. No sé quién será tu supervisor, pero la mía es Kara. Y como ella me ha autorizado a utilizar esta parte del jardín para el evento del que me estoy encargando, no pienso dismantelar nada. Así que búscate otro lugar para esa boda.

—Pero... ¡pero nosotros reservamos este lugar hace días y...!

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Si tienes algún problema, llama a tu supervisor y dile que hable con Kara —replicó Emma sonriendo victoriosa, haciéndole saber a Bianca que perdía el tiempo tratando de convencerla.

Al ver que el tiempo se le acababa y que no podría culminar la preparación de su primera boda, fallándoles por completo a los clientes que habían depositado su confianza en ella, Bianca

finalmente hizo de tripas corazón y llamó al hombre de sus pesadillas, un hombre que era su jefe y que, en esos instantes, debería estar a su lado guiándola en esa difícil situación, dándole algún consejo sobre cómo proceder profesionalmente ante esa clase de problemas.

Para desgracia de Bianca, cuando pudo contactar con él, sus consejos no fueron demasiado profesionales.

—Escúchame bien: ¡te acercas a esa niñata cuando esté de espaldas, le pegas una patada en el culo y la echas de mi jardín! —contestó Alex, demostrándole que sus recomendaciones no servirían de mucho—. Tienes que ser más dura, Bianca, y no dejarte pisotear por tus compañeros. Muéstrale la reserva que hiciste del lugar y, si no te hace caso, oblígala a que se la coma.

—Siento no contar con tus delicadas dotes de persuasión, pero esa chica se niega a retirar los adornos. Dice que, como su supervisora es Kara, la mejor organizadora de la empresa, puede hacer lo que quiera.

—¿Esa tipa la mejor? ¡Ja! Ya querría yo verla organizando alguno de los encargos que me asigna por puro resentimiento. No te preocupes, Bianca: el jardín es nuestro. Aunque Kara tenga fama de ser la mejor, yo la tengo de ser el más cabrón y de no permitir que nadie me estropee una boda.

Mientras Bianca amontonaba los adornos de su evento en el jardín, sin saber qué hacer con ellos hasta que llegara Alex, la chica que se había apropiado del lugar la miraba a cada instante con una maliciosa sonrisa en los labios.

Al cabo de un rato, Alex Coleman hizo su entrada triunfal en los jardines, pareciendo a los ojos de Bianca un dios salvador, al que sonrió aliviada por su presencia. Alex caminó con aire decidido hacia ella mientras, pese a la resaca que afirmaba tener, mantenía un aspecto impecable y profesional que hizo suspirar soñadoramente a Bianca al verlo como su benefactor.

Pero ese momento de ensueño duró tan solo hasta que Alex desvió sus pasos hacia los aperitivos que aguardaban sobre una larga mesa de bufet en lugar de acercarse a su pupila. Y solo cuando hubo aplacado su hambre ese maldito hombre se dignó al fin ofrecerle su ayuda a Bianca.

—Tú no te preocupes, ya estoy aquí. Ahora atiende a mis palabras y copias mi estrategia a la hora de resolver un conflicto entre compañeros. Tenlo todo en cuenta para aplicarlo en futuras relaciones dentro de esta empresa —declaró Alex, ante lo que Bianca asintió con la cabeza mientras se apresuraba a ir tras su supervisor para aprender lo máximo que pudiera de ese hombre que siempre sería un profesional, dispuesta a tomar nota de las habilidades diplomáticas que desplegaría para solventar ese conflicto.

En su mente, Bianca ya veía a Alex acercándose a Emma y presentándose con educación, procediendo a explicarle con tacto y delicadeza el error que había cometido antes de pedirle amablemente que retirara los adornos. Pero su imagen de ensueño volvió a romperse en mil pedazos cuando vio «el tacto y la delicadeza» que ese hombre podía emplear con los demás.

—¡Eh, tú! ¡O quitas los jodidos adornos de mi jardín o los quito yo!

—Kara me ha dicho... —comenzó a contestar la chica, luciendo la misma presunción que había tenido con Bianca, algo que con Alex no funcionó, ya que antes de que continuara con su discurso, y para el asombro de Emma, él se sacó el palillo de uno de los aperitivos que aún tenía en la boca y pinchó con despreocupación uno de los globos de corazoncitos que había junto a él.

—Esta es mi forma de quitarlos. El tiempo corre, y yo tengo una boda que organizar. Si Kara tiene algo que decir sobre el lugar que yo había reservado con antelación, que venga aquí y me lo diga... Y yo que tú hacía que viniera rapidito, o empiezo a quitar los adornos a mi manera —amenazó Alex, logrando que la chica perdiera su petulante sonrisa y pasara a mostrar un gesto de alarma mientras intentaba contactar con su jefa y Alex comenzaba a acercar su palillo a otro globo.

Tras la llamada de su aprendiz, Kara no tardó en llegar y dirigirse hacia él con paso decidido, dispuesta a entablar una batalla de colosos. Pero la elegancia y la profesionalidad que aparentaba con su traje de marca desapareció por completo cuando Alex, que la esperaba mostrando un aire despreocupado y un gesto burlón, comenzó a jugar con su afilado mondadientes cerca de uno de los adornos más caros de esa boda.

—¡Alex, ni se te ocurra! —chilló Kara, destruyendo su inmaculada fachada mientras el sinvergüenza de Alex ni siquiera se inmutaba. Un sinvergüenza que en una de sus manos sostenía una copa de licor, que degustaba lentamente, y en la otra el amenazante palillo con el que jugaba entre sus dedos.

—He oído que tu ayudante es tan inútil que no sabe ni leer la nota de la reserva que hice de este jardín hace unos días —anunció él, comenzando su lucha por el lugar de la boda.

—Alex, mis clientes son una pareja muy caprichosa y adinerada que desea celebrar su segunda boda. En el último momento han preferido los jardines al salón, no veo por qué no podemos compartir este espacio.

—Porque no me gusta la forma de compartir el espacio del jardín que tiene tu ayudante —respondió él, señalándole cómo todo el lugar estaba ocupado por los adornos de su evento.

—¡No pienso perder a mis clientes porque tú no sepas compartir! Mi ayudante quitará algunos de nuestros adornos y dejará un espacio apropiado y suficiente para tu boda. Esta es mi última palabra, así que te advierto que nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

—¿Estás totalmente segura de ello, Kara? —preguntó Alex con una maliciosa sonrisa mientras dejaba su copa vacía en la bandeja de un camarero y se frotaba las manos como si estuviera preparando la artillería pesada.

—Por supuesto —confirmó Kara cruzándose de brazos, mostrando que su decisión era firme, una firmeza que, para su desgracia, no duró demasiado.

—En fin, qué se le va a hacer... —manifestó Alex, pareciendo que se resignaba ante las órdenes de Kara.

Y cuando tanto ella como la arpía de su ayudante comenzaban a mirarlo con aires de

superioridad, Alex le dio sus órdenes a Bianca, haciendo uso al fin del as en la manga que tenía guardado:

—Pues nada, Bianca, empieza a inflar lo que hay en la bolsa para que avancemos con los preparativos de nuestro evento.

—¿Aquí y ahora? —preguntó ella avergonzada, siendo consciente de lo que Alex quería que inflara en ese jardín.

—Sí, claro. Después de todo, ellas lo han pedido —contestó él con malicia mientras comenzaba a disfrutar de una nueva bebida a la espera del espectáculo.

Tras oír esas palabras, Kara y Emma los ignoraron mientras proseguían con la preparación de su acto. Al tiempo, Bianca se dispuso a utilizar el inflador a la vez que trataba de ocultar su rostro de las asombradas personas del jardín, que no tardaron en contemplar con absoluto estupor a quienes serían los protagonistas de la boda que organizaban Alex y Bianca.

—¿¿Se puede saber qué es eso?! ¡Quita ahora mismo esa indecencia de mi jardín! —gritó Kara, indignada al contemplar las muñecas hinchables que estropeaban el romántico y meloso decorado repleto de adornos de Cupido que formaría parte de su evento.

—Lo siento, pero según esta reserva que hice, el jardín es mío. Y no puedo deshacerme de esta «indecencia» porque resulta que es una de las damas de honor de la boda...

—¿Pero ¿qué clase de boda de pervertidos vas a organizar?!

—¿Qué clase de boda, dices? Pues muy sencillo: una que tú no querías y que, obviamente, por ello me endilgaste. Aunque, si lo deseas, todavía estás a tiempo de terminar de organizarla tú, sobre todo si intentas apropiarte de mi jardín.

—¡Emma, pasa los adornos al salón! Yo les explicaré a nuestros clientes que no pueden celebrar su boda en el jardín, ya que estaba reservado con anterioridad —ordenó Kara, mordiéndose la lengua mientras decidía que lo mejor era ceder en esa ocasión para no perder un cliente.

—Sabia decisión —declaró Alex ante su retirada—. ¡Espera! ¿No quieres saludar a la novia de mi boda? —preguntó con recochineo, logrando que Kara apresurara su paso para marcharse del jardín.

Por su parte, Emma miró airadamente a Bianca, ya que Alex era demasiado para ella. Y, creyendo que podría aprovecharse de esa inocente chica, dejó una caja a sus pies mientras le ordenaba con prepotencia, creyéndose alguien:

—¡Ya has oído a Kara! Retira los adornos. Y cuando estén todos, llévalos al salón y entonces podrás comenzar con la decoración de eso que llamas «boda».

Tras mirar su reloj y comprobar que tenían el tiempo justo para adornar el lugar, Bianca se apresuró a coger la caja, pero, para su asombro, la parte caballerosa de Alex, que muy pocas veces salía a relucir, emergió en esos momentos para defenderla. No obstante, como siempre, sus actos se asemejaron más a los de un villano que a los de un príncipe, puesto que le arrebató la caja a Bianca y, ante el asombro de las dos mujeres que lo observaban, la soltó a los pies de

Emma. A continuación se sentó en una de las sillas del jardín e invitó a Bianca a ocupar un lugar junto a él. Luego fijó sus maliciosos ojos en Emma y le soltó:

—Tienes cinco minutos para retirar esos adornos de mi jardín... o los quitaré yo. A mi manera.

Tras su amenaza, se volvió hacia Bianca e ignoró a la paralizada mujer que tenía delante, bullendo de rabia, para entablar una despreocupada conversación con su ayudante.

—Mira, prueba estos aperitivos: las salchichitas esas con palillos son una delicia; seguro que te gustarán tanto como a mí.

Y, después de degustar una, cogió el palillo entre los dedos e hizo explotar otro de los adornos de Emma, en esta ocasión un amoroso Cupido.

—Recuerda que esta es mi manera... —declaró, volviendo a clavar sus burlones ojos en la chica, consiguiendo que finalmente dejara de estar paralizada y comprendiera que tenía que darse prisa si no quería quedarse sin adornos para su boda.

* * *

Cuando acabé de preparar el jardín, quedó como un lugar de ensueño.

En el fondo de ese maravilloso lugar, delante de un primoroso arco de flores, se levantaba una mesa con un impoluto mantel blanco adornada con unos hermosos centros de flores silvestres carentes de cualquier espina que pudiera dañar a la novia.

Tras esa mesa que haría las veces de altar, Alex oficiaría la peculiar ceremonia por la que uniría a la singular pareja de novios que eran nuestros clientes. Para llegar hasta él, habíamos colocado una vistosa alfombra roja que creaba un camino sobre el que habíamos esparcido cientos de pétalos de rosas blancas y rosas.

Para que los invitados no se perdieran nada del espectáculo, habíamos colocado las hileras de sillas en dos bloques dispuestos a ambos lados del camino hacia el altar, al principio del cual habíamos ubicado una pequeña mesa sobre la que habíamos colocado varios elementos con los que los invitados pudieran participar de forma activa: unos globos de novio y novia, unos saquitos que contenían pétalos de rosa para que los invitados los arrojaran al término de la ceremonia y unos frasquitos que emulaban a unos novios con los que los invitados podían hacer pompas de jabón y que crearían uno de esos momentos mágicos que yo tanto buscaba en la celebración de una boda.

Cuando terminé de disponer los adornos, varias de las camareras que se paseaban por el lugar preparando las mesas para el banquete suspiraron ante el romántico escenario que habíamos creado. Sin embargo, cuando coloqué a las damas de honor en las sillas cercanas al altar y me vieron pelear con esas malditas muñecas hinchables mientras las sujetaba con cinta adhesiva transparente, esos románticos suspiros pasaron a ser molestas toses, y el romántico escenario que estaba creando se fue a la mierda.

—Bueno, ya está. ¡Al fin he terminado! —exclamé triunfante mientras me secaba el sudor tras mi pelea con esas damas de honor que, desde el principio, solo me habían traído un montón de dificultades.

—No, aún no has terminado —negó mi perverso jefe mientras me pasaba una gran bolsa—: Todavía tienes que vestir a la novia.

—¿Y dónde está? —pregunté buscando por todo el jardín a la muñeca de Andy.

—En la bolsa, ¿dónde, si no? Ni que yo fuera un perverso que se pasea por el jardín con una muñeca hinchable... —contestó el muy desgraciado, plenamente consciente de que yo me había estado paseando por allí con cuatro de esas malditas muñecas para terminar los preparativos.

—¡Mierda! ¡He perdido el inflador! —exclamé alarmada al mirar dentro de la bolsa donde tenía guardadas a las damas de honor un rato antes.

—Pues apáñatelas como puedas, porque ya no hay tiempo para ir a comprar otro —anunció Alex antes de marcharse del lugar, desentendiéndose del problema y poniéndome de los nervios al ver que se nos echaba encima la hora.

Busqué con desesperación una solución a mi problema, y, cuando al fin di con ella, no fui consciente, hasta que fue demasiado tarde, de que mi solución se había convertido en otro más de esos grandes problemas que aparecían últimamente en mi vida y que yo solía resolver metiéndome en muchos más por el camino.

* * *

Tras los saludos de rigor al novio y a los invitados, los conduje a sus asientos mientras Bianca terminaba de preparar a la novia. Andy se mostró muy contento con todos los adornos del jardín, con todos excepto con una de las damas de honor, a la que algún gracioso le había introducido un pepino en la boca.

—Ya se sabe..., son las locuras que pueden cometerse en una boda, especialmente las damas de honor —dije haciéndome el loco mientras retiraba con despreocupación el pepino de la boca de esa muñeca para luego, cuando Andy no miraba, localizar al camarero gracioso.

Lo encontré al observar a uno que se reía de su ridícula broma. De inmediato le arrojé un pepinazo a la cabeza, provocando que se cayera de culo más por la sorpresa de mis acciones que por el dolor del golpe, haciéndole saber que a mí nadie me fastidiaba una boda, sobre todo si se trataba de una de esas que me traían mil quebraderos de cabeza. Por supuesto, en un par de segundos recompuse mi aspecto como si no hubiera pasado nada. Y, sin que Andy se percatara, lo guie a su lugar.

Mientras esperaba a la novia, mi cliente comenzó a ponerse nervioso por su tardanza, como si esta fuera a abandonarlo o a echar a correr, un temor que me susurró al oído y que yo encontré bastante ridículo, teniendo en cuenta que la novia era una muñeca hinchable. No obstante, para

tranquilizar a Andy, me hice a un lado y realicé una llamada a mi ayudante mientras me preguntaba en qué lío se habría metido y si yo podría solucionarlo en esa ocasión.

—¿Dónde estás y por qué la novia no se encuentra en su lugar? Estamos esperando.

—Eh, bueno... He tenido unos pequeños problemas a la hora de inflarla y... creo que será mejor que la desinfle...

—No quiero excusas, Bianca. ¿La novia está hinchada?

—Sí.

—¿Y tiene puesto su vestido de novia?

—Sí, pero...

—Entonces nada más importa: os quiero a ti y a Vivian de inmediato en el jardín —ordené finalizando la conversación y esperando que esa mujer aprendiera a obedecer mis órdenes y a no presentarme ninguna ridícula excusa por el camino.

Cuando al fin Vivian comenzó a hacer su entrada acompañada, además de por el padrino, por Bianca, que se negaba a soltarla, comencé a sospechar que ocurría algo raro. Y al comprobar que mi ayudante no se separaba de ella en ningún momento, excusándose ante el novio con el ridículo pretexto de que tenía que calmar los nervios de la novia, mis alarmas interiores se dispararon irremediabilmente. Algo pasaba.

Mientras daba inicio a mi eterno y repetitivo discurso sobre el amor y la felicidad que alcanzaban las parejas que elegían mi empresa para celebrar sus esponsales, mantuve ante todos mi falsa sonrisa al mismo tiempo que me las arreglaba para enviar un mensaje de texto a mi ayudante con mi móvil, que tenía escondido bajo la mesa, para determinar cómo la había pifiado esta vez.

¿Cómo has inflado a esa muñeca hinchable?

Crucé los dedos, deseando que Bianca hubiera encontrado el inflador o, en caso contrario, para que la hubiera hinchado soplando, como haría toda persona racional. Pero, por lo visto, mi ayudante no era racional en absoluto.

«Con helio», me contestó Bianca, provocando que la fulminara con la mirada.

«¡No se te ocurra soltar a la novia por nada del mundo!», le ordené en un nuevo mensaje mientras sonreía falsamente ante los presentes y, sobre todo, a mi ayudante, a la que quería estrangular.

A lo largo de la ceremonia y de mi discurso, Bianca tuvo que buscar alguna que otra excusa para seguir en esa posición.

Yo temblé ante la idea de que se le cansaran los brazos y acabara soltando a la novia, pero todo pareció ir bien hasta justo después de pronunciar la típica frase de «si alguien tiene algo que objetar, que hable ahora o calle para siempre», que yo había añadido a petición del novio. En ese momento, la sentimental Bianca se puso a buscar un pañuelo para uno de los llorosos invitados y

soltó a Vivian, de modo que, para el asombro de todos, la novia se fue literalmente volando de su boda.

—¡No, Vivian...! ¡No me abandones! ¡Te juro que cambiaré! —gritó Andy mientras los invitados contemplaban la huida atónitos, y algunos de los camareros se revolcaban de risa por el suelo.

—¡Haz algo! —gesticulé en dirección a mi ayudante mientras intentaba tranquilizar al afligido y abandonado novio, al que no quería ni su muñeca hinchable.

Y, como de costumbre, mi ayudante tomó la peor decisión posible: tras arrebatarme un tirachinas a un niño que correteaba por el jardín, seguramente invitado a otra boda, Bianca se hizo con una piedrecita del suelo, apuntó, lanzó y dio en el blanco, logrando que la novia comenzara a bajar rápidamente.

—¡Nadie huye de mis bodas! —gritó ella triunfalmente, poniendo una pose heroica con su tirachinas mientras recibía los aplausos de los invitados y de los camareros.

Y mientras el novio, al que habíamos traumatizado de por vida, se mecía desconsoladamente en el suelo, la fulminé con la mirada y exclamé:

—¡Solúcionalo!

Bianca salió corriendo a buscar a Vivian, momento en el que me puse a rogar en silencio, pidiendo que mi ayudante arreglara las cosas en esa ocasión en lugar de convertirlo todo en un problema aún mayor, como el que ella estaba comenzando a representar en mi vida.

Capítulo 5

—¿Cómo te ha ido? Estoy bastante preocupada por ti, ya que te noté muy nerviosa ante la celebración de tu primera boda —preguntó Kelsie a su amiga por teléfono.

—¡Tú no me engañas: me has llamado para enterarte de todos los detalles morbosos de esa boda!

—Hummm... Bueno, vale, me has pillado —se rio Kelsie—. ¿Y bien? ¿Cómo te ha ido en tu primer trabajo?

—¿Te acuerdas de aquel empleo en el que duraste tan solo dos semanas? Pues creo que estoy a punto de batir tu récord y hacer que me despidan en la primera.

—¿En serio? ¿Tan mal te ha ido? Un momento..., no te tomarías mi consejo en serio e hiciste estallar a las damas de honor, ¿verdad?

—No, ¿por quién me tomas? Únicamente hice volar a la novia y luego la reventé con un tirachinas.

—¡Dios! Dime que es una broma y que no me he perdido la boda del año...

—Para mi desgracia, es la verdad. De ahí que esté esperando a que, de un momento a otro, mi jefe venga a comunicarme mi despido.

—Sabía que tus bodas serían únicas desde que amenazaste a mi hermano con purpurina, pero no tenía ni idea de cuánto hasta ahora —comentó Kelsie entre risas—. Si la semana que viene todavía tienes trabajo, por favor, ¡invítame a la siguiente boda que organices!

—Lo dudo mucho. El novio quedó traumatizado, primero por la huida de la novia, y luego por mi intervención para derribarla y hacerla caer. Ni siquiera me agradeció que le pusiera un parche para taponar el agujerito que tenía... Finalmente, bajo la furiosa mirada de mi jefe, pudimos terminar con la ceremonia sin más complicaciones. Bueno, casi, ya que alguien robó a las damas de honor en mitad de la fiesta.

—¡Decidido! Esta noche nos vamos de copas: tú necesitas desahogarte, y yo, que me cuentes más detalles de esa boda.

—¿Vendrá Penny?

—Sin duda: aún está huyendo del idiota de mi hermano y querrá insultarlo a gusto, y ella sabe que yo tengo un talento especial a la hora de ultrajar a la gente, especialmente si se trata de mi hermano.

—¿Noche de chicas?

—¡Sí! Y con todo lo que ello conlleva: putear a los hombres, pillarnos una cogerza de aúpa y bailar encima de la mesa sin camiseta para que nos hagan descuento en las bebidas.

—Nunca nos lo hacen y al final siempre acaban echándonos del bar en cuanto te quitas la camiseta.

—¡Bah! Cosas de las camareras, que envidian mis tetas... ¡Pero yo no pierdo la esperanza de recibir esos descuentos!

—Te dejo por imposible... Por cierto, ¿cómo te va a ti en tu trabajo?

—¡Uf! Es un auténtico coñazo: tengo que tratar con un blandengue que cree en el amor. Eso sí, mientras su amor llega, se tira a todo lo que se menea obligándome a devanarme los sesos para resolver los problemas que se busca con las chicas que trabajan a su alrededor, mis superiores no dejan de vigilarme por si la cago al dirigir un programa del que no querría encargarme ni muerta y, mientras intento solucionar los miles de contratiempos que surgen, tengo que unir a abuelitos de la tercera edad, intentando no dormirme en los descansos o cortarme las venas.

—¡Vaya! Por lo que oigo, tú también necesitas una copa.

—Sí, y Penny también. Mi hermano puede ser un auténtico plasta, lo sé muy bien.

—De acuerdo, pensemos en positivo: ¡esta noche es nuestra y nadie nos la va a estropear!

* * *

The Green, el bar de copas donde solía reunirme con mis amigas, era un establecimiento tranquilo en el que nos sentíamos como si estuviéramos en casa, sobre todo cuando Kelsie conseguía que pusieran en la gran televisión del fondo algún partido de su equipo de béisbol favorito y comenzaba a chillar como una loca.

Al entrar en el local, lo primero con lo que se topaban los clientes eran los impolutos suelos de madera y un ambiente muy vistoso e iluminado que atraía a los asistentes gracias a la relajante música de jazz que sonaba en la radio, excepto cuando era noche de partido y el dueño del bar, Herman, cambiaba la música por los partidos en la gran pantalla, donde todos podían seguir el encuentro sin perderse ni una jugada.

Detrás de la larga barra de madera había unos estantes de cristal repletos de diferentes bebidas y una pizarra que anunciaba los nuevos cócteles de esa noche, aunque nosotras siempre preferíamos unas cervezas.

En torno a la barra se desplegaban una docena de taburetes para las personas que no encontraran mesa o que preferían hablar con Herman, un viejo gruñón que siempre estaba sirviendo alguna copa.

Por todo el establecimiento se repartían pequeñas mesas de madera junto con unas desvencijadas sillas que siempre evitábamos. Nuestra estrategia para conseguir hacernos con alguno de los cómodos sillones rojos que se encontraban agrupados en un rincón en torno a una gran mesa rectangular era enviar a Penny y sus fulminantes miradas. Después de unos momentos bastante incómodos, los clientes siempre acababan huyendo de esa mirada y nosotras nos

hacíamos con un buen sitio desde el que disfrutar de unas copas hasta que las camareras nos echasen en el momento en que Kelsie la liara.

El local, del que éramos asiduas, se localizaba en Bushwick, un sector de Brooklyn que la gente normalmente conocía por su actividad creativa y artística, como los murales de sus paredes, que a mí me encantaba contemplar, o los numerosos y creativos grafitis. Esa zona estaba repleta de bares que a veces me gustaba visitar con mis amigas aunque, empezáramos donde empezásemos, a nosotras siempre nos gustaba acabar en The Green, tal vez porque el servicio era muy bueno y todos eran tremendamente amigables con nosotras, excepto alguna camarera cuando Kelsie hacía de las suyas.

Además de que contaban con una gran variedad de bebidas y aperitivos, en The Green los precios eran asequibles para nuestros bolsillos, sobre todo en su «hora feliz», con grandes descuentos y promociones que no dudábamos en aprovechar.

Cada vez que entraba en el establecimiento con mis amigas era como si estuviera disfrutando de la comodidad de mi casa, facilitándome la tarea de contarles a Kelsie y a Penny todos mis problemas y mis preocupaciones algo que, al parecer, también hacían algunos clientes nuevos con los que había tenido la desgracia de coincidir allí.

—¡Lo estropea todo! ¡Kara no podría haberme contratado a una ayudante más terrible ni queriendo! —oí la conocida voz de mi jefe detrás de nosotras.

Por lo visto, después de la boda de Andy y su muñeca, Alex también había necesitado salir con su amigo a desahogarse y, para mi desgracia, habíamos coincidido en el mismo bar, y encima sentados el uno al lado del otro: mi jefe se encontraba detrás de mí en uno de los sillones de respaldo elevado, circunstancia por la cual aún no se había percatado de mi presencia.

—Puede que se refiera a otra ayudante que haya tenido con anterioridad... —murmuró mi amiga Penny cuando yo le señalé que ese era mi jefe, intentando animarme cuando vio que me derrumbaba sobre la mesa al oír sus palabras.

—¡Bianca Ellis es un desastre con patas y es la última persona del mundo que podría ayudar a nadie! —manifestó Alex en ese momento, provocando que ocultara la cabeza entre mis brazos, deseando que la tierra me tragase.

—Vamos, vamos..., ¡tan mal no lo pudiste hacer! —musitó Penny, dedicándome algún que otro leve toquecito cariñoso en la cabeza.

—¿Tú crees? —le pregunté esperanzada, mirando a mi amiga con ojos de cachorrito desolado buscando algún halago. Pero cuando Penny estaba a punto de contestarme, oímos de nuevo las quejas de Alex.

—¡Por Dios! ¡Si hasta consiguió que la novia huyera de la boda, y eso que era una puñetera muñeca hinchable!

—Eh, tranquila..., ya te saldrá mejor en la siguiente ocasión —dijo Penny al fin, intentando animarme como podía, ya que mi amiga era una mujer a la que no le gustaba mentir. Por lo menos no a sus amigas, pensé cuando recordé cómo tenía de engañado al hermano de Kelsie.

—¿Crees que me despedirá? —le pregunté, volviendo a hundirme en mi depresivo momento.

—¡No, qué va! —negó Penny no muy segura de sus palabras, mientras Alex anunciaba a su amigo:

—Voy a despedirla...

Ante eso, volví a hundir la cabeza profundamente entre mis brazos. En ese momento regresó Kelsie con nuestras cervezas.

—¡Eh! ¡Anímate! Aquí traigo la solución a tus problemas —dijo colocando una enorme jarra delante de mí.

—No puedo... —respondí entre susurros, para explicarle a continuación la delicada situación en la que me encontraba—: Mi jefe está sentado detrás de mí, hablando sobre lo inútil que soy mientras sopesa si despedirme o no.

—¿Eh? ¡Oh..., no te preocupes! ¡Ahora mismo te voy a ayudar a solucionar esto! —declaró Kelsie, haciendo que me llenara de espanto porque sabía cómo se las gastaba mi amiga cuando se molestaba, y, en esos instantes en los que Alex estaba despotricando de nuevo sobre mí y mi trabajo, Kelsie estaba bastante molesta.

»Bianca, ¿cómo de pequeña me has dicho que la tiene ese tal Alex Coleman, el hombre con el que te acostaste en aquella boda únicamente porque estabas tremendamente borracha? —manifestó Kelsie con un tono de voz tan alto que la oyó medio bar. Como consecuencia de su atrevimiento, yo abrí los ojos espantada, y Alex cortó su conversación.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Cómo puede solucionar ese comentario mi problema? —le pregunté a Kelsie entre susurros.

Ella, mirándome muy orgullosa, me respondió:

—De ninguna manera, Bianca..., pero de esta forma ya no eres la única que se deprime en este bar —repuso, tras lo que volvió a gritar a pleno pulmón—: ¡¿Cómo?! ¡¿Menos de siete centímetros?! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Menudo campeón es ese tal Alex Coleman!

—¡Eh! ¡Eso es mentira! —gritó finalmente Alex, bastante furioso, descubriendo mi presencia al fin, lo que hizo que yo intentara ocultarme un poco más para evitar su fulminante mirada.

—¡Demuéstralo! —dijo Kelsie, tan provocadora como siempre.

—¿A que me bajo los pantalones? —oí decir a Alex. Y, después de haber visto cómo llevaba su trabajo, no tuve duda alguna de que lo haría.

—¿A que saco el metro? —replicó Kelsie, que nunca se dejaba amedrentar.

—¡Haya paz! ¡Haya paz! —intervino la siempre pacífica Penny, intentando calmar los ánimos por el bien de todos—. ¡No quiero que me echen del bar antes de haberme terminado mi cerveza! —Y, ante el asombro de todos, tras tomarse la enorme cerveza de un solo trago, anunció—: Ahora sí, ya podemos seguir comentando lo pequeña que la tiene el hombre al que se tiró Bianca por puro aburrimiento —declaró ofensivamente, buscando castigar a Alex por todo lo que había dicho sobre mí, aunque todo fuera cierto.

—¡Bianca! —me llamó la firme voz de mi jefe, buscando que dejara de esconder mi

avergonzado rostro entre las manos—. ¿Esto es lo que haces cuando sales del trabajo? ¿Venir a un bar a emborracharte y a despotricar sobre mí? —me interpeló ese hombre indignado, como si él no hubiera estado apenas unos momentos antes haciendo exactamente lo mismo que me reprochaba a mí. Así que, al fin, decidiendo enfrentarme a ese tipo, alcé el rostro hacia él y le hice ver que sus palabras me habían dolido.

—No, eso es lo que haces tú. Yo solo vine aquí a tomar unas copas con mis amigas.

—Entonces, ¿no estabas hablando de mí?

—No, Alex, solo he hablado de lo difícil que es mi trabajo porque, aunque tú estés acostumbrado a todo tipo de bodas, yo nunca he tenido que organizar una extraña celebración como esa y, en honor a la verdad, tampoco resultas ser demasiado bueno enseñándome cómo debo hacer mi trabajo.

—¿Lo ves? Ya te dije que eras una mierda enseñando, Alex —intervino su amigo, asomándose entre los asientos para conocer a la mujer que había conseguido descontrolar al siempre imperturbable Alex Coleman.

Y cuando ese rubio guaperas de bonitos ojos azules vio a Kelsie, la señaló como si fuera el mismísimo diablo y exclamó alarmado mientras mi amiga hacía lo mismo:

—¡Tú!

—No puedo creer que me sigas fuera del trabajo —manifestó ese tipo, mostrándose como un egocéntrico, la clase de persona que Kelsie más odiaba en el mundo, por lo que tuvimos que sujetarla para que no le diera una lección.

—¿Cómo que te he seguido fuera del trabajo, pedazo de idiota?! ¡Estoy harta de tratar con los problemas en los que me mete tu testosterona, así que créeme cuando te digo que lo último que quiero es verte fuera de mi horario laboral!

—Cálmate, Kelsie —le susurré a mi amiga al oído mientras la agarraba del brazo para que no se abalanzara sobre ese tipo, al que, al parecer, detestaba.

—Sí, sí, vanas excusas... Yo sé que tú vas detrás de mí, como el resto de las mujeres. Pero debes intentar disimular tu deseo por mí para poder mantener tu fachada profesional —dijo él dándose aires, haciendo que mi amiga comenzara a gruñirle.

—Cálmate, Kelsie. Si es uno de tus subordinados, como su superior, tienes que ser diplomática y mostrar tus argumentos y tu postura de una forma cortés y convincente —dijo Penny, recordándole a nuestra amiga que era toda una profesional de los medios de comunicación.

Y Kelsie, tras soltar un largo suspiro, al fin se calmó y nosotras, inocentemente, la soltamos.

—Es evidente que, si insistes tanto como para seguirme fuera del trabajo de esta manera tan descarada, es que estás desesperada por volver a meterte en mi cama... De acuerdo, seré misericordioso: si me tratas como merezco, tal vez te deje volver a ella... —declaró ese tipo, ignorando la calamidad que acababa de desatar.

Y ante la inquietante noticia de que Kelsie se había acostado con un hombre como ese, Penny

y yo olvidamos sujetarla de nuevo, despiste que fue aprovechado por nuestra amiga, que hizo callar a ese hombre de una manera muy propia de ella: tras quitarse un zapato, se lo lanzó en medio de su discurso para acabar golpeándolo en mitad de la frente, lo que provocó que cayera al suelo.

—¿Qué?! He sido muy diplomática: ese era mi argumento más contundente —se quejó Kelsie cuando Penny y yo la reprendimos con unas severas miradas—. Ahora, si no quieres ver cómo utilizo mi cortesía, mejor cállate, rubito —declaró Kelsie, amenazándolo con su otro zapato—. Te presento a «cortesía». El otro se llama «argumento»...

—¡Bruta! —exclamó ese hombre tras levantarse del suelo, aparentemente desconociendo cuándo era recomendable que guardara silencio.

—¡Quejica! —replicó Kelsie, amenazándolo de nuevo con el zapato.

—Es más que evidente que estaba totalmente borracho cuando me acosté contigo porque, en condiciones normales, jamás me acostaría con una mujer como tú... —dijo ese hombre, que acabó guardando silencio cuando el zapato de Kelsie rozó su rostro.

Para nuestra desgracia, el lanzamiento acabó impactando sobre una de las camareras, que empujó a otra, lo que causó que esta tuviera que hacer equilibrios para que no se le cayeran al suelo las copas que transportaba en su bandeja. Y aunque la muchacha logró que no se estrellaran contra el suelo, no pudo impedir que se le derramaran las bebidas, provocando que otra de sus compañeras resbalara y generara un movimiento en cadena al empujar sin querer a un cliente y este a otro y aquel a otro más...

Finalmente, decenas de personas acabaron por los suelos, enojadas y manchadas por las bebidas que se habían derramado por culpa de los actos de mi amiga. Cuando las furiosas camareras se acercaron a ayudar a su compañera a ponerse en pie, dirigieron sus miradas a la responsable de todo. Para nuestra desgracia, como Penny y yo éramos sus amigas, acabamos como siempre: compartiendo el peso de las locuras de Kelsie.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté cuando esas mujeres se dirigían hacia nosotras bastante cabreadas.

—¿Qué? ¿Utilizamos ahora la diplomacia? —preguntó Kelsie irónicamente a Penny, a lo que esta contestó tras dejar educadamente una apropiada propina sobre la mesa:

—¡Corred!

Y, por supuesto, Penny fue la primera en salir por la puerta, seguida por mí y luego por una Kelsie que no sabía interpretar demasiado bien el papel de Cenicienta a la fuga.

Tras darnos una buena carrera, conseguimos librarnos de las furibundas camareras, que no se atrevieron a ir más allá de la puerta de su local para darnos una lección.

—Mira, Kelsie, estoy... harta... de terminar mis... noches de chicas... de esta manera —dije a mi amiga mientras intentaba recuperar el aliento.

—¡Eh, que en esta ocasión no les he enseñado las tetas!

—No, esas, al parecer, se las enseñaste a otro. ¡Por Dios, ¿cómo pudiste acostarte con ese

gilipollas?! —la acusó Penny.

—¡Oye! ¡Te recuerdo que tú te has acostado con mi hermano! —replicó Kelsie, consiguiendo que Penny guardara silencio. Y, antes de que mis dos amigas comenzaran una interminable disputa, les recordé que el tema principal de ese día era animarme a mí.

—¿Creéis que me despedirá? —pregunté lastimeramente, ante lo que mis amigas guardaron silencio. Y, tras mirarse la una a la otra, enfilaron hacia un supermercado que estaba abierto las veinticuatro horas para hacerse con varias botellas de alcohol, una respuesta que no me inspiró demasiada confianza a la hora de resolver mis dudas sobre si mantendría mi trabajo..., aunque sí me concedió una gran borrachera.

* * *

Alex no sabía si darle una nueva oportunidad a esa chica a la que solo podía catalogar como «un millón de problemas», algo que no necesitaba en su trabajo, y aún menos cuando las bodas de las que se encargaba eran ya de por sí bastante complicadas.

Menos mal que la que tenía entre manos ese día no era ninguna ceremonia extraña con la que Kara hubiera intentado fastidiarlo. De hecho, se trataba de una boda bastante seria y formal, pero con un gran problema: la suegra, una mujer impertinente a la que no le gustaba nada y que tenía que alejar continuamente de la novia para que no la deprimiera y acabara huyendo como la del casamiento anterior.

Cada vez que oía a esa molesta cotorra, Alex echaba de menos a Andy y su muñeca hinchable; a él, porque era un cliente encantador que no ponía ninguna pega a sus propuestas, y a ella, porque tampoco se quejaba de nada... Sin embargo, dudaba que esos clientes volvieran a contratarlo para alguna celebración en el futuro.

Por si fuera poco tener que lidiar con la insufrible madre del novio y una novia enormemente nerviosa, ese día también tenía que tratar con un fotógrafo depresivo que estaba pasando por un divorcio bastante desagradable, circunstancia que no lo animaba en absoluto a la hora de hacer fotografías de bodas. El resultado eran siempre o bien imágenes pésimas y tristes de los invitados y de los novios, o bien otras manipuladas a su antojo que Alex tenía que revisar antes de pasárselas a su cliente, ya que ese desgraciado respondía a las peticiones de la gente para que retocara las fotografías como le daba la real gana, haciéndolo sudar en más de una ocasión.

Mientras rogaba en silencio para que alguien lo ayudara a tratar con esa suegra insoportable y el fastidioso fotógrafo, que estaba enfocando al suelo mientras se comía un bizcocho algo sospechoso, finalmente la ayuda llegó.

Y fue entonces cuando Alex comenzó a rezar con verdadero fervor para que esa mujer resultara ser una solución y no un problema ante todos los inconvenientes que pueden surgir en una boda.

* * *

En esa ocasión me sentía preparada para todo y no pensaba fallar en mi cometido. Alex había estado organizando el evento desde antes de mi llegada a la empresa, por lo que yo solamente tenía que ayudarlo ese día con los invitados y con algunos preparativos de última hora.

No era una ceremonia extraña como la anterior en la que había participado. Se trataba de una boda bastante convencional con sus adornos florales, sus invitados, los novios, una tarta y un banquete nupcial normales, por lo que pensé que no surgiría ningún problema del que mi jefe pudiera culparme más tarde.

Cuando llegué junto a él con mi alegre sonrisa, Alex negó con la cabeza como si mi aparición supusiera una complicación en su hasta entonces alegre día. Luego se mesó los cabellos frustrado y, tras soltar un largo suspiro, comenzó a explicarme cómo podía ayudar en esa fiesta para hacer de ella un momento mágico e inolvidable.

—Tengo que decirte que, después de cómo fue la última boda, aún estoy pensando si despedirte o no... No obstante, siendo sincero, tal vez yo tenga buena parte de culpa por no haberte enseñado en condiciones y por no haber estado más pendiente de ti y aconsejarte cómo hacer tu trabajo, así que te daré otra oportunidad. Presta atención y procura anotar todo lo que creas que pueda servirte para futuros eventos de similares características. Lo primero que quiero que hagas es...

—¿Revisar los adornos? ¿Las mesas? ¿Hablar con los novios o con los invitados? ¿Entretener a los niños...? —solté, demasiado emocionada para mantener mi entusiasmo a raya.

—No, eso es demasiado para ti... Lo primero que quiero que hagas es que le quites a Buster, nuestro fotógrafo, ese raro bizcocho que se está comiendo y que luego le ordenes que deje de fotografiar el suelo y se ponga a hacer fotos de los invitados, los adornos y demás.

»A continuación, tu segunda tarea será tratar con aquella mujer del fondo, la que va vestida de gris y rosa. Es la madre del novio, la madrina de la ceremonia, y no deja de molestar con sus estúpidas exigencias, sobre todo a la novia. Así que para que esta no escape como en nuestra anterior boda, quiero que esa mujer pase de molestarnos a todos a molestarte solo a ti. Cumple con cada una de sus exigencias y no te separes de ella en ningún momento —dijo Alex, dándome unas órdenes claras y precisas que pensaba cumplir al pie de la letra.

Cuando llegué junto al hombre bajito y con barriga, de unos cuarenta años y cabellos castaños que Alex me había señalado como el fotógrafo, me resultó complicado iniciar una conversación con él, pues no dejaba de mirar al suelo, ignorando mi presencia por completo. No obstante, en cuanto le dije mi nombre, para mi asombro, conseguí su atención.

—¿En serio eres Bianca Ellis? —respondió Buster, la mar de contento, dejando su cámara a un lado mientras me miraba, fijando sus emocionados ojos marrones en los míos.

Yo sonreí orgullosa, pensando que alguien le habría hablado bien de mí, de cómo me había enfrentado a mis competitivos compañeros en mi primer día al reclamar el jardín que Alex había

reservado con antelación para nuestro evento o cómo había ayudado a mi jefe a encontrar todo lo necesario para que se celebrase una boda muy extraña, o quizá le habían contado cuán maravillosamente había adornado las instalaciones para el evento de Andy, pero, por lo visto, y a pesar de mis esfuerzos, los únicos hechos que parecían haber trascendido de mi actuación eran mis errores.

—¡Tú eres la que reventó a la muñeca hinchable! ¡Dios! ¡Estoy impaciente por ver lo que haces en esta boda tan estirada! —declaró el hombre, pasando de un gesto depresivo a otro de alegría mientras se frotaba las manos ante la idea de que volviera a meter la pata.

Y, aprovechando su instante de felicidad, le pregunté señalándole su bizcocho:

—¿Me das un poco?

—¡Oh! ¡Por supuesto! —consintió, momento que yo aproveché para cogerlo todo, ignorando qué hacer con ese dulce que, a saber por qué, Alex me reclamaba.

—¡Tú tan solo avísame cuando vayas a hacer alguna de las tuyas, que tendré mi cámara preparada! —declaró el fotógrafo la mar de emocionado.

Y, siguiéndole el juego, aproveché para pedirle un favor.

—No te preocupes, Buster: lo haré. Y, mientras llega ese momento, ¿por qué no tomas unas fotos de los novios y de los invitados para que piensen que estamos trabajando?

Él alzó sus dos pulgares muy contento antes de marcharse a hacer las fotografías, y yo, sin saber qué hacer con el bizcocho, me dirigí hacia la madre del novio, que, tal y como me había advertido Alex, estaba incordiando a la inocente novia.

—¡Buenos días, soy Bianca Ellis, la ayudante del organizador de este maravilloso evento! —me presenté cuando llegué hasta esa mujer de rostro avinagrado que me miró despectivamente.

A pesar de ello, no me desanimé y le ofrecí mi mano. La mujer ignoró olímpicamente mi saludo y se abalanzó sobre el bizcocho de Buster, arrebatándomelo de las manos.

—¡Ya era hora de que atendieran como se debe a la madre del novio! ¡Hace horas que pedí un tentempié! —manifestó. Y, antes de que yo pudiera advertirle que ese tentempié no era para ella, la mujer lo devoró de un bocado.

Pensando que no pasaría nada porque la madrina comiera algo antes de la boda, decidí dejarlo estar y, a continuación, como Alex me había ordenado, no me separé de ella para que no molestara a otros con sus exigencias.

Al principio pareció que nada la contentaba, todo le parecía mal. Pero, poco a poco, se fue calmando y su humor fue mejorando por momentos, sin duda al darse cuenta al fin de lo especial que era ese día para su hijo..., o eso era lo que pensaba, hasta que la vi besando unos globos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Alex de repente, provocando que diera un respingo ante su súbita aparición a mi espalda.

Y, antes de que me reprendiera, intenté esconder a esa mujer y los globos a mi espalda, gesto que no funcionó, ya que, escarmentado por mi intervención en la anterior boda, mi jefe me hizo a

un lado para presenciar cómo la madrina intentaba atarse los globos a su vestido para volar mientras canturreaba una melodía.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé..., hace unos momentos comenzó a reírse de todo y luego le dio por acariciar esos globos.

—Dime qué has hecho con el bizcocho... —quiso saber Alex a la vez que contemplaba imperturbable el comportamiento de la mujer.

—Eh..., hice lo que me dijiste: se lo quité a Buster de las manos... —contesté orgullosa, haciendo que Alex asintiera con la cabeza complacido. Pero eso fue únicamente hasta que añadí a continuación, logrando que me mirara con espanto—: Y luego ella me lo quitó y se lo comió entero.

—¡Felicidades, Bianca! Acabas de drogar a la madrina de la boda... —declaró mi jefe, tras lo que se tiró del pelo y se mordió el labio inferior con frustración.

—¿Qué? Pero... ¡pero no me puedes culpar por eso! ¡Yo no sabía qué llevaba ese bizcocho, y ella me lo arrebató de las manos antes de que pudiera hacer nada! —repliqué intentando que comprendiera mi situación.

Y, contemplando por unos momentos con aire pensativo a esa mujer, que ya no se quejaba de nada ni molestaba a ninguno de los invitados, mi jefe añadió:

—Bueno, ya no protesta, ¿verdad? Creo que has dado con una solución a nuestro problema por pura suerte.

—¡Pero no la podemos dejar así! ¡Tenemos que hacer algo! —repuse alarmada.

—Es verdad, tienes razón —coincidió Alex, haciendo que respirara aliviada ante su profesionalidad, alivio que duró tan solo hasta que su solución para el nuevo problema que se nos había presentado fue darle a esa mujer uno de los globos, que comenzó a abrazar—. ¡Hala! ¡Ya está tranquila! Ahora llévala hasta su sitio junto al novio y procura que no se note demasiado que se ha comido uno de los bizcochos de marihuana de Buster —declaró antes de que la madrina de la boda proferiera una risa histérica y de que yo lo fulminara con la mirada.

La verdad es que no fue nada fácil llevar a esa mujer hasta su lugar sin que se notara que le ocurría algo, pero como mi jefe lo había ordenado, cumplí mi misión como toda una profesional... y, tras dejarla allí, salí corriendo.

Alex volvió a negar con la cabeza al presenciar mis acciones y me indicó con un dedo que me acercara hasta él. Obedientemente, yo me aproximé preguntándome cuál sería la siguiente tarea que me encomendaría.

—¿Ves esos cañones que hay a ambos lados del camino de los novios?

—Sí, ¿a quién tengo que disparar con ellos? —pregunté dispuesta a todo mientras cogía uno de los cañones para dirigirlo hacia él.

Alex, harto de mis bromas, apartó el cañón que lo apuntaba con gesto de fastidio y, a continuación, me explicó para qué estaban esos trastos allí.

—Por lo visto, en el país del novio es tradición repartir caramelos al finalizar la ceremonia y ha decidido hacerlo de una manera bastante llamativa. Así que tu nueva tarea es encargarte de vigilar los cañones de chucherías. Deberás accionarlos cuando termine la ceremonia y los invitados hayan acabado de agasajar a los novios lanzándoles pétalos de rosa. Entonces, y solo entonces, será el momento en el que tú lanzarás los dulces.

»Debes configurar los cañones a la menor potencia posible y, muy importante, nunca apuntes hacia la gente, solo hacia el cielo, para que los caramelos describan un arco y caigan inofensivamente sobre los invitados y los novios —aclaró Alex, colocando el cañón que yo había movido en su posición original—. Puedo confiar en ti para esto, ¿verdad? —preguntó, cediéndome el mando a distancia con el que se manejaban esos trastos.

—¡Por supuesto! —exclamé emocionada por formar parte de ese mágico y dulce momento. Y, muy contenta, acepté el mando a distancia que Alex me tendía y que, reticentemente, se negaba a soltar a pesar de ofrecérmelo—. Si no sueltas el mando, no podré encargarme de los cañones, Alex.

—Que sea lo que Dios quiera... —suspiró exageradamente antes de soltarlo.

—¡Confía en mí: haré de este un momento inolvidable! —declaré, contentísima con la responsabilidad de hacer al fin algo digno de una gran organizadora de eventos como yo.

—Sí, lo sé... Solo espero que esta vez sea un momento de los buenos —respondió él antes de revisar una vez más que todo estuviera en orden mientras el sacerdote comenzaba la ceremonia.

A pesar de que la tarea que me había encomendado Alex parecía fácil, no lo era. Un fastidioso niño de unos ocho o nueve años, al que nadie vigilaba, creía que esos cañones eran un entretenimiento para sus juegos y se dedicaba a tocarme las narices reajustando la potencia de los aparatos y su posición. Y, como eran dos los aparatos, cada vez que terminaba de arreglar uno, tenía que ir corriendo a arreglar el otro.

Mis regañinas o advertencias no parecían servir de nada con ese mocoso cuando sus padres no estaban delante. Y me perdí media ceremonia vigilando aquellos trastos. Por supuesto, cuando llegó mi momento, me aparté del lugar para dejar espacio a los invitados y, con una amplia sonrisa, después de recibir la señal de Alex, accioné los cañones con el mando a distancia. Sin embargo, mi sonrisa se esfumó en cuanto me percaté de que, una vez más, ese niño del demonio había trasteado con las máquinas, y lo que iba a ser un dulce momento se convirtió en un caos infernal en el instante en que los cañones, configurados casi a la máxima potencia, comenzaron a disparar los caramelos directamente hacia la gente, provocando que huyera despavorida del dulce bombardeo en lugar de entretenerse cogiendo las golosinas.

—¡Haz algo! —me gritó Alex, viendo cómo los invitados recibían unas implacables ráfagas de caramelos, haciendo rodar por el suelo a muchos de ellos.

Con los nervios, se me cayó el mando a distancia de las manos y, para mi desgracia, uno de los invitados que huían del campo de batalla en el que se había convertido esa boda lo pisó inadvertidamente y lo partió. Nerviosa, me precipité sobre el aparato para tratar de detener los

cañones y comencé a pulsar frenéticamente todos los botones, consiguiendo sin embargo que aumentase la velocidad de disparo de los cañones hasta que, de repente, todo aquel infierno se detuvo.

Por un momento pensé que yo era la responsable de tal hazaña, pero cuando busqué a Alex con la mirada, lo vi sosteniendo un enchufe en las manos, por lo que deduje que había sido él quien había salvado la situación.

—Tú y yo tenemos que hablar. Mañana a primera hora en mi despacho —dijo mi jefe, demasiado serio para mi bien.

—Tan mal no lo he hecho, ¿verdad? —dije con un hilo de voz, sin creérmelo ni yo misma.

Y durante el resto del evento me dediqué a mentalizarme para un despido inminente por culpa de un dulce momento para el que yo no había estado preparada... Pero es que nadie que no se dedicase a organizar ese tipo de eventos podía imaginarse cuánto puede llegar a complicarse una boda.

Capítulo 6

—¡La despido! ¡Voy a ponerla de patitas en la calle y nadie podrá convencerme de lo contrario! —exclamó Alex en su despacho, maldiciendo a esa mujer que alguien había tenido la maravillosa idea de decirle que sería una extraordinaria ayudante para él, cuando en realidad no era más que otro inconveniente en su camino.

—¡Pero ¿qué dices?, si gracias a ella he sacado unas fotografías maravillosas de esa boda! —opinó Buster mientras le mostraba en su cámara la imagen de uno de los invitados recibiendo un caramelazo en toda la cara—. ¡Y el vídeo es aún mejor! —añadió enseñándole unas dantescas escenas de invitados corriendo por el jardín, huyendo del bombardeo de caramelos, atropellándose unos a otros y cayendo al suelo.

—¡Eso me lo editas! —exigió Alex, devanándose los sesos para hallar alguna forma de salvar lo que quedaba de la celebración—. Y demos gracias a Dios porque los caramelos solo fueran gominolas y porque los novios comprendieran que todo se había debido a la gamberrada de uno de los niños que asistían a la ceremonia, ya que, de lo contrario, nos habríamos enfrentado a una demanda y a la devolución del dinero de la organización del evento.

—¡Vamos, Alex! Esa chica tan solo acaba de empezar: ¡dale la oportunidad de convertirse en toda una profesional! —manifestó Buster con seriedad, intentando interceder por la tierna Bianca.

—No me engañas, Buster: ¡tú lo que quieres es ver cómo la lía en la próxima boda! —dijo Alex, señalando a ese personaje al que tenía calado desde hacía años.

—¡Porfaaaa! En los años que llevo como fotógrafo de esta empresa, jamás me había divertido tanto en una boda —declaró ese sinvergüenza, perdiendo toda la seriedad con la que había defendido a Bianca.

—Esa chica es un auténtico desastre con patas. No entiendo por qué la contrató Kara ni cómo puede haber recibido cualquier tipo de recomendación de otra empresa.

—Alex, reconoce que tus bodas no suelen ser fáciles... —apuntó el fotógrafo antes de irse a editar el vídeo, recordándole a su compañero que normalmente le encargaban sacar adelante las celebraciones más excéntricas que los clientes reclamaban.

—Ya..., pues justamente porque no son fáciles no necesito más complicaciones en ellas —replicó Alex tajante en su ahora vacío despacho, firmemente decidido a despedir a esa mujer en cuanto entrara en él.

Para su desgracia, mientras esperaba a Bianca, la víbora de Kara entró antes.

—Veo que has vuelto a organizar otra boda más o menos satisfactoriamente... —le soltó—.

Aunque he de notificarte que, de tus dos últimos eventos, tengo algunas quejas que tal vez debamos revisar.

—¡Sabes perfectamente que eso solo se debe a la ineptitud de la nueva ayudante que me endosaste, ayudante que pienso despedir en cuanto entre por esa puerta!

—¡Vaya! Con el montón de veces que me suplicaste que contratara a alguien que te ayudara con esas bodas y, ahora que la tienes, solo recibo quejas sobre tu subordinada.

—¡Espera un momento! Tú sabías que esa chica era un completo desastre antes de contratarla, ¿verdad? —inquirió Alex tras contemplar la complacida sonrisa de Kara.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? —respondió ella con un falso tono ofendido, para luego continuar con la noticia que había ido a comunicarle, esperando el momento preciso para disfrutar de su victoria—. Como tu superior, yo solo busco lo mejor para ti y tu carrera, pero lamento tener que comunicarte que, si despedes a esa chica, no volveré a contratar a otra ayudante, ya que resulta más que evidente que no sabes tratar con alguien que esté a tu cargo.

—¿Y si se va ella por su propia iniciativa? —preguntó Alex, exhibiendo una maliciosa sonrisa que hizo que Kara perdiera la suya al recordar lo cabrón que era.

—Entonces tendré que buscar a alguien que la sustituya —declaró Kara, no sintiéndose en esos instantes tan segura de su victoria—. Pero te recuerdo que para esa ilusa chica este empleo es su sueño, y es muy difícil que alguien como ella lo abandone, por más complicado que se lo pongan.

—En ese caso, lo único que tengo que hacer es romper su sueño para que renuncie... —declaró Alex perversamente, mostrándole a Kara que estaba dispuesto a jugar sucio con tal de salirse con la suya.

—Bien, pero mientras esperamos a ver lo que ocurre con tu ayudante, aquí tienes dos nuevas bodas para que las organices —dijo Kara, arrojándole sobre la mesa los expedientes en los que se resumía el tipo de ceremonia que querían esos complicados clientes con los que Alex tendría que tratar.

—Pero mira que me lo pones fácil... —declaró él tras ojear una de las carpetas con una sonrisa burlona que no dudó en dirigir hacia Kara, haciéndole saber que ella era la que le había facilitado una buena baza para que Bianca decidiera renunciar a su trabajo.

Y como respuesta a esa sonrisa satisfecha, Kara salió del despacho dando un sonoro portazo mientras él permanecía en su lugar aguardando la aparición de nuevos problemas que no tardaría en solucionar, ya que estaba dispuesto a todo con tal de ganarle a su jefa, incluso si para ello tenía que destrozarse las fantasías de una mujer que creía que las bodas eran un sueño que ella tenía que ayudar a cumplir, cuando la verdad era que estas podían llegar a ser auténticas pesadillas.

* * *

Después de revisar los expedientes de las dos bodas que me había encargado Kara, constaté que contaba con dos grandes oportunidades con las que espantar a esa chica. Por supuesto, escogí la más perversa para empezar.

En cuanto Bianca entró por la puerta mordiéndose nerviosamente el labio inferior supe que estaba buscando un millón de excusas para que no la despidiera, como también supe, por los nerviosos movimientos de sus manos, que no había encontrado ninguna.

Buster, que había vuelto para mostrarme unas fotografías, no tardó en irse para concedernos la privacidad que necesitábamos en esa conversación, y yo la invité a sentarse frente a mí. Sin prisa alguna por escucharla, la observé detenidamente desde detrás de mi escritorio y ella no tardó en contarme atropellada y nerviosamente todo lo que había ocurrido con los cañones de chucherías de la anterior ceremonia.

—Tenemos que organizar una nueva boda —la interrumpí con seriedad, provocando que sus brillantes e ilusos ojos se clavaran en mí olvidando sus excusas, seguramente imaginando algún mágico evento. Por lo visto, a pesar de todo, aún no había aprendido la lección acerca del tipo de bodas que organizábamos nosotros dos.

—¿Será en los jardines? ¿En el salón? ¿En una capilla o iglesia? —comenzó a preguntar emocionada, por lo que no tardé en cortarla para poner fin a su efusividad.

—En ninguno de esos lugares: tendrá lugar en una playa privada que han alquilado los novios para celebrar la ceremonia, ya que nuestras instalaciones no terminaban de convencerlos. Así que el fin de semana que viene deberás acompañarme a ver esas instalaciones, y también a los novios, para comentar con ellos los pormenores del evento. Probablemente tendremos que pasar una noche fuera si se nos hace tarde mientras nos ocupamos de satisfacer las diferentes demandas de nuestros clientes, así que te recomiendo que lleves solo lo absolutamente necesario.

—Creí que ibas a despedirme... —murmuró Bianca, aún sin acabar de creerse que le diera otra oportunidad, una que en realidad no le estaba dando, ya que lo que yo necesitaba era que ella misma renunciara para poder contar con otra ayudante que fuese más eficiente, por lo que iba a mostrarme con ella como un verdadero cabrón con tal de salirme con la mía. Aunque, por el momento, representaría el papel de jefe misericordioso.

—He hablado con Kara y, tras escuchar sus argumentos, he decidido darte otra oportunidad..., así que no la estropees.

—¡Oh, gracias! ¡Gracias! ¡De verdad, muchas gracias! ¡Te prometo que no voy a volver a cometer ningún error! —exclamó Bianca con alegría, haciendo que alzara una ceja hacia ella con escepticismo—. Bueno..., en cualquier caso, no muchos —rectificó, haciendo un poco más creíbles sus palabras. No obstante, mi ceja continuó elevada—. Tendré más cuidado —prometió finalmente, haciéndome negar con la cabeza y dar un gran suspiro.

—Espero que en esta ocasión no estropees nada.

—No, en esta ocasión no te fallaré. ¡Prometo comportarme como toda una profesional! —declaró emocionada mientras se disponía a dirigirse hacia la puerta.

—¡Perfecto! Ahora ve a revisar las fotografías de Buster: los novios de una boda que organizamos hace un mes nos pidieron unos retoques digitales. Esas imágenes deben estar listas para hoy. Revísalas muy bien antes de mostrárselas, porque cuando Buster se aburre puede llegar a ser muy imaginativo a la hora de utilizar el Photoshop, y últimamente estaba muy aburrido —le dije, encomendándole una tarea insignificante para mantenerla entretenida mientras le ocultaba los pormenores de nuestro siguiente trabajo y, de paso, vigilaba las gamberradas que Buster hacía con las fotografías cuando los novios le tocaban mucho las narices.

—No te preocupes, ahora mismo las reviso —contestó Bianca, soñando con la organización de una nueva boda, sin imaginar la que se le venía encima.

—¿Estás preparada para todo? —le pregunté antes de que se marchara, justo cuando tenía ya una mano sobre el pomo de la puerta.

—¡Por supuesto! —contestó ella con mucha confianza y decisión.

Y cuando la puerta se hubo cerrado tras esa ilusa mujer, yo susurré con una maliciosa sonrisa:

—No, no lo estás...

* * *

¡Todavía no podía creerme que Alex me hubiera dado otra oportunidad, que me hubiera permitido formar parte de la organización de otra boda y que no me hubiera echado ningún sermón sobre lo ocurrido en nuestro último trabajo!

Era evidente que ese hombre, que creía tener un duro corazón, en realidad no era tan malo como aseguraba ser ante todos y se había dado cuenta de que ese trabajo era mi sueño, por lo que se había apiadado de mí permitiendo que continuara bajo su tutela en la empresa y, para cubrir mi agravio en esa última boda, me había encargado una tarea tan sencilla como revisar unas fotos.

—¿Qué problemas puede traer revisar unas simples fotografías? —murmuré para mí mientras buscaba a Buster.

Lo normal habría sido que este se hubiera encontrado en su oficina examinando el álbum que había creado para los novios después de que estos hubieran elegido las imágenes que deseaban, ya que más tarde nosotros les entregaríamos esos mágicos recuerdos de ese día, unos recuerdos que nunca podrían olvidar gracias a esas hermosas imágenes.

Pero Buster no se encontraba en su despacho, ni en el comedor, ni en el baño, ni en el despacho de Alex, adonde asomé rápidamente la cabeza para recibir una fulminante mirada antes de salir corriendo mientras me preguntaba dónde puñetas debía de estar ese hombre y cuándo vendrían los novios para ver esas fotografías.

Finalmente encontré a Buster en el bar. Pensé que con un café bien cargado podría conseguir que se recuperase lo suficiente como para exhibir un aspecto presentable ante nuestros clientes mientras les explicaba el tratamiento especial que le había dedicado a cada una de las fotografías

de su ceremonia, pero cuando llegué junto a él y comprobé la cantidad de copas que se había tomado, pude observar el «tratamiento especial» que le estaba brindando al álbum de fotos, que se estaba pasando por el trasero mientras tarareaba la marcha nupcial.

En ese momento decidí que lo mejor sería dejar a Buster en el bar, así que le arrebaté el álbum que contenía los preciados momentos que él estaba insultando con su descomunal trasero, lo fulminé con la mirada y le pregunté:

—¿A qué hora vienen los novios a por su álbum?

—A las diez y media.

—¡Pero si son las once! —exclamé exaltada mirando mi reloj.

—Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? —repuso él sin ninguna consideración por nuestros clientes, para luego añadir—: Me termino esta copa y voy.

—¡No! Tú mejor quédate en el bar y tómate un café... ¡Ah! Espera: ¿quién ha organizado la siguiente boda que tienes que fotografiar?

—Kara y su ayudante. Dentro de una hora.

—Bien. Entonces, tómate otra copa a mi salud —le dije poniendo un billete de veinte sobre la barra, decidida a regalarle a Emma una décima parte de los problemas que tenía que aguantar yo en mis extrañas bodas.

Luego enfilé hacia el despacho del fotógrafo para disculparme con los novios, que esperaban para recibir los hermosos recuerdos que Buster había retocado y que yo llevaba conmigo.

Una vez llegué allí, los clientes me contemplaron con disgusto e impaciencia. Para tratar de quitar hierro a la situación, me presenté con la mejor de mis sonrisas, disculpándome con ellos por la tardanza, y procedí a abrir el álbum de fotos que pensaba presentarles a los novios..., para a continuación volver a cerrarlo con rapidez mientras mantenía esa estúpida sonrisa que Alex me había enseñado a exhibir ante nuestros clientes. Sobre todo cuando había problemas.

Por lo visto, la idea que tenía Buster de lo que debían ser unos hermosos recuerdos distaba mucho de coincidir con la mía.

—¡Disculpe! ¿Podría enseñarnos ya el álbum de nuestra boda, ese que hemos venido a ver y por el que llevamos esperando desde hace media hora?

—¡Eh! Sí... Verán..., creo que ha habido algún error con las fotografías. ¡Hum! ¿Podrían...? Esto..., ¿podrían indicarme si le pidieron al fotógrafo que hiciera algún retoque en alguna de ellas? —pregunté, recordando demasiado tarde las palabras de Alex.

—Sí, por supuesto —contestó el novio—. En una de ellas, por ejemplo, aparecía uno de nuestros amigos haciendo el tonto detrás de nosotros mientras posábamos frente al altar, por lo que le pedí a su fotógrafo que eliminara a la persona molesta que sobraba.

—Ajá... —dije mientras buscaba esa imagen.

La encontré, y pude comprobar cómo Buster había eliminado a la novia y había puesto en su lugar a ese individuo abrazando al novio. Parece ser que mi compañero había interpretado que la novia era «la persona molesta que sobraba».

—En otra fotografía, concretamente la del gran momento romántico del beso, un camarero con un aspecto que no me gustaba nada se cruzó por en medio, por lo que le pedí al fotógrafo que retocara la imagen para que se viera más romántica —apuntó la novia, haciendo que me apresurara a buscar la instantánea descrita..., hasta que la hallé y pude constatar que la forma que Buster había encontrado para incrementar el romanticismo de esa foto había sido insertar imágenes de hermosas flores sobre el camarero, sin eliminarlo de la instantánea en absoluto.

—También le especificué que en las imágenes de las damas de honor debía ponerlas todas a la misma altura, ya que una de ellas era muy alta y destacaba en exceso.

—Sí, ya veo... —comenté, sin saber qué más añadir cuando vi que Buster había modificado esa foto colocando un banco sobre el que había montado a todas las damas de honor para que estuviesen a la misma altura de la más alta.

—¡Ah! También exigí que quitaran a mi exnovio de las fotografías, ya que lo había invitado mi madre y yo no lo quería en mi celebración —señaló la novia, haciéndome comprender por qué, en medio de las imágenes de una boda, había una de un tipo metido en un *jacuzzi* y rodeado por una auténtica colección de bellezas.

»Recuerdo que también le pedí que modificara una foto en la que mi marido daba la impresión de estar aburrido para que pareciera que se estaba divirtiendo —añadió mi cliente, haciendo que me topara con una instantánea en la que Buster había introducido a una chica impresionante vestida solo con un tanga, con el novio a su lado mirándola con cara de baboso.

»Finalmente, le pedí a su fotógrafo un retoque de mi imagen en otra de las fotografías, donde yo posaba con mis damas de honor de espaldas, mirando a la cámara. Me daba la sensación de que mi trasero salía muy grande, por lo que quise que hiciera algo para que pareciera más pequeño que el de las demás chicas, ya que soy yo quien tiene que salir mejor en las imágenes de mi boda...

—Por supuesto que sí... —confirmé, manteniendo mi falsa sonrisa mientras veía que el cabrón de Buster le había puesto un culo enorme a cada una de las damas de honor, dejando el gran panderero de la novia intacto, pero pareciendo más pequeño en comparación.

—Bueno, ¿podría entregarme ya el álbum de fotos? —exigió la novia, intentando arrancármelo de las manos, pero yo lo sujeté con fuerza mientras mantenía mi sonrisa y me negaba.

—No.

En medio del tira y afloja que manteníamos la mujer y yo, y que pasaría a ser una disputa mayor si los novios llegaban a ver las fotografías, entró Alex, convirtiéndose una vez más en mi salvación. Su presencia llamó la atención de los novios, permitiendo que me quedara con el álbum mientras me alejaba de la pareja.

Cuando mi jefe me vio sujetando el álbum con desesperación, de inmediato se imaginó lo que ocurría. Se acercó rápidamente hacia mí, y, echando un vistazo por encima de mi hombro, me

susurró reprobadoramente al oído mientras seguía manteniendo su gentil sonrisa de cara a los clientes:

—No has revisado las fotografías como te dije, ¿verdad? —Y, antes de que la novia comenzara con sus quejas sobre mí, anunció adelantándose a posibles reclamaciones—: Lamento tener que informarles de que nuestro fotógrafo acaba de comentarme que ha habido un error con estas imágenes, que pertenecen a otra boda.

—¡Pero si en la portada aparece nuestra fotografía! —se quejó la novia, tras lo cual Alex me arrebató el álbum descaradamente de las manos para arrancar con disimulo la foto de la portada mientras anunciaba, dejando a los novios boquiabiertos:

—No, qué va... —Luego, antes de que comenzaran a protestar, continuó con su ensayado discurso de disculpa—: Nuestro fotógrafo lamenta la tardanza y, por supuesto, hará copias de las fotos elegidas, no solo para ustedes, sino también para sus padres, sin ningún cobro extra. Además, les regalaremos unos hermosos marcos para ellas.

»Nuestro compañero está realizando en estos precisos instantes las modificaciones que hay que hacer, y les puedo prometer que quedarán encantados con ellas. Insisto en pedirles disculpas por nuestro error, lo sentimos mucho y espero sinceramente que excusen estas molestias. Dentro de dos días, a lo sumo, tendremos listo su maravilloso álbum. Finalmente, antes de irse, los invito a tomar algo en el bar a modo de disculpa. Pueden cargar su consumición a nombre de Kara Franck.

—No estamos nada contentos con esta espera, pero aceptamos sus disculpas. Y, puesto que siempre nos ha tratado tan bien, estamos dispuestos a venir otro día a por esas fotografías —dijo el novio, aceptando las disculpas de Alex y haciéndome suspirar de alivio ante la feliz resolución de esa complicada situación.

Alex condujo amablemente a nuestros clientes hacia la salida mientras me susurraba sin que ellos se dieran cuenta:

—¡Ve a por Buster!

Encontré al fotógrafo en el mismo taburete donde lo había dejado en el bar. Cuando le reclamé que me acompañara para realizar su trabajo, me ignoró por completo, por lo que le envié un mensaje a mi jefe y este no tardó en aparecer.

—Bien, te voy a explicar cómo tienes que tratar con Buster cuando se deprime... Se esconde en el bar y no hace su trabajo. Presta suma atención a cada uno de mis movimientos —dijo Alex con seriedad, por lo que saqué mi libreta de apuntes, esperando oír algunas palabras de ánimo que acabarían con la depresión del fotógrafo o alguna estratagema psicológica con la que poder manipularlo.

Pero, para mi asombro, él se comportó de nuevo como el canalla que todos decían que era y exclamó dirigiéndose a la chica que atendía la barra:

—¡Monica, el sifón!

Ella le pasó el sifón a Alex, que apuntó con este a la cara de Buster y gritó antes de empaparle

por completo con él:

—¡Tú, a trabajar!

Cuando Buster intentó ofrecer alguna mala excusa para justificar sus acciones, Alex volvió a emplear el sifón. Finalmente, el fotógrafo se levantó de su silla para regresar a su trabajo mientras mi jefe me dejaba asombrada a causa de la «delicada manera» que tenía de tratar a uno de sus empleados y que, por lo visto, yo también tendría que emplear, ya que, tras entregarme la botella, me dijo:

—¿Ves? Le apuntas a la cara y aprietas aquí. Y ahora, sigue a ese tipo hasta su despacho y asegúrate de que realiza todos los retoques que los novios han pedido. Y si no trabaja o protesta, ¡sifonazo a la cara!

—¡Pero Alex...! —comencé a replicar, no queriendo comportarme de esa manera con uno de mis compañeros.

Sin embargo, antes de que empezara con mis excusas, Alex puso sobre la mesa un poderoso argumento que no pude dejar de atender.

—¡O consigues esas fotos o te despido! Tú eliges.

—Se aprieta aquí, ¿verdad? —pregunté antes de alejarme, decidida a hacer mi sueño realidad aunque para cumplirlo tuviera que fastidiar a todos los demás.

* * *

Varias horas después, tras vaciar unos cuantos sifones, al fin Bianca pudo entregarle a Alex esas fotografías y sonreír ante la primera felicitación que recibía por un trabajo bien hecho.

Durante los siguientes días, se preparó para hacer un viaje sin saber muy bien el lugar al que la llevaría su jefe con el fin de organizar una nueva boda, aunque, ¿para qué estaban las amigas si no era para imaginarse situaciones ridículas y meterle el miedo en el cuerpo?

—Es obvio: el destino de ese viaje es su cama —opinó Kelsie cuando su amiga le comentó su apremiante viaje a través de una videollamada que compartían con Penny.

—¡No seas ridícula! —replicó Bianca—. Desde que nos acostamos, Alex no ha vuelto a insinuárseme, y quedó bien claro que ambos éramos demasiado distintos como para mantener cualquier tipo de relación, especialmente si debíamos trabajar juntos. ¿Tú qué opinas, Penny?

—Que Alex quiere volver a acostarse contigo y es más que evidente que en ese viaje te lo va a proponer.

—¡Otra! ¿Se puede saber qué demonios os lleva a pensar esa estupidez?

—¡Que aún no te ha despedido! —respondieron Kelsie y Penny al mismo tiempo.

—Mira, Bianca: es demasiado extraño que, después de tu última cagada, en lugar de ponerte de patitas en la calle te proponga un viaje... —insistió Kelsie, queriendo abrir los ojos de su crédula amiga.

—Lo que pasa es que ese hombre tiene un gran corazón, a pesar de todo, y al final se ha dado

cuenta de que este trabajo es el sueño de mi vida, así que no lo quiere romper.

—Por lo que nos has contado, ese tipo es un cínico consumado. No me cabe en la cabeza que tenga «un gran corazón», y aún menos que lo utilice con una persona que ha errado dos veces de forma importante —señaló Penny, haciéndole recordar cada uno de sus fracasos.

—Bueno, mis trabajos no fueron tan terribles, ¿verdad? —preguntó Bianca, consiguiendo que sus amigas desviarán la mirada, hasta que Kelsie se mostró como siempre: cruelmente sincera.

—En fin..., digamos que todo lo que haces tiene que ser a lo grande, incluso tus pifiadas.

—¡Pero en el tiempo que llevamos trabajando juntos Alex no se me ha insinuado ni una sola vez! —se quejó Bianca, intentando negar lo que para sus amigas era más que evidente.

—Cariño, es obvio que está esperando el momento adecuado... —declaró Penny, para que luego Kelsie añadiera:

—Ese viaje...

—¡Me estáis poniendo muy nerviosa ante algo que estoy totalmente segura de que no va a ocurrir!

—¿Y si ocurre? ¿Qué harás entonces? —preguntó Penny a su alterada amiga.

—No lo sé.

—Tienes dos opciones —intervino Kelsie—: si te sigue gustando, te acuestas con él, y, si no, corres como una posesa, te llevas el coche y lo dejas tirado para darle una lección. Hagas lo que hagas, no te olvides de contárnoslo todo, porque seguro que la lías parda y no quiero perderme ningún detalle de cómo acaba la cosa con ese tipo.

—Para vuestra información, dudo mucho de que ocurra algo como eso en este viaje..., y tengo claro que, si ocurriera, ¡no pienso llamaros por nada del mundo! —exclamó Bianca, poniendo fin a esa videollamada que no le había servido para tranquilizarse, sino para ponerse aún más nerviosa, principalmente a causa de algo que era imposible que sucediera entre su jefe y ella..., aunque ya había ocurrido en una ocasión.

«No..., es del todo imposible que Alex quiera volver a acostarse conmigo», se dijo mientras terminaba de hacer el equipaje, aunque no pudo evitar que las dudas que sus amigas habían metido en su cabeza la acompañaran en el viaje.

* * *

—¡Alex quiere acostarse conmigo! —les dije a mis amigas en otra videollamada, bastante alarmada, cuando llegamos a la playa y él se acercó a la orilla y comenzó a quitarse la ropa, una ropa que me iba arrojando sin explicación alguna.

—¿Se te ha insinuado? —preguntó Penny.

—No.

—¿Te ha dicho directamente que quiere volver a acostarse contigo? —inquirió Kelsie, decidida a averiguar el porqué de mis sospechas.

—No.

—¿Entonces? —preguntaron las dos al unísono, cuestionando mis motivos de preocupación.

—¡En cuanto hemos llegado a la playa en la que hemos quedado con nuestros clientes ha empezado a quitarse la ropa y a lanzármela!

—¡No jodas! ¿Y qué hace ahora? —preguntó Kelsie, muy interesada en la imagen que les mostraba: Alex, en bolas, realizando estiramientos en la orilla de la playa.

—Está haciendo estiramientos en pelotas... ¡¿Qué hago?! —pregunté muy nerviosa, totalmente segura de que en esa ocasión no podía haber ningún malentendido y mi jefe quería volver a acostarse conmigo.

Y mientras mi teléfono seguía apuntando hacia Alex, Penny me advirtió:

—¿Te has dado cuenta de que en la orilla hay una pareja hablando con Alex y también están desnudos?

—¡Mierda, Bianca, sal corriendo! ¡Alex no quiere simplemente acostarse contigo, sino montar una orgía! —exclamó Kelsie, dejándome de piedra y haciendo que mi dedo resbalara y cortara la llamada.

—¡Bianca, ven! ¡Tengo que presentarte a unas personas! —gritó Alex desde la orilla en ese momento, haciéndome señas para que me acercara.

Pero yo, ignorando sus gestos, seguí el consejo de mis amigas y salí corriendo del lugar cargando con su ropa, donde debían de estar las llaves de su coche.

Cuando me encontré lo bastante lejos de él, al fin pude respirar tranquila y revisar los mensajes de mis alarmadas amigas, que me daban su apoyo y preguntaban dónde estaba para venir de inmediato a por mí, o a por el tipo, si había llegado a tocarme un pelo.

También tenía un mensaje de Alex que ignoré hasta que terminé de calmar a mis amigas. Cuando al fin me atreví a abrir el mensaje de mi jefe, vi que me había mandado la fotografía de un cartel que había en la playa y que rezaba PLAYA NUDISTA. A continuación, me enviaba un mensaje de voz donde me aclaraba la situación.

—Aquí es donde se celebrará la boda que tenemos que organizar, así que, si no te importa, vuelve con mi ropa y con mi vehículo: los necesitaré para cuando termine de hablar con los novios y decida volver a casa. Tú puedes esperar en el coche, donde, definitivamente, tendremos que hablar —me dijo, haciendo que me enfrentara a esas palabras que tanto temía y que últimamente no dejaban de perseguirme en mi nuevo trabajo, lo quisiera yo o no.

Capítulo 7

—¿Se puede saber en qué estabas pensando al salir corriendo de esa manera? ¿Estabas pensando en algo siquiera? —preguntó Alex, confuso y enfadado por la reacción de su ayudante mientras recuperaba sus ropas de manos de Bianca y comenzaba a vestirse.

—¿Puedes...? ¿Puedes vestirme antes de que hablemos? —inquirió ella avergonzada, tapándose los ojos para evitar ver la desnudez de Alex, un gesto ante el cual él sonrió, ya que resultaba inútil si los dedos permanecían separados y Bianca espiaba entre ellos.

—Ya me has visto desnudo antes, así que no sé dónde está el escándalo o la vergüenza —declaró él despreocupadamente tras ponerse los pantalones, haciendo que Bianca dejara de mirarlo a través de los dedos de sus manos para pasar a mirarlo directamente a él o, mejor dicho, sus pectorales, ya que aún no había terminado de abrocharse la camisa.

Dispuesto a burlarse de esa dulce chica y de esa refrescante inocencia que no había conocido en otra mujer que no fuera ella, Alex se acercó a su ayudante con la camisa abierta. Y cuando ella intentó alejarlo poniendo una mano sobre su pecho, con la que de manera inconsciente, en vez de apartarlo, comenzó a acariciarlo distraídamente, Alex al fin cayó en la cuenta de por qué esa mujer había huido de él.

—¡Ah! No pensarías que iba a pedirte que te acostaras conmigo, ¿verdad? —preguntó, provocando que Bianca apartara rápidamente la mano y agachara la cabeza avergonzada, dándole así una respuesta a sus dudas. No obstante, Alex insistió con sus preguntas, queriendo saber por qué Bianca había huido con sus ropas y su coche en vez de enfrentarse a él como haría una mujer adulta—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando cuando saliste corriendo?

—Que querías...

—¿Qué crees que quería? —susurró Alex sensualmente junto a su oído, aprovechando la oportunidad de meterse un poco más con esa inocente chica que siempre lo llevaba a ser más malo de lo que en realidad era, solo para comprobar hasta dónde llegaba esa inocencia.

Y al fin él recibió una respuesta que resolvió todas sus dudas, a pesar de que esta fuera la más ridícula que había oído en toda su vida.

—¡Que querías proponerme una orgía! —manifestó Bianca, avergonzada por su error, consiguiendo que Alex prorrumpiera en carcajadas—. ¡No me contaste lo que debíamos hacer aquí, sino que simplemente comenzaste a quitarte la ropa en cuanto llegamos y, luego, de repente apareció otra pareja desnuda por la playa! ¡¿Qué narices quieres que pensara?! —añadió ella, bastante enfadada por las carcajadas de Alex.

—Bianca, yo nunca mezclé el trabajo con el placer. Y aunque nos acostáramos antes de saber

que trabajaríamos juntos, creo que a ambos nos quedó claro que eso no volvería a pasar nunca. Y no porque no me atraigas, sino porque somos demasiado diferentes: tú buscas ese sueño que reclama un «para siempre» y yo el que anuncia «solo para un rato». Y aunque soy un cabrón consumado en muchos aspectos, no me gusta hacer llorar a una mujer —declaró él, intentando dejarle claro a esa chica el motivo por el que no volverían a acostarse, aunque, mientras lo hacía, su mano recolocaba cariñosamente uno de los mechones sueltos del cabello de Bianca, desmintiendo un poco ese tajante «nunca».

—Lo siento. Siento haber pensado tan mal de ti... —se disculpó ella, alzando su inocente mirada mientras seguramente comenzaba a pensar bien de su jefe.

Y al no querer que esa mujer volviera a soñar con él, Alex no tardó en devolverla a la realidad con sus palabras.

—No te preocupes: ya me lo compensarás. Bueno, cambiando de tema, ¿has pensado ya qué vas a ponerte para esta boda nudista? Porque me falta una dama de honor y tendrás que sustituirla.

Los remordimientos que Bianca había mostrado en su rostro por haber pensado mal de Alex desaparecieron cuando entendió cuál sería su papel en esa boda, tras lo que pasó a maldecirlo, sobre todo al caer en la cuenta de cuál sería la vestimenta que debería llevar en una boda nudista.

—¿Qué? ¿Yo? ¡No!

—Lo siento, cielo, pero eres mi ayudante y esta es la boda que tenemos que organizar. Si no te sientes preparada para realizar tu trabajo, ya sabes dónde está la puerta.

—Tú... tú quieres despedirme, ¿verdad? —preguntó Bianca como un cervatillo asustado, aunque luego Alex la hizo saltar como una fiera cuando le contó la verdad, mostrándole lo cabrón que podía llegar a ser con ella o con cualquiera que se interpusiera en su camino.

—No..., lo que quiero es que seas tú quien se vaya, porque, si te despido, Kara no me pondrá una nueva ayudante. Pensaba hacerte la vida imposible, pero parece que no hará falta, ya que los trabajos que me asigna Kara son bastantes jodidos y, de por sí, ellos solos espantarían a cualquiera. Sobre todo a una mujer tan soñadora e ingenua como tú.

—¡No pienso renunciar a mi sueño de ser organizadora de bodas! —exclamó Bianca enfrentándose a ese hombre que se ajustaba en ese momento la corbata y eliminaba así cualquier posible distracción que pudiera afectarla—. Además, alguna vez te tocará un evento normal, ¿no? —preguntó esperanzada con realizar el tipo de románticos eventos con los que siempre había soñado. Pero cuando la respuesta de Alex a su pregunta fueron unas enormes carcajadas, la esperanza se esfumó del rostro de Bianca—. ¿Has terminado ya? —preguntó bastante molesta al ver que pasaban los segundos y las carcajadas no finalizaban.

—Sí, perdona, pero esta es mi respuesta habitual a ese tipo de preguntas. Bueno, cambiando de tema: creo que lo mejor sería quedarnos esta noche en un hotel, ya que mañana a primera hora tengo que revisar algunos detalles con los novios. No obstante, si aún crees que no podrás resistirte a mis encantos y acabarás en mi cama, siempre podemos volver a casa de inmediato,

pero en ese caso acabaríamos durmiendo solo un par de horas. Tú decides, sin presiones: solo recuerda que tenemos que organizar esta boda y luego revisar los preparativos de otras dos.

—Humm... Creo que ahora que ha quedado claro que he cometido un error...

—Un gran error... —dijo Alex, interrupción que Bianca ignoró.

—... podemos volver a mantener una relación estrictamente profesional que yo no malinterpretaré de nuevo. Es evidente que no sientes la menor atracción por mí y que aquella ocasión en la que nos acostamos fue solamente un momento de locura incitada por la barra libre de aquella boda —declaró Bianca despreocupadamente, intentando concederle la menor importancia posible a una noche que no había podido olvidar.

No obstante, para su desgracia, eso fue algo que Alex no permitió al acercarse peligrosamente a ella, aunque sin acorralarla entre sus brazos, para confesarle al oído con un sensual tono de voz que la hizo estremecer:

—¡Oh! No te equivoques, Bianca: me atraes mucho, de un modo que nunca antes me había sucedido con ninguna otra mujer. A cada instante me tientas a tratar de corromper esa inocencia tuya, tanto dentro como fuera de la cama.

A continuación, alejándose de ella, Alex miró esos ilusionados ojos y, una vez más, rompió todos los sueños que Bianca pudiera albergar con respecto a él:

—Pero no lo haré, porque tú sueñas a lo grande con el amor y para mí ya hace mucho que ese sueño se esfumó. Yo nunca podría formar parte de tus fantasías románticas, por lo que prefiero mantener las distancias contigo, aunque te desee, para no romperte el corazón...

Sus emotivas palabras consiguieron que Bianca profiriera uno de esos suspiros románticos con los que las mujeres le concedían un papel de protagonista trágico, por lo que se apresuró a añadir uno de sus comentarios para seguir siendo un canalla a sus ojos.

—Pero, claro, si no puedes resistirte a mí, nunca voy a rechazar un polvete... y, si quieres, llamamos a la pareja de la boda y cumplimos tu sueño de hacer una orgía... —finalizó Alex burlándose de Bianca y de sus errores, consiguiendo que su ayudante le contestara con una airada mirada antes de enfilar hacia el coche.

Y como no deseaba volver a quedarse en tierra, la siguió apresuradamente mientras se preguntaba cuántos errores más podría cometer al seguir a la mujer que, poco a poco, se estaba haciendo un hueco en su duro corazón.

* * *

Bianca sabía que lo más importante para no volver a acostarse con Alex era mantener las distancias. Ese hombre, definitivamente, no era su príncipe azul. Nunca podría ser su «para siempre»: él ni siquiera era de los que mantenían una relación. No obstante, en ocasiones podía comportarse como el hombre con el que siempre había soñado y, aunque el resto del tiempo seguía siendo un canalla consumado, era en esos instantes en los que mostraba lo mejor de sí

cuando ella se sentía tentada de caer de nuevo entre sus brazos y acercarse para descubrir cómo era en realidad, así como para averiguar por qué podía ser tan dulce con ella y se mostraba tan amargo con respecto al amor.

Su esperanza de mantener las distancias con Alex se esfumó en cuanto se enteraron de que la celebración de un festival musical por la zona los obligaría a compartir una habitación doble, pues escaseaba el alojamiento. Por ello, queriendo dejar claras las reglas entre ellos para que no surgieran más malentendidos con los que su corazón se ilusionara, Bianca intentó exponer su postura en el estrecho ascensor del hotel antes de llegar a su habitación.

—Para evitar nuevos malentendidos entre nosotros, creo que deberíamos dejar algunos puntos claros antes de entrar en esa habitación. Cada uno debería tener su propio espacio personal, así que dividiremos la habitación con una línea imaginaria que...

—Que yo me pasaré por el trasero, pero continúa con tu discurso si eso te hace feliz.

—¡No quiero que haya más malentendidos ni cuchicheos en la empresa que sugieran que nos acostamos!

—Pero, Bianca, es que resulta que nos acostamos.

—¡Eso fue antes de conocerte! Y es una experiencia que, definitivamente, quiero olvidar.

—¿Te arrepientes de haberte acostado conmigo? —preguntó Alex, acorralándola contra las paredes del solitario ascensor para que ella no pudiera evitar su mirada y solo le dijera la verdad.

—Por supuesto —contestó Bianca sin atreverse a mirarlo a los ojos, haciendo más que evidente su mentira para luego añadir enfrentándose a él—: ¿Acaso tú no te arrepientes de haberte llevado a la cama a una chica que cree en esos sueños de amor que tú solo contemplas con cinismo?

—Yo no me arrepiento de nada, cielo. Aquella noche me llevé a la cama a una atractiva y apasionada mujer cuyas marcas en mi espalda tardaron en desaparecer, a una impetuosa chica que me gustaría volver a tener entre mis brazos —confesó Alex, alzando el rostro de Bianca para que no esquivara su mirada una vez más—. Que esa chica tuviera unas ideas contrarias a las mías en lo referente al amor no es lo que me aleja de ella, sino la posibilidad de lastimar su tierno corazón... —señaló para, a continuación, acercar su rostro al de Bianca.

Y, cuando ella ofrecía ilusionada sus labios con la idea de un beso, sintió cómo los de Alex besaban solamente su frente, manteniendo las distancias que ella misma había insistido en conservar frente a un hombre ante el cual su corazón insistía en rendirse, a pesar de que no era el más adecuado para soñar.

—¡Vaya! Creo que el ascensor se ha averiado —dijo Alex después de alejarse de ella y ver cómo las puertas no se abrían, a pesar de haberse parado.

—No puede ser... —musitó Bianca preocupada, comenzando a respirar con dificultad.

—Tranquilízate. Intentaré contactar con el teléfono de emergencia para que nos saquen de aquí —manifestó él, apretando un botón que había en el panel del ascensor con el que no tardó

en comunicarse con el exterior, aunque solo fuera para recibir una respuesta nada eficiente del empleado.

»¿Cómo que tardarán una hora?! ¡Oiga, tengo a una chica en el ascensor que muestra todos los síntomas de un ataque de claustrofobia, así que quiero que arregle este trasto lo más rápidamente posible!

—Lo más rápido es una hora, caballero...

—¡Pues le aconsejo que lo arregle en menos tiempo si no quiere vérselas conmigo y con una demanda!

—Intentaré arreglarlo lo más rápidamente que pueda, pero ya se sabe con esos trastos antiguos: hay que tratarlos con cuidado. Mientras tanto, encuentre algo con lo que distraerse para que la espera no sea tan larga —anunció ese fastidioso hombre antes de colgar.

—¡Estamos encerrados en un pequeño cubículo sin apenas cobertura telefónica! ¿Qué quiere que hagamos? —protestó Alex inútilmente, para luego dirigir su mirada hacia Bianca, que comenzaba a respirar con dificultad—. ¡Mierda! Será mejor que te quites la chaqueta y te desabroches un poco la blusa, para que respire mejor —le aconsejó. Y cuando vio cómo los dedos de la joven se movían con dificultad para desabrochar esos botones, Alex lo hizo por ella.

Luego, ante su asombro, la cogió en brazos tratando de que olvidara sus miedos por unos momentos y, sentándose en el suelo, la colocó entre sus piernas, convirtiéndose en el apoyo que ella necesitaba en esos instantes.

—Recuéstate en mí y respira —le ordenó con suavidad, haciendo que Bianca apoyara la espalda contra su duro pecho, permitiéndose así romper las distancias que ella quería marcar—. Distrae tu mente con algo que te guste. Cuéntame..., no sé... ¡Ah, ya! Cuéntame cómo es... tu boda ideal —le pidió con desgana, haciéndola sonreír.

—A ti no te gusta hablar de esos temas —respondió Bianca, dejando por unos momentos sus miedos atrás al tiempo que se centraba en el complicado hombre que la abrazaba—. Mi boda ideal es una en la que haya amor. En la que la novia brille y se convierta en esa princesa de cuento de hadas que siempre quise ser de pequeña, en donde la magia surge en la pareja, en la que ambos estarían dispuestos a darlo todo por el otro... ¿Y la tuya? —preguntó a continuación ella, intrigada por la respuesta que le daría ese hombre.

Y, sin permitir que Bianca se volviera para que viera en su rostro si sus palabras eran ciertas o no, Alex la apretó entre sus brazos mientras le confesaba al oído:

—Una vez soñé con una boda como la que cuentas..., aunque, por supuesto, yo nunca había querido ser una princesa —añadió tras sus serias palabras, haciéndola sonreír—. Pero ese amor incondicional es algo que siempre quise ver en una boda.

—¿Y qué pasó? —preguntó Bianca, intentando entender por qué una persona con esos sueños había acabado siendo el cínico hombre que la abrazaba en esos momentos.

—Que crecí y mi sueño se rompió —declaró Alex, tras lo cual ella alzó su mano para acariciar ese serio rostro que le decía la verdad, aunque no toda—. No comiences a soñar

conmigo, Bianca: yo no soy de los que se enamoran —concluyó, besando cariñosamente la mano que acariciaba su rostro antes de apartarla de él.

Y, antes de que pudieran establecer una distancia entre ellos, la luz del ascensor se apagó, incluso la luz de emergencia, dejándolos en una completa oscuridad.

—No te preocupes. Seguro que eso significa que están trasteando con el cableado para volver a ponerlo en marcha. Muy pronto estaremos descansando en nuestra habitación —comentó Alex, intentando tranquilizar a la cada vez más nerviosa chica que tenía entre sus brazos.

—Necesito luz, no soporto la oscuridad desde que me quedé atrapada en un viejo baúl de mi abuela mientras jugaba al escondite con mis amigas —declaró Bianca, que volvía a respirar aceleradamente.

—Vale, cálmate. Las linternas de nuestros móviles iluminarán lo suficiente este trasto como para que no tengas miedo —dijo él mientras, sin dejar de abrazar a esa asustada mujer, revisaba sus bolsillos—. ¡Mierda! No tengo batería, ¿y tú? —preguntó, tras lo cual ella se apresuró a buscar nerviosamente en su bolso—. Vaya..., está en el mínimo, así que solo nos servirá para unos minutos —declaró Alex, iluminando tenuemente el lugar.

—Demasiadas llamadas de mis amigas —se quejó Bianca, intentando no pensar ni en el encierro ni en la oscuridad mientras un hombre que decía no preocuparse por nadie lo hacía por ella.

—Seguro que encuentro algo con lo que pueda distraerte para que no pienses en esta situación —dijo Alex mientras rebuscaba de nuevo en sus bolsillos—. ¡Ah! Creo que esto puede servirnos, siempre llevo algunos conmigo y en esta ocasión has tenido suerte —comentó al tiempo que sacaba de su bolsillo un ristra de condones.

—Sé que quieres distraerme de alguna manera, Alex, pero no voy a acostarme contigo para olvidar mi claustrofobia... —respondió ella ofendida mientras él la asombraba al sacar un preservativo de su envoltorio y, tras ponerlo bajo la linterna del móvil durante unos segundos, conseguía que se iluminara. Luego lo infló como si de un globo se tratase y, con una sonrisa irónica, se lo ofreció a Bianca, haciendo que esta se mordiera la lengua por sus palabras.

—¿Así que estos globitos fluorescentes que me compraste se pueden utilizar para otras cosas? —preguntó Alex riéndose de ella, haciendo que Bianca se lo arrancara de las manos.

—Perdona —se disculpó ella sin saber por qué siempre pensaba lo peor de ese hombre.

—Voy a inflar un par más y apagamos la linterna del móvil para poder utilizarla más tarde si nos hace falta. ¿Estarás bien?

—Por supuesto: tengo en mis manos algo que ilumina mis momentos más felices, así que nada puede salir mal, ¿verdad? —repuso Bianca, recitando parte del eslogan de esos preservativos fluorescentes—. Por cierto, ¿has utilizado ya algunos de los que te compré?

—Estos son los primeros, y, créeme, esta no es la forma en la que había pensado utilizarlos. ¿Acaso pretendes preguntarme si me he acostado con alguien más desde que nos conocimos? —dijo Alex con una seductora sonrisa.

—Eso es algo que no me incumbe —contestó Bianca, desviando la mirada al recordar que, si quería marcar una distancia prudencial con ese hombre, su vida privada no le concernía en absoluto.

No obstante, él susurró pecaminosamente junto a su oído:

—Desde que me acosté contigo he estado demasiado ocupado como para hacerlo con nadie. Además, aún no he podido olvidarme de la mujer que tuve entre mis brazos aquella noche, aunque ella parezca haberlo hecho con gran facilidad solo porque no me parezco al hombre de sus sueños.

—Aquella noche tan solo fue un error que no volverá a ocurrir —manifestó Bianca, sin saber si estaba pronunciando esas palabras para Alex o para sí misma, para no caer de nuevo en la tentación.

—¿Por qué? —preguntó él, negándose a ver las complicaciones que podría haber en el hecho de que dos personas tan distintas mantuvieran una relación.

—Porque somos totalmente opuestos.

—Y, sin embargo, eso no impidió que nos acostáramos en una ocasión.

—Eso se debió a que no nos conocíamos.

—¡Ah, claro! Y ahora que me conoces, ya no te sientes tentada de volver a acostarte conmigo, ¿verdad? —preguntó Alex, haciendo que Bianca dudara de su respuesta y esquivara su mirada porque la verdad era que, a pesar de lo distintos que podían llegar a ser, ella sentía deseos de volver a acostarse con él—. Tienes miedo de responderme, ¿a que sí? Por lo visto, mucho más miedo que a la oscuridad o al encierro —añadió Alex, mostrándole que, mientras ellos habían estado hablando, las luces habían vuelto a encenderse y el ascensor estaba de nuevo en marcha sin que ella se hubiera percatado.

Tras levantarse del suelo, Alex le ofreció una mano. Después de ayudarla a levantarse, señaló los inusuales globitos fluorescentes que sujetaban y propuso:

—Será mejor que nos deshagamos de ellos.

Utilizando sus llaves, Alex hizo explotar los condones hinchados antes de que las puertas se abrieran y el encargado de mantenimiento, que se había tomado su tiempo en sacarlos del ascensor, anunciase al ver sus desarregladas ropas y los restos de preservativos que había en el suelo:

—Veo que finalmente encontraron algo con lo que entretenerse...

—Son condones fluorescentes. Nos han servido para iluminar el ascensor mientras permanecíamos a oscuras debido a que nuestros móviles se encontraban casi sin batería —expuso Bianca.

—Sí, claro —replicó el hombre con una sonrisita socarrona mientras desnudaba a la joven con la mirada, haciéndola encogerse de incomodidad ante su grosero gesto.

Y, para el asombro de Bianca, Alex, que mantenía su eficiente porte en todo momento, perdió la paciencia al oír esas palabras y acorraló a ese tipo de sucia mirada contra la pared para

susurrarle amenazadoramente al oído:

—Solo un ser despreciable se aprovecharía de una chica que está sufriendo un ataque de pánico en un ascensor. Yo no soy de esos, aunque, por lo visto, puede que usted sí lo sea.

A continuación lo soltó con un gesto de desprecio antes de dejarlo sin respiración con su antebrazo, y, tras recoger los restos de los condones y tirarlos a la papelera, se disculpó por algo de lo que no era responsable, convirtiéndose una vez más en un hombre del que Bianca podía llegar a enamorarse.

—Perdona por los rumores que puedan surgir sobre nosotros, sé que es algo que no quieres y que yo intentaré desmentir. En cuanto a la habitación, respetaré tu espacio —dijo mientras abría la puerta.

—¿Quieres que te responda a la pregunta que me has hecho en el ascensor? —preguntó Bianca a su espalda, haciendo que Alex cerrara los ojos, sin decidirse a entrar en la habitación.

—No, porque entonces me sentiría más tentado de lo que ya estoy de intentar seducirte. Porque, aunque tú seas ese tipo de chica inocente con la que siempre me prometí a mí mismo que no me acostaría, ahora que lo he hecho no puedo olvidarlo con facilidad.

—Entonces... tendré que seducirte yo —contestó Bianca con voz sugerente.

—¿Aunque sepas que en nuestra historia no hay ningún «para siempre»? —preguntó él, dispuesto a dejarle claro en esa ocasión las reglas de esa noche, en la que hablaba el deseo y no el amor.

—Te deseo —susurró ella en su oído, haciendo que Alex se adentrara en la habitación sin importarle demasiado que sus reglas le hubieran quedado claras o no a esa mujer a la que no podía seguir resistiéndose.

* * *

Finalmente, quien había roto las distancias con Alex había sido yo. Sabía que ambos veíamos el mundo de distinta manera, que él no me había prometido una relación, ni siquiera un día más allá de esa noche, pero mi estúpido corazón jamás se había acelerado con otro hombre tanto como lo hacía con él.

Mi mente racional me decía que se trataba de una pésima idea que volviéramos a acostarnos, cuando yo buscaba amor, y él, sexo. Pero mi corazón me decía que me arriesgara, porque no todas las historias de amor comenzaban con un «para siempre».

En cuanto entramos en la habitación, Alex cerró la puerta. Y, sin dejar espacio a más dudas entre nosotros, me cogió entre sus brazos y, alzándome sobre su cuerpo, reclamó mis labios con ese beso que él no se había permitido darme hasta entonces ni yo a pedírselo, pero que ambos deseábamos.

Su boca devoró la mía como la de un hombre hambriento. Su lengua buscó la mía, exigiendo mi respuesta, y cuando se la di con dubitativa dulzura, él gimió como si me hubiera añorado.

Mientras me avasallaba con sus besos, sus manos apretaban con fuerza mi trasero, uniéndome más a él para que sintiera la dura evidencia de su deseo.

—¡Dios! ¡No sabes cuánto te he echado de menos, ni cuánto me molestó que quisieras olvidarte de esa noche que yo no puedo borrar de mi memoria! —me susurró al oído antes de llevarme hasta la cama más cercana.

Sentándose sobre ella, me acogió en su regazo, me despojó de mi chaqueta, y, antes de que comenzara a desabrochar mi blusa, me permití levantarme para quitarle las gafas, la corbata y para alborotar el rígido peinado que solía llevar, para hacer aparecer ante mí al hombre de verdad en lugar del que aparentaba ser ante sus clientes.

Alex sonrió complacido por mis acciones, y, cuando terminé de desordenar sus cabellos a mi gusto, se hizo con una de mis manos, la besó con cariño y tiró de mí para que regresara a su regazo colocándome a horcajadas sobre él, momento en el que comenzó a desabrochar mi blusa mientras buscaba a cada instante mi mirada, asegurándose de que yo no me alejaría de él.

Cada vez que desabrochaba uno de los botones, sus dedos rozaban mi piel, haciéndome estremecer de placer y acercarme más a esa mano que me hacía arder. Cuando la blusa estuvo abierta por completo, sus manos abarcaron mi cintura, tocando directamente mi piel, y subieron lentamente por mi cuerpo, marcándolo con sus suaves caricias.

—Quiero volver a recordar el sabor de tu cuerpo —dijo Alex lamiendo mi cuello—, de tu boca... —continuó rozando sutilmente mis labios, haciéndome anhelar un beso—, y marcar egoístamente tu piel para que, si mañana quieres olvidarte de mí, no te resulte fácil dejarme atrás —continuó susurrando sobre mi piel, para luego pasar a marcarla justo encima de uno de mis senos mientras sus hábiles manos desabrochaban mi sujetador.

Yo deseé rebatir sus palabras, decirle que no me había podido olvidar de él. Pero no sabía si pronunciar esas palabras que tal vez serían un tremendo error, así que, simplemente, me limité a gemir su nombre cuando sus manos bajaron con brusquedad mi blusa, apresando mis brazos, y su boca rozó mi piel con los dientes antes de deleitarse con la vista de mis turgentes senos, haciendo que me retorciera de impaciencia entre sus brazos.

Alex acercó lentamente su rostro a mis senos, y, soltando su aliento frente a ellos, confesó haciéndome estremecer:

—Te deseo.

Mi respuesta a sus palabras fue intentar tocarlo y acercarlo a mí, pero como mis manos permanecían atrapadas por mi blusa, me arqueé acercando mis pechos a su traviesa boca, que dibujó una maliciosa sonrisa antes de comenzar a devorarlos.

—Provocadora...

Sus labios besaron con delicadeza uno de mis senos hasta llegar a mi enhiesto pezón, que anhelaba con impaciencia los mimos de sus labios. Jugando maliciosamente conmigo, Alex lo acarició una y otra vez con ellos, con su lengua, e incluso lo rozó atrevidamente con los dientes,

castigando mi paciencia. Mientras tanto, su mano agasajaba mi otro seno, sus dedos rodearon mi pezón y lo acariciaron, haciéndome gemir.

Yo me retorcí excitada entre sus brazos y me arqueé exigiendo más. Decidiendo no quedarme quieta ante el deseo que Alex me mostraba, me mecí sobre él buscando con mi ardiente sexo su dura erección.

—Impaciente... —susurró él entre mis pechos antes de alzar bruscamente las caderas para que yo encontrara el contacto que buscaba, y en cuanto sentí su duro miembro, gemí a causa del placer.

Luego Alex me hizo gritar cuando su boca succionó uno de mis senos y sus dedos pellizaron castigadoramente el otro, tras lo que me retorcí entre sus brazos al no poder alejarme de ese avasallador placer, causando que sus caricias se volvieran más exigentes y que la mano que permanecía en mi espalda sujetando mi blusa para que no me deshiciera de ella se deslizara hacia mi trasero, señalando el ritmo que debían seguir mis caderas cuando me rozaba contra su duro miembro.

—Alex..., quiero... tocarte —protesté cuando el placer me embargaba, queriendo reclamarlo con mis caricias como él hacía conmigo en esos instantes, marcando mi piel con sus besos.

—Tus caricias son demasiado dulces y muy difíciles de olvidar —me susurró al oído. No obstante, sus manos se deslizaron lentamente por mis hombros, y, despojándome de la blusa y del sujetador, me ordenó—: Ahora te toca a ti desvestirme, ya que mis manos estarán demasiado ocupadas para hacerlo.

Con gran nerviosismo y torpeza, desabroché su camisa trabándome un poco en los botones. Él se limitó a sonreírme complacido mientras yo, demasiado avergonzada, no sabía cómo terminar lo que había empezado. Finalmente, harta de todos esos malditos botones diminutos, abrí de un tirón su camisa, haciendo que saltaran algunos por la habitación.

—¡Cuánta impaciencia por tocarme cuando eres tú quien insistía en mantenerse alejada de mí! —manifestó él con tono burlón.

Y, antes de que me arrepintiera de mis desvergonzadas acciones, Alex se quitó su camisa y acercó su pecho desnudo al mío para volver a reclamar mi boca, quizá buscando que no le recordara otra vez por qué había intentado mantenerme alejada de él.

Mis manos, impacientes por jugar con él de la misma forma que Alex había hecho conmigo, tantearon el botón de sus pantalones, y, tras desabrocharlo, bajé la cremallera para sacar su duro miembro de su encierro, llevándolo a gemir como protesta cuando su dureza estuvo entre mis manos.

Como respuesta a mis acciones, sus osadas manos comenzaron a subir por mis piernas, y, cuando llegaron a mi falda, la alzaron hasta mi cintura, donde ya no suponía ningún obstáculo para sus caricias.

En el momento en que sus dedos rozaron mi desnudo trasero, Alex gimió complacido al contemplar el minúsculo hilo del tanga con el que se topó. Yo abandoné su duro miembro y me

agarré a sus fuertes brazos, intentando contener esos juegos que me extasiaban y me asustaban a la vez ante la intensidad del placer que me regalaban. No obstante, decidiendo jugar conmigo una vez más, Alex tiró del fino hilo hasta hacer que el liviano encaje que cubría mi sexo se rozara contra él, proporcionándome una nueva fuente de placer.

Mientras me mecía sobre él, guiada por los movimientos de esa indecente mano que hacía que mi sexo se frotase contra la punta de su duro miembro sin piedad, la otra mano de Alex fue ascendiendo lentamente por mi espalda hasta sujetar con fuerza mis cabellos, llevándome a arquearme bajo su firme mirada, que exigió mi rendición antes de que su ávida boca reclamara nuevamente mis sensibles senos.

El goce invadía mi cuerpo, y justo cuando estaba a punto de abandonarme a él, sus manos dejaron de guiarme y me retuvieron para que no buscara mi propio placer. A continuación, Alex volvió a comenzar su tortuoso juego al tiempo que lucía una maliciosa sonrisa que señalaba que él mandaba sobre mi deseo.

—Alex... —gemí rogando para que en esa ocasión no me llevara hasta las puertas del placer para luego negármelo. Y, para mi asombro, su mano dejó de jugar con el fino hilo de mi ropa interior para pasar a rasgarlo con brusquedad de un solo tirón, eliminando la barrera que separaba nuestros cuerpos. En ese momento se detuvo para colocarse uno de los preservativos fluorescentes, alzó mi cuerpo y me hizo descender con fuerza sobre su rígido miembro.

De mi boca salió un grito de sorpresa seguido de otro de placer cuando él comenzó a moverse en mi interior. Sus manos buscaron las mías para colocarlas sobre sus hombros, a los cuales me agarré con desesperación para comenzar a seguir el ritmo que imponía ese hombre: duro, intenso, profundo, exigiéndolo todo de mí.

Mis uñas empezaron a marcar su piel cuando él aceleró sus movimientos dentro de mi cuerpo, guiando con firmeza mi trasero a la vez que alzaba las caderas para acompañarme.

Esa pasión era tan intensa que tuve miedo de perderme en ella, pero aún más de perderme en esos ojos que me buscaban, reclamándome por completo, por lo que traté de evitar esa mirada que me exigía demasiado. Alex no lo permitió, y, aumentando el ritmo de sus acometidas, me hizo sentirlo más profundamente que nunca mientras me llevaba hacia el clímax.

Unos momentos más tarde, cuando llegué al orgasmo entre sus fuertes brazos, quise gritar su nombre. Por desgracia, también quise gritar lo que estaba comenzando a sentir por él, algo que me estaba prohibido esa noche, así que me limité a abrazarlo con fuerza mientras mordía su hombro, reteniendo esas palabras en mis labios.

Ambos llegamos al clímax abrazados, negándonos a confesar que habíamos sentido algo demasiado grande como para calificarlo simplemente de sexo, pero, al no poder definirlo como amor, simplemente permanecimos sumidos en un tierno abrazo.

—Si solo es sexo, cuando terminemos no habrá ninguna palabra cariñosa —dije medio en broma, recordándole que cada vez que me acostaba con él me sentía algo perdida.

—Aún no hemos terminado, cielo: ahora vamos a hacerlo en la ducha. Y después, en algunos

lugares más de esta habitación, ya que esto no es lo suficientemente memorable como para que no me olvides... Y una cosa te puedo asegurar: cuando terminemos, no tendrás ganas de hablar —declaró él risueño mientras, sin salir de mí, se ponía de pie para llevarme hasta la ducha.

Al tiempo que me hacía sentir cómo su duro miembro volvía a la vida, no dejé de abrazarlo mientras me preguntaba cómo podíamos llamar a ese apasionado instante en el que no queríamos separarnos si nos estaba vetado definirlo como amor.

Capítulo 8

Sabía que no debería haberme acostado con Bianca. Que, aunque ella aceptara separar el sexo del amor, estaba seguro de que en su cabecita fantasiosa no lo haría y yo, desde hacía algunos años, ya no era ningún príncipe azul.

La primera vez que la vi en la boda a la que me habían invitado, ella llamó mi atención cuando comenzó a quitarse los zapatos entre todas las demás damas de honor, y me reí ante la idea de que esa cosita tan pequeña y dulce se estuviera preparando para placar al novio y evitar su huida, como más tarde hice yo. Pero, conociéndola como la conocía ahora, no tenía dudas de que lo habría hecho.

Cuando se me presentó, me sentí bastante afortunado porque una chica como ella se fijara en mí. Para mi desgracia, nunca pensé que lo haría por algo más que simple deseo, por lo que, al querer disfrutar de su dulzura y su pasión, me comporté de un modo igual de hipócrita que con mis clientes y mantuve una máscara de hombre perfecto mientras cumplía con sus deseos, fuera y dentro de la cama, por esa única noche.

A la mañana siguiente, cuando me desperté solo en la cama, volví a ser yo mismo. Y, mientras pensaba que tal vez sería peligroso encontrarme de nuevo con una mujer como ella, el destino quiso jugar conmigo al ponerla una vez más en mi camino: ante mí apareció una mujer a la que no supe cómo tratar, así que, dispuesto a revelarles cómo era en realidad para alejarla de mí, me quité mi máscara de hombre perfecto y me comporté como un absoluto cínico con respecto a aquello que ella más adoraba: el amor y las bodas.

Me molestó que quisiera olvidarme cuando yo no podía hacerlo con ella, así que actué como un malvado y le enseñé alguna de las realidades que se ocultaban detrás del glamur de una boda, donde no existían ni los sueños ni la magia que ella anhelaba, sino tan solo la obligación de cumplir con las exigencias de unos clientes... un tanto especiales.

Me reí de sus ilusos intentos de convertir todo evento en un sueño, de la torpeza que mostraba al tratar de alcanzar sus objetivos, y sonreí complacido ante la chica que se ponía una y otra vez en pie ante las dificultades que se le presentaban, sin huir de ellas ni arrojar la toalla, como seguramente habrían hecho muchos otros ayudantes más cualificados que Bianca en su primer día.

¡Cómo no iba a volver a desear a esa mujer, si era todo lo contrario de mí y me atraía como nadie lo había hecho nunca! En algunas ocasiones quería romper todos sus sueños y mostrarle la realidad, mientras que en otras deseaba arriesgarme a volver a soñar y acompañarla en alguno de ellos.

Pero lo peor de desear a una mujer que quería mantener las distancias conmigo era que, a pesar de que ahora sabía cómo era yo, a veces su dulce mirada soñadora seguía contemplándome con unas esperanzas y unas ilusiones que yo no quería darle, porque hacía mucho tiempo que no amaba a nadie ni deseaba volver a arriesgarme en el amor.

Ahora que tenía a esa dulce mujer en la cama conmigo, no sabía qué hacer. Sus ojos seguían observándome como si fuera parte de sus sueños y yo, aun sabiendo que era un error tener a Bianca entre mis brazos, me resistía a dejarla marchar.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —le dije antes de abrir los ojos, sintiendo su soñadora mirada clavada en mí.

—Es que en ocasiones pareces el hombre de mis sueños... —respondió ella observándome con admiración, por lo que no tardé en estropear sus sueños con una cínica sonrisa y mis presumidas palabras.

—Lo sé, nena: soy fantástico, tanto dentro como fuera de la cama.

—Bueno..., luego abres la boca y el sueño desaparece.

—De acuerdo. Mientras decides si soy o no el hombre que deseas, lo mejor será que nos arreglemos ya, porque tenemos una cita dentro de media hora con nuestros clientes.

—¡Mierda! ¡Me pido la ducha! —exclamó Bianca saltando de la cama desnuda y haciéndome sonreír cuando la vi correr hacia el baño.

—Veo que ya conoces la vestimenta de rigor que hay que llevar para la cita con nuestros clientes —comenté burlón, incapaz de dejar de mirar su desnudo trasero desde la cama.

Ella se volvió hacia mí con una sonrisa y un gesto grosero de su dedo corazón que me hizo reír a carcajadas. Segundos después, mientras esperaba en la cama, recibí un mensaje de nuestros clientes mediante el cual me hacían saber que llegarían tarde a nuestra cita, por lo que me tumbé y disfruté del espectáculo de contemplar cómo esa mujer trataba de ocultar su desnudo cuerpo de mí con una minúscula toalla mientras salía del baño.

—¿De verdad vamos a organizar una boda nudista?

—Sí, cielo: ese es el tipo de eventos que me suelen tocar.

—Creí que habías elegido esa boda solo para fastidiarme, ponerme nerviosa y que renunciara a mi trabajo.

—Quería que renunciaras a tu trabajo, deseaba ponerte nerviosa, pero la boda es real. Míralo por el lado positivo: el dinero que se ahorren en un caro vestuario se lo van a gastar en la celebración. Y ahora... ¿por qué no me muestras lo que llevarás a la ceremonia? —propuse con descaro, y, ante mi asombro, Bianca me siguió el juego al dejar caer su toalla, lo que hizo que finalmente me levantara de la cama.

Podría haberla llevado en brazos a la cama como a una princesa, convirtiéndome en un hombre de ensueño, pero preferí cargármela al hombro como un canalla y dirigirme hacia la ducha, siendo simplemente yo mismo.

—¡No tenemos tiempo! ¡Recuerda la cita con nuestros clientes! —protestó Bianca sobre mi

hombro, removiéndose un poco, ante lo que yo respondí mordiendo ese tentador trasero para luego comentarle antes de proseguir mi camino:

—Los novios han retrasado la cita, así que, por ahora, soy todo tuyo.

No sabía cuán en serio se tomaría Bianca mis palabras, si quería que formara parte de su vida ese perfecto sinvergüenza que era yo en lugar del hombre con el que ella soñaba, si desearía más tiempo del que yo le daba en una relación que no llegaría más allá de la cama... Pero cuando su respuesta a mis palabras fue un dulce beso en mi espalda, sentí que, sin estar preparado, estaba haciendo algo estúpido y estaba creando un hueco en mi herido corazón para esa mujer que la mayor parte del tiempo me volvía loco de deseo y durante el resto era un gran problema con el que no sabía cómo lidiar.

* * *

A pesar de mi temor a reunirme de nuevo con nuestros clientes, en esa ocasión nuestra cita tuvo lugar en un restaurante donde, gracias a Dios, todos llevábamos ropa. Esa vez, Batanie y Nelson decidieron cómo serían los adornos, las flores y las invitaciones. También organizamos la prueba de la comida del *catering*, que se ubicaría en la playa, ya que dudábamos mucho que algún restaurante permitiera que los invitados se pasearan en bolas por sus instalaciones, aunque cuando vi a Alex sopesar la elección del lugar del banquete con una maliciosa sonrisa en el rostro, supe que estaba considerando llevarlos al salón de nuestras propias instalaciones, solo para ver gritar a Kara.

Finalmente decidimos hacer tanto la ceremonia como el banquete en la playa que los novios habían reservado.

Creí que surgiría algún problema a la hora de encontrar a la persona que oficiaría la ceremonia, ya que sería difícil dar con algún juez de paz, y todavía menos un clérigo, que accediera a hacer su trabajo en pelotas, pero eso fue resuelto por los novios, lo que nos hizo suspirar de alivio. Por lo visto, uno de sus amigos era un juez de paz bastante liberal al que no le importaba qué tipo de indumentaria llevaba a la ceremonia, aunque esta consistiera solamente en una pajarita anudada en torno al cuello.

Mientras volvíamos a nuestra oficina después de un trabajo bien hecho, yo, como la eficiente ayudante que era, fui anotando las preferencias y las peticiones de los novios, hasta que me di cuenta de que mi teléfono contenía decenas de llamadas perdidas de mis amigas, y, antes de que estas llamaran a la policía o, peor aún, a mi madre, decidí contactar con ellas.

Primero lo intenté con Penny cuando paramos en un área de descanso. Ella era una persona mucho más racional que Kelsie, por lo que estaba segura que me escucharía y me comprendería, pero, como no contestó, hice de tripas corazón y llamé a la más cínica de mis amigas.

—Hola, Kelsie... —dije en un tono que denotaba mi culpabilidad.

—Te has vuelto a acostar con ese tipo, ¿verdad? —replicó mi amiga.

—¿Qué? ¡No! Bueno..., tal vez... Sí —confesé finalmente.

—Te has acostado con un cínico consumado que, por lo que nos has contado, no cree en el amor ni mucho menos en ese «para siempre», en ese final feliz que tú siempre buscas. ¿Me estás diciendo que te has ido a la cama con un tipo que es totalmente opuesto a ti y que seguramente te partirá el corazón cuando tú quieras amor y él, solamente sexo?

—Sí... —confirmé, sintiéndome culpable por ir en contra de mis sueños para perseguir solo mi deseo, pero es que Alex para mí no era solo deseo, sino el hombre que aceleraba mi corazón y me hacía desear conocerlo e intentar arriesgarme a amarlo, aunque luego me doliera.

—¡Bah! Tú misma... —dijo Kelsie antes de colgar, sin echarme ningún tipo de sermón por mis irresponsables acciones, una actitud que me extrañó... hasta que mi teléfono volvió a sonar unos minutos más tarde.

Esta vez era Penny.

—¡Pero tú eres idiota! —exclamó mi amiga en cuanto contesté a su llamada, haciéndome saber que, como yo sospechaba, Kelsie había contactado con ella.

—Hola a ti también, Penny.

—¿Cómo se te ocurre acostarte otra vez con ese hombre? Ese tipo de personas no tienen relaciones serias. De hecho, es algo que te dejó bien claro después de vuestra primera noche. Va a jugar contigo a un juego para el que no estás preparada, porque tú pones tu corazón en todas tus relaciones. ¿Se puede saber qué ha hecho ese tipo para que hayas vuelto a meterte como una idiota en su cama?

Y yo, recordando el momento en el que deseé a Alex nuevamente, contesté con sinceridad a la pregunta de mi amiga..., aunque Penny no me creyó.

—Me enseñó un condón fluorescente.

—¿Quieres dejarte de idioteces y pensar por una vez con la cabeza? Repite conmigo: «No voy a volver a acostarme con ese hombre que me romperá el corazón». Quiero que grabes esas palabras en tu cabezota y que, cada vez que te sientas tentada de volver a acostarte con él, las repitas.

—¿Y si me siento muy muy tentada? —le pregunté, sabiendo que Alex era en muchas ocasiones el hombre que me hacía soñar con el amor, a pesar de que este no creyera en él.

—¡Pues las repites veinte veces! —exclamó Penny con enfado. Luego dejó de reprenderme y pasó a preocuparse por mí—: Bianca, prométeme que lo pensarás dos veces antes de volver a acostarte con un hombre que te romperá una y otra vez el corazón. Sé muy bien cuán profundas pueden llegar a ser esas heridas y no las quiero para mi amiga —manifestó alarmada, haciéndome ver por qué me regañaba con tanta contundencia. Al oír el triste tono de su voz, supe que las palabras que me estaba diciendo a mí también se las estaba gritando a ella misma y a su roto corazón.

—De acuerdo, Penny: te haré caso —le dije, queriendo tranquilizarla.

—Tú procura concentrarte en tu trabajo e ignorar cualquiera de los gestos que haga ese

hombre y que puedas malinterpretar con algún romántico sueño de los tuyos. Recuerda que los tipos como él simplemente no creen en ellos y solo fingen hacerlo para sacar algún beneficio, como puede ser en este caso llevarte a la cama.

—No te preocupes: me concentraré en ser la mejor en mi trabajo como he hecho hasta ahora... —Y, sintiendo la reprobadora mirada con la que, seguramente, mi amiga estaba mirando el teléfono ante mi mentira, añadí—: Bueno..., en hacer mi trabajo... —A continuación oí un suspiro de desaliento de Penny que demostraba que aún no confiaba en mis palabras y finalmente me rendí—: ¡Está bien! ¡Me concentraré en no volver a cagarla en mi trabajo y en alejar a ese tipo de mi cama! ¿Vale así? ¿Crees que tendré éxito con alguno de los dos objetivos? —pregunté, recibiendo el silencio a través de la línea y un desalentador suspiro de mi amiga por toda respuesta antes de que dijera a modo de advertencia, finalizando así la llamada:

—Tú solo procura alejarte de la cama de ese hombre.

Cuando volví al coche, decidida a no decepcionar a Penny, intenté volver a establecer una fría barrera entre Alex y yo. Resolví volver a olvidarlo, actitud que él notó cuando me alejé de esa mano que trataba de colocar uno de los mechones de mi cabello suelto.

—¡Ah! Veo que el sueño ha finalizado, ¿no es así? —comentó exhibiendo su cínica sonrisa mientras cerraba su mano, que no llegó a tocarme, y la alejaba de mí—. Fue bonito mientras duró... —dijo logrando que me arrepintiera de mantenerme alejada de él, tras lo que añadió, haciendo que se esfumara mi arrepentimiento—: O tal vez solo fue sexo.

Cuando llegamos a la empresa, ambos entramos decididos a centrarnos en nuestro trabajo y, para nuestra sorpresa, este nos estaba esperando.

—¡Eh! ¡Te han asignado una boda de las gordas, Alex! ¡Un cliente que se va a gastar un pastón y te ha pedido a ti específicamente! —gritaba Buster mientras se dirigía hacia nosotros corriendo como un poseso para darnos la noticia, lo que provocó que Alex sonriera complacido, aunque su sonrisa desapareció cuando el fotógrafo anunció delante de todos, incluidos algunos clientes que estaban esperando su cita en recepción—: ¡Y es una boda normal!

Las palabras de Buster hicieron que Alex lo fulminara con la mirada y que yo comenzara a soñar con esa celebración... ¿Quién podía imaginar que, cuando empezara a organizarla, echaría de menos las alocadas ceremonias que había preparado hasta el momento?

* * *

En las bodas de ensueño que Bianca había soñado organizar nunca tendría cabida una novia que se fijaba más en el organizador que en su propio novio, una mujer que gastaba despreocupadamente el dinero de su padre en un evento para darse importancia cuando este último no era una persona adinerada, sino un humilde trabajador que había ahorrado para concederle a su hija un hermoso recuerdo que él no había podido tener en su vida.

Alice Wilkins era ese tipo de persona, una mujer ante la que Bianca había tenido que

morderse la lengua en más de una ocasión, sobre todo cuando el padre de la novia intentaba hacerle ver a su caprichosa hija que no tenía tanto dinero como para satisfacer todos sus deseos y que, sin hacerle caso, ella elegía las opciones más costosas para celebrar su boda.

Finalmente Alex, el hombre que siempre decía perseguir solo el dinero, había intervenido para convencer a la muchacha de que se decantara por una organización más sencilla pero elegante, ganándose un aliviado suspiro de parte del anciano.

—¿A que ahora preferirías estar tratando con la muñeca hinchable de Andy? —le susurró Alex a Bianca al oído, haciendo que esta sonriera después de haberla pillado con cara de desagrado al ver el comportamiento de la novia.

Pero, antes de que pudiera contestarle, Alice reclamó una vez más la presencia de Alex junto a ella, lo que hizo que su sonrisa se esfumara.

Ese gesto que en todo momento Bianca tenía que mostrar delante de sus clientes desaparecía cada vez que la novia se acercaba demasiado a Alex y, al final, queriendo hacer su trabajo con la mayor eficiencia posible, decidió meterse entre ambos con la excusa de tomar notas acerca de diversas elecciones que había que realizar para organizar la boda y se agarró a Alex como una lapa. Él respondió sonriendo complacido a Bianca mientras, frente a la mirada furiosa de la novia, seguía tratando de hacer su trabajo.

La caprichosa mujer, al ver que alguien se inmiscuía en sus planes, que parecían tener poco que ver con preparar su propia boda y más con acaparar la atención del hombre que debía organizársela, no dejó de quejarse por todo, convirtiéndose en un gran dolor de cabeza para cuantos la rodeaban.

Al final, consciente de la incomodidad de los presentes, Alex fijó un nuevo día para que la novia pudiera continuar eligiendo cómo quería que fuera su evento, y, mientras se despedía de la pareja con amabilidad, se percató de que John Wilkins, el padre de la novia, comenzaba a marearse.

Tan rápido y eficiente como de costumbre, Alex se apresuró a convertirse en el apoyo de ese hombre y lo condujo por los jardines hasta una mesa, donde le ofreció un asiento a la sombra antes de proceder a servirle un vaso de agua fresca con la que apaciguar el sofoco que parecía haber sufrido el anciano.

Mientras Alex atendía a John, Bianca intentó tranquilizar a la novia, pero, para su asombro, en vez de preocuparse por su padre, Alice se dedicaba a reprenderlo, provocando que a Bianca le faltara poco para acabar estropeando otra boda, esta vez por insultar a la novia.

—¡Papá, no puedo creer que te hayas puesto malo en este preciso momento! ¡Siempre me lo estropeas todo! Espero que para mi boda te tomes tu medicación y no me fastidies mi gran día con alguno de tus achaques.

—¡Usted es una hija...!

Pero, antes de que Bianca terminara de pronunciar su exaltada frase contra esa egoísta mujer, una mano tapó su boca mientras le atribuía bonitas palabras que ella nunca dedicaría a una arpía

como esa, ni siquiera por su trabajo.

—Es evidente que lo que mi ayudante quiere decir es que es usted una hija... muy preocupada —se apresuró a intervenir Alex, sin dejar de tapar esa insolente boca que protestaba por sus halagadoras palabras—. Si le concede unos minutos a su padre para que se recupere de este repentino malestar, estoy seguro de que podrán volver a casa para seguir pensando en la planificación de ese maravilloso día.

—Ya, pero lo malo es que no dispongo de esos segundos: estoy demasiado ocupada con la prueba del vestido de novia y la elección de los trajes de las damas de honor como para perder el tiempo con los desvaríos de un anciano... Así que vamos, papá, tengo mucho que hacer y todavía tengo que dejarte en casa —declaró Alice, apremiando a su padre a seguirla.

Y, mientras Alex sujetaba a Bianca para que no se abalanzara sobre la novia, propuso una solución adecuada para ambos en esos momentos.

—Señorita Wilkins, ¿por qué no deja a su padre aquí hasta que se recupere? Yo lo llevaré a su casa cuando se encuentre mejor.

—¡Oh, Alex, es usted tan amable! —contestó ella y, sin atreverse a acercarse demasiado a ese hombre porque aún retenía a una furiosa mujer entre sus brazos, se despidió con un simple gesto de la mano al tiempo que arrastraba al novio hacia la salida.

—¿Dónde está esa sonrisa? —susurró Alex al oído de Bianca, recordándole cuál era su deber y consiguiendo que por fin se calmara.

—Desapareció en cuanto Alice comenzó a mostrar sus encantos... —contestó Bianca después de que Alex la liberase de su abrazo.

—Pues manténla, ya que aún tenemos trabajo —le ordenó él, aproximándose de nuevo al anciano, que bebía lentamente de su vaso de agua y veía cómo su hija lo dejaba atrás.

Mientras Bianca buscaba unas palabras adecuadas para consolar al hombre, sin saber qué decir para sacar una sonrisa de ese triste rostro, Alex simplemente habló despreocupadamente con él, consiguiendo que sonriera en más de una ocasión.

—Señor Wilkins, la corbata y la chaqueta sobran ante un sofoco —dijo a la vez que se quitaba su propia chaqueta y desabrochaba su corbata para estar a la par que el anciano.

—Llámame John, por favor. Me haces sentir más anciano de lo que ya soy... Mi hija se ha ido y me ha dejado tirado en este lugar, ¿verdad? —inquirió él con resignación, como si ya estuviera acostumbrado al egoísmo de Alice.

—No lo ha dejado tirado en ningún lado: lo ha dejado a mi cuidado, y le aseguro que está en las mejores manos. Y ahora, hablemos de temas más interesantes y menos deprimentes.

Y John, que reconocía a un hombre de negocios en cuanto lo tenía delante, le preguntó entonces sobre el único tema que él creía que podía interesarle a Alex.

—De acuerdo, hablemos de la boda y de cuánto voy a gastarme en ella...

—¡Oh, no! No me he explicado bien: en efecto, hablaremos de una boda..., pero no de la de su hija, sino de la suya, John. ¿Cómo fue? —preguntó Alex con una sonrisa, y, para asombro de

Bianca, el hombre cínico y materialista que no creía en las bodas ni en el amor prestó máxima atención a las emocionadas palabras de un anciano que, a pesar de los años, aún creía en ese loco sentimiento que muchos soñaban con alcanzar y que otros negaban que existiera, pese a tener ante ellos la prueba de que era posible, pero solo si decidías arriesgar tu corazón.

* * *

Ver cómo había tratado Alex a John Wilkins no sirvió para que mi corazón dejara de latir por él. El cínico consumado había escuchado con una sonrisa la historia de amor de ese anciano, un hombre que en su época no pudo regalarle a su amada una ceremonia por todo lo alto, sino tan solo una humildísima boda con ellos dos solos en una pequeña capilla, vestidos con sus trajes de los domingos y compartiendo unos anillos y un amor que aún conservaban. Siempre pensaron celebrar una ceremonia más fastuosa más adelante, pero siempre fue pospuesta, hasta que, al final, decidieron guardar ese dinero para que fuera su hija quien tuviera la celebración de ensueño de la que ellos no pudieron disfrutar.

—Deberían haberse gastado el dinero en su boda y no en la de su hija —le susurré a Alex cuando este dejó a John unos momentos para atender una llamada.

Y, tras terminar con ella, se dirigió hacia mí, seguramente para hablarme sobre los preparativos de la boda que teníamos que organizar... Sin embargo, lo que acabó haciendo fue limpiarme los mocos, ya que la bonita historia de amor de John me había hecho llorar como una Magdalena.

—Suenan —me ordenó, sin importarle que manchara uno de los preciados pañuelos de tela que solían adornar el bolsillo superior de sus elegantes trajes—. Me debes un pañuelo —comentó tras verme limpiarme sonoramente mi atorada nariz con él—. Procura recomponerte, porque tras dejar a John en su casa tenemos una boda de la que ocuparnos.

—¡No me gusta esta boda! —protesté evitando su mirada, ya que ese tipo de celebraciones era justo el que yo siempre le había dicho a Alex que me gustaría organizar. Sin embargo, ahora que tenía ante mí la ceremonia perfecta, veía que carecía de esa magia con la que yo siempre soñaba e, incluso, hasta de amor.

Alex alzó mi esquivo rostro cariñosamente con una mano y, observándome fijamente, me sonrió complacido mientras me señalaba:

—¿Acaso no es esta una de las «mágicas bodas de ensueño» que tanto anhelabas organizar?

Yo lo cogí de la corbata, que había vuelto a ponerse, y, tirando de ella, hice que se pusiera a mi altura para susurrarle un secreto que no muchos sabían sobre una boda:

—Si no hay amor, no hay magia.

Alex se alejó de mí y negó con la cabeza al oír mis soñadoras palabras.

—No te preocupes: te prometo que esta boda te encantará —aseguró mostrando una sonrisa que me ocultaba algún secreto antes de marcharse con John, dejando en mis manos una carpeta

que contenía el proyecto de una pequeña boda que había sido esbozada apresuradamente en una servilleta de papel y que contaba con un presupuesto ínfimo que no concordaba con la gran y extravagante celebración que estábamos organizando.

No obstante, como él me había asegurado, prepararla me encantó.

Para mi sorpresa, Alex dejó de lado todos los demás proyectos que tenía y en tan solo una semana organizó una pequeña boda para la que teníamos un presupuesto minúsculo. El horario de celebración era inusual, ya que el evento tendría lugar cuando los salones de nuestras instalaciones estuvieran cerrados y no tuviéramos ningún acto.

Parecía como si esa boda fuera un secreto que Alex quisiera ocultarle a Kara: a escondidas de esta, consiguió convencer a una camarera y a un cocinero para que trabajaran horas extras, incluso logró que Buster acudiera fuera de su horario laboral para hacer las fotografías de esa boda que todos ocultábamos a la jefa.

Alex se arriesgó mucho para sacar adelante esa ceremonia y dejó a deber muchos favores a todos los que lo ayudaron, a todos excepto a mí, porque como yo era su ayudante, el calificativo de «esclava» formaba parte de la letra pequeña de mi contrato. Sin embargo, no me quejé, ya que en esa ocasión sí estaba creando una boda de ensueño.

El arco del jardín lo había adornado con unas bonitas flores blancas de plástico que teníamos en el almacén, junto con unas pequeñas guirnaldas luminosas que intercalé entre ellas. La alfombra roja estaba desplegada para crear el camino por el que transitarían los novios hacia el altar, y, como no venía ningún invitado, a ambos lados había colocado unas lámparas redondas de jardín en el suelo que generaban una tenue luz que iluminaba el lugar creando una atmósfera mágica y encantadora.

En un rincón, junto a la fachada del edificio de nuestra empresa, había levantado un pequeño escenario con la ayuda de Buster y de la camarera que representaba un restaurante francés, un lugar adonde los novios les habría gustado ir durante su luna de miel.

A través de la ventana abierta de nuestra pequeña construcción se podía contemplar una vista de la Torre Eiffel, procedente de una fotografía que había pegado a la fachada del edificio. La intimidad que concedía una hermosa celosía de madera adornada con vistosas enredaderas junto con una pequeña mesa completamente preparada para una cena en pareja completaba ese escenario mágico que los novios deseaban y que los haría soñar con que se encontraban en la Ciudad de la Luz.

Finalmente, un piano que habitualmente permanecía en un rincón del jardín sin que nadie lo tocara, esa noche tenía levantada la tapa y aparecía iluminado por unas fragantes velas perfumadas, llevándome a preguntarme quién lo tocaría. Les transmití mi duda a Monica, la camarera que me estaba ayudando con los preparativos, y a Buster, pero ellos se limitaron a sonreírse mutuamente antes de manifestar con aire misterioso:

—Ya lo verás...

Por lo visto, esa noche traería algunas sorpresas para mí, para las que yo aún no estaba

preparada.

La primera fueron los novios, que Alex trajo consigo usando falsos pretextos.

Ese hombre, que juraba ser un canalla sin corazón que no creía en el amor, había traído con él a John Wilkins y a su esposa, Barbara, para regalarles la boda que nadie les había proporcionado, mostrándome que había escuchado todas y cada una de las palabras de ese hombre, aunque estas trataran del amor en el que él siempre aseguraba no creer.

—Alex, ¿qué es esto? —preguntó el anciano cuando mi jefe los dirigió a él y a su mujer hacia el jardín, tras haberlos atraído con la excusa de una cena de negocios en la que hablarían de una boda, pero no de la que ellos pensaban.

—«Esto» es tu boda, John —dijo Alex, provocando que varias lágrimas escaparan de los ojos de ese hombre... y de los míos también—. Tu hija Alice ha querido tener un bonito detalle con vosotros y os ha preparado esta sorpresa. Y aunque en estos momentos no pueda estar presente porque se encuentra demasiado ocupada con los arreglos de su propia ceremonia, lo ha dejado todo en mis manos. Así que, si me acompañas, vamos a prepararnos para no hacer esperar a la novia —añadió mientras me indicaba que acompañara a Barbara para ponerse ese vestido clásico de novia que tanto trabajo me había costado encontrar.

Mientras ayudaba a la mujer a vestirse, me di cuenta de que la edad no importaba a la hora de cumplir un sueño: esa mujer estaba realmente hermosa y parecía una princesa porque rebosaba felicidad gracias a un amor que aún perduraba.

El maquillaje que le puse fue muy sutil, pero tuve que retocarlo varias veces por las lágrimas que ambas dejábamos escapar a causa de ese emocionante momento. Cuando la novia se miró en el espejo y yo coloqué entre sus manos un ramo de unas simples margaritas que le recordaban al que había llevado en su primera boda, Barbara me comentó emocionada, cogiendo mis manos:

—¡No dejes escapar a ese hombre!

—¿Qué hombre? —pregunté en un torpe intento de hacerme la tonta al tiempo que trataba de evitar la mirada de esa mujer, que veía más de lo que yo quería mostrar.

—Es más que evidente de qué hombre estamos hablando: ese chico no puede apartar los ojos de ti, ni tú de él.

—Señora Wilkins, él no es de los que creen en el amor.

—Llámame Barbara, querida Bianca, y ten presente una cosa: no todos los que se enamoran creen en él. Ahí está la magia: en hacerles comprender qué es el amor y cuidarlo juntos para que este dure para siempre. Y ahora, ¡vayamos al encuentro del nervioso novio! ¡No quiero hacerlo esperar! —anunció Barbara, a la que acompañé gustosa hacia el atril que hacía las veces de altar, donde Alex se dispuso a ofrecernos un discurso sobre un amor que solamente esa pareja comprendía plenamente y del que nosotros todavía teníamos tanto que aprender.

Capítulo 9

Yo no creía que el amor fuera para mí. No pasaba por mi imaginación volver a sentir algo por una mujer, algo que me llevara a arriesgar de nuevo mi corazón. Pero, en ocasiones, había personas que me demostraban que ese sentimiento existía, y cuando eso pasaba, yo no podía evitar organizar una de esas bodas de ensueño con las que fantaseaba continuamente Bianca. Así que, sin presupuesto alguno, y usando algo del dinero que recibiríamos por el gran evento que haríamos para Alice, me esforcé por crear otro más pequeño para una pareja que se merecía tener el recuerdo romántico de una boda soñada.

Mi discurso sobre el amor no sonó tan falso en esa ocasión como solía ocurrir, tal vez porque la pareja que inspiraba mis palabras llevaban juntos muchísimos años y comprendían mucho mejor que yo lo que era estar enamorado de alguien y así lo transmitían a los demás.

Cuando los novios se besaron y luego recorrieron la alfombra roja, Bianca, con toda la apariencia de una niña ilusionada, los llenó de pétalos de rosa que lanzó con sus mejores deseos.

Mientras Buster hacía un excelente trabajo por primera vez en días, yo dejé a un lado la cínica sonrisa que siempre dirigía hacia el amor o hacia las bodas, y, como si esa mujer lo estuviera esperando, se acercó a mí.

—Es un bonito detalle el que ha tenido Alice, ¿verdad? —me preguntó buscando la verdad, tal vez para endosarme otra vez en su soñadora mente el papel de príncipe azul que nunca me merecería.

—Sí, Alice se ha portado muy bien —respondí desviando la mirada para que no me pillara en una descarada mentira.

Pero Bianca, agarrando mi corbata, me acercó peligrosamente a sus tentadores labios mientras manifestaba:

—¡Lo sabía! ¡Todo esto es cosa tuya! ¡Y seguramente el dinero lo has puesto de tu propio bolsillo!

—Solo es un detalle sin importancia para un cliente VIP —me excusé intentando huir de esa mirada de adoración que volvía a fijarse en el hombre más inadecuado: en mí.

—¿Cómo quieres que no crea en el amor si cada vez que te comportas de esa manera me conquistas un poquito más, convirtiéndote en el hombre que quiero, lo desee o no?

—Puedes desearme, pero no amarme porque te haré daño —repuse, siendo totalmente sincero con una mujer que siempre me tentaba a olvidar mis heridas. Y, despidiéndome de ella con un tierno beso en su frente, hice que soltara mi corbata para encaminarme hacia el piano, un

instrumento que no tocaba desde hacía mucho tiempo, para dedicarles a esa pareja que solo se merecía lo mejor una vida de color de rosa.

Una vez me senté ante las teclas, cerré los ojos e intenté atraer a mi memoria algún bonito momento que poder transmitir a través de mi melodía. Y, para mi asombro, en todos los buenos momentos que albergaba mi corazón en esos instantes aparecía una mujer que soñaba demasiado con el amor.

Cuando abrí los ojos, ella estaba allí, llevando entre las manos un ramo compuesto por unas simples margaritas que la novia le había dado y con su mirada soñadora, que me tentó a tratar de cumplir alguno de sus sueños. No obstante, al ser el sueño del amor algo demasiado arriesgado todavía para mi corazón, me permití ceder al deseo y a la pasión, sin ser consciente de que cada minuto que estaba con ella me arriesgaba a perder mi corazón una vez más.

* * *

Los novios disfrutaron de esa bonita ceremonia que nunca habían tenido y del grato recuerdo de una boda que habían creído que nunca llevarían a cabo. Celebraron ante todos un amor que, a pesar de los años que habían transcurrido, no se había apagado.

Mientras Alex acompañaba a los ancianos a su casa con una sonrisa, Bianca se quedó recogiendo los adornos del jardín para que la estricta Kara no los pillara. Cuando terminó su tarea se sentó frente al piano con una copa y recordó las dulces melodías que Alex había interpretado esa noche, transportando a los novios a un romántico país que nunca se habían permitido pisar.

Mientras contemplaba el ramo que la novia había arrojado a sus manos con una sonrisa satisfecha, Bianca se derrumbó sobre el solitario piano al tiempo que pasaba distraídamente las manos por sus teclas y pensaba en el hombre que la hacía soñar al tiempo que le advertía que esos sueños no iban con él.

—¿Quién te ha hecho tanto daño para que seas tan cínico en el amor? —preguntó con aire cautivado al ramo de margaritas, que, a pesar de señalarla como la afortunada, tardaría mucho en obrar su magia con ella, ya que el único hombre al que le entregaba su corazón siempre lo rechazaba.

—Mucha gente —susurró Alex en su oído, haciéndola alzar la cabeza y buscar su mirada y la cínica sonrisa que siempre lo acompañaba cuando hablaba de amor—. ¿Es que acaso ahora pretendes curar todas mis heridas? —inquirió mientras alejaba la mano de Bianca de ese ramo de flores que representaba muchos sueños que él no podía cumplir y la acercaba a sus labios para besarla.

—Solo si tú me dejas —respondió ella dando un paso en su dirección. Y, mientras olvidaba todos los motivos por los cuales no debía amarlo, colocó su mano sobre el pecho de Alex, buscando su esquivo corazón.

—Sin sueños de futuro, sin esperanzas, sin amor..., ¿estás segura de que quieres seguir con esta relación, en la que solo te voy a hacer daño? —preguntó él, intentando apartar esa mano que estaba muy cerca de convertirse en su debilidad.

Bianca no permitió que se alejara de ella, por lo que se acercó a él haciéndose un hueco entre sus brazos. Reposó su cabeza sobre ese acelerado corazón y, sonriendo complacida mientras se dejaba mecer por unos latidos que le mostraban que él no era tan indiferente a ella como pretendía aparentar, repuso:

—Nadie podrá arrebatarme nunca mis sueños, forman parte de mí. En cuanto al amor, este es el que decide por nosotros —afirmó señalando el corazón que se ocultaba detrás de ese duro pecho sobre el que había decidido apoyarse—. Déjame a mí decidir si lo que siento es amor o no.

—No quiero hacerte daño —insistió Alex, acogiéndola demasiado tiernamente entre sus brazos como para que sus palabras fueran mentira.

Y, buscando la mirada de un hombre que en ocasiones no solo mentía a otros, sino también a sí mismo, Bianca lo atrajo hacia sus labios para susurrarle antes de acallar sus protestas con un beso:

—No, lo que tú no quieres es enamorarte.

Mientras ella buscaba silenciar las protestas que pudieran salir de la boca de Alex con un beso, él buscó acallar la verdad que a menudo salía de los labios de esa mujer y, finalmente, la pasión sustituyó a las palabras con la que ambos querían aceptar o rechazar ese amor que comenzaban a sentir, quisieran aceptarlo o no.

* * *

No podía resistirme a Bianca. Ni a los dulces besos que me ofrecía, pidiéndome más de lo que yo podía darle, ni a sus tiernas palabras, que no me exigían nada a pesar de que su mirada me mostrara lo que deseaba su corazón.

Yo era un canalla que estaba tomándolo todo de ella sin darle nada a cambio, pero no podía evitar querer tenerla de nuevo entre mis brazos y apretarla con fuerza contra mi corazón. Era consciente del daño que podía conllevar confiar en alguien, por lo que normalmente me negaba a dejar entrar a nadie más en mi vida, pero esa mujer estaba haciéndose un hueco en mi herido corazón, uno que me negaba con tozudez a darle y que rellenaba con la pasión que sentíamos sin confesarle que ella se estaba convirtiendo en esa debilidad que no quería tener en mi vida ni, mucho menos, llamar amor.

Al devolverle ese beso con el que sabía que Bianca solamente quería acallar mis cínicas palabras, busqué apagar las suyas, que solo hablaban de amor. Mi lengua se hundió en su boca reclamando la apasionada respuesta que sabía que no me negaría, y jugué con ella mientras esa mujer trataba tímidamente de seguirme el ritmo en ese exigente beso que requería toda su pasión.

Mis brazos la atrajeron contra mi cuerpo para mostrarle que, aunque huía del amor, nunca

huiría de ella y de ese deseo que siempre nos embargaba y nos llevaba a olvidar si éramos adecuados el uno para el otro o no.

—Te deseo... —le susurré al oído y, como respuesta, Bianca solamente me abrazó con más fuerza contra su cuerpo, tratando de acallar ese amor que de seguro guardaba en su corazón.

Como no podía darle lo que ella más deseaba, pero sí podía entregarle uno de esos momentos románticos con los que soñaba, me aparté de ella y, tras besar su mano con dulzura, le pedí unos instantes para crear un ambiente especial para ambos.

Utilizando las guirnaldas luminosas, construí sobre el césped un lugar íntimo y acogedor solo para nosotros. A continuación, coloqué un impoluto mantel blanco para que hiciera las veces de nuestro lecho y luego le arrebaté el sueño que representaba el ramo de margaritas y lo deshice sobre nuestra improvisada cama para crear otro que solamente representara nuestra pasión. Guardé una de las margaritas para ella, la prendí en su pelo y, después, la tomé de la mano para guiarla hacia nuestro lugar especial, que, al contrario que una boda, solo era para nosotros dos.

Bianca se dejó guiar por mi loco impulso, se tumbó sobre ese lecho de flores sonriéndome y, cuando me acerqué para apresarla bajo mi cuerpo, sonrió antes de alzar las manos para quitarme mis gafas, aflojar mi ajustada corbata y revolverme el pelo, convirtiéndome en ese sinvergüenza sin máscara que en esos instantes no creía en el amor, pero sí en ella.

—Ahora sí eres el Alex que conozco.

—¿Prefieres al sinvergüenza antes que al hombre romántico que está dispuesto a cumplir todos tus sueños? —le pregunté, recordándole con una cínica sonrisa lo que había buscado en mí la primera vez que nos acostamos.

—Te prefiero a ti, y, aunque tú no lo creas, eres los dos —replicó.

Y, antes de que yo comenzara a protestar a causa de sus soñadoras palabras, me agarró de la corbata para atraerme hacia sus dulces labios, que me hicieron olvidarme de todo lo que no fuera ella.

Mientras respondía a sus besos, para evitar que pudiera seguir manejándome a su antojo, me deshice de la corbata con la que me retenía y luego, sintiéndome como ese estúpido romántico que a veces salía a relucir ante ella, até nuestras manos con esa prenda.

—¿Esto significa algo? —preguntó Bianca, haciéndome sonreír maliciosamente al ver que no comprendía el romántico gesto que había tenido con ella.

—No, qué va... —contesté sin darle importancia, provocando que ella me mirara molesta porque dudaba de que mis palabras fueran sinceras, ya que en mi rostro mostraba la sonrisa de un canalla.

Sus protestas se acallaron en cuanto desabroché su blusa hábilmente, usando tan solo una mano. Luego recorrí despacio su cuerpo, marcando mis caricias sobre su piel, haciéndola arder mientras mi otra mano seguía unida a la suya, negándose a dejarla marchar.

Bianca tembló bajo mis caricias, y yo continué ascendiendo lentamente por su ombligo, por su plano estómago y por su cintura hasta llegar a una excitante ropa interior que debería ser un

pecado: un sujetador de encaje con dibujos de mariposas, de un tejido tan transparente que sus sonrosados pezones se veían a través de esa barrera y me tentaron cuando se erizaron ante mi intensa mirada.

Dispuesto a jugar con ella y con su deseo, mi mano palpó el cierre delantero del sujetador, llevándola a anticipar el calor de mis caricias, para luego pasar de largo y que fuera mi boca la que degustase ese pecaminoso bocado, devorando sus turgentes senos por encima del liviano encaje, que apenas representaba una barrera para mi ávida lengua.

Bianca se arqueó, ofreciéndose ante mí y ante la maliciosa boca que la provocaba. Yo respondí succionando sus enhiestos pezones por encima de la prenda, los lamí despacio y los rocé sutilmente con los dientes, torturándola con el placer que siempre encontraría entre mis brazos.

Mientras ella gritaba mi nombre, maldiciéndome cuando mis caricias avivaban más la sensibilidad de sus excitados pechos sin decidirme aún a tocar su piel directamente con mi ardiente boca, mi mano subió su falda, descubriendo el ínfimo tanga que hacía juego con ese provocador sujetador.

En esta ocasión no lo rompí: mi mano lo acarició por encima de su húmedo e impaciente sexo. Y, mientras desabrochaba el cierre de su sujetador con la boca, liberando sus senos, mi mano apartó a un lado la minúscula barrera y uno de mis dedos se adentró decididamente en su apretado interior, haciéndola gemir de placer.

La mano de Bianca que permanecía unida a la mía con la corbata me clavó las uñas, a lo que yo respondí alzándola para contemplar con satisfacción cómo se entregaba esa mujer a mí y al placer que yo le prodigaba.

Marcando un implacable ritmo, mi dedo se adentraba una y otra vez en su húmedo interior, haciendo que sus caderas se mecieran contra mi indecente mano, una que no dudó en introducir otro dedo, reclamando más de ella.

Sus senos se movían tentadoramente ante mí, sonrojados por mis caricias, excitados ante mi exigente mirada, requiriendo que mi boca volviera a probarlos, pero, más que su delicioso cuerpo, me tentó más contemplar el rostro de Bianca sumido en el placer.

Con una sonrisa maliciosa, descendí marcando su piel con cálidos besos. Cuando estos llegaron a la cinturilla de su tanga, mi mano abandonó su húmedo interior y le quité lentamente la prenda con ayuda de los dientes.

Con esa intransigente mano que echaba de menos su interior, la abrí más a mí y, después de colocarme entre sus piernas, sonreí con malicia antes de sumergirme entre ellas y comenzar a devorar su sexo, obteniendo de ella esos gritos de placer que nunca podría olvidar.

Mi lengua rozó los delicados labios, que se abrieron para mí, y degustó sin clemencia la zona más sensible de su cuerpo mientras mi mano volvía a llevarla al placer hundiendo profundamente los dedos en su interior.

La mano que Bianca tenía libre me agarró de los cabellos y tiró sin piedad, intentando

apartarme de ella en unos momentos y tratando de atraerme en otros. Mientras tanto, su otra mano permanecía atada junto a la mía, entrelazada, apretándose con fuerza y negándose a soltarme pese a no comprender qué significaba ese gesto.

Como deseaba oír su rendición, aumenté el ritmo de mi implacable mano y de mi lengua, consiguiendo que ella acabara convulsionando sobre mi boca y llegando al clímax. Bianca gritó mi nombre mientras se rendía al goce, y yo, queriendo oírlo de nuevo y observar su rostro inmerso en el placer, abandoné mi posición entre sus piernas y saqué mi duro miembro de su encierro con la mano libre para colocarme como pude, con bastantes dificultades, uno de aquellos preservativos fluorescentes, que iluminó nuestro romántico momento y la hizo reír.

Su risa duró poco: solo lo que yo tardé en hundirme en su apretado interior, reclamándola por completo. Ella gimió ante mi abrupta embestida, y, todavía sensible por su reciente orgasmo, no tardó en exigirme que me moviera. Sus piernas se enlazaron en torno a mi cintura y yo comencé a marcar el ritmo que ella necesitaba mientras mis ojos no se apartaban de su rostro y de cada una de sus reacciones.

Y cuando Bianca estaba sumida en el deseo, pasé a establecer el ritmo que yo deseaba para sentir que esa mujer era mía y aceleré mis embestidas para hundirme más profundamente en ese acogedor cuerpo que me reclamaba.

Su mano atada apretó la mía mientras la otra marcaba mi espalda, pero, para sentir que ella no se olvidaría de mí con facilidad, solamente tuve que mirar esos ojos mientras ambos llegábamos a la vez al orgasmo: unos ojos que me exigían en esos instantes algo más que mi pasión. No obstante, yo solo la llevé a gritar mi nombre en medio del placer mientras, sin poder evitarlo, gritaba el de ella.

Rendidos tras ese momento de deliciosa locura, me tumbé a su lado y, abrazándola como ella deseaba, desaté nuestras manos unidas.

—Espera, ¿qué significa esto? —inquirió Bianca mirándome alternativamente a mí y esa improvisada atadura que, por unos momentos, nos había unido.

Y yo, tratando de impedir que soñara con lo imposible, le contesté:

—Nada.

Luego arrojé mi corbata a un lado, tratando de autoconvencerme de que no le había dicho ninguna mentira, ya que esa extraña tradición no significaba nada si no había amor de por medio, y eso era algo que yo, tal vez, nunca estaría preparado para darle.

* * *

—Vale, ¿se puede saber qué te ha dado ese hombre para que volvieras a acostarte con él? —reprendió Kelsie a Bianca, que durante todo el fin de semana había evitado responder, tanto a ella como a Penny, a la cuestión de si había vuelto a acostarse con Alex.

Al ignorar las decenas de mensajes que sus amigas le habían estado mandando, dándoles el

silencio por respuesta, Bianca provocó que Penny y Kelsie decidieran presentarse en su apartamento para exigirle una contestación directa.

—Un momento romántico y de auténtico ensueño —respondió, haciendo que sus amigas pusieran los ojos en blanco.

—¡Vamos! No será para tanto —opinó Penny, intentando restarle importancia a alguna estupidez ante la que su amiga había vuelto a caer.

—Organizó la boda de unos ancianos que llevaban juntos toda la vida y que nunca habían podido tener una ceremonia en condiciones, jugándose el puesto al realizarla a escondidas y sin permiso. A la pareja les dijo que se trataba de un regalo de su hija, una chica que solo piensa en sí misma, una arpía egoísta como no he conocido ninguna antes, mientras, sin decírselo a nadie, lo pagó todo de su propio bolsillo.

»Más tarde tocó el piano para ellos durante toda la noche y sonaba maravillosamente. Y después me hizo un lecho de flores con una guirnalda luminosa y las margaritas del ramo de la novia sobre el césped antes de hacerme el amor bajo las estrellas... ¡Ah! Y, por si fuera poco, llevaba un atrayente condón fluorescente —declaró Bianca mientras se secaba algunas lágrimas de emoción que se le escapaban al rememorar la romántica boda de esos ancianos.

—¡Mierda! Yo también habría caído: los condones fluorescentes me pueden —anunció Kelsie en tono burlón, sentándose junto a su amiga para pasarle un paquete de pañuelos.

—Eso... eso es... el gesto más romántico del que he oído hablar en mi vida —declaró Penny, sentándose al otro lado de su amiga para reclamar un pañuelo con el que limpiarse sus propias lágrimas—. ¿Tienes alguna fotografía de esa boda? —preguntó, tras lo que ambas amigas lloraron emocionadas al contemplar las tiernas imágenes de la pareja.

—¡Eh! ¿Y del condón fluorescente? —quiso saber Kelsie intentando apropiarse del teléfono de su amiga, que se lo brindaba descuidadamente hasta que se dio cuenta de la pregunta que le había hecho esta última.

—¡No! —exclamó Bianca, apartando su móvil rápidamente de las manos de su amiga, que no dudó en exclamar con una maliciosa sonrisa:

—¡Las tienes!

—Bianca, ¿dejaste claro dónde estabas con ese hombre después de acostarte con él? —preguntó Penny, dispuesta a abrirle los ojos y que dejara de soñar con imposibles.

—En el césped —respondió Bianca, ganándose una mirada fulminante de su amiga—. Vale, ahora en serio: no tenemos ningún tipo de relación, ya que él huye del amor como de la peste.

—Bueno, y si lo sabes, ¿para qué te acercas a él? —insistió Penny.

—Me acerco a Alex porque creo que me estoy enamorando. Mi cerebro me dice que no es en absoluto una buena idea que me guste ese hombre, pero mi corazón me grita que me gusta demasiado como para dejarlo marchar.

—¡Pues por una vez deberías hacerle caso a tu cerebro en vez de a tu loco corazón! —señaló Penny, bastante enfadada con su irracional amiga.

—Mientras descubres si estás enamorada o no, tú procura no quitarte las bragas —sugirió Kelsie antes de dar un sorbo a una cerveza que le había robado a su amiga del refrigerador.

—Va a ser algo difícil —respondió Bianca, haciendo que las reprimendas de Penny volvieran a aparecer.

—Sé que ese tipo puede tener sus momentos encantadores y parecer un hombre de ensueño, pero debes recordar que no lo es y...

—No, no es por eso por lo que va a ser complicado lo de no quitarme las bragas: resulta que mi siguiente trabajo con Alex es organizar una boda nudista en la que tengo que hacer de dama de honor y no creo que pueda llevar bragas.

—¿Es que no hacéis ni una boda normal en esa empresa?! —inquirió Penny asombrada, mientras Kelsie, por toda respuesta, espurreaba su cerveza.

—¿Quieres oír la contestación que suele darme Alex a esa pregunta? La última vez que se lo pregunté me la grabó en el móvil —declaró Bianca mientras pulsaba sobre la pantalla de su dispositivo, haciendo que las carcajadas de Alex resonaran por toda la estancia y provocando que Penny resoplara una vez más, molesta con ese hombre.

—Creo que deberías abandonar esa empresa cuanto antes —aconsejó Penny a su amiga.

—¿Pero ¿qué dices?, si en esta ocasión hasta me han dado un cheque en blanco para la indumentaria de la dama de honor!

—¿Por supuesto, ya que se trata de una boda nudista! —gritó Penny, exaltada por sus ocurrencias.

—Y por eso mismo a Alex le va a dar algo cuando vea que me he gastado mil quinientos dólares en un tocado solo para joderlo como él quería hacer conmigo al concederme burlescamente esa propuesta.

—¿A ver? —pidió Kelsie, queriendo ver la indumentaria que llevaría su amiga en su próxima boda—. Si vas a estar muy elegante en tu próximo trabajo quiero fotos para subirlas a internet o mandárselas a tu madre —finalizó con sorna, recibiendo como respuesta el alzado dedo corazón de su amiga.

—Tú simplemente procura mantener las distancias con ese hombre y tal vez todo vaya bien —declaró Penny, mesando sus cabellos con frustración, sin saber qué sería de su ilusa amiga si desoía sus consejos una vez más y se precipitaba ciegamente hacia lo que ella creía que era amor.

—No te preocupes: por ahora Alex está demasiado ocupado con los preparativos de otra boda, y aunque me ha dicho que tengo que hacer de testigo en esta, creo que podremos mantener las distancias hasta que aclare un poco lo que siento por él —manifestó Bianca, guardándose para sí sus dudas sobre si podría cumplir la promesa que les hacía a sus amigas de permanecer lo más lejos posible de ese hombre que la hacía dudar de lo que era el amor.

* * *

Definitivamente, no puedo mantener las distancias...

Les envié ese mensaje a mis amigas a través del móvil tras verme unida a Alex por un doble arnés del que no podía desprenderme, ya que muy pronto nos arrojaríamos de la avioneta en la que íbamos. Por lo visto, en mi siguiente trabajo tenía que ser testigo de unos novios bastante aventureros y adictos a las emociones fuertes, y como Alex tenía bastante experiencia en los saltos en paracaídas y yo ninguna, había hablado con su amigo instructor para que nosotros dos pudiéramos realizar un salto tándem, una variación del salto en paracaídas convencional en el que yo, la novata, iba unida al experto en todo momento.

Por supuesto, el mensaje que envié a mis amigas no las calmó en absoluto, y, ante sus reclamaciones o estúpidos consejos, preferí mandarles una imagen con la que acallar sus protestas.

—Sonríe, Alex —dije tomándonos una foto en la que posé junto a él.

—¿Para guardarla como recuerdo de esta experiencia? —preguntó él con una sonrisa.

—No, para mi seguro de vida —repliqué bastante enfadada con él y con su anuncio de última hora de un nuevo trabajo del que no me había revelado ningún detalle hasta el momento.

—¡No seas exagerada! He saltado decenas de veces y nunca me ha pasado nada... —declaró Alex, calmándome un poco, hasta que el instructor, que me inspiraba menos confianza aún que él, comenzó a recordar los viejos tiempos.

—Eso no es del todo cierto, Alex: ¿te acuerdas de aquella vez en la que se te atascó el paracaídas y creíamos que te la pegabas? ¿O cuando lo abriste antes de tiempo y por poco te pierdes en el bosque? ¡Ah! Y cómo olvidar el momento en el que el viento te desvió hacia aquellos postes eléctricos..., ¡eso sí que nos hizo sudar!

—Bueno..., *casi* nada —matizó él tras ver mi atemorizado rostro.

—¡Me voy! —exclamé intentando alejarme de Alex y de esa nueva boda que exigía demasiado de mí, un intento del todo inútil cuando estaba amarrada a él con ese aparatoso trasto.

—¡Vamos, tranquilízate! Esto solo es un trabajo más que tienes que realizar por ser mi ayudante.

—¡Estoy segura de que soy la única que pasa por este tipo de cosas en esta empresa! —anuncié alterada, hasta que oí que alguien me saludaba.

—¡Hola, Bianca!

Fue entonces cuando me di cuenta de que Buster estaba sentado al fondo de la avioneta con una cámara en las manos y varias más adosadas en el casco de color chillón que llevaba en la cabeza.

—¿Se puede saber por qué todos están preparados adecuadamente para este momento excepto yo? —protesté contemplando los monos o los cómodos trajes de vuelo que llevaban todos, incluso la novia, que lucía un vestido corto y con un cómodo pantalón, mientras yo llevaba puesto un traje elegante y profesional, cuya falda se encontraba en esos instantes remangada para poder acoplar el ajustado arnés que me unía irremediabilmente a ese irritante hombre.

—Porque si llego a avisarte con antelación cómo iba a transcurrir esta ceremonia, no vienes —contestó Alex, sin importarle demasiado el haberme mentido.

—¡Acabemos cuanto antes con esta boda! —exclamé dispuesta a realizar ese trabajo del que, por más que me disgustara, no podía escaquearme..., básicamente porque estaba unida a mi jefe por un maldito arnés.

—Bien, recordemos cómo van los saltos —comenzó a decirnos el instructor, un hombre de cabellos castaños, más o menos de la edad de Alex, con barba de tres días y con unos cabellos despeinados y un aspecto desaliñado que, junto con el aire de despistado que tenía, no me inspiraba demasiada confianza mientras nos colocaba en fila—. Primero lanzaremos al cura —dijo ese hombre y, por lo visto, el sacerdote tenía tan poca confianza en él como yo, ya que no dudó en santiguarse de inmediato ante sus palabras—. Luego le seguirán los novios, que, cogidos de la mano, se lanzarán al vacío. Después va el testigo con su carga, tipo mamá canguro —continuó ese molesto tipo, señalándome, a lo que respondí fulminándolo con la mirada—. Ellos irán los penúltimos. El último será el fotógrafo, que captará todos los saltos desde el avión y la breve ceremonia en el cielo. Esta será muy corta, ya que el salto en caída libre solo durará unos cuarenta y cinco segundos. No olvidemos abrir los paracaídas para no pegármola, ¿vale? Tras ello tendremos unos diez o quince segundos de vuelo controlado y un final feliz..., aunque, si no fuese así, yo me lavo las manos porque ya habéis firmado la exención de responsabilidad.

—¿Eh? ¡¿Cuándo firmé eso?! —pregunté confusa, reprendiendo a Alex con la mirada.

—Lo mezclé con los formularios de la boda y no te diste cuenta —contestó él—. Ahora presta atención a las sabias palabras del instructor.

—Vamos a intentar aterrizar en la marca, así que, cuando veáis cerquita el corazón pintado en el suelo, tiráis del paracaídas antes de espachurraros contra él. Es muy importante que recordéis el arqueo, la postura que todos practicamos y que debéis mantener mientras estáis en el aire, ya que os proporcionará estabilidad durante el salto.

—¡¿Cuándo practiqué yo esa postura?! —dije volviendo a increpar a Alex, sospechando que me la había jugado a lo largo de toda la semana mientras preparaba esa boda.

—¿Recuerdas cuando te hice imitar a un plátano en mi despacho y te dije que era una nueva postura de yoga? Pues ese era el arqueo.

—¡Creí que solo lo hacías para reírte de mí! —repuse recordando sus carcajadas de aquel día.

—Para eso también —contestó Alex, luciendo una de sus desvergonzadas sonrisas con la que me mostraba que no se arrepentía de nada, mientras volvía a indicarme que prestara atención al instructor.

—Recordemos la postura: inclinamos la pelvis hacia delante mientras arqueamos la espalda y mantenemos la barbilla en alto. Los brazos y las piernas extendidas, pero con una ligera flexión en las rodillas. Tenemos otro fotógrafo en el lugar del aterrizaje, así que no os olvidéis de sonreír al llegar. ¡Mucha suerte, feliz boda y... no os la peguéis! —dijo ese hombre, intentando

animarnos con una falsa sonrisa y los pulgares alzados, gesto que quedó algo deslucido cuando lo vi preguntar al piloto si todos habíamos firmado la exención de responsabilidad.

Estaba muy nerviosa, me temblaban las piernas y no me gustaba nada la idea de arrojarme al vacío, pero mi trabajo era el de cumplir los sueños de esas personas que estaban a punto de casarse. Mi misión era hacer de ese momento uno inolvidable que recordarían siempre, y si Alex estaba dispuesto a todo por conseguirlo, yo no pensaba quedarme atrás.

Cuando llegamos a la altitud de salto, el piloto le dirigió una señal al instructor, este hizo que nos acercáramos a la puerta, y, mientras colocaba al cura en la posición adecuada, la pareja de novios comenzó a discutir:

—No sé si lo mejor es casarnos de esta manera, Jody... He saltado un montón de veces en paracaídas y la experiencia ya no me resulta tan excitante como al principio. Yo quería algo emocionante para nuestra boda y no sé si lo será... Tal vez, si se lo comentamos a Alex, pueda reembolsarnos parte del importe.

—¡Pero, Freddy, nunca has saltado conmigo! ¡Esta vez será totalmente distinto!

—¿Por qué? —preguntó el novio.

—¡Porque me tienes a mí! —respondió ella, que parecía a punto de llorar.

Cuando finalmente el instructor lanzó literalmente al cura del avión y les tocó el turno de saltar a esos dos, los vi dudar. Así pues, dispuesta a ofrecerles lo que necesitaban para comenzar su vida juntos, no dudé en propinarles un buen empujón.

Para mi asombro, el hombre al que yo iba atada tuvo la misma idea y actuó del mismo modo, haciéndome suspirar al ver que él también había pensado en unir a esa pareja para que el amor triunfara por encima de todo..., aunque mi suspiro de emoción se cortó abruptamente cuando Alex anunció, acabando con mi soñadora mirada:

—¡No hacemos reembolsos! ¡Nos toca!

Unos instantes después estábamos frente a la puerta abierta de la avioneta, y, sin darme tiempo a preguntarle a ese mentiroso si había actuado así para unir a esa pareja o para no tener que devolverles el dinero, Alex me hizo volar de una manera en la que jamás había imaginado que lo haría un hombre.

Y, mientras volaba, mi reacción fue la contraria de la que yo manifestaba en mis más dulces sueños: grité durante todo el descenso un millón de maldiciones e insultos que llevaban el nombre de la persona que, para mí, en unas ocasiones era un sueño y en otras, una auténtica pesadilla.

Capítulo 10

—¿Quieres ver las fotos de nuestra última boda? —preguntó Buster mientras me mostraba emocionado en su cámara unas imágenes en las que se me veía saltando en paracaídas... y gritando como una posesa.

En todas y cada una de ellas, yo salía con la boca abierta y un gesto de terror mientras los demás, acostumbrados a ese tipo de emociones, lucían hermosas sonrisas. Todos excepto Alex, que exhibía un gesto malicioso al verme gritar.

—¿Has retocado alguna de mis fotos para que salga sonriendo?

—Por supuesto —contestó Buster al tiempo que me mostraba con satisfacción unas imágenes en las que el muy cabrón se había limitado a colocar encima de mi rostro el conocido emoticono de una sonrisa tapándome la cara.

—¿Quieres que traiga el sifón? —le pregunté, bastante cabreada por su falta de profesionalidad al manejar el Photoshop.

—Vale, vale... Dejando a un lado las fotografías, ¿quieres ver el vídeo del momento sándwich? —insistió él emocionado mientras yo tapaba mi avergonzado rostro con una mano intentando olvidar ese instante.

—¡No fue culpa mía! ¿A quién se le ocurre no alejarse de la marca en cuanto llegaron al suelo? Más aún: ¿a quién se le ocurre comenzar a besarse justo en ese momento?

—Era para el vídeo de la boda, Bianca. ¡Mira! Ahí tenemos el beso de los novios, un momento bastante romántico... y..., sí..., ¡ahí llegáis Alex y tú, pataleando como una loca buscando tierra, provocando que él se desequilibrase y acabarais cayendo encima de la pareja! Tengo fotos de cómo chafas a los novios, ¿quieres verlas? ¡Son muy divertidas! —se rio Buster, mostrándome una imagen en la que aparecía mi rostro aplastado entre la espalda del novio y Alex, antes de que nos cayera encima el paracaídas.

—Espero que modifiques ese vídeo para los novios y elimines esa parte para siempre, o lo haré yo —lo amenacé mientras señalaba su cámara.

—Mi tesoro... —bromeó Buster, alejando la cámara de mí.

—Por cierto, ¿podrías decirme dónde está Alex? Tenemos que ultimar los detalles de otra ceremonia antes de marcharnos.

—Creo que Kara también lo estaba buscando mientras cargaba con un montón de facturas, así que posiblemente será para hablar sobre los gastos de alguna boda. Alex estará intentando colarle algún gasto de los suyos y Kara tratará de escaquearse de abonar alguno de ellos, que Alex habrá pagado de su propio bolsillo... Si ella lo ha encontrado, en estos momentos debe de estar

desarrollándose una lucha de titanes en la que no te conviene meterte, créeme... —me advirtió Buster con seriedad, como un buen compañero, preocupándose por mí. Aunque luego lo estropeó todo al añadir, después de encender la cámara—: Ahora sí. ¡Ya puedes meterte donde quieras, que tengo la cámara preparada! ¡Siempre que te tengo cerca saco las mejores fotografías!

—Será mejor que te vayas a terminar los retoques de las fotos de la boda en paracaídas antes de que los haga yo por ti... —le dije señalándolo amenazadoramente, haciendo que huyera de mí.

Al final, decidida a buscar a Alex en el lugar donde casi nunca podía encontrarlo, me encaminé hacia su despacho. Y, mientras pensaba sobre qué decirle para establecer una distancia profesional entre nosotros en una boda en la que los novios desnudarían sus corazones mientras los demás nos desnudábamos por completo, las circunstancias me llevaron a renunciar a imponer tal distancia con él cuando mi corazón me gritó de nuevo que, lo quisiera yo o no, era el indicado para mí, aunque no fuera mi príncipe azul.

* * *

Poco a poco, Bianca estaba aprendiendo lo difícil que podía ser organizar una boda. Se estaba dando cuenta de cuál era la realidad más allá de sus tiernas fantasías de un «felices para siempre», y, aun así, esa mujer seguía soñando con ofrecer un mágico momento a las parejas que tenía a su alrededor.

Su forma de ver el mundo, muy distinta de la mía, me hacía sonreír, y lo que en un principio solo había sido un gesto cínico ante sus ingenuas acciones se estaba convirtiendo ahora en una sonrisa de verdad. Las distintas maneras que teníamos de ver el mundo, sin pretenderlo, nos estaban conduciendo a buscar un término medio para esas parejas que solicitaban nuestra ayuda, y estábamos organizando unas ceremonias que estaban logrando que Kara rechinara los dientes de pura frustración, ya que sus planes de fastidiarme no estaban resultando como ella había previsto.

A pesar de que a mí siempre me encargaran las bodas más difíciles y extravagantes, en las cuales tenía que cumplir con el estúpido eslogan de nuestra empresa, que anunciaba que hacíamos todos los sueños realidad por muy locos que estos fueran, Bianca estaba aprendiendo a no sorprenderse por nada, a aceptar esos delirantes encargos con una sonrisa y a perseguir ese sueño que nadie podía arrebatarse y mediante el cual unía a todos nuestros clientes con sus mejores deseos.

Cuando la observaba, me resultaba inevitable rememorar mis primeros días en esa empresa, una época lejana en la que yo también quería preparar unas ceremonias que fueran inolvidables para sus protagonistas, unos días en los que creía en el amor y en lo que significaban cada uno de los ritos y las ceremonias que llevábamos a cabo para unir a las parejas... Pero esos cuentos del «final feliz» y del «felices para siempre» eran algo en lo que no volvería a creer y, tal vez, a

causa de ello, en mis bodas siempre faltaba esa magia que últimamente la inocencia de una mujer aportaba en ellas, haciendo inolvidables esos momentos, tanto para mí como para los novios.

Mientras pensaba con una maliciosa sonrisa en nuestra próxima boda y en el escaso vestuario que llevaría Bianca en esa ocasión, Kara entró en mi despacho sin molestarse en llamar, borrando con su chillona voz toda la felicidad de mi rostro.

—¡Tú y yo vamos a revisar ahora mismo esta lista de gastos y todas las facturas que me has dado! —exclamó mientras ignoraba la silla que había frente a mi escritorio y se sentaba sobre la mesa, desafiándome con la mirada a que pusiera alguna pega sobre el lugar que había tomado.

—Por supuesto, siempre puedes llamarme para que mantengamos este tipo de reuniones e, incluso, entrar abruptamente en mi despacho sin tocar a la puerta y sentándote sobre mi mesa —repliqué con sorna, echándole en cara lo grosero de su comportamiento, ante lo que ella se calló por unos instantes para luego seguir increpándome a propósito de esas facturas.

—¿Me puedes decir por qué crees que te permitiré incluir entre los «gastos de decoración», unos condones fluorescentes y varias muñecas hinchables?

—Porque en esa boda la novia era una muñeca hinchable y tú misma viste a Bianca inflando a las damas de honor, así que esos no eran mis gastos de pervertido, sino los del novio.

—¿Y los condones?

—Pregúntaselo a las damas de honor. Pero si tienes muchas dudas con las facturas de esa boda, siempre puedes ocuparte tú de la próxima que haya que sea parecida a esta en lugar de encargármela a mí.

—Bueno, dejemos eso de momento. En esta otra boda me encuentro con unos gastos extras registrados como «regalos para los invitados» que le estás cobrando a Alice Wilkins y que no deberían estar aquí.

—Se trata de un regalo para sus padres, uno que la novia no se atrevía a darles y que yo no podía dejar de concederles: una pequeña ceremonia. Y créeme cuando te digo que ese regalo no tiene precio.

—¿Una segunda boda? —inquirió Kara, riéndose del momento de felicidad de los dos ancianos a los que habíamos agasajado, mostrándose por unos instantes tan cínica como yo. Y, mientras contemplaba esa sonrisa que en otras ocasiones me habría molestado por lo sarcástica que era, en ese momento no me molestó tanto y no pude evitar sonreír al acordarme de una alocada mujer que jamás dejaría de defender que nunca es tarde para celebrar una boda—. ¿Se puede saber cuándo llevaste a cabo esta celebración que has valorado a un coste irrisorio, incluso inferior al de una cena?

—Cuando tú no estabas, por supuesto.

—No aprobaré este pago —dijo Kara, devolviéndome esa irrisoria factura que no pensaba cobrarle a la pareja.

—¡Perfecto! En ese caso les notificaré a los novios que esto es un regalo personal mío en vez de un detalle de la empresa: seguro que quedaré como Dios ante ellos —comenté, haciendo que

Kara finalmente decidiera quedarse con esa factura.

—No estoy nada contenta con las facturas que me has presentado relativas a tu próxima boda: tu ayudante indica que se ha gastado mil quinientos dólares en vestuario, y tú, dos mil.

—Tú fuiste la que me dio dos cheques en blanco a nombre de la empresa para que nos vistiéramos acordes con los invitados y, si no recuerdo mal, tus palabras fueron que deberíamos mostrar la misma elegancia que ellos, ya que representábamos a nuestra empresa.

—¡Es una boda nudista, maldita sea, Alex! ¿Se puede saber en qué demonios os habéis gastado semejante cantidad de dinero?! —dijo Kara gritando como una desquiciada, tal vez porque ella había querido darme esos cheques solo para burlarse de mí, olvidando lo cabrón que podía ser cuando alguien me provocaba.

—Bianca se ha comprado un tocado muy mono a juego con las demás damas de honor y yo, que no quería ser menos, una elegante corbata.

—¿Una corbata?! —volvió a gritar mientras me fulminaba con la mirada.

—Sí, ¿te muestro cómo me sienta lo que voy a llevar a la boda? —respondí con una sonrisa mientras comenzaba a desnudarme.

—No, déjalo. Ya me queda bien claro que es un error mío que no volverá a suceder: nunca más te concederé un cheque en blanco para el presupuesto de vestimenta, pues no lo utilizas como un adulto responsable —declaró mi jefa, acabando así con mi intención de quedarme en pelotas en el despacho para ponerme la corbata en un lugar que no era precisamente el cuello, tan solo para fastidiarla—. ¿Y esto? ¿Me puedes explicar lo de esta noche de hotel?

—Claro: tuvimos que viajar hasta el lugar de celebración del evento para hablar con nuestros clientes acerca de los detalles de su ceremonia y del banquete y se nos hizo demasiado tarde como para volver, por lo que Bianca y yo nos quedamos esa noche en un hotel cercano.

—¿Y por qué la reserva es de una sola habitación?

—Porque, por culpa de un festival, estaban todos los hoteles completos y solo les quedaba una habitación. ¿Qué insinúas? —pregunté bastante molesto con esa mujer.

—Que no estoy dispuesta a pagarte las aventuritas que tengas con tu ayudante, ni dentro ni fuera del trabajo.

—La estancia en ese hotel fue necesaria para un viaje de negocios —repose alzándome de mi asiento, bastante ofendido porque alguien insinuara que me estaba aprovechando de Bianca.

—Claro, porque como tú nunca te has acostado con esa chica... —manifestó Kara, poniendo los ojos en blanco ante mis palabras, recordándome que ella sabía que Bianca y yo nos conocíamos íntimamente antes de que empezáramos trabajar juntos.

—Nos acostamos antes de saber que seríamos compañeros de empresa —repliqué cada vez más molesto con sus palabras, apretando los puños lleno de ira ante una situación en la que no podía hacer nada.

—Venga, Alex, admítelo: solo hiciste ese viaje para acostarte de nuevo con esa mujer. Y ella es tan estúpida que seguramente volvió a meterse en tu cama... En cualquier caso, se trata de una

aventura de la que no pienso hacerme cargo —afirmó Kara, pasándome la factura de mi estancia en el hotel—. De todas formas, si me obligas a incluirlo como un gasto de la boda que estás organizando, alguien con muy mala intención podría hacer correr el rumor de que Bianca se ha ganado un puesto a tu lado solamente porque se acuesta contigo y que, a pesar de sus públicos y notorios errores, todavía continúa en la empresa porque es tu amante.

—¿Sabes muy bien que eso no es verdad, ya que fuiste tú misma quien la contrató! También sabes perfectamente que Bianca continúa a mi lado porque tú te niegas a proporcionarme otra ayudante si la despido —declaré arrancándole esa factura de las manos y cediendo ante ese chantaje porque no quería que nadie ensuciara el nombre de una chica inocente cuyo único error había sido cruzarse en mi camino.

—¿Ves como al final yo tenía razón? —dijo Kara, mostrando una sonrisa satisfecha.

—Sí..., como siempre, yo soy un cabrón y Bianca solo es la inocente chica de la que me he aprovechado —musité con ironía, atribuyéndome el papel del malo. Para mi desgracia, ese fue el momento exacto en el que Bianca entró en mi despacho.

Cerré los ojos al creer que ella me culparía, que se alejaría de mí después de malinterpretar mis palabras por no haber oído la parte anterior de esa conversación, sobre todo al oírme decir que me había aprovechado de ella y ver cómo me jactaba ante Kara.

Cuando los abrí de nuevo me encontré a Kara con una sonrisa complacida ante mi dolor, pero, al mirar a Bianca, al contrario de lo que esperaba, no observé un gesto ofendido, sino uno decidido mientras se acercaba a mí. Tras arrebatarle la factura de las manos, para mi asombro y el de Kara, Bianca la puso sobre la mesa y nos anunció a ambos, dejándonos boquiabiertos:

—Esto lo pago yo.

—¡Vaya! La noche debió de ser memorable, ¿eh? Pero supongo que sabes que Alex solamente te ha utilizado, ¿verdad? —replicó Kara, intentando burlarse de ella.

Y, antes de que yo acallara las palabras de esa pérfida mujer, Bianca se me adelantó:

—Mi vínculo con Alex no es de tu incumbencia. Yo ya te informé de ello antes de acceder a mi puesto de trabajo y tú te reíste de que él y yo pudiéramos mantener algún tipo de relación, así que, si surge algún rumor en el trabajo, serás la única responsable por no haber gestionado correctamente este problema y no habernos separado antes de que esos rumores aparecieran, un hecho que dejaré bien claro ante todo aquel que me pregunte. —Al oír sus palabras, a Kara y a mí nos quedó claro que Bianca había estado escuchando a escondidas nuestra conversación, quizá simplemente esperando el momento oportuno para entrar en mi despacho.

Mi jefa perdió su sonrisa de satisfacción al constatar que unos rumores sobre nosotros también podían poner en peligro su reputación. No obstante, la vi contemplar altivamente a Bianca, y, antes de que volviera a insistirle acerca de que yo la estaba utilizando, esta última me sorprendió al anunciarle a esa mujer con una maliciosa sonrisa:

—Por cierto, para tu información, esa noche fui yo la que se aprovechó de Alex.

La respuesta de Kara fue marcharse airadamente mientras cerraba con furia la puerta de mi

despacho.

Bianca profirió un suspiro de alivio al ver que había huido y ya no tenía que enfrentarse a ella. Su fachada de mujer decidida desapareció, y ante mí solo quedó una mujer que se sentía tan confusa como yo por todo lo que estábamos sintiendo.

—¿Por qué me buscabas? ¿Es que acaso quieres volver a aprovecharte de mí? —dije burlonamente mientras abría los brazos intentando quitarle hierro a ese incómodo momento en el que guardábamos demasiados sentimientos dentro de nuestros esquivos corazones.

—No hagas que me arrepienta de haberme aprovechado de ti —me reprendió Bianca antes de anunciarme—: Te recuerdo que tenemos una boda que organizar.

—Entonces será mejor que nos marchemos para llegar a tiempo —dije cogiendo las llaves de mi coche y una corbata, que sería todo mi equipaje para ese evento.

Mientras pasaba junto a Bianca, ella retuvo por unos instantes mi brazo y, recordando las palabras que había dicho en voz alta antes, declarándome culpable de todo, me pidió con ojos inocentes:

—Nunca permitas que te asignen el papel del malo.

Yo, cogiendo la mano que me retenía con dulzura y mirando esos ojos esperanzados que aún creían en mí, le respondí al tiempo que besaba su mano:

—Ese papel tal vez vaya mejor conmigo que el de príncipe azul.

Luego le solté la mano mientras ignoraba esa mirada soñadora que se había posado en mí, cometiendo un gran error al creer que yo podría crear un final feliz para los dos donde estuviera implicado el amor.

* * *

La boda que se preparaba en la playa no dejaba de ser un evento romántico y bonito, a pesar de que nadie entre los invitados fuese a lucir unas costosas vestimentas. Bianca, intentando convertirlo en todo un sueño, había sobrepasado las expectativas de los novios al crear un camino de piedra por encima del cual había esparcido pétalos de rosas blancas y rojas hasta llegar a un bonito cenador adornado con cortinas blancas y decorado con numerosas guirnaldas de vistosas flores.

En el centro del mismo se localizaba el altar, repleto de hermosas flores blancas y, a petición de los novios, una gran botella transparente vacía y otras dos botellas pequeñas llenas de arena de diferentes colores.

A ambos lados del camino por el que debían pasar los novios en dirección al altar habían colocado varias filas de cómodas sillas para los invitados, y ese pasillo central contaba con una serie de columnas de seda dispuestas a intervalos regulares coincidiendo con las filas de asientos, encima de las cuales habían depositado sendos arreglos florales de flores blancas y rojas.

Repartidas por la arena habían colocado antorchas que iluminarían el lugar cuando el sol se

pusiera y que servirían de guía hacia la zona donde se encontraban las primorosas mesas blancas de los invitados, adornadas con unos farolillos, así como la de los novios, señalada con un gran arco en forma de corazón repleto de flores rojas con una discreta iluminación.

Una gran mesa de bufet, donde los invitados se servirían la comida, estaba llena de distintas exquisiteces frías acordes con el ambiente playero. Y en una improvisada barra un tanto alejada se había ubicado la mesa de las bebidas junto a un pequeño escenario que contenía una silla y una guitarra con la que estaba previsto que uno de los invitados agasajara a los recién casados con la apacible música del instrumento.

Muy orgullosa por haber cumplido de sobras con las expectativas de los novios, Bianca miraba el escenario de esa boda. No obstante, no se decidía a salir del coche.

—¡Vamos! ¡La dama de honor no puede aparecer más tarde que la novia! Te preguntaría si te queda mucho para terminar de arreglarte, pero seamos realistas: solo tienes que ponerte un tocado —anunció Alex desde fuera mientras se paseaba desnudo con toda despreocupación, a la espera de que su acompañante bajara del vehículo.

—Estoy haciendo acopio de valor para asistir a esta boda con un tocado por toda vestimenta, Alex. Puede que tú estés acostumbrado a esto, pero yo no.

—Venga, ánimo: prometo no poner ninguna pega a tu vestuario para esta boda, e incluso observaré con atención tu aspecto mientras das una vuelta para lucirte ante mí —comentó él con una maliciosa sonrisa, lo que consiguió que solo la ventanilla de su coche se abriera y que una insolente mano le mostrara su dedo corazón—. No te preocupes: como sabía que ocurriría esto, he venido preparado para todo, como siempre —apuntó Alex al tiempo que se dirigía hacia el maletero para sacar un gran ramo de flores ante los curiosos ojos de Bianca—. Con esto podrás mantener a salvo tu pudor y no ofender a los novios —propuso, lo que hizo que ella bajara rápidamente del coche para arrebatarse el ramo de flores y esconderse detrás de él—. ¡Muy bien! Y ahora que estamos listos, ¿me ayudas a ponerme la corbata? Es que no sé dónde sería más correcto llevarla para esta celebración... —manifestó Alex jocosamente, provocando que Bianca se la arrebatara para anudarla firmemente en torno a su cuello.

—¿Crees que ocurrirá algún imprevisto? —preguntó ella entonces, recordando los problemas que habían surgido hasta ese momento cada vez que habían organizado una boda.

—Seguramente. Estoy acostumbrado a que siempre surja algo de última hora, pero justo para eso estamos aquí: para resolver los problemas que puedan aparecer con la intención de crear un momento único para los novios y que, en ocasiones, se convierte en una pesadilla para nosotros. Es nuestro trabajo.

—Pero vale la pena —sostuvo Bianca mientras veía desde lejos cómo la novia retocaba su velo, irradiando una gran felicidad.

—¿Crees que podrás crear un momento mágico para ellos? —preguntó Alex, recordando los fantasiosos sueños de la chica que tenía delante mientras le señalaba con una cínica sonrisa a los invitados.

—Sin duda. Haré que los novios vivan un momento mágico. En pelotas, pero muy mágico — declaró Bianca, tan soñadora como siempre. Y, tirando de la corbata de ese hombre, lo acercó a ella para susurrarle al oído—: El secreto para que surja esa magia es algo que ambos sabemos, aunque tú sueles rechazarlo con excesiva facilidad.

—Ya..., el amor —susurró Alex con cinismo, recordando las palabras que una vez le había dicho su compañera.

Tras este comentario, Bianca le soltó la corbata y le dio la espalda para alejarse con paso decidido, muy dispuesta a cumplir con los sueños de otros, ya que, al menos de momento, los suyos aún estaban muy lejos de poder cumplirse.

Y mientras Alex observaba cómo esa mujer se apartaba de él, extendió neciamente la mano preguntándose si podría alcanzarla y quedarse con ella sin pronunciar esas palabras que todavía lo aterraban, tal vez porque cuando las decía entregaba un poquito de sí mismo a esa persona, que podía convertirse en su cielo o en su infierno.

* * *

La ceremonia fue hermosa.

Intenté no llorar porque no tenía ningún pañuelo a mano y dudaba de que, con la vestimenta de rigor que todos los presentes llevaban, alguien tuviera uno.

Al ver a los novios recitando sus votos matrimoniales, sentí que había tenido éxito una vez más en mi objetivo de convertir a alguien en una princesa. Una princesa sin vestido, pero cuyos sueños se habían hecho realidad con ese «felices para siempre» que recibía de la mano del hombre al que amaba y que la hacía brillar como nunca, convirtiéndola en la feliz mujer que yo siempre había soñado ser algún día junto al hombre al que amara.

Mientras los novios compartían miradas cómplices a través de las que demostraban su amor, terminaron la ceremonia rellenando la botella vacía, mezclando las arenas de distintos colores que contenían las botellas pequeñas, cada una de las cuales era sujeta por los protagonistas del evento. Confusa ante lo que podría significar ese bonito ritual, decidí preguntarle más tarde a Alex por él, segura de que sabría qué representaba esa botella que él se había encargado personalmente de buscar para los novios.

Mientras me mezclaba entre los invitados, comprobando que no hubiera ningún problema, di gracias a Dios porque el ramo que me había conseguido Alex fuera lo suficientemente grande como para tapar mi desnudez, acabando así con mi vergüenza.

A pesar de estar oculta detrás de las flores, en ocasiones mi rostro se sonrojaba al ver algún que otro desnudo trasero, sobre todo el de Alex, un hombre que se paseaba despreocupadamente por el lugar mientras lucía tan solo una corbata y una gran sonrisa que de vez en cuando me dirigía burlón, intentando que dejara de pensar en mi desnudez y disfrutara de la fiesta.

El banquete no fue objeto de ninguna crítica por parte de los invitados, las fotos en grupo

fueron tomadas por un fotógrafo de la familia, donde todos nos tapamos recatadamente con las flores o con copas colocadas en sitios estratégicos.

Cuando la tarde comenzó a declinar, encendimos las antorchas y los farolillos, creando una atmósfera mágica y un momento íntimo que los novios disfrutaron mientras celebraban su amor bailando lentamente al son de la guitarra.

Sintiendo que mi presencia no era necesaria por el momento, me alejé de allí para acercarme a la orilla del mar y contemplar la luna reflejada sobre el agua tras sentarme en la arena, al tiempo que soñaba con disfrutar algún día de un amor como el que observaba que existía en esos instantes en esa pareja.

Y, mientras reflexionaba sobre quién podría ser la persona que compartiría conmigo esos momentos tan especiales, el hombre de mis sueños y de mis pesadillas volvió a acercarse para recordarme que soñar, en ocasiones, era imposible. Aunque eso fuera algo que mi corazón era incapaz de reconocer cuando estaba a su lado al señalarme que, fuera el indicado o no, me había enamorado.

—He oído que la novia lanzará el ramo, ¿no te sientes tentada de intentar cogerlo? —murmuró ese malévolo hombre en mi oído, sabiendo que en otras circunstancias habría corrido a por él, pero al tener que saltar desnuda para alcanzarlo, definitivamente esa vez lo dejaría estar.

—No, en esta ocasión paso —dije negándome a mirar a ese tentador hombre que si ya de por sí me tentaba vestido, desnudo podía llegar a ser mi perdición.

—¡Oh, qué pena! Entonces no serás la próxima en casarte —me susurró de nuevo, colocando sobre mis hombros un chal con el que me protegió del fresco de la noche mientras se sentaba detrás de mí y me cobijaba entre sus brazos, calentando tanto mi cuerpo como mi corazón.

—Antes de casarme tendría que enamorarme —respondí volviendo el rostro hacia él, buscando sus cínicos ojos azules. Al hallarlos, fue él quien desvió la mirada.

—Creo que esta es una boda que te ha gustado organizar, a pesar de la falta de etiqueta —anunció Alex, cambiando de tema—. Aunque te vi algo perdida cuando los novios mezclaron la arena en esa botella —señaló mientras, para mi asombro, colocaba una botella vacía delante de mí y luego depositaba en una de mis manos otra llena de arena de un color dorado y brillante, como la purpurina con la que me gustaba jugar de niña—. Echa un poco en esa botella —dijo guiando mi mano para que llenara una parte de la botella vacía que tenía frente a mí—. Esta arena te representa a ti. Cada grano simboliza cada uno de tus recuerdos, de tus sentimientos, de tus experiencias y de lo que has aprendido en la vida hasta ahora —declaró Alex, para, a continuación, verter una arena blanca que llevaba en otra pequeña botella—. Y esta arena blanca soy yo... —continuó, llenando un poco la botella grande.

Después me pidió que yo siguiera llenando la botella grande con mi arena dorada y luego él continuó con la suya. De este modo jugamos durante un minuto, rellenando la botella grande con franjas de arena de distintos colores, bien separadas, hasta formar un bonito cuadro ante

nosotros. Pero, mirando confusa esa arena, que no se mezclaba como la de los novios, no pude evitar preguntarme si ese hombre estaba jugando de nuevo conmigo.

—Algo falla —dije señalándole la botella que teníamos delante.

—Que nosotros no estamos enamorados ni somos pareja. Si lo fuéramos, tal vez nuestros sentimientos, nuestros recuerdos y nuestras experiencias se habrían fundido generando un nuevo comienzo en nuestras vidas, representándose en esa botella lo que seríamos a partir de ese momento, mostrándonos que, como esa arena, no sería fácil separarnos —indicó Alex, explicándome qué significaba esa ceremonia que yo desconocía. Y, alzando mi rostro hacia el suyo, volvió a recordarme mientras trataba de alejarme de él—: Pero yo no creo en el amor y nosotros somos demasiado diferentes. Buscamos cosas totalmente contrarias y vemos la vida de distinta manera y, como esa arena, no deberíamos juntarnos, sino solamente marcar una línea entre nosotros —añadió poniendo esa botella entre mis manos, intentando advertirme una vez más para que no me enamorara de un hombre como él. Para mi desgracia, a cada minuto que pasaba a su lado me daba cuenta de que esa advertencia llegaba demasiado tarde para mí.

Alex intentó apartarse, dejándome con esa botella de arena que representaba lo diferentes que éramos, pero yo, tan rebelde como siempre en mi búsqueda del amor, me levanté y cogí la botella para interponerme en su camino. Luego, mirándolo a los ojos, le mostré el recipiente, lo tapé con una mano y lo removí con energía hasta asegurarme de que la arena se había mezclado de una forma impredecible, creando un hermoso estallido de color en la botella.

—La vida es imprevisible, y es mucho más excitante dejarnos guiar por esos alocados sentimientos que a veces surgen en nosotros en lugar de establecer límites para protegernos de ellos. Si lo que guardamos en nuestros corazones es amor, nosotros seremos los responsables de nuestras propias heridas, y también de nuestra felicidad —dije colocando la botella en su mano para que no decidiera más por mí. Y antes de alejarme de él, le señalé—: Por cierto, nuestras vidas ya se han mezclado porque poseemos recuerdos juntos, hemos experimentado algunas cosas juntos y, quieras reconocerlo o no, existen sentimientos que compartimos.

Después de eso, intenté alejarme, pero Alex retuvo mi mano. Y, tras arrojar la botella a un lado, me sorprendió al atraerme hacia su duro cuerpo. Solo mientras me besaba recordé que había dejado olvidados mi ramo y el chal, por lo que no disponía de ninguna barrera que contuviera nuestro deseo en esos momentos.

Con la cercanía de nuestra ardiente piel apenas pudimos refrenar la pasión que ese beso desató. Las manos de Alex apretaron con fuerza mi trasero, a lo que yo respondí sujetándome a sus hombros mientras lo acercaba más a mí. Su lengua me devoró, exigiéndome que me quedara a su lado a pesar de que él intentara alejarme a veces, y cuando lo di todo de mí, rindiéndome a su deseo y gimiendo su nombre, él se separó con dificultad, poniendo fin a ese beso.

—Aún tenemos trabajo —me recordó roncamente señalando los festejos de la boda, que todavía no había finalizado—. Creo que vas a tener que encargarte tú de atender a los novios y cubrir sus necesidades durante un rato... —anunció, concediéndome una responsabilidad que no

me había atribuido hasta entonces. En un primer momento creí que se había dado cuenta de mi eficiencia y me daba una oportunidad, pero, conociéndolo como lo conocía ya, no tardé en dudar de él.

—¿Por qué? —pregunté, recibiendo como única respuesta una irónica ceja alzada que no comprendí hasta que Alex señaló su entrepierna y el pequeño..., bueno, el gran contratiempo que había surgido en su indumentaria.

—Sí, creo que será mejor que los atienda yo durante un rato... —manifesté dirigiéndome hacia el lugar donde había dejado mi gran ramo y el chal, que no dudé en colocarme sobre los hombros.

Y, mientras reflexionaba con algo de tristeza, preguntándome dónde acabaría esa botella de arena, que puede que solo representara mi locura al perseguir el amor de un hombre que no creía en él, mi corazón volvió a latir acelerado al ver a Alex recoger la botella del suelo e introducir en ella el resto de la arena que nos representaba a nosotros y cada uno de los aspectos de nuestro ser, mientras perseguíamos un final feliz que ambos veíamos de diferente manera.

Capítulo 11

Pese a mis deseos de volver a caer en la tentación que Bianca representaba en mi vida, decidí mantener las distancias con ella. No quería que recayeran sobre nosotros maliciosos rumores que Kara pudiera comenzar a esparcir por venganza o por resentimiento, por lo que preferí alejarme para que nadie le hiciera daño. Así pues, finalmente, esa noche solo me llevé a mi habitación del hotel una botella de whisky y otra llena de arena, que me hizo pensar demasiado en una mujer a la que deseaba olvidar.

Bianca era todo lo contrario de mí: soñaba constantemente, cuando yo hacía ya mucho tiempo que había dejado de hacerlo al golpearme de frente con la dura realidad. Ella creía en el amor, cuando era mucho más sencillo creer en un apasionado deseo que no traería ninguna complicación a mi vida ni a mi corazón, y lo más inquietante: creía en mí.

Sus ojos de enamorada se centraban en mí, declarándome el hombre de sus sueños, y, por más que le mostrara que yo no era el indicado, ella no desistía de soñar conmigo. Lo más preocupante de todo era que su mirada de admiración me perseguía incluso cuando era yo mismo, un tipo con muchos errores a sus espaldas y muchas heridas en su corazón. Esos ojos me llevaban a desear convertirme en el hombre con el que Bianca soñaba, así como a dejar todo de lado para sumergirme de lleno en el sueño que esa mujer constituía para mí.

Cada vez que pensaba en ella, contemplaba esa botella que contenía una explosión de colores producto de la mezcla de arena. Con ese gesto traté de hacerle entender que debíamos mantenernos a cierta distancia, sin acercarnos en exceso el uno al otro para evitar hacernos daño con una relación imposible, lo cual estaba representado por los diversos estratos de arena separados en claras líneas, pero ella imprudentemente había borrado esas líneas al agitar la botella, mezclándolo todo mientras me desafiaba con la mirada.

Ahora, cuando miraba la botella de arena no veía todas las cosas que nos separaban, sino lo confusos que eran nuestros sentimientos, que, en ocasiones, nos llevaban a ignorar todos los impedimentos que había a nuestro alrededor, tan solo para estar juntos.

Sabía que debía deshacerme de esa arena y olvidarme de esa mujer, pero mis manos se resistieron a hacerlo, tal vez porque cada uno de esos granos de arena me recordaba un momento pasado con ella, un sentimiento o algo que había aprendido de Bianca y que no deseaba olvidar. Finalmente, la botella se quedó adornando la mesilla de noche junto a mi cama y yo me encaminé hacia la puerta, decidido a buscar a la mujer a la que jamás podría resistirme a acercarme, a pesar de lo distintos que éramos.

Para mi sorpresa, mientras hacía acopio de valor para dirigirme a su cuarto, comprobé que ella

había hecho lo mismo para acudir al mío, lo que descubrí al abrir la puerta y encontrármela delante, lo que hizo que ambos nos quedáramos mirándonos asombrados.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al verla ataviada con un albornoz del hotel al mismo tiempo que ella me preguntaba, al ver mi aspecto desaliñado y la botella de whisky medio vacía que llevaba en la mano:

—¿Adónde ibas?

Tras esas palabras, ambos volvimos a quedarnos mudos mientras nos mirábamos como dos estúpidos a la espera de que uno de los dos rompiera primero el silencio.

Yo sabía que Bianca, que siempre intentaba ser sincera con sus sentimientos, no se quedaría callada durante mucho tiempo. Pero me equivoqué, y en lugar de palabras para contestar a mi pregunta de qué hacía frente a mi puerta, respondió de un modo silencioso pero muy efectivo, provocando que me apartara de su camino: abrió el albornoz que llevaba y me mostró que debajo vestía una sugerente lencería, un picardías abierto y adornado con cintas rojas y un tentador lazo que unía la pieza que cubría sus pechos y un sugerente tanga negro, con dos finos lazos a los lados como única sujeción.

Tras dejarme boquiabierto, consideré muy grosero no responder a su pregunta, así que, imitándola, en lugar de usar palabras, actué cogiéndola en brazos, la introduje en mi habitación y cerré la puerta de una patada al tiempo que declaraba:

—Yo no voy a ningún lado, pero tú tampoco.

Bianca sonrió, y su bella sonrisa se amplió cuando, después de quitarle el albornoz y depositarla sobre mi cama, pudo contemplar la botella de arena sobre la mesilla de noche.

—No es lo que piensas, solo la he traído conmigo para tirarla por el váter.

—Ajá... —dijo dándome la razón como a un idiota mientras tiraba de mi corbata para atraerme hacia ella—. Tú ya tienes tu recuerdo de esta boda. Ahora, yo quiero el mío... —susurró tentándome con sus labios y un beso que noté endulzado por el alcohol.

—Bianca, ¿has bebido? ¿Y cuánto? —pregunté separándola de mí al negarme a que, a la mañana siguiente, pudiera arrepentirse de esa noche.

—Lo suficiente como para reunir el valor que necesitaba para acompañar a las mujeres en la conga que hicieron en pelotas al final de la celebración y para después venir al encuentro del hombre con el que mis amigas me han aconsejado que mantenga las distancias, consejo que mi corazón se niega a seguir.

—Sabes que tus amigas tienen razón, ¿verdad? —susurré a esos tentadores labios, recordándole que era un canalla.

—Siempre la tienen —dijo Bianca, admitiendo que no le importaba caer en el error que podía representar esa noche para nosotros, el error que podía suponer yo para ella.

—Estoy demasiado borracho como para comportarme como un caballero y alejarte de mi cama —declaré, dejándome atraer por esos dulces brazos que me acercaban a su tentador cuerpo.

—Entonces, simplemente compórtate como el canalla que eres —soltó ella con una sonrisa,

haciéndome ceder a mi deseo y a la tentación que Bianca representaba para mí.

Mientras besaba esos labios que siempre exigirían demasiado de mí, no pude evitar regalarle una de esas muestras románticas con las que ella soñaba: desprendiéndola de uno de los adornos de su camisión, me hice con un fino lazo rojo y, ante su asombro, até con él mi dedo meñique junto al suyo.

Un hilo rojo habría sido mucho más adecuado para ese momento, un hilo que algunas leyendas decían que procedía de nuestro corazón y que solo se unía con la persona predestinada, creando un vínculo fuerte e inquebrantable a partir del cual el hilo podía enredarse o extenderse, pero nunca romperse. Pero eso solamente era un cuento de hadas sobre un rito que yo había utilizado en algunas bodas.

—¿Qué significa esto? —inquirió Bianca, sin comprender mi romántico gesto hacia ella.

Y yo, desde detrás de una maliciosa sonrisa, le contesté sin aclararle nada:

—No significa nada, solo es un fetiche que tengo en la cama.

—Mentiroso —me regañó ella, pues me conocía demasiado bien, tanto a mí como mi ladina sonrisa.

Pero entonces me concentré en hacer que se olvidase de seguir preguntando cuando mis besos volvieron a reclamar su pasión, y mis caricias, su deseo.

* * *

Bianca sabía que Alex la estaba distraendo, que trataba de alejar su mente de ese gesto que posiblemente sería algo que la haría soñar de nuevo con el amor. No obstante, decidida a tomar de ese hombre lo que quisiera darle, a pesar de poner en riesgo su corazón, se dejó distraer por esas caricias que reclamaban su deseo cuando ella solo quería entregarle su amor.

Mientras los besos de Alex devoraban su boca buscando la tímida reacción de su lengua para hacerla responder con osadía a sus avances, sus manos se deslizaban lentamente por el cuello de Bianca, descendiendo por su piel hasta bajar los tirantes de su picardías. Cuando estos descansaron sobre sus hombros, la osada mano desprendió con lentitud el lazo que había entre sus pechos, y, abriéndola como un regalo, Alex se separó de ella para observar expectante cómo la prenda se deslizaba hacia abajo poco a poco, exponiendo ante él su desnudez.

Sus fuertes manos acogieron tentadoramente los senos de Bianca, agasajándolos con sus caricias y el roce de sus dedos, que jugaban abiertamente con sus enhiestos pezones, provocando que se estremeciera de placer.

Ante el tembloroso cuerpo que reclamaba sus caricias, Alex no pudo evitar querer probar la tentación que se exponía ante él, así que, sustituyendo una de sus manos por su boca, marcó la blanca piel con su deseo.

Sus labios besaron delicadamente los sonrosados pezones, que temblaban ante sus caricias, para luego succionarlos sin piedad y rozarlos con sus castigadores dientes al tiempo que Bianca

se arqueaba entre sus brazos, reclamando todo el placer que él aún no quería concederle.

Mientras Alex la obligaba a rendirse a la pasión del momento con su boca, una de sus fuertes manos se deslizó por las piernas de Bianca hasta llegar a uno de los delicados lazos de su tanga sobre sus caderas, y, jugando con él, lo deshizo lentamente.

Sus dedos se deslizaron entonces por su piel hasta llegar al borde de la ligera ropa interior de Bianca, pero, en vez de introducirse bajo esta, Alex se dedicó a jugar por encima de la ínfima barrera que lo separaba de su piel antes de dirigirse hacia el otro lazo, deshaciéndolo con la misma enloquecedora lentitud que el primero.

Las piernas de la joven se agitaron nerviosas, rozándose entre sí a la espera de unas caricias más íntimas. Sin embargo, la pérfida mano se limitó a jugar con ese trozo de tela, rozándolo levemente una y otra vez, sin decidirse a retirarlo de su cuerpo.

Finalmente Bianca, impaciente, fue quien se deshizo del tanga, que se perdió entre las sábanas, mientras abría las piernas tentando a la ardiente mano de ese hombre a que probara el húmedo sexo que reclamaba sus caricias.

Alex devoró con su ávida mirada el desnudo cuerpo de Bianca, y, tras dedicarle una liviana caricia con la mano al ansioso sexo de esa fogosa mujer, provocó algunos gemidos de placer que llevaban su nombre.

Deseando jugar con las manos que permanecían unidas con un fino lazo, Alex tiró del delgado cordel que los mantenía unidos para dirigir la mano de Bianca hasta su húmedo sexo, y, colocándola sobre él, comenzó a moverla y a dirigirla haciendo que ella se proporcionara placer a sí misma.

En un primer momento, la muchacha se movió en busca de su placer de un modo dubitativo, avergonzado, pero Alex se mostró implacable y dirigió la mano de su amante con la suya, fijando el ritmo que ella necesitaba hasta que llegó el momento en el que su guía no fue necesaria y con solo unos sutiles tirones del lazo que los unía Alex pudo manejar la esquiva mano de ella a su antojo.

A la vez que Alex dirigía las acciones de Bianca para darse placer a sí misma, no dudó en introducir un dedo en el apretado interior que lo reclamaba, haciéndola gritar. La temblorosa mano de Bianca, sorprendida por el intenso placer que comenzaba a embargar su cuerpo, intentó apartarse, pero Alex volvió a dirigirla hacia su sitio con el lazo que los unía y, mostrándose un poco perverso, rozó el sensible clítoris con el cordel, hasta que ella movió los dedos como él deseaba que hiciera, llevándola a gritar su nombre una vez más.

Otro de los duros dedos de Alex se adentró entonces en ella, marcando un ritmo frenético que reclamaba su rendición, ante lo que la mano de Bianca fue incapaz de continuar acariciando su propio cuerpo y se clavó en el implacable brazo del hombre que buscaba sumisión absoluta.

Alex observó con satisfacción cómo ella convulsionaba de placer sobre la cama, llegando al clímax; cómo sus caderas se movían nerviosamente sobre su mano mientras la mano de Bianca temblaba, todavía sin decidirse a apartarlo o acercarlo más. Y, mientras vacilaba en su decisión,

finalmente su cuerpo decidió por ella y se rindió a un orgasmo arrebatador que llevó a su boca a gritar una vez más el nombre de Alex.

Instantes después, todavía sumida en los placenteros ecos del clímax, Bianca no protestó cuando él la puso de rodillas sobre la cama y, antes incluso de que ella pudiera apoyarse adecuadamente sobre el lecho, el duro miembro de él se adentró en su sexo de una profunda embestida que provocó que cayera hacia delante, buscando ocultar su rostro con la almohada para no volver a gritar el nombre del hombre que la hacía rendirse siempre ante él y su deseo.

Mientras Bianca trataba de acallar sus gritos de placer, Alex guio las manos que aún permanecían unidas por el fino lazo hasta el sexo de ella, buscando que la joven volviera a acariciar su sensible clítoris en busca de un placer indescriptible que se acompañaba con sus duras acometidas.

Al mismo tiempo que los excitados senos de Bianca rozaban contra las sábanas, haciéndola temblar con cada uno de sus movimientos, el hombre al que en ocasiones amaba y odiaba por igual fijó un profundo e implacable ritmo que no le concedió tregua a su deseo y finalmente, cuando este aumentó hasta cotas insuperables, Bianca acompañó a su amante al éxtasis, acallando con la almohada el nombre que sus labios gritaban mientras Alex clamaba el suyo despreocupadamente, tal vez porque no se sentía ligado a esas palabras de amor que estaban prohibidas entre ellos.

Cuando la joven se derrumbó sobre la cama, él la acompañó a su lado y la acogió entre sus brazos. Luego besó su espalda mientras evitaba mirarla o pronunciar alguna palabra que pudiera evidenciar lo que guardaba en su corazón. No obstante, las manos que seguían unidas por ese hilo rojo permanecieron entrelazadas, revelándole más de lo que ese hombre quería enseñar a la mujer que se estaba haciendo un hueco en su corazón.

* * *

Cuando abrí los ojos vi junto a mí a un hombre que, al igual que yo, contemplaba con una sonrisa nuestras manos todavía unidas por el meñique.

—Veo que en esta ocasión no has huido de mi cama —dijo recordándome la primera vez que nos habíamos acostado.

—No puedo: aún estamos atados —declaré, ofreciéndole una excusa realmente mala a la vez que movía burlonamente el dedo meñique, deshaciendo al fin el delicado nudo que nos había mantenido unidos.

—Bien, ahora ya puedes correr a donde quieras —anunció Alex al tiempo que abría los brazos, esperando que me alejara de él y que anunciara que nuestro encuentro había sido un nuevo error.

—No te preocupes, eso haré...

Y, sorprendiéndolo, no me fui a ningún lado, sino que simplemente me hice un hueco entre

sus brazos, apoyé la cabeza en su pecho y recibí la respuesta que quería oír de su acelerado corazón.

—¿Estás segura de que quieres quedarte aquí? —me preguntó señalando mi teléfono, que comenzaba a sonar con el tono de llamada de mis amigas.

—Sí —confirmé ocultando el rostro debajo de las sábanas, intentando huir de esa llamada y de mis amigas, a las que, sin duda, en un momento u otro tendría que enfrentarme.

—Pues no puedes, porque tenemos que volver al trabajo —anunció él después de mirar la hora en su móvil, tras lo que se levantó de la cama y me arrebató las sábanas, dejándome sin un lugar donde esconderme de esa llamada—. Voy a ducharme primero. Mientras tanto, creo que sería mejor que hablastes con tus impacientes amigas antes de que piensen que te ha ocurrido algo y comiencen a intentar contactar conmigo a través de alguno de mis amigos.

—No, no se atreverían a tanto... —declaré, logrando que Alex alzara irónicamente una ceja mientras me enseñaba su teléfono, donde vi un mensaje de uno de sus contactos que le preguntaba por mí, advirtiéndole que, si no conseguía ningún tipo de información sobre mi paradero o situación, Kelsie tomaría represalias contra él—. Sí, sí se atreverán —rectifiqué tras soltar un gran suspiro. Y, siendo consciente de que las amenazas de Kelsie nunca eran en vano, me apresuré a contactar con ella.

Mientras Alex estaba en el baño, llamé a mi desquiciante amiga y me paseé por la habitación con la camisa de él por toda indumentaria, intentando inventarme una excusa lo suficientemente buena como para evitar revelarle a Kelsie que me había vuelto a acostar con mi jefe.

Y cuando ya tenía planeada en mi mente una maravillosa historia que me serviría de justificación a por qué tardaba tanto en responder a sus llamadas aludiendo a mi responsabilidad y mi arduo trabajo, mi amiga no me dio tiempo a abrir la boca antes de mostrar lo bien que me conocía.

—Te has vuelto a acostar con ese tipo, ¿verdad?

—Me niego a contestar a ninguna clase de interrogatorio a no ser que sea en presencia de mi abogado.

—¿De verdad? Tu abogado es tu madre..., espera un momento: voy a llamarla y la metemos en una llamada múltiple...

—¡Nooooo! —exclamé alarmada, sabiendo que Kelsie era perfectamente capaz de hacerlo solo para tocarme las narices.

—De acuerdo. ¿Qué ñoña estupidez romántica ha hecho ese hombre en esta ocasión para que se te caigan las bragas? —preguntó mi amiga, haciendo gala de su tacto y su delicadeza habituales.

—Me ató las manos.

—Vale, lo comprendo: la práctica del BDSM puede ser bastante excitante, aunque nunca imaginé que fueras de las que les gustan esas cosas. ¿Qué te excitó más: el *bondage*, la disciplina, la sumisión o la dominación?

—¿Qué?! ¡No! Lo que hizo Alex fue atar mi dedo meñique al suyo con un lazo rojo, un gesto que estoy segura de que tiene un significado romántico que él se niega a decirme.

—¡Oh, no te preocupes: yo sí lo sé! —dijo mi amiga, haciendo que pusiera toda mi atención a su respuesta, pensando que había visto ese rito en alguna boda—. Significa: «Quiero follar con la primera idiota que se trague el cuento del hilito»... ¿Se puede saber cómo has podido volver a acostarte con un hombre que todas sabemos, incluida tú, que va a hacerte daño?

—Porque creo que me estoy enamorando de él.

—¡Dios, Bianca! ¡Solo tú podrías enamorarte del hombre menos indicado! ¿Acaso no querías un hombre perfecto para crear ese final feliz de cuento de hadas con el que siempre has soñado? —me recordó mi amiga, intentando devolverme la razón. Para mi desgracia, hacía ya algún tiempo que había descubierto que, cuando una se enamora, la razón sale volando por la ventana.

—Mi sueño con final feliz solo es posible si hay magia y...

—«Sin amor no hay magia» —finalizó mi amiga por mí, tras lo que soltó un suspiro de resignación, conociendo muy bien cómo eran mis sueños y cómo era yo—. No hay nada que pueda decirte para hacerte cambiar de opinión sobre ese hombre ¿verdad? Conociéndote como lo hago, permanecerás a su lado hasta que te rompa el corazón y entonces llenarás mi casa de mocos. ¿Sabes lo que te digo...?

—¿Que cuando me hagan daño estarás ahí para mí? —dije cortando sus bruscas palabras, sabiendo que, por mucho que Kelsie protestara, siempre me apoyaría.

—Sí, idiota, sí..., aquí estaré. Cómo me conoces... —declaró ella con un nuevo suspiro. Y, resignándose a que no escuchara sus consejos, me recordó antes de dejarme a mi suerte—: Si ese hombre te hace daño, no es el indicado, por más que te lo señale tu corazón.

—No te preocupes, no permitiré que me haga daño —respondí antes de colgar, muy decidida a perseguir ese alocado amor que se había presentado en mi vida de la forma más inesperada.

Pero, mientras me ponía el albornoz, me di cuenta de que mis sueños con el hombre al que deseaba comenzaban a romperse en pedazos antes siquiera de comenzar: al vestirme, tiré al suelo sin querer la ropa de Alex que descansaba sobre una silla. Al ir a recogerla para colocarla de nuevo en su lugar, del bolsillo del pantalón cayó algo brillante al suelo y, al agacharme con curiosidad para ver qué era, pude observar una cadena de plata de la que colgaba un anillo de bodas.

En el interior de la joya pude leer dos nombres grabados, el de Alex y el de una tal Hillary, así como una fecha, de dos años atrás. Mientras sujetaba esa alianza frente a mí comprendí de repente la insistencia de Alex en concederme solo unos pocos momentos a su lado, en alejarme de él, y entendí su obstinación cuando afirmaba que nunca podría cumplir mis sueños de amor: porque Alex estaba casado.

Por mi rostro se derramaron unas lágrimas que demostraban que ese hombre me había hecho el daño que tanto había temido, y al sentirme incapaz de enfrentarme a él en ese momento, dejé

la cadena con el anillo en la mesilla de noche, junto al bote de arena que representaba el alocado momento de nuestra unión.

Luego, simplemente, me alejé de él y de ese sueño imposible en el que se había convertido mi amor.

* * *

Cuando salí del baño no comprendí la ausencia de Bianca en la habitación.

Tal vez sus amigas le habían hecho ver de nuevo que yo no era el hombre más adecuado del que enamorarse y había cedido una vez más ante esos consejos, alejándose de mí. Cuánto tardaríamos en reducir la distancia que nos imponíamos nosotros mismos al decirnos que no estábamos hechos el uno para el otro era algo que solo sabían nuestros impetuosos corazones, que, saltándose todos los motivos racionales que poníamos frente a ellos, cometían una y otra vez la locura de sentir demasiado por la persona menos indicada.

Sonriendo ante mi deseo de perseguir por primera vez a una mujer y hacerle un hueco en mi vida y en mi corazón, me acerqué al bote de arena que nos representaba... y mi sonrisa murió en mis labios en el mismo instante en el que vi mi anillo de bodas sobre la mesilla de noche, llevándome a comprender en el acto la razón por la que Bianca se había alejado de mí en esa ocasión.

Esa cadena de plata con ese anillo era un amuleto que siempre llevaba en mi bolsillo para no olvidar el gran error que había cometido al enamorarme en una ocasión y casarme con una mujer que había herido mi corazón, y que aún lo seguía hiriendo al negarse a darme la libertad para olvidarla y borrar de mi recuerdo la mala decisión de mi boda.

Esa baratija que llevaba en el bolsillo era el recordatorio constante de que aún no era libre para amar, y me convertía en un cínico ante el amor y en un ser todavía más cínico ante las bodas, que, para mi desgracia, eran parte de mi trabajo.

Si corría detrás de Bianca podría explicarle que, aunque estaba casado, hacía casi dos años que no veía a mi mujer, que mi historia de amor había acabado el mismo día de nuestra boda y que si seguía atado a ese anillo era solo porque Hillary aún no había firmado los papeles del divorcio.

Pero, por más que me explicara, me sería imposible mantener una relación que terminara en esa boda con la que Bianca soñaba, no podría darle ese «felices para siempre» que ella anhelaba mientras siguiera atado a otra, y no podría amarla con todo mi corazón.

Finalmente, al ver el anillo, me di cuenta de que, a pesar de mis advertencias, le había hecho mucho daño a Bianca, y de que esas heridas se harían más grandes si no corría detrás de ella para explicarle mi situación.

Sin embargo, a pesar de que alcé la mano para hacerme con el teléfono queriendo contactar con ella, mis pies no se movieron y permanecí en mi habitación, seguro de que no podría darle a

Bianca unas esperanzas que yo no tenía, pues sabía que el amor no era para mí.

Así pues, dejé ir a la mujer que no podría alcanzar y permití que se levantara esa distancia que Bianca había querido imponer entre nosotros desde el principio. Y, mientras lo hacía, me justifiqué recordando que ella era una mujer a la que siempre le gustaría soñar y yo era un hombre cuyos sueños se habían roto hacía mucho tiempo ante la cruda realidad.

* * *

Kara Franck trabajaba en la empresa Dream Weddings C&S desde hacía años.

Al principio había estado a las órdenes de Alexander Coleman, un gran profesional cuya familia era propietaria de la mitad del negocio, pero después de que el fatídico matrimonio de ese hombre se fuera al traste, los familiares de Alex y los de la novia lo habían relegado a encargarse de organizar eventos imposibles e irrisorios con los que pretendían castigarlo para que volviera con su mujer y guardara silencio ante la situación que había sufrido, convirtiéndose así en el esposo ideal de la idílica pareja que la empresa quería exhibir ante sus clientes como el modelo de felicidad conyugal que podrían conseguir si confiaban en ellos para celebrar su gran día.

La respuesta de Alex fue enseñarles el trasero a todos y aceptar ese trabajo de menor categoría para demostrarles a ambas familias que él no era ningún muñequito que pudieran manejar a su antojo. Como el gran hombre de negocios que era, a pesar de las trabas que le ponían en su camino, Alex se había convertido en el mejor organizador de bodas de la empresa, y, por más difícil o excéntrico que fuera el evento que le endosaban, él lo llevaba a cabo con éxito.

Tal vez porque las parejas que unía siempre apreciaban que lograra lo imposible, o quizá porque, a pesar de ser un organizador de bodas, él no creía en el amor, alguien en la empresa le había asignado el irónico mote de *Cupido*, pues era alguien que, por más parejas que uniera, nunca encontraba el amor.

Kara hallaba algo placentero en torturar a Alex, un hombre que con anterioridad le había requerido tareas casi imposibles y la había saturado de trabajo, pero en momentos como ese no le gustaba demasiado su empleo, sobre todo cuando su cometido no era otro más que el de informar a la esposa de ese hombre de que Alex se estaba enamorando de otra mujer.

—Buenos días, señora Coleman. Me pidió que la llamara si apreciaba algún cambio importante en la vida de su esposo, y el caso es que lo ha habido.

—¿Ah, sí? Dime que le has encargado una boda imposible ante la que se ha rendido y ha fallado en todo hasta el punto de que ha decidido volver conmigo y con su familia, que es donde debe estar.

—No, en absoluto. De hecho, Alex ha cumplido con la organización de todas sus bodas de una forma impecable, recibiendo grandes halagos por parte de sus clientes.

—Entonces, ¿qué es lo nuevo en la vida de mi marido?

—Creo que se está enamorando.

—¿Qué dices? Eso es algo del todo imposible.

—Yo también lo creía, y más aún cuando la ayudante que le elegí con toda la intención de fastidiarlo era una ilusa chica que creía fervientemente en el amor y que anhelaba con todas sus fuerzas convertirse en organizadora de bodas de ensueño: exactamente todo lo contrario de él... Pero ese hombre prefirió pagar la factura de un hotel de su propio bolsillo con tal de evitar los rumores sobre ambos.

—¿Le pusiste una ayudante?! —le recriminó Hillary Coleman a la nerviosa Kara.

—¡No tuve más remedio! Él necesitaba a alguien que lo ayudara, pero siguiendo los consejos de la madre de Alex, contraté a la persona más incompetente que acudió a la entrevista. Por desgracia, parece que bajo su mando se está volviendo competente en su trabajo. Y, además, parece que está comenzando a ser alguien bastante importante para Alex, dentro y fuera de la empresa.

—¡Hum! Si parece que esa mujer se está encaprichando de mi marido, con una visita y una amenaza a su empleo creo que será suficiente para ponerla en su sitio.

—No sé, no creo que esa chica sea de las que se dejan avasallar.

—Entonces, un soborno lo bastante jugoso puede que la convenza.

—Según la entrevista que le hice, no creo que esté en este trabajo precisamente por el dinero: es una idealista.

—¡Bah! No te preocupes: yo sé manejar a todas las clases de mujer que se acercan demasiado a mi marido y nunca he fallado al deshacerme de ellas para recordarle a Alex que su única oportunidad es volver conmigo —anunció Hillary, y, como toda niña mimada, cortó la llamada sin pararse a escuchar lo que los demás tuvieran que opinar sobre su decisión.

—¿Incluso con una mujer enamorada? —inquirió Kara para sí, sabiendo que tratar con Bianca no sería fácil, sobre todo si esa soñadora chica decidía perseguir el amor en vez de huir de él—. En fin, yo me lavo las manos —declaró, decidiendo no tomar parte en ese enfrentamiento.

Sin embargo, al recordar cómo era Bianca, no se olvidó de ir a por una cámara para grabar las extravagantes circunstancias que rodeaban a esa mujer cuando intentaba alcanzar sus sueños.

* * *

Después de la última boda, Bianca y Alex parecían estar manteniendo las distancias.

Cada vez que sus miradas se cruzaban, ella lo observaba con ojos llorosos y él, evitando contemplar el compungido rostro de esa mujer, metía la mano en el bolsillo para tocar ese anillo que le recordaba que lo mejor era alejarse de Bianca.

Una fría y eficiente profesionalidad se había instalado entre esos dos, poniéndole las cosas más fáciles a Kara. Y, cuando esta estaba a punto de informar a la señora Coleman sobre la situación, considerando una falsa alarma su anterior aviso sobre Bianca y Alex, aparecieron nuevos problemas en esa empresa que, en vez de alejar a la pareja, los acercó un poco más.

Todo comenzó con una visita imprevista ante la que Kara abrió los ojos espantada: los Coleman habían decidido hacer una visita a la empresa para comprobar cómo iba todo, y para ello no habían tenido otra idea mejor que mandar a Julian, el hermano de Alex, como su representante.

Esos hermanos nunca habían podido evitar mostrar abiertamente su rivalidad delante de otros, pero, después de la boda de Alex, ese odio mutuo se hizo más patente para todo aquel que estuviera presente cuando los hermanos se juntaban.

La tarea de evitar que esos dos colosos chocaran era misión de Kara, una mujer que, ilusamente, no había tenido una mejor idea que limitarse a confiar en las personas que tenía a su alrededor, olvidando que entre ellos había una chica que parecía ir siempre acompañada del desastre, aunque para justificar algunos de ellos utilizara como excusa el amor.

* * *

Después de llorar a moco tendido entre los brazos de mis amigas y mantener una distancia profesional con el hombre que había jugado conmigo, intenté relegar todos esos apasionados encuentros a mi recuerdo, catalogándolos como unos errores de los que aprender y levantarme más fuerte.

En ocasiones sentía como si Alex quisiera decirme algo, pero luego, tras observar mi decidido rostro, donde veía con toda claridad mi intención de sacarlo de mi vida y de mi corazón, simplemente guardaba silencio.

Mientras me encargaba de los preparativos para una nueva boda que él me había dejado organizar en esa ocasión, Kara vino en busca de Alex y, al no encontrarlo, se conformó conmigo y con lo que pudiera hacer para ayudarla.

—¿Dónde está Alex? —preguntó un tanto alarmada mientras lo buscaba por el despacho.

—Ha salido. Creo que ha ido a revisar algún menú —respondí, sabiendo perfectamente que a esas horas Alex debía de estar robando algún plato de la cocina.

—Bueno, necesito que me hagas un favor, Bianca. Es muy importante que, cuando regrese, lo entretengas el mayor tiempo posible en su despacho.

—¿Por qué? —pregunté intrigada porque Kara quisiera tener a Alex entretenido—. ¿Quieres evitar que vea a algún cliente? —añadí sospechando de ella y de sus intenciones.

—¡No, por Dios! Es que hoy tenemos a su hermano de visita como representante de sus padres, que son los dueños del cincuenta por ciento de esta empresa, y quiero que...

—¿Eh? ¡Espera un momento, Kara! ¿Me estás diciendo que Alex es hijo de los dueños de esta empresa? Entonces, ¿por qué tiene este trabajo infernal? —la interrogué confusa. Y cuando Kara se apresuró a cambiar de tema comprendí que debía de tratarse de algún tipo de castigo que su familia le había impuesto a Alex, como hacía mi madre conmigo con su silencio.

—Eso no es relevante, lo importante es la visita de Julian, el hermano de Alex. Como te iba

comentando, quiero que...

—¡Oh, ya entiendo! Quieres darle una sorpresa y prepararle una reunión familiar en su despacho, ¿verdad? ¡Cuenta conmigo! —dijo la mar de emocionada con la posibilidad de organizar un encuentro familiar, otro de mis fuertes después de la organización de bodas.

—No..., bueno, algo parecido. Tú solo mantén a Alex en su despacho y no lo dejes salir por nada del mundo —ordenó Kara, sin aclararme nada.

No obstante, en mi mente ya planeaba cómo sería esa entrañable reunión familiar, llena de lágrimas, abrazos y bonitas palabras.

Cuando Alex regresó, yo me dediqué a cumplir mi parte y lo mantuve entretenido tras su escritorio revisando varias veces algunos datos y haciendo que me fulminara con la mirada en más de una ocasión por mi supuesta ineptitud.

Sus suspicaces ojos no se apartaron de mí, poniéndome tremendamente nerviosa, y ante un mensaje de Kara que me avisaba de que continuara manteniéndolo en su despacho, sonreí impaciente mientras abría cada dos por tres la puerta, esperando una visita que nunca terminaba de llegar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex, y, un tanto decepcionada, decidí estropear la sorpresa de Kara para acelerar el reencuentro de esos hermanos.

—Lo que ocurre es que tu hermano Julian ha venido de visita, Alex —anuncié emocionada, consiguiendo que del asombro se le desviara un poco el bolígrafo con el que estaba firmando un documento, dejando un pequeño borrón—. Creo que Kara quería darte una sorpresa trayéndolo a tu despacho, por lo que me pidió que te entretuviera aquí, pero, no sé por qué, aún no han llegado —expliqué algo confusa.

—¡Oh, por eso no te preocupes! Si mi hermano no viene a verme, ya iré yo en su busca para darle la cálida bienvenida que se merece —declaró Alex, apresurándose a levantarse de su asiento para correr en pos de su adorado hermano, como haría cualquier persona impaciente por ver a un miembro de su familia. Aunque, mientras aceleraba su paso, pude contemplar en él una maliciosa sonrisa que no iba acorde con sus palabras.

Cuando finalmente vimos en los jardines a Kara en compañía de un hombre que vestía un elegante traje, dotado de cabellos negros y una sonrisa tan bonita y encantadora como la de Alex, no tuve dudas de que se trataba de su hermano, Julian. Por unos instantes vi cómo Alex se paralizaba ante la presencia de ese hombre, como si no lo hubiera visto en años.

—Recuerda decirle palabras bonitas, y, si no se te ocurre nada, simplemente di lo que guardes en tu corazón —le aconsejé antes de darle un empujoncito para que corriera en pos de su hermano.

Como yo pensaba, Alex corrió para reunirse con Julian y yo lo seguí de cerca, sonriendo orgullosamente hacia Kara. Esta me dirigió una mirada espantada en cuanto se percató de nuestra presencia y sus ojos fueron de mí hacia Alex, antes de preguntarme alarmada:

—¡Pero ¿qué has hecho?!

—Organizar una hermosa reunión familiar, ¿qué, si no? —contesté muy orgullosa de mí misma, hasta que oí las palabras que Alex guardaba en su corazón para su hermano.

—¡Hijo de puta! ¡¿Cómo te atreves a aparecer por aquí, maldito desgraciado...?!

Acto seguido, se abalanzó sobre él y comenzó a ofrecerle un «cálido recibimiento» con sus puños.

—¿Qué tienes que decir ante esto? —me preguntó Kara mientras se masajeaba la frente, seguramente previendo los dolores de cabeza que iba a provocarle esa situación.

—¿Que Alex no conoce la definición de «cálida bienvenida»? —dije recordando sus palabras mientras me encogía ante alguno de los golpes que le estaba propinando a su hermano—. No te preocupes, Kara, que la ayuda viene de camino... —dije intentando darle ánimos cuando vi a Buster corriendo hacia los hermanos—. Bueno, tal vez no... —rectifiqué al observar que este solamente había venido corriendo para tomar las mejores fotografías del momento.

—¡Haz algo! —me gritó Kara desesperada, sin recordar que yo solo era la ayudante de un organizador de bodas, no un guardia de seguridad.

—Vale, podemos hablar de los presupuestos o de la boda que estoy organizando —respondí, dejándole claro que no pensaba meterme en esa pelea de la que no sabía si ese hombre se merecía la paliza que se estaba llevando o no.

Finalmente, dos fuertes camareros le ofrecieron su ayuda a Kara para separar a esos dos. El hermano de Alex se marchó echando pestes sobre la empresa y Alex lo despidió con un cariñoso gesto de su dedo corazón, ya que, por lo visto, no era un hombre de abrazos.

—¡Tú! ¡Tú...! —exclamó Kara, señalándome furiosamente con un dedo.

—Sí, yo... yo tengo una boda que organizar, a no ser, claro, que quieras que te ayude con alguna otra reunión familiar... —dije, haciendo que ella huyera espantada ante la idea de recibir mi ayuda una vez más, algo que no comprendí, ya que Alex la recibía constantemente y no protestaba tanto como ella... Bueno, un poco..., o casi nunca... Estaba aprendiendo a no protestar.

Capítulo 12

—Lo de las reuniones familiares no va contigo, ¿verdad? —me preguntó la mujer que había estado huyendo de mí durante las últimas semanas, acercándose en mi momento más débil.

—Mi relación con mi familia es algo... complicada —declaré, tratando de evitar contarle el motivo del profundo odio que le profesaba a mi hermano o la razón por la que mis adinerados padres me habían denigrado en la empresa familiar al condenarme a realizar el trabajo que nadie quería y que yo siempre sacaba adelante de forma impecable para restregarles por la cara que era el mejor.

—¿Qué familia no lo es? —replicó ella mientras ponía hielo en mis hinchados nudillos—. Entre mi madre y yo existe una interminable disputa porque no he querido seguir sus pasos como una digna y honorable abogada y, en su lugar, me decanté por perseguir mi sueño y trabajar como organizadora de bodas. Mis reuniones familiares son bastante silenciosas, excepto cuando llega mi perfecta hermana mayor, a la que todos adulan. Normalmente me decanto por fulminarla con la mirada cuando comienza con sus pullas hacia mí, pero creo que este año optaré por tu método: un par de hostias bien dadas como cálida bienvenida y unos buenos insultos sin duda harán más amena, o más breve, esa reunión familiar.

—Yo no tengo ese tipo de reuniones desde hace bastante tiempo.

—¿De verdad? ¿Cómo te libraste de ellas?

—Decidí hacer lo que yo quería y no lo que mis padres me imponían. El resultado fue que pasé de ser una de las personas que dirigían esta empresa a convertirme en el hombre al que se le asignaban los encargos más difíciles y estafalarios con la intención de verme fallar.

—Pues, por lo que he visto, nunca fallas.

—No tengo permitido fallar, ya que, en cuanto lo haga, las pirañas se echarán sobre mí para señalarme mis errores.

—Pero alguien te apoyará, ¿no? —inquirió Bianca, acariciando distraídamente el dedo donde debería estar mi anillo de casado para luego alejar su mano de las mías, dando un paso atrás al creer que no la necesitaba en mi vida a la vez que soñaba con el cuento de hadas que para ella representaba una boda, evento que para Bianca significaba un «para siempre» y, para mí, un «nunca más».

—¿Has visto a alguien a mi lado? —repliqué como respuesta, levantándome de mi silla y colocando la bolsa de hielo en sus manos, tras lo que acaricié ese inocente rostro que estuve tentado de besar.

—Pero estás casado... —musitó, logrando que mis labios se apartaran del camino que llevaba

a los suyos para acercarme a su oído y revelarle la verdad.

—Sí —reconocí antes de alejarme de Bianca, sabiendo que esos dulces ojos me condenarían y ella volvería a establecer una distancia entre nosotros que tal vez necesitábamos para no hacernos daño.

—¿Fui un juego para ti? —preguntó a continuación, cerrando sus ojos a la espera de mi respuesta.

Yo alcé su rostro hacia mí e hice que los abriera al confesarle:

— No, fuiste una gran tentación..., y aún lo eres.

—¿No piensas darme ninguna explicación sobre tu situación? —insistió Bianca, empeñada en creer en mí.

—No, porque da igual, el resultado será el mismo: yo no podré darte ese final feliz con el que sueñas y amarme solo te hará daño. —Y, apoyando mi frente sobre la suya, intenté hacerle ver que no era la única que sufría por un amor que nunca debería haber surgido entre dos personas tan distintas como nosotros—. O, al menos, más daño del que te he hecho hasta ahora por permitir que te acercaras demasiado a mí y me atormentaras al hacerme recordar lo que era volver a soñar con el amor —declaré antes de separarme de ella, dándole un beso en la frente en vez de en esos labios que aún me tentaban demasiado.

—Voy a descubrir lo que me ocultas y luego seré yo quien decida si quererte puede dañar o no mi corazón —respondió empecinadamente esa mujer cuando le di la espalda, mostrándome que no dejaría de luchar por su final feliz, por más imposible que este fuera para ambos.

Ante sus palabras, cerré los ojos y una sonrisa asomó a mis labios, un gesto que en esa ocasión no exhibía ningún atisbo de cinismo, sino orgullo porque alguien me amara de una manera que yo no me atrevía a aceptar por miedo a que el resultado fuera que ambos saliéramos heridos.

Sin saber qué respuesta darle, apreté los puños y contuve las ganas que sentía de atraerla hacia mis brazos. E, incapaz de resistirme a mostrarle una vez más lo que sentía por ella, pero sin revelar con palabras lo que guardaba mi corazón, utilicé nuestro trabajo como excusa para crear uno de esos momentos románticos que Bianca tal vez nunca comprendería y que yo no le explicaría, un momento que atesoraría en mi corazón mientras me mostraba como un sinvergüenza que solo respondería a sus exigencias con una sonrisa cínica que en verdad iba dirigida hacia mí mismo, el estúpido iluso que quería creer en su amor.

—Muy bien, pero mientras descubres todos mis secretos te recuerdo que tenemos un trabajo que hacer. Ven conmigo: debemos ensayar uno de los rituales de la próxima ceremonia —dije volviéndome hacia ella.

Tras coger su mano, la guie hasta el jardín, donde habíamos colocado un caballete con un lienzo blanco. Junto a él había dispuesto varios botes pequeños de pintura de distintos colores y dos pinceles en un tarro más grande lleno de agua.

—¿Qué es esto? —preguntó Bianca confusa.

—Es parte de la próxima boda que celebraremos. Al finalizar los votos, los novios pintarán juntos un cuadro. Tenemos que comprobar todos los detalles: si la altura del caballete es la adecuada, su disposición con respecto a la luz que habrá a la hora en que se desarrollará este proceso, si el lienzo es de la calidad requerida, si las pinturas están diluidas con la cantidad correcta de agua para que se vean bien y para que no salpiquen y manchen a los novios..., cosas así. De modo que ven aquí, porque tenemos que pintar un cuadro juntos.

Bianca se acercó a mí, yo cogí uno de los pinceles y lo puse en su mano. Y, con la excusa de pintar el cuadro, guie su mano por el lienzo mientras la sostenía a ella de nuevo entre mis brazos.

Yo elegí un triste tono gris para crear la silueta de un árbol con sus ramas extendidas. Y, cuando terminé, ella guio mi mano y escogió un escandaloso color rosa para seguir la silueta de mi dibujo, creando un brillo de esperanza en ese árbol mientras se dedicaba a llenar de corazones sus vacías ramas.

—Este acto tiene algún significado oculto que vas a negarte a revelarme, ¿verdad? —manifestó Bianca sin mirarme a los ojos, observando nuestras manos unidas, que creaban ese momento para nuestro recuerdo, un momento en el que los dos expresábamos nuestros confusos sentimientos y nuestras más exaltadas emociones, porque decirlo en voz alta estaba prohibido para los dos.

—No significa nada, solo es un cuadro —respondí, disfrutando de tenerla entre mis brazos una vez más, aunque solo fuera para pintar esa obra.

—¿Ah, sí? Entonces, contempla mi arte —dijo Bianca, haciéndome reír después de que me arrebatara el pincel y pintase en medio del lienzo un horrendo conejito.

—Vale, ya lo has estropeado —señalé riéndome del dibujo que habíamos creado—. Será mejor que te lo lleves a casa, ya que no puedo mostrar esto como ejemplo de lo que los novios pueden crear en una ceremonia ni, mucho menos, ponerlo en mi despacho... Aunque en el de Kara...

—¡No! ¡Es mío! —exclamó Bianca, alejando esa obra de arte de mis malévolas intenciones de fastidiar a Kara.

—Bueno, en ese caso, es todo tuyo... —susurré pecaminosamente en su oído, dejando que se llevara consigo todo lo que sentía por ella mientras sujetaba entre sus brazos ese cuadro, visiblemente confusa, intuyendo que esa obra representaba algo más que una simple pintura, aunque sin saberlo a ciencia cierta.

—¿Qué significa, Alex? —preguntó otra vez, requerimiento ante el que yo, sonriendo ladino, contesté esperanzado:

—Eso es algo que tendrás que averiguar por ti misma.

Luego, simplemente me alejé de ella mientras mi corazón me exigía que la amara y la razón me dictaba que hacerlo sería demasiado peligroso para cualquiera de los dos.

* * *

Cassandra Coleman, una de las fundadoras de la empresa Dream Weddings C&S, no podía creer que Alexander, su rebelde hijo mayor, aun después de dos años, insistiera en ir en contra de sus deseos de que formara una familia feliz que representara la cara visible de la empresa.

Por un pequeño contratiempo sufrido en su boda, él había rechazado ese perfecto matrimonio antes de que comenzara siquiera y se había mantenido empeñado en la idea de alejarse de su mujer.

Hacía años que Alex vivía separado de Hillary, a quien le había reclamado el divorcio en varias ocasiones, pero su nuera, siguiendo su consejo, siempre había negado haber recibido tal exigencia.

La primera vez que Alex intentó alejarse de la perfecta vida familiar que ella le había planificado con tanto esfuerzo fue implacablemente castigado, siendo degradado a un puesto inferior dentro de la empresa familiar.

Cassandra, que estaba acostumbrada a que su hijo menor, Julian, siempre acudiera a ella completamente arrepentido ante la menor amenaza de cortar su fuente de ingresos o bajarlo de categoría en alguna de sus empresas, había esperado con impaciencia a que Alexander hiciera lo mismo, pero, para su asombro, Alex se había limitado a sonreírle con cinismo y había realizado los encargos más complicados sin la menor protesta al tiempo que demostraba ser el mejor organizador de bodas de la compañía.

Cassandra no se atrevía a echar a su hijo de la empresa a pesar de su persistente rebeldía, ya que, si lo hacía, este era muy capaz de crear otra con la que hacerle la competencia. Y, para su desgracia, Alex tenía una sólida reputación y una gran cartera de proveedores y de clientes que podría llevarse consigo, colocando a Dream Weddings C&S en una situación bastante difícil.

Sus intentos de hacer entrar en razón a su hijo de una forma diplomática habían acabado en el instante en el que, tras enviar a Julian a que supervisara la labor de su hermano, su hijo menor había regresado con un ojo morado, evidenciando que la rebeldía de Alexander se mantenía intacta.

Este inquietante hecho se volvió aún más preocupante cuando Hillary, la esposa de Alexander, la había llamado para informarla entre lágrimas de que su hijo estaba manteniendo una aventura con una empleada de su propia empresa, seguramente alguna interesada que solamente quería a Alex para escalar puestos en Dream Weddings C&S, o por su dinero, una situación que Cassandra pensaba cortar de inmediato para que Alexander dejara de guiarse por mujeres inadecuadas y volviera con Hillary, la única que era idónea para él y para su empresa.

En cuanto la mujer entró por la puerta con su elegante traje color crema y su distinguido porte de empresaria, todos los empleados reconocieron a una de las figuras que salían en los carteles publicitarios de Dream Weddings C&S.

A su paso, Cassandra recibió los saludos y el respeto que merecía su conocido nombre, la agasajaron con una copa del mejor champán y la condujeron con premura hacia la persona que

quería ver, Kara Franck.

* * *

Kara se encontraba muy atareada en su despacho en el momento en que una de las propietarias del negocio se presentó de improviso, lo cual la puso muy nerviosa; nerviosismo que se incrementó cuando Cassandra le anunció que deseaba que la llevara ante su hijo y ante esa mujer de la que estaba más que dispuesta a deshacerse.

—En estos instantes Alexander se encuentra supervisando la organización de una boda que se celebra en nuestras instalaciones. Se trata de uno de esos encargos inusuales que solo él puede llevar a cabo con éxito, señora Coleman —contestó Kara frente a sus exigencias, intentando recordarle que no sería conveniente ir al encuentro de su hijo.

Sin embargo, Cassandra ignoró su consejo.

—¡Perfecto! —replicó—. Así podré comprobar en primera persona cómo se defiende ante las dificultades y si es digno de formar parte de esta empresa. ¿Dónde se encuentra en estos instantes?, ¿en alguno de los salones o en el jardín?

—En el jardín, pero...

—¿Y qué hay de la mujer que va detrás de él y de su dinero? Esa que tú tuviste la *maravillosa idea* de contratar como su ayudante... —añadió Cassandra, declarándola culpable de que esa mujer se hubiera cruzado en la vida de su hijo, cuando en realidad ellos se habían encontrado mucho antes de que Kara los presentara.

—Bianca está con él en el jardín, señora Coleman, pero no creo que ella sea una chica que vaya detrás del dinero de nadie...

—Bueno, eso es algo que verificaré por mí misma. Bien, lo mejor será que vaya a los jardines.

—Señora Coleman, creo que sería más adecuado que esperase usted aquí hasta que acabase la ceremonia y...

—Querida, supongo que ya sabrás que lo mejor es que nadie se interponga en mi camino cuando he tomado la decisión firme de buscar a esa mujer a la que pienso enseñarle cuál es su lugar. Espero que ella lo aprenda tan bien como tú aprendiste cuál es el tuyo, ¿verdad, Kara? —replicó Cassandra fríamente, dejando traslucir una velada amenaza ante las palabras de su empleada, que parecía estar defendiendo a esa chica, sin permitir que Kara le explicara cuán peligrosa podía ser esa novata cuando se empeñaba en ayudar a alguien con una celebración.

* * *

Durante varias semanas había estado muy ocupada con mi trabajo y llegaba demasiado cansada a casa como para ponerme a investigar lo que significaban los distintos momentos que

Alex me había regalado, pese a estar convencida de que estos formaban parte de alguna bonita ceremonia de la que el muy condenado no quería revelarme su significado.

Podría haberles pedido ayuda a mis amigas para llevar a cabo esa investigación, pero ellas seguramente me volverían a reprender por seguir sintiendo algo por un hombre que me había engañado.

Alex se había comportado muy mal conmigo al no haberme dicho que estaba casado, al no contarme más de su situación, en lugar de advertirme simplemente de que nuestro amor era imposible. Pero, para ver ese imposible y rendirme del todo con un hombre por el que sentía tanto, yo necesitaba saber más de esa historia, una necesidad que él no me permitía satisfacer, escondiéndose detrás de la excusa de que me haría daño, sin percatarse de que ya me lo estaba haciendo con su silencio.

Esa mañana me encontraba otra vez demasiado ocupada con otra boda, una nueva ceremonia de la que Alex me había avisado en el último momento, asignándome un cometido nada normal. Otra vez.

—¿Se puede saber qué es lo que tengo que hacer con esto? —le pregunté, contemplando una ristra de salchichas que él había dejado en mis manos.

—¿Ves a los novios?

—¿Te refieres a ese hombre y a esa mujer que están en el altar vestidos de manera informal?

—No, esos no: los novios son sus perros.

—¿Eh? ¡¿Qué...?! —exclamé, completamente estupefacta.

—Y la pareja que paga esta boda quiere ver una escena idílica en el vídeo, donde todos los perros aparecen corriendo juntos mientras caen sobre ellos pétalos de flores —continuó Alex impertérrito, haciendo caso omiso de mi reacción.

—¡Oh, no...! ¡De eso nada! —dije sospechando cuál iba a ser mi cometido.

—Así que te toca ponerte un calzado cómodo...

—No. Ni de coña.

—... y correr delante de los perros con las salchichas como reclamo.

—¡Me voy! —dije tratando de huir de esa nueva locura que algunos llamaban «boda».

—No puedes: han pagado por adelantado. Y se trata de una suma realmente jugosa, así que te he llamado para que hagas tu magia y le des a esta ceremonia tu toque de ensueño —declaró Alex con recochineo, haciendo que lo fulminara con la mirada mientras me pasaba unas zapatillas deportivas con dibujitos de perros.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te odio? —le solté mientras dejaba las salchichas en una mesa cercana y le arrebatava enfadada las deportivas al tiempo que le entregaba mis elegantes tacones.

—Sí, pero también me has dicho en más de una ocasión lo mucho que me amas —respondió él acercándose peligrosamente a mis labios para luego, simplemente, besar mi frente antes de ordenarme—: Ahora, a trabajar. En cuanto te dé la señal, les enseñas las salchichas a los perros,

yo abro la verja y... ¡a correr! Mientras Buster te graba, intenta que no te atrapen demasiado pronto para que se vea una bonita escena de los novios corriendo junto con sus invitados.

Dispuesta a hacer mi trabajo mientras Alex se dirigía al improvisado altar perruno para unir a esa pareja que, en esos momentos, se olisqueaba mutuamente el culo, intenté estar pendiente de su señal hasta que una mujer de unos cincuenta y cinco años con cuerpo de modelo, cabellos rubios teñidos, unos fríos ojos azules y un vestido demasiado caro para la ocasión se colocó junto a mí.

Primero cruzó su mirada con la mía varias veces, con un aire como si ella fuera alguien importante que yo tuviera que conocer, y el caso es que su cara me sonaba, pero como no la ubicaba y me encontraba en medio del trabajo, la ignoré a ella y sus aires de grandeza. Luego le dio por carraspear, y cuando se puso a toser repetidas veces junto a mi oído decidí darle unas fuertes palmadas en la espalda, por si se estaba atragantando.

Tras mi efusiva forma de salvarla, no volvió a toser a mi lado, aunque sí a interrumpir mi trabajo.

—¿Es usted Bianca Ellis?

—Sí —confirmé secamente para que captara la indirecta y dejara de molestarme.

—He oído que es la ayudante de Alexander Coleman.

—En efecto. Para mi desgracia, soy la ayudante de ese hombre —contesté sin apartar mis ojos de los novios y de la señal de Alex.

—También he oído que es usted algo más que eso... —añadió ella groseramente, haciendo que en esa ocasión la mirara un tanto molesta.

—¿Quién ha dicho eso?

—Eso no es lo importante; lo importante es que usted se ha aprovechado del puesto de ayudante de Alex Coleman y se ha metido en su cama para ir escalando puestos en esta empresa, no por méritos propios, sino por acostarse con ese hombre.

—A ver si lo he entendido bien: usted cree que ser la ayudante de Alex es fácil, que no me he ganado un lugar a su lado y que no trabajo en otro sitio que no sea en su cama..., ¿es correcto?

—Por supuesto. No puede ser tan difícil organizar bodas sencillas y de presupuesto mediano que ni siquiera alcanzan un tercio de lo que gastan los clientes de alto *standing* con los que tratan los demás organizadores.

Las palabras de esa mujer me cabrearon bastante. No sabía quién era, ni tampoco me importó demasiado cuando me tildó de interesada e insinuó que, con todo lo que había hecho hasta ese momento, yo no me había ganado mi puesto en esa empresa, sino solo en la cama de Alex, por lo que, sonriendo tan maliciosamente como solía hacer de vez en cuando el hombre con el que trabajaba, vi la oportunidad de lograr que esa mujer se comiera sus palabras cuando la ceremonia estaba a punto de terminar y mi jefe iba a darme la señal.

—Entonces usted cree que ayudar a Alex con una de sus bodas es una tarea sencilla... Pues mire usted qué a punto viene: la animo a descubrir lo fácil que es mi trabajo —dije mientras

dejaba la ristra de salchichas en las manos de esa confusa mujer.

—¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué se supone que hay que hacer con estas... salchichas? —preguntó ella despectivamente.

Y, justo en el instante en el que Alex daba la señal a uno de los invitados humanos para que abriera la valla, yo grité apartándome a un lado:

—¡Correr!

La mujer me miró extrañada, primero a mí y luego las salchichas, hasta que se dio cuenta de la jauría de perros que corría en su dirección y decidió seguir mi consejo y comenzar a correr. Pero, por lo visto, correr no era lo suyo, y salió un vídeo muy corto de los perros en una romántica carrera con los pétalos lloviendo sobre ellos..., aunque Buster pudo captar un momento muy mono de esa insufrible mujer cayendo al suelo para ser alcanzada de inmediato por todos los perros, que se le echaron encima para devorar las salchichas.

Instantes después, mientras ella seguía en el suelo con su traje de marca arruinado y llena de babas perrunas, yo la señalé con un dedo y le dije, regodeándome en mi victoria:

—¡Ahora, si tiene narices, me vuelve a decir que ayudar a Alex en una de sus bodas es sencillo!

Y, sabiendo que mi jefe me felicitaría por haber defendido mi postura en esa empresa y no dejarme pisotear, le dirigí una orgullosa sonrisa..., que se fue borrando en cuanto vi que él se llevaba las manos a la cabeza y negaba varias veces con la cabeza antes de acercarse a ayudar a esa molesta mujer a levantarse y a calmar sus gritos con unas palabras que me dejaron completamente helada:

—Hola, mamá...

* * *

—Os llamo para notificaros que me van a despedir muy pronto —comentó Bianca a través de una videollamada en la que contactó con sus amigas en busca de sus sabios consejos y sus palabras de apoyo.

—¡No me digas que ese hombre se ha atrevido a chantajearte para que te acostaras con él, que quería seguir esa relación ocultándote como su amante en algún lugar donde nadie se enterara de tu sufrido papel y que, como no has accedido a sus perversos juegos de sumisión, te ha despedido! —exclamó Penny, inventándose una deprimente historia que hizo que Bianca pusiera los ojos en blanco y que Kelsie le gritara:

—¡¿Quieres hacer el favor de dejar de ver esa mierda de telenovelas y permitir que Bianca nos explique qué ha hecho en esta ocasión para que ese hombre quiera despedirla?!

—Le he echado encima una jauría de perros hambrientos a uno de los dueños de la empresa en la que trabajo —respondió ella, provocando que sus amigas se rieran de esa situación que más

de uno soñaba con hacer realidad cuando las condiciones de su empleo dejaban bastante que desear.

—¡Venga ya! Ahora dinos la verdad —dijo Kelsie.

Y cuando recibieron el silencio de Bianca por toda respuesta, fue el turno de Penny, al darse cuenta de que las palabras de su amiga eran ciertas.

—¡Por Dios, Bianca! ¿Cómo has podido hacer eso?

—Con una ristra de salchichas —contestó ella, haciendo que sus amigas suspiraran resignadas a que las locuras de Bianca en su trabajo no tuvieran límite alguno.

—Esto es sumamente importante —dijo Kelsie—. Explícame, paso a paso, cómo lo has hecho, por si quiero intentarlo con los directivos de la cadena, que están pensando si suspender mi programa...

—Es que no sabía que era la dueña..., ¡y esa mujer estaba diciendo cosas ofensivas sobre mí!

—Bien hecho: «¡A los perros con ella!», una frase que tú te has tomado literalmente —declaró Kelsie entre carcajadas mientras Penny, negando con la cabeza e intentando ser la voz de la razón de esas dos descaradas, añadía:

—Nada justifica tu comportamiento, Bianca.

—Me dijo que si yo estaba en mi puesto era porque me acostaba con Alex y no por mi propio esfuerzo, ¡y luego añadió que mi trabajo era fácil! Y ya sabéis por todo lo que he tenido que pasar hasta ahora... Así que decidí darle una pequeña muestra de lo que era mi trabajo y le pasé las salchichas con las que tenía que correr en esa boda perruna delante de toda la jauría para que el fotógrafo captara unas imágenes bonitas.

—Vale, quizá tenías una buena razón para cabrearte —reconoció Penny—, pero la próxima vez intenta hacer valer tu opinión de una forma distinta, sobre todo cuando tu empleo puede estar en juego. Espero que, por lo menos, te disculparas con esa mujer después de lo ocurrido —finalizó Penny, preocupada por el futuro de su amiga, mientras Kelsie, dando por imposible que Bianca pudiera salvar su trabajo en esa ocasión, se limitaba a preguntar:

—Dime que tienes un vídeo de esa boda que yo pueda sacar en mi canal de YouTube...

—No, no tengo vídeos de esa boda, ya que todos están sometidos a un estricto acuerdo de confidencialidad y ninguna de esas imágenes puede salir de nuestra empresa. En cuanto a disculparme con esa mujer, creo que mis últimas palabras antes de que se levantara del suelo y se marchara indignada no fueron las mejores para defender mi puesto.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Penny mientras Kelsie añadía, cruzando los dedos delante de la pantalla:

—¡Que la haya mandado a la mierda! ¡Que la haya mandado a la mierda!

—No, solo le dije que se atreviera en ese momento a decirme que mi trabajo era fácil —respondió Bianca.

—¡Bien por ti! ¡Eso es mucho mejor que mandarla a la mierda! ¡Jode más porque te da la razón a ti y se la quita a ella, pero no puede reconocerlo por orgullo! —dijo Kelsie, intentando

animar a su amiga mientras Penny, negando con la cabeza, reprendía su comportamiento.

—¿Cómo pudiste decirle eso?

—¿Creéis que en esta ocasión me libraré del despido? —preguntó Bianca preocupada, mirando a sus amigas con enfado cuando ambas desviaron la vista de la pantalla mientras intentaban evitar contestar a esa pregunta—. ¡Podríais decir algo para tranquilizarme!

—Bueno, puede que Alex interceda por ti... —propuso Penny, no muy convencida.

—Si me despide alguien que no sea Alex, o si yo renuncio, le pondrán una nueva ayudante, algo que él está deseando desde hace algún tiempo.

—¡No te preocupes por eso! Hasta que encuentres otro trabajo, ¡yo pago las cervezas! —indicó Kelsie con su forma única de animar a una amiga: con el alcohol—. Por cierto, ¿dónde estás ahora?

—Junto al despacho de Alex, intentando espiar la conversación entre él y esa mujer, en la que mi futuro está en juego.

—¿Qué has oído hasta ahora?

—Los gritos histéricos de esa mujer, que no me inspiran demasiadas esperanzas, ya que cada uno de ellos lleva mi nombre acompañado de alguna maldición. No obstante, he cogido un vaso del bar y una botella y voy a intentar averiguar qué dicen de mí.

—¡Así me gusta, nena! ¡Con un par de copas todo se aprecia mucho mejor! —la animó Kelsie.

—No, no es para emborracharme: el vaso es para apoyarlo en la puerta y escuchar a través de él, a ver si lo que sale en las películas es verdad y capto algo de interés. La botella es solo para disimular, para que nadie sospeche lo que voy a hacer.

—Créeme: nadie sospechará... —dijo Penny con un suspiro, resignada ante las locuras de su amiga.

—Ahora voy a colgaros para llevar a cabo mi misión de espionaje. Luego os llamaré para daros la buena o la mala noticia acerca de mi empleo —anunció Bianca antes de cortar la videollamada y pegar la oreja a la puerta del despacho de Alex, descartando el vaso porque no oía nada con él, y dispuesta a enterarse de qué decía de ella ese hombre que siempre la torturaba, ya que sus palabras podían ayudarla o hundirla aún más.

Capítulo 13

Mi madre, una distinguida mujer de cincuenta y cinco años que siempre intentaba aparentar tener diez menos, nunca había perdido la compostura en mi presencia. Ni siquiera cuando mi hermano y yo cometíamos alguna trastada durante nuestra niñez: en aquellos momentos, Cassandra Coleman se limitaba a mantener un adecuado tono de desaprobación ante nuestra desobediencia mientras nos mostraba unos modales perfectos, respuesta que bastaba para devolvernos al redil. No obstante, para mi enorme asombro, ese día mi madre había perdido totalmente los papeles: en ella no quedaba nada de la perfecta mujer de negocios, sino que solo tenía ante mí a una histérica que me exigía lo imposible.

—¡Quiero a esa mujer fuera de tu vida y de esta empresa, así que despídela! —gritó al tiempo que se paseaba nerviosamente por mi despacho llevando su habitualmente impecable cabello un poco despeinado y su exclusivo traje de marca manchado de restos de salchichas, pisadas de perros y babas.

—Espera que lo piense... —respondí acariciando mi barbilla con una mano mientras a mi rostro acudía una maliciosa sonrisa que mi madre había visto en muy pocas ocasiones—. Humm... No —decliné, provocando que sus ojos se abrieran como platos por la sorpresa que le causó mi desobediencia.

—¡Pero ¿tú has visto el caos en el que ha convertido esa mujer esa boda, y a mí, dicho sea de paso?! —declaró señalando insistentemente su ropa.

—Sí, esa suele ser una de las características de mi ayudante —dije ampliando la sonrisa al recordar el caos en el que Bianca había convertido mi vida desde que la conocí, un caos que nunca podría ignorar porque, en ocasiones, me traía esa felicidad que yo había olvidado que podía conseguir.

—¡Jamás te enseñé a anteponer a una mujer al trabajo!

—¿Crees que no despido a Bianca porque me acuesto con ella? —pregunté alzando impertinentemente una ceja hacia mi madre.

—¿Qué otra razón podrías tener para no echar a esa mujer de inmediato?

—¡De acuerdo! Haré lo que me pides, mamá, despediré a Bianca... Pero solo después de que tú me encuentres a una ayudante que reúna las siguientes características: tiene que ser aficionada al paracaidismo por si le toca hacer de testigo en una celebración en el aire en caída libre, no debe ser vergonzosa por si tiene que sustituir a alguna de las damas de honor en una boda nudista que se celebre en la playa, debe estar curada de espantos por si Andy quiere celebrar una segunda boda con su muñeca hinchable, así como poseer gran agilidad por si acaso le ordeno correr

delante de una jauría de perros cargada con unas salchichas para que nuestro fotógrafo disponga de imágenes adecuadas con las que poder grabar un bonito vídeo de los novios corriendo junto a sus invitados en alguna boda perruna. ¿Crees que podrás encontrar a alguien que reúna todos mis requisitos? —le pregunté con sorna, obteniendo una mirada de espanto de mi madre, tras lo que me preguntó por primera vez:

—Pero... ¿se puede saber qué clase de bodas organizas?

—Las que tú me encargas esperando que fracase, mamá. Y por ahora siempre les doy a los novios lo que ellos quieren, demostrándote que soy mucho mejor que tú.

Mi madre se indignó tras mis palabras, ya que nunca soportaría que alguien le dijera que era mejor que ella, aunque fuera cierto.

—¡Eso no son ceremonias, tan solo chistes de lo que representa una boda! ¡Yo organizo fiestas solemnes, formales y bonitas, eventos en los que los novios reafirman su amor ante sus familiares y amigos!

—¿Tan solemnes, formales y bonitas como fue la mía? Pues espero que el amor de los protagonistas de esas otras bodas dure más que unas pocas horas, como me sucedió a mí... —declaré con sarcasmo para, a continuación, colocar bruscamente sobre mi mesa un álbum de fotografías que guardaba en el cajón para desplegar ante mi madre las imágenes de todas las locas ceremonias que había llevado a cabo hasta el momento.

Todas esas parejas tenían en común una cosa: lucían en sus rostros unas enormes sonrisas en las que se podía percibir esa magia que Bianca definía como amor.

—Estas son el tipo de bodas que tú aborreces, mamá. «Un chiste», las has llamado. Pero debo señalar que todas y cada una de estas parejas para las que he organizado una ceremonia nupcial siguen aún casadas, ¿puedes decir lo mismo de las que has organizado tú? —le pregunté, haciendo que mi madre rechinara los dientes al no poder refutar mis palabras. Y, recordando los ilusos sueños de la mujer que me volvía loco, continué—: Sin amor, la ceremonia, por muy solemne que sea, no significa nada. Sin esa magia, nada puede lograr que perdure una pareja.

—Si despidas a esa mujer, le asignaré este duro trabajo a otra persona, como por ejemplo... Kara —ofreció ella, sonriendo muy contenta al pensar que mi respuesta sería afirmativa, y más aún después de que fuese la propia Kara quien me encargase esos trabajos tan estrambóticos, una mujer a la que le encantaba escalar en esa empresa, aunque fuera a base de pisotear a otros, el último de los cuales, por orden de mis padres y de mis suegros, había sido yo.

—Gracias, pero no. A veces me toca organizar bodas absurdas y otras ceremonias que nadie en su sano juicio cogería, pero, por más ridículos que me parezcan ese tipo de eventos, siempre me recuerdo a mí mismo que ese momento es para los novios, y no para los demás. Tu idea de bodas elegantes y de alto *standing* es perfecta para hacer dinero, pero, en ocasiones, ese tipo de eventos no trae la felicidad a sus protagonistas. Un vivo ejemplo de ello soy yo mismo, tu hijo. Solo tienes que preguntarme a mí si soy feliz, algo que nunca has hecho y que, me temo, nunca harás —declaré, esperando que esa pregunta saliera de los severos labios de mi madre en ese

preciso momento, pero ella, una vez más, no se interesó por mi bienestar. En su lugar, intentó manipularme como siempre había hecho.

—¡Es absurdo que renuncies a una mejor cartera de clientes por una mujer que te abandonará en cuanto sepa que estás casado!

—Ya lo sabe, mamá. Por ese motivo no está conmigo, a pesar de lo que digan esos estúpidos rumores que te han traído hasta mi despacho.

—¡Perfecto! Entonces le diré a tu esposa que no tiene de qué preocuparse —manifestó mi madre sonriendo orgullosa, alegrándose de que esa mujer no fuera parte de mi vida, sin saber que, a pesar de ello, Bianca se había hecho un hueco en mi corazón.

—¡Perfecto! En ese caso, cuando veas a Hillary, no te olvides de darle esto... —declaré con una sonrisa más amplia que la suya mientras ponía un sobre sobre la mesa.

—¿Qué es eso? ¿Una carta de disculpa para tu esposa?

—No: es la demanda de divorcio que nunca llega a sus manos —respondí, ante lo que mi madre se apartó de ese sobre como si le hubiera quemado, ya que ella perseguía satisfacer su avaricia antes que procurar mi felicidad.

—¡Recuerda mantener las distancias con esa chica si no quieres que acabe en la calle! —me amenazó, encontrando una nueva razón con la que chantajearme para convertirme en su juguete, a lo que yo respondí para dejarle bien claro que no aceptaba ser la marioneta de nadie:

—Descuida, lo haré. Aunque no porque tú me lo ordenes. Si mantengo las distancias con Bianca es porque no quiero hacerle daño a una mujer que me importa mucho.

Mi madre se dirigió hacia la puerta bastante enfadada. Su furia no pareció disminuir cuando, al abrir la puerta, la mujer con la que quería que mantuviera las distancias cayó a sus pies con un vaso en la oreja y una botella en la mano. No me quedó muy claro si Bianca pretendía espiarme o emborracharme, no obstante, cuando la ayudé a levantarse y esos ojos me miraron declarándome parte de sus sueños, supe que había escuchado la conversación.

Tras despedir a mi madre, esta se dirigió furiosamente hacia la salida, de seguro planeando algo para intentar manipularme a mí o a la mujer que me interesaba para que bailáramos al son que ella marcara. Pero, para infortunio de mi madre, lo que Bianca y yo sentíamos era algo que nadie podía manejar, ni siquiera nosotros mismos.

Cuando me quedé a solas con ella, cerré la puerta y, a continuación, esa mujer que me había evitado durante semanas me asombró cuando se enfrentó a mí:

—¿De verdad vas a mantener las distancias conmigo?

—Bianca..., no quiero hacerte daño... —dije mesando nerviosamente mis cabellos, conteniendo mis manos, que se morían por volver a tenerla entre mis brazos y en mi cama.

Viendo que mis palabras no recibían respuesta por su parte, dejé de esquivar su dulce mirada, y, cuando nuestros ojos se encontraron, ella volvió a convertirse en esa locura a la que yo nunca podría resistirme.

—Pues yo no pienso hacerlo —declaró antes de saltar a mis brazos, haciéndonos caer sobre la

alfombra de mi despacho para acallar mis protestas con sus besos, unos besos que me hicieron ceder otra vez a la locura que podía ser amar a esa mujer.

* * *

Detrás de esa puerta había escuchado muchos secretos que Alex pretendía mantener en silencio. Con ellos había descubierto que el hombre al que había creído un canalla en realidad no lo era, sino que tan solo representaba ante mí el papel de malvado que todos le habían asignado en esa historia, posiblemente para mantener una distancia prudencial con la que él creía que no dañaría mi corazón.

Pero mi corazón era un loco persistente en el amor que lo había reconocido a primera vista y que seguía insistiéndome en que, a pesar de todo, Alex era el indicado.

Saber que él permanecía separado de su esposa me inducía a pensar que algo muy grave había sucedido en su boda, algo que lo había convertido en un individuo que contemplaba con cinismo ese tipo de ceremonias y también el amor.

El hecho de que hubiera defendido ante su madre a las alocadas parejas que uníamos me llevó a albergar esperanzas sobre un hombre que, quizá, quería creer en la existencia de ese amor, a pesar de lo mucho que lo negaba continuamente ante mí y ante sí mismo.

Y, por supuesto, el hecho de que me hubiera defendido me concedía la esperanza de que Alex sintiera algo por mí, algo que podría llevar ese nombre que él parecía detestar y que muchos llamábamos amor.

Después de averiguar tantas cosas del hombre al que amaba, en el instante en que nuestros ojos volvieron a encontrarse, yo no pude ver otra cosa que no fuera a él. En cuanto nos quedamos a solas en su despacho y quiso levantar otra vez un muro entre nosotros, no lo permití y entonces fui yo, la persona que se había estado alejando de él por miedo a las heridas que pudiera recibir, quien finalmente se le acercó, decidida a arriesgar mi corazón para conseguir lo que quería en ese difícil juego que podía ser el amor.

Para acallar sus posibles protestas no dudé en arrojarme a sus brazos, y cuando caímos al suelo por mis impetuosos movimientos, silencié sus labios con unos dulces besos que ambos habíamos echado de menos.

Sentado en el suelo, sus brazos no me rechazaron, sino que me atraieron con fuerza hacia él, cómo si yo fuera algo que necesitase con desesperación. Mi dulce beso, que aún dudaba si sería rechazado o no a pesar de mostrarle todo mi amor con él, pronto pasó de ser sutilmente torpe a exigente. Y en el instante en que el hombre al que amaba tomó las riendas de la situación, reclamó toda mi pasión y yo no pude negarle nada.

Las manos de Alex se hundieron en mi cabello y su boca comenzó a devorarme, exigiendo de mí que aceptara todos sus deseos. Mi boca dejó entrar a su avasalladora lengua, que buscaba

impacientemente mi sabor y una respuesta que no tardé en darle, demostrándole cuánto lo deseaba.

Alex gimió, y, mientras una de sus manos se hundía entre mis cabellos, la otra fue subiendo lentamente por mi pierna, haciéndome temblar de impaciencia y anticipación. Cuando llegó hasta el borde de mi falda, que se alzaba sugerentemente sobre mis muslos, él no dudó en introducir una mano debajo de ella para acariciar sugerentemente mi trasero y acercarlo a su cuerpo para que me percatara de la dura evidencia de su deseo.

Yo, comportándome como una chica mala, me removí contra su erección, sacando algún gemido de su boca hasta conseguir que Alex me reprendiera. Como represalia, me subió la falda hasta la cintura y me propinó una fuerte palmada en el trasero, luego calmó el dolor con las dulces caricias de esa mano.

Mi grito de sorpresa se perdió ante la exigente lengua que irrumpía en mi boca y fue sustituido por un nuevo gemido cuando la dura mano que sostenía mi trasero dirigió mi cuerpo para frotar mi sexo contra su erección.

Anhelando marcar el ritmo de ese encuentro en el que yo, con mis imprudentes acciones, le había quitado todo el control, Alex me movió a su antojo rozando continuamente mi sexo sin llegar a probar nunca el húmedo deseo que comenzaba a embargarme y a reclamarlo todo de él.

Esos besos que acallaban mis gemidos comenzaron a descender por mi cuello, y Alex, sacando su duro falo de su encierro, desgarró mi ropa interior, la echó a un lado y acercó su erecto miembro para restregarse contra mi palpitante clítoris. Los dedos que sujetaban mi trasero acariciaban sutilmente la entrada a mi cuerpo, tentándome con sumergirse con fuerza en mi interior mientras la parte más sensible de mi ser continuaba rozándose contra la punta de su duro deseo.

Cuando su mano se apartó de mí, gemí con impaciencia, sintiendo que la necesitaba. Hasta que Alex susurró perversamente junto a mi oído, prometiéndome mucho más del placer que me estaba regalando:

—Sigue moviéndote como te he enseñado y no pares ni exijas más si no quieres que te aleccione...

Y, mientras sus palabras me provocaban a que siguiera moviéndome contra la excitante dureza de su cuerpo, sus manos se deshicieron de mi chaqueta y no tardaron en comenzar a desabrochar mi blusa, la cual utilizó como una atadura cuando, sin desprenderme del todo de ella, evitó que mis brazos pudieran moverse a placer, haciendo que mi cuerpo quedara expuesto a su ávida mirada.

—¿Por qué no puedo resistirme a ti? —me preguntó mientras una de sus manos tiraba de las mías, atadas hacia atrás, haciendo que mi cuerpo se arqueara, al tiempo que con la otra ascendía lentamente por mi cintura, grabando su contacto en mi piel. Eso provocó que mi cuerpo ardiera de impaciencia y temblara de placer, sobre todo cuando Alex comenzó a jugar con el cierre delantero de mi sujetador, pero sin llegar a abrirlo, sino tan solo incitándome al dirigirse hacia

uno de mis pechos y acogerlo en su fuerte mano—. ¿Por qué no puedo alejarme, a pesar de saber que amarte sería una locura? —insistió mirándome a los ojos, declarándose culpable de su debilidad mientras jugaba conmigo y con mi deseo, acariciando mi enhiesto pezón por encima de la transparente tela del sujetador—. ¿Por qué no has podido mantener la distancia para que esta relación no se convierta en algo demasiado peligroso para los dos? —inquirió una vez más, sin dejar de torturarme.

Y yo, sin poder ocultar por más tiempo lo que guardaba en mi corazón, simplemente dije la verdad:

—Porque te quiero.

Mi confesión hizo que me mirara aterrorizado por unos instantes mientras su cuerpo se paralizaba sin saber qué hacer. Pero yo no quería una respuesta de ese hombre ante mi amor, sino entregárselo y esperar a que este curara todas esas heridas que lo llevaban a no querer abrir su corazón a nadie.

Siendo tan mala como él, me deshice de la blusa y lo abracé fuertemente contra mi cuerpo. Luego coloqué mis senos tentadoramente junto a su anonadado rostro y me moví reclamando su pasión. A continuación, sin mirarlo a los ojos, le mentí con descaro para que ni él ni su corazón huyeran de mí.

—Pero no te preocupes: como hay ocasiones en las que también te odio, puede que esto que siento no sea amor.

Ante mis palabras, Alex mordió castigadoramente uno de mis pezones, haciéndome gritar. Sus manos, alzando mis caderas, me hicieron descender abruptamente contra su firme erección, consiguiendo que mis gritos no cesaran. Y, mientras él comenzaba a establecer un ritmo inclemente y enloquecedor en sus acometidas, como si quisiera que mi cuerpo nunca lo olvidara y yo no pudiera negar amarlo, utilizó sus dientes para abrir finalmente mi sujetador.

La liviana prenda que ocultaba mis senos fue rápidamente descartada, y mientras su boca torturaba mis senos con sus besos, con su lengua y con el castigo de sus sutiles mordidas, reclamando mi atención, yo marqué mis uñas en sus fuertes hombros, aferrándome a algo que no me hiciera perderme del todo en ese deseo que no podía, y en ocasiones tampoco quería, controlar.

Sus manos apretaron con fuerza mi trasero guiándome en el camino de la perdición, mostrándose implacable, haciendo que cada vez me moviera con más urgencia sobre su erección, reclamando el placer. Y, a la vez que yo me movía intentando seguirlo, él continuaba hundiéndose más profundamente en mi interior.

Sintiendo que estaba muy próxima al clímax, mordí con fuerza el hombro de Alex, intentando acallar su nombre, que, sin duda, saldría de mis labios en el momento del orgasmo que se avecinaba. Él, aumentando el ritmo de sus acometidas, lo exigió todo de mí y no acalló sus gritos que llevaban mi nombre, como si este fuera su perdición en esos momentos.

Ambos llegamos al orgasmo con el nombre del otro en nuestros labios: yo tratando de

mantenerlo en silencio, y él, gritándolo como si mi nombre fuera una maldición. Cuando todo acabó, para mi asombro, Alex me abrazó junto a su pecho para luego besarme la cabeza con cariño.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó en voz alta, sintiéndose tan perdido como yo.

Y, cuando emitió un resignado suspiro y se alejó de mí para recomponer su aspecto y el de su despacho, yo susurré una respuesta del todo imposible, solo para mis oídos.

—Amarme... —musité antes de olvidar tanto mis palabras como ese momento para volver a mi trabajo, en el que tenía que crear una romántica magia para otras parejas, sabiendo que esa magia nunca llegaría a mí porque me había enamorado de un hombre con demasiadas heridas en el corazón.

* * *

Decidiendo dejar sus sentimientos a un lado, Bianca no tardó en regresar a su tarea para seguir creando esos momentos únicos y esa magia en la que nunca dejaría de creer. Después de la boda perruna de la mañana y de guiar a un par de parejas en sus elecciones para los banquetes de sus respectivos eventos, comenzó con los preparativos de la boda de Alice Wilkins.

Se trataba de una celebración elegante que tendría lugar en los hermosos jardines de la empresa, donde se ofrecerían extravagantes aperitivos después de la ceremonia en sí para abrir el apetito de los invitados y, más tarde, se serviría la cena en uno de los grandes salones primorosamente adornados, consistente en un exquisito y completo menú repleto de platos franceses, un detalle que Alex había querido tener con los padres de la novia.

Mientras que él se había vestido con uno de sus elegantes trajes, colocando en su solapa una rosa roja por expreso deseo de la novia, que quería que todos los hombres llevaran, Bianca se engalanó para la ocasión con un vestido de un apropiado rosa pálido, colocando en sus rizados y rubios cabellos una de las flores que habían sobrado del evento.

Después de repasar todos los adornos del jardín, Alex se dirigió hacia ella. Y, tras repasar con sus ojos su impecable aspecto, anunció:

—Tan preciosa como siempre, pero te falta una cosa...

Alex recorrió a Bianca con la mirada mientras se acariciaba pensativamente la barbilla, hasta que ella le contestó, sacando una sonrisa de su rostro:

—¿El qué? ¿La ristra de salchichas?

—No, no creo que Alice corriera detrás de ellas para que Buster pudiera hacer un bonito vídeo de esta boda... Aunque si le diera un fajo de billetes... puede que lo hiciera —comentó Alex con cinismo. Entonces, para asombro de Bianca, retiró la rosa que ella llevaba en su pelo y, como si no fuera la apropiada, le colocó la que él llevaba en su solapa en el cabello y la de Bianca en su solapa, haciéndole un sitio junto a su corazón—. Ahora sí estás perfecta —anunció mientras contemplaba con una ladina sonrisa la rosa que Bianca lucía en el pelo.

—¡Hum! Esto también tiene un significado que no piensas contarme, ¿verdad? —preguntó ella mientras se cruzaba de brazos, molesta con un hombre que ocultaba muchas cosas, incluso esas pequeñas muestras de cariño con las que, tal vez, y sin que ella lo supiera, le declaraba su amor.

—No, solo es que tu rosa me gustaba más que la mía y las he cambiado —respondió Alex, una contestación de la que Bianca dudó, sobre todo cuando vio en el altar, frente a los novios, dos rosas esperándolos para llevar a cabo la ceremonia.

—Mentiroso —dijo señalándolo acusadoramente con un dedo, una respuesta que provocó una sonrisa maliciosa en Alex, que se limitó a susurrar provocativamente antes de atender a sus invitados.

—Demuéstralo.

* * *

La ceremonia de los Wilkins fue hermosa.

En ella no hubo ningún inconveniente o queja y por fin pude participar en una boda absolutamente normal en la que no apareció ningún imprevisto que me hiciera fallar en mi cometido.

Junto a mi jefe creé un momento de ensueño para esa pareja, pero me gustó mucho más la boda íntima que hicimos para los padres de la novia, una pareja que Alex contemplaba con mucho cariño. Tal vez ellos eran los únicos ante los que él no había lucido la cínica sonrisa que mantenía para la mayoría de las parejas de sus eventos cuando nadie lo miraba, y es que esos ancianos que llevaban tantos años juntos le habían demostrado que se equivocaba y que, aunque no creyera en el amor, este era posible para algunos valientes.

Más tarde, cuando regresé a mi casa tras el trabajo, vi que tenía una decena de mensajes en el contestador, la mayoría de mis amigas, que querían saber si aún tenía empleo.

Después de mandarles un mensaje tranquilizador a Penny y a Kelsie, decidí revisar el resto y encontré uno donde se oían los inconfundibles gruñidos de desaprobación que mi madre siempre me dejaba, haciéndome saber que quería que la visitara. Como de costumbre, la voz de mi padre resonaba de fondo, lo que me permitió comprobar que, en efecto, se trataba de mi madre y no de un perverso.

—¿Quieres dejar de gruñirle a tu hija e invitarla de una vez a la cena del próximo domingo, en la que Kimberly nos presentará a su prometido? —decía mi padre—. Después de todo, Bianca es la persona más adecuada para ayudarla con su boda.

Ante las palabras de mi padre, que le recordaban a mi regida madre que yo estaba siguiendo mi sueño y no el suyo, ella se limitó a gruñir un poco más antes de finalizar su mensaje.

Posteriormente oí uno de mi padre en el que él, muy amablemente, me hacía la invitación formal que mi madre no había podido terminar y, cómo no, sus gruñidos de fondo me anunciaron

que, pese a las palabras de mi padre, que excusaban su ausencia, ella se encontraba a su lado siguiendo todo lo que me decía.

Tras escuchar esos mensajes constaté que disponía de toda una semana para prepararme mentalmente para una cena en la que, una vez más y como siempre, todos alabarían a mi hermana Kimberly mientras de mí solo sacaban mil defectos.

Pensé en llevarme como acompañantes a esa cena a Kelsie y a Penny, ya que en la última ocasión, cuando mi hermana trató de meterse conmigo para intentar desviar la atención de mis padres, Penny, sentada a mi derecha, la había fulminado con la mirada mientras Kelsie, que se sentaba a mi izquierda, comenzaba a apuñalar el panecillo que mi hermana tenía delante antes de arrebatárselo y morderlo bruscamente poniendo fin así a su lista de quejas, fueran ciertas o no. Pero la cuestión de la elección de mi acompañante para esa cena se resolvió un rato más tarde, cuando recibí una llamada de mi querida hermana en persona.

—Hola, Bianca. Te llamaba para saber si papá y mamá habían hablado contigo sobre mi cena de compromiso del próximo domingo. Me gustaría que asistieras, ya que voy a presentarles a todos a Daylon, mi maravilloso prometido. ¿A quién llevarás en esta ocasión? ¿A Penny y a Kelsie de nuevo? —preguntó mi hermana con recochineo antes de comenzar con un extenso monólogo, sin esperar a oír mi respuesta—. Qué pena que no tengas un hombre en tu vida y solo te centres en un trabajo, en el que ves cómo otras personas encuentran su media naranja, todas excepto tú y...

—En esta ocasión me acompañará un hombre —solté cortante para acabar con el discurso de mi hermana, que siempre me daba dolor de cabeza.

—¿Qué?! —preguntó Kimberly, desconcertada con mi respuesta.

—Con trabajo estable, guapo y cariñoso, que me ama y adora el suelo por donde yo piso —dije mintiendo con descaro.

—¿Y se puede saber cómo conociste a ese hombre y desde cuándo mantienes una relación?

—Tranquila, en cuanto lo averigüe, te lo cuento —respondí antes de colgar a mi confundida hermana.

Y, decidida a asistir a esa reunión familiar con una compañía adecuada, reclamé la inestimable ayuda de las únicas personas con las que siempre podía contar.

Para mi desgracia, en esos instantes ninguna de mis amigas estaba libre, así que dejé un mensaje en su contestador con el que esperaba no parecer demasiado desesperada:

—¡Necesito un hombre, y lo necesito para antes del próximo domingo!

Capítulo 14

—Yo no necesito ningún hombre en mi vida, y mucho menos como mi ayudante, puesto que ya tengo una —declaró Alex mirando a Kara con sospecha después de que el sujeto al que aludía hiciera su aparición tras la visita de su madre, haciendo más que evidente por qué estaba allí: Cassandra Coleman quería librarse de Bianca, así que o la echaban para que ese hombre ocupara su puesto o, en lugar de eso, ese auténtico dechado de virtudes aparecía en el camino de la joven para apartarla de la vida de Alex.

—Bueno, antes me pedías continuamente un auxiliar perfecto para que te ayudara con tu trabajo y aquí lo tienes: según su currículum, Colin es el mejor candidato posible..., así que ya puedes despedir a Bianca —respondió Kara, luciendo en su rostro una sonrisa satisfecha que Alex no tardó en borrar.

—No voy a despedir a Bianca —le anunció—. Últimamente ha aprendido a hacer su trabajo de manera muy eficiente, por lo que he decidido darle otra oportunidad.

—¿Eficiente? ¿Tengo que recordarte lo de tu madre y los perros?

—Eso podría haberle pasado a cualquiera... —contestó él despreocupadamente, recibiendo una fulminante mirada de Kara que ignoró antes de proseguir con su explicación—, sobre todo cuando mi madre utiliza su lengua viperina sin presentarse debidamente y acaba llevándose la lección que tanto merecía. Aparte de ese pequeño incidente, del que tan solo ha salido dañado su caro traje, no hemos tenido ninguna queja sobre Bianca, así que se queda.

—Bueno, si insistes... Pero Colin también se queda —replicó Kara sonriendo con satisfacción al tener la última palabra en ese asunto, puesto que era su superior.

—Está bien. Si quieres asignarme dos personas para que me ayuden con mis celebraciones me parece perfecto, pero tú recuerdas el tipo de eventos que me encargas, ¿verdad? ¿Cuánto crees que durará ese hombre perfecto en este trabajo? —inquirió Alex, luciendo una de sus maliciosas sonrisas que llevó a Kara a no mostrarse demasiado segura de haber conseguido una victoria, especialmente después de que él se quedase en su despacho observando el impecable currículum de su nuevo ayudante mientras soltaba alguna que otra risa malvada que no presagiaba un futuro muy prometedor para ese nuevo empleado.

* * *

Al llegar a mi trabajo ese día tenía un doble objetivo: ser una ayudante perfecta para Alex y encontrar un hombre adecuado para la cena del domingo.

La ceremonia de nuestra siguiente boda tendría lugar en Central Park y el convite, horas más tarde, en uno de los salones de nuestras instalaciones. Izan y Nataly se habían decantado por una boda «estilo Cenicienta», y al pensar que se trataba de la oportunidad perfecta para mostrar todo mi talento, me había dedicado a adornar el lugar como si estuviéramos en un cuento de hadas: el romántico e íntimo cenador de estilo victoriano que había junto al lago había sido decorado con vaporosas cortinas celestes recogidas a los lados y una guirnalda de flores azules y blancas en la parte superior. Entre las flores me había permitido poner un gran reloj de pared de aspecto clásico que marcaba las doce, recordándoles a todos el cuento en el que se basaba esa boda.

En el camino hacia el cenador habíamos dispuesto una larga alfombra roja, y, dado que el espacio con el que contábamos era pequeño e inadecuado para colocar filas de sillas, nos habíamos decantado porque los invitados permanecieran de pie, observando la ceremonia mientras unos cargaban con unos pequeños saquitos llenos de pétalos de flores, y otros, con unos pomperos para que hicieran pompas de jabón al paso de los novios, creando una atmósfera mágica.

Mientras que la decoración del parque había sido muy limitada, en el salón del banquete había dejado volar mi imaginación: los manteles de las mesas redondas de los invitados eran celestes, con bordados de color azul marino que resaltaban en medio de la tenue luz. En los centros de mesa no me había limitado a poner flores, sino un pequeño árbol artificial sin hojas, cuyas ramas había decorado con guirnaldas de luces blancas. Alrededor de los arbolitos se extendían unas pequeñas diademas de flores blancas y azules.

La mesa de los novios había sido decorada de un modo similar, salvo que el centro floral estaba desplazado a un lado y detrás de ellos había colocado una pantalla en la que se veía un gran reloj que señalaba las doce en punto, simbolizando que la historia de esa pareja no estaba terminando, sino todo lo contrario: que acababa de empezar.

Mientras esperaba con impaciencia el momento en el que al fin Alex me felicitara por mi trabajo, me dediqué a revisar los últimos detalles de la ceremonia que estaba a punto de comenzar y a intentar encontrar un príncipe azul para mi cena del domingo.

Uno por uno, fui descartando a los camareros, a Buster, e incluso les eché un vistazo a los invitados solteros de la boda para ver si podía llevarme a alguno, pero nada: no encontré allí al hombre perfecto que me permitiera cerrar la boca de mi hermana y hacer que mi madre dejara de gruñirme y volviera a hablarme... Hasta que llegué al cenador, donde me esperaba Alex junto a un hombre de cabellos rubios, ojos azules, rostro de adonis, cuerpo atlético y sonrisa bondadosa que me pareció la perfección masculina en persona.

En cualquier otro momento mi corazón habría saltado aceleradamente por ese hombre, en especial al ser testigo de la amabilidad que desprendía hacia los invitados más ancianos, a los que acompañaba hasta la sombra de los árboles, y por la sonrisa que dedicaba a los niños. Pero en esos instantes mi corazón parecía idiota y, en vez de acelerarse por el hombre perfecto, lo

hacía por el granuja que, cuando creía que nadie lo veía, le lanzaba granitos de arroz al desconocido improvisando una cerbatana con un bolígrafo.

Luego, para mi asombro, el sinvergüenza de Alex animó a los niños a seguir con su broma, deshaciéndose así de cualquier culpa que pudiera recaer sobre su persona.

—¿Quién es ese hombre de modales irreprochables con el que muestras un comportamiento tan infantil? —le pregunté a Alex cuando llegué junto a él, reprobando su comportamiento.

—El hombre con el que Kara quiere que te sustituya después de ponerte de patitas en la calle —contestó él brutalmente, luciendo una sonrisa satisfecha que se intensificó cuando, en vez de seguir regañándolo, le pregunté:

—¿Tienes otra cerbatana para mí?

Alex, siguiendo mi broma, tanteó sus bolsillos para luego encogerse de hombros y disculparse:

—Lo siento, ese niño se ha llevado la última. Pero no te preocupes: no voy a permitir que nadie que no sea yo te eche de aquí —dijo, tras lo que no supe si darle las gracias o una bofetada a ese irónico hombre que, en ocasiones, convertía mi trabajo en un auténtico infierno. Aunque, a juzgar por la maliciosa sonrisa que comenzó a lucir mientras miraba a mi nuevo compañero, supuse que su trabajo no iba a ser más sencillo que el mío—. Bianca, llama al nuevo, que voy a repartir equitativamente el trabajo de esta boda entre los dos.

Yo corrí hacia ese hombre para presentarme educadamente y conocerlo mejor, aunque al final decidí que, como era mi rival por ese puesto de trabajo, debía odiarlo desde el principio. Sin embargo, tras mi presentación, Colin comenzó a hablarme sobre lo mucho que adoraba su empleo, de cómo se había hecho organizador de bodas porque soñaba con regalar un momento único a las parejas que se amaban, un instante maravilloso que perdurase para siempre en sus recuerdos como había ocurrido con la pareja que era su ejemplo: sus padres, que llevaban treinta años casados..., y no pude odiarlo.

Cuando Alex llegó junto a mí, yo adoraba a ese hombre que me tendía un pañuelo por las lágrimas que estaba derramando a causa de la bonita historia que me contaba de sus padres. Y en el instante en el que alcé mis ojos hacia Alex, me di cuenta de que él lo odiaba más de lo que yo podría hacerlo nunca, especialmente en el momento en que Colin intentó secar mis lágrimas con su pañuelo. Alex no dudó en arrebatárselo bruscamente de las manos para limpiar mi rostro con saña y, cuando terminó, lo llevó a mi nariz y me ordenó con brusquedad:

—Suénate.

Yo no me atreví a desobedecer su mandato y me soné ruidosamente en ese bonito pañuelo, que luego Alex no dudó en devolverle a Colin sonriendo con malicia. Él lo aceptó, para a continuación tirarlo a la papelería más cercana y regresar hasta nosotros con una incauta sonrisa, un gesto idéntico al que yo misma había exhibido en un principio, creyendo que la organización de bodas era un trabajo fácil.

—Bien, como ahora tengo dos ayudantes hasta que alguno decida renunciar... —comenzó

Alex mientras clavaba sus ojos en Colin—, he decidido repartir las tareas equitativamente entre los dos. Bianca, tú serás la encargada de guiar a los novios y a los invitados durante la ceremonia: la llegada de los novios, el momento en que se les tirarán los pétalos de flores y las fotos con familiares y amigos en el parque. Luego, cuando partamos hacia nuestras instalaciones, revisarás que todo esté perfecto en el salón del banquete nupcial antes de conducirlos al interior. También te encargarás de gestionar el desarrollo de la cena: que los entremeses se sirvan en su momento, que haya jarras de agua y vino llenas en cada mesa todo el tiempo, que los camareros roten adecuadamente..., ya sabes. En cuanto a ti, Colin, veo que tu traje es nuevo y de marca, ¿verdad?

—Sí, en efecto. Siempre uso lo mejor para las bodas de mis clientes, ya que no quiero desentonar con ellos.

—¡Perfecto, igual que yo! Así que toma... —dijo Alex, entregándole una enorme pala con un lazo rojo atado, como si se tratase de un regalo.

—¿Qué es esto?

—La mejor pala del mercado: el mango es de madera de haya y la pala de aluminio forjado. Ahí fuera hay un gran bidón de basura que tiene tu nombre. Verás: a nuestra pareja de novios le hacía ilusión llegar a la boda en una carroza como la de Cenicienta y luego hacerse una foto en ella con los invitados para el reportaje, que tendrá lugar cuando termine la ceremonia.

—Sí, pero... ¿a qué viene esto? —inquirió ese hombre, sin caer aún en la cuenta de cuál iba a ser su cometido.

—Vamos a ver, lumbreras, ¿quién tiraba de la carroza de Cenicienta?

—Caballos.

—¡Correcto! ¿Y qué hacen los caballos cuando menos te lo esperas? Algo que nunca querremos ver reflejado en las fotos de nuestra boda, ni que acabe siendo pisado por los novios o los invitados..., ¿entiendes? —preguntó Alex irónicamente, consiguiendo que ese hombre al final pusiera la misma cara de espanto que puse yo en mi primer trabajo con Alex—. Veo que ya lo has pillado... Pues bien: ese es tu cometido, chaval. Retirar «eso» del camino y del lugar donde esperarán los caballos durante todo el tiempo que dure la ceremonia y el reportaje fotográfico de los novios.

—Pero yo... yo no estoy preparado para esto... —declaró Colin anonadado, intentando librarse de esa mierda de trabajo, nunca mejor dicho.

Sin embargo, Alex le contestó con una de esas cínicas sonrisas tan propias de él.

—No te preocupes, Colin: yo confío en ti, lo harás bien. ¡Dalo todo por los novios, como aseguraste en tu entrevista que siempre hacías! ¡Y despliega tu magia como organizador de bodas: aquí te entrego tu varita! —exclamó burlonamente antes de poner en sus manos la pala y darle un empujoncito en dirección al camino por donde llegarían los novios y los temidos caballos.

—Me da un poco de lástima..., después de todo, es su primer día —le comenté a Alex

mientras nos alejábamos del hombre perfecto, unas palabras que solo consiguieron que él me mirara con enfado.

—¿Quieres cambiar tu trabajo con él?

—¡A la mierda el nuevo, y nunca mejor dicho! —exclamé huyendo de Alex, que ese día estaba de bastante mal humor, antes de que cambiara de opinión y volviera a endosarme esas infernales tareas que, por suerte, ahora le tocaban a otro.

* * *

Si mi madre o Kara creían que se lo iba a poner fácil a ese individuo para que se deshiciera de Bianca o para que la conquistara, estaban muy, pero que muy equivocadas.

Hacerle la vida imposible a mi nuevo empleado iba a ser un auténtico placer: gracias a mi trabajo podía conseguir que casi cualquier ayudante huyera despavorido. El «casi» estaba representado, obviamente, por la ingenua Bianca, la única capaz de quedarse a mi lado contra todo pronóstico, ya que esa soñadora mujer se dejaba guiar por sus ilusos sueños y se agarraba a ese empleo con uñas y dientes.

Sin embargo, cuando vi cómo observaba Bianca a mi nuevo ayudante, mi corazón se inquietó y unos tremendos celos me llevaron a desear deshacerme de ese tipo en ese mismo instante o, aún mejor, a besar a Bianca de una forma escandalosa delante de todos hasta que le hiciera recordar lo que sentía por mí.

Pero, por desgracia, no podía llevar a cabo ninguna de esas dos acciones, por lo que me decanté por indicarle a Bianca que Colin era su rival, una forma de mantenerla alerta con ese tipo. Para mi desgracia, esa mujer era demasiado inocente e ingenua, y con solo unas cuantas palabras acabó cayendo ante los encantos de ese adonis.

Como no quería que Bianca sintiera nada por otro hombre que no fuera yo, y mucho menos por uno como el que mi madre habría sobornado para poner en su camino, pensé de qué modo podría actuar para deslucir la imagen de perfecto príncipe azul que ese tipo intentaba representar, y vi mi oportunidad al recordar en qué medio de transporte acudirían los novios a su boda.

La pala nueva que le había comprado a Thomas, el limpiador que habíamos contratado expresamente para ese instante del evento, fue la herramienta perfecta que entregarle a mi nuevo subordinado para que ejecutara una tarea con la que no quedaría nada bien delante de ninguna chica.

Por otra parte, invité a Thomas a que descansara de su duro trabajo, por lo que en esos instantes el operario se encontraría en nuestras instalaciones, disfrutando de la barra libre de la boda, mientras otro, vestido con un caro traje de Armani, se encargaba de su sucio cometido.

Paseando entre los invitados, disfrutaba desde lejos mientras contemplaba con satisfacción cómo me había salido con la mía y estaba logrando mantener a Colin alejado de Bianca... y de cualquier chica, en realidad.

Ella lo gestionó todo a la perfección. Los novios y los invitados admiraron su eficiencia a la hora de organizar su celebración, pero, claro, después de haber satisfecho adecuadamente las alocadas exigencias de otros eventos más complicados, las peticiones para esa boda eran mucho más sencillas, y Bianca no había tenido ninguna dificultad con ellas.

Todo estaba saliendo bien hasta que la vi acercarse al hombre con el que yo pretendía que mantuviera las distancias para llevarle una botella de agua que guardaba en su bolso.

Antes de que ese quejica empezara a contarle alguna empalagosa historia llena de más mierda que la que estaba manejando con la pala, me acerqué a ellos y los interrumpí con un brusco carraspeo con el que anuncié mi presencia.

—Bianca, la novia te está buscando.

Tal y como esperaba, esas fueron las palabras más adecuadas para que esa chica que adoraba su trabajo se apartara de Colin. Por mi parte, yo seguí observando el duro trabajo que le había asignado a ese tipo con una sonrisa complacida mientras esperaba a que él revelara su nefasto y falso disfraz.

Colin mantuvo un sereno gesto de amabilidad en su rostro que no engañaba a nadie, y mucho menos a mí, el mayor farsante entre todos los hombres.

—Te ha enviado mi madre, ¿verdad? —le pregunté despreocupadamente mientras observaba atentamente su reacción. La tensión que mis palabras provocaron en él me permitió confirmar que había dado en el clavo, no obstante, Colin intentó ocultarlo con una falsa sonrisa que en esa ocasión le costó mucho más trabajo mantener.

—No, por supuesto que no.

—Y, evidentemente, te ha mandado a esta empresa sin avisarte con antelación del tipo de trabajos que suelen tocarme, ¿eh? Déjame advertirte que, de las bodas que he organizado en los últimos meses, esta es la más fácil.

—Señor Coleman, solo conozco a su madre por los carteles publicitarios de la empresa. En cuanto a las dificultades a las que tenga que enfrentarme, soy perfectamente consciente de que ningún trabajo es fácil, y estoy mentalizado y preparado para ello.

—No, no lo estás —repliqué, recorriéndolo con la mirada mientras dejaba salir de mis labios una sarcástica sonrisa que dirigí al incauto que se creía que engañaba a alguien—. Pero eso es algo que no me importa demasiado porque no vas a durar mucho aquí, sobre todo si te acercas a Bianca Ellis —le advertí con una amenazante mirada.

—¡Vaya! Creía que era usted un hombre felizmente casado, señor Coleman —manifestó ese tipo mientras me sonreía con malicia, dejando caer su máscara fugazmente, creyendo que con sus palabras me estaba recordando cuál era mi lugar.

—Eliminemos lo de «felizmente» y estarás en lo cierto, pero eso no quita que aparte del camino de Bianca a todos los hombres que quieran hacerle daño...

—En ese caso, tal vez debería empezar por usted mismo —me interrumpió Colin, deshaciéndose ya por completo de su disfraz.

—No sé qué te habrá prometido mi madre, pero debes saber que no voy a ponértelo nada fácil: ni en tu trabajo ni en tus intentos de conquistar a esa mujer.

—¡Oh! ¿Y qué podría hacer usted si ella se encaprichara del hombre perfecto, de la persona de sus sueños, del príncipe azul con el que las mujeres como Bianca siempre sueñan? —inquirió ese tipo que cada vez me caía peor, jactándose de sus conquistas.

Y, mientras lo hacía, Colin dio un paso en falso con sus caros zapatos, que no estaban hechos para ese trabajo, y a la vez que yo me apartaba a un lado, él cayó directamente sobre la mierda de caballo.

Observé con una gran sonrisa cómo intentaba levantarse infructuosamente del suelo una y otra vez, ya que sus zapatos de marca lo hacían resbalar. Y, tras disfrutar de ese lamentable espectáculo durante varios segundos, finalmente contesté a su pregunta:

—Por lo pronto, lo que voy a hacer es mirar.

A continuación, sin dignarme ayudarlo, me di la vuelta y me encaminé hacia la boda que tenía que continuar supervisando con una maliciosa sonrisa en el rostro al tiempo que exclamaba en un tono despectivo lo suficientemente alto como para que ese intrigante personaje me oyera:

—¡Príncipes azules a mí...!

* * *

Ahora que Kara había cumplido con el cometido que Cassandra Coleman le había encomendado pensaba que podría descansar un poco del dolor de cabeza que le suponía cumplir con las exigencias de esa mujer.

Por suerte, hacer que Alex aceptara a ese nuevo empleado bajo su responsabilidad no había sido una tarea demasiado difícil, a pesar de lo que había pensado en un principio. Él no había protestado mucho, aunque la maliciosa sonrisa de ese hombre había inquietado a Kara.

El impecable currículum de Colin Snow, que, tal vez, habían retocado un poco, no había recibido ningún reproche por parte de Alex, quien se había limitado a aceptarlo como su ayudante sin discutir demasiado.

Nerviosa por lo que pudiera hacer este último para espantar a ese hombre al que Cassandra quería mantener a toda costa en la empresa, Kara revisó las bodas programadas para ese día y suspiró aliviada al constatar que en esa ocasión Alex estaría a cargo de una boda temática que carecería de complicaciones, un evento en el que no podría mandarle nada tan complicado a su nuevo ayudante como para que este decidiera renunciar.

La confiada sonrisa que apareció en los labios de Kara ante su esperado día sin complicaciones no tardó en desaparecer en cuanto su ayudante la avisó de que Colin Snow había acudido a verla para hablarle precisamente de su trabajo.

—¿A qué esperas, Emma? Haz pasar a ese hombre a mi despacho —apremió Kara a su paralizada asistente, deseando calmar el humor de Colin lo más rápidamente posible frente a

cualquier posible jugarreta que Alex pudiera haber hecho contra un hombre al que consideraría un rival.

—Pero... —dijo Emma, dudando en seguir sus órdenes, dudas para las que Kara no tenía paciencia alguna en esos momentos.

—¡Quiero a ese hombre en mi despacho ya! —gritó implacablemente, provocando que la joven se apresurara a hacer pasar a ese sujeto.

Kara preparó la mejor de sus sonrisas para atender las quejas de su nuevo empleado, unas que no dudó que podría aplacar con un poco de dinero y la oferta de un futuro prometedor en esa empresa. Sin embargo, le resultó muy complicado mantener la sonrisa en el rostro, así como las esperanzas de que Colin continuara su labor, cuando ese hombre hizo acto de presencia ante ella vestido con un caro traje... y embadurnado de mierda de caballo de arriba abajo. Kara comprendió en ese instante las reticencias de su asistente a permitirle entrar en su despacho.

—¡Renuncio! —fue la primera palabra que salió de la boca de ese furioso sujeto al que alguien le había dicho que sería un trabajo muy fácil.

—¡Vamos, vamos, Colin! Seguro que no es para tanto —repuso Kara, sin saber qué más decir, intentando mantener su sonrisa ante ese hombre a la vez que trataba de taparse disimuladamente la nariz.

—¿Que no es para tanto?! ¿Ha visto usted cómo he quedado después de trabajar con ese hombre solamente un día?

—El primer día siempre puede ser algo complicado en cualquier empleo, pero estoy segura de que el segundo será mucho mejor. Si tienes dudas, siempre puedes preguntarle a Bianca, que lleva varios meses trabajando con Alex.

—No me atrevo a acercarme a esa mujer. Si esto es lo que me ha mandado hacer sin estar cabreado, no quiero ni imaginarme lo que me encargará si lo cabreo, así que notifíqueme a la señora Coleman que me voy.

—Vamos, vamos..., Bianca es una chica muy dulce y comprensiva...

—Sí, ella sí, ¡pero él no!

—A ver, Colin: estoy segura de que en la próxima boda no habrá ninguna tarea absurda que Alex pueda encargarte. Yo misma me ocuparé de escoger qué celebraciones tendrá que organizar su sección. Te aseguro que tu próximo trabajo será algo tranquilo y elegante, una celebración en la que tus tareas se limitarán a cosas como aconsejar a los novios en su elección de los cubiertos o los adornos del evento. Por otra parte, si te gusta Bianca, puedes acercarte a ella fuera del trabajo. En esa situación, Alex no puede protestar ni opinar de ninguna manera —aconsejó Kara, recordándole sutilmente cuál había sido el principal motivo por el que Cassandra Coleman lo había contratado.

—¡Un día más! Si mañana ocurre algo inusual, ¡me marchó! —declaró Colin, no del todo convencido con las palabras de Kara, con las que le aseguraba que su trabajo sería algo sencillo.

En cuanto él salió de su despacho, Kara se apresuró a llamar a su ayudante, una chica que,

sabiamente, acudió armada con un ambientador que no dudó en esparcir tenazmente por el lugar.

—Emma... ¡Emma, para ya! —gritó Kara cuando comenzó a ahogarse a causa del intenso aroma a limón—. Necesito informarme de las próximas bodas que tiene que organizar Alex. ¿Alguna de ellas tiene algo inusual que pueda espantar a un novato? —preguntó dispuesta a encargarse ella misma de esos eventos con tal de que Cassandra Coleman no le proporcionara un nuevo dolor de cabeza con sus quejas si Colin se marchaba de la empresa.

—Dentro de un mes tiene una boda en la que los novios harán *puenting*. Y a la siguiente semana otra bajo el mar, entre tiburones. No sé si las parejas de esas bodas han solicitado testigos que los acompañen —declaró Emma, consiguiendo que Kara se golpeará la frente contra su escritorio.

—¡Uf! Lo de los tiburones me puede... —declaró decantándose finalmente por comprar un bote de analgésicos que calmaran sus futuros dolores de cabeza antes que enfrentarse a una de las bodas que solamente Alex podía llevar a cabo—. Adiós, Colin... —susurró, despidiéndose de un hombre que correría muy lejos de allí en cuanto se enterara de en qué tipo de eventos tenía que colaborar..., a no ser que no se enterara hasta el último momento y sus encantos actuaran lo suficientemente rápido como para conquistar a esa chica que la familia Coleman quería alejar de Alex.

»No le comentes nada a Colin acerca de esas dos extrañas bodas que Alex organizará, y procura decirle a todo el personal que guarde silencio sobre ello, dejando bien claro que es una orden mía que han de cumplir a rajatabla. Él no debe enterarse de nada hasta el último momento —ordenó Kara mientras cruzaba los dedos para que el plazo de un mes fuera suficiente para que Colin conquistara a una mujer tan soñadora como Bianca.

* * *

Detestaba terriblemente a los hombres perfectos, a pesar de que en algún momento yo había sido uno de ellos. Pese a mis advertencias, ese chico de ensueño había seguido acercándose peligrosamente a Bianca siguiendo las órdenes de mi madre y de Kara, ante lo que yo había respondido buscando alejarlo de ella de la forma más cruel posible, encargándole todas las tareas más denigrantes a la espera de recibir su renuncia. Pero ese hombre parecía tener más aguante del que esperaba, y yo, menos paciencia de la que creía cada vez que lo veía cerca de la mujer que deseaba.

Tal vez lo más fácil habría sido contarle a Bianca que Colin no era el hombre adecuado para ella, pero ¿quién era yo para hacer ese tipo de advertencias, cuando lo cierto era que el hombre menos indicado para estar a su lado siempre sería yo?

Desde que Kara me había mandado a ese novato parecía que los trabajos que me encargaban eran menos extravagantes que habitualmente. No obstante, como sabía que no había otro organizador como yo en la empresa, supuse que esos encargos más exóticos se estarían

acumulando en un rincón, aguardando el momento oportuno para aparecer sobre mi mesa. Y, mientras esperaba a que me llegaran esos eventos que espantarían a cualquiera, me dedicaba a endosarle a mi nuevo ayudante cualquier tarea tortuosa que me sirviera para mantenerlo ocupado y, lo más importante, alejado de Bianca para que no pudiera acercarse a ella con intención de seducirla.

Por lo pronto, le había ordenado llevar platos de plástico a una boda griega, donde más de una mujer había escupido, y no precisamente hacia la novia para evitar el mal de ojo. Conociendo perfectamente lo malicioso que era yo, Bianca no había tardado en acudir al rescate de Colin con un montón de platos que pudieran romperse durante el baile de los novios, una tradición de las bodas griegas que suponía un augurio de felicidad para la vida de ese matrimonio en la que participaba toda la familia y los amigos.

Sabiendo también de la importancia de que hubiera un número impar en todos los detalles de la celebración, Bianca me había sorprendido y había corregido los errores de Colin en los adornos de flores, los centros de mesa, el número de invitados que debían estar sentados en cada mesa o en la disposición de los regalos. Y es que, para hacer realidad el sueño de esa pareja, Bianca era capaz de todo, no como Colin, que, sin molestarse en averiguar qué podía agradarles a los novios, se limitaba a presentarse a ese evento con un elegante traje con el que pretendía aparentar profesionalidad.

Desde un rincón yo observaba satisfecho la escandalosa celebración, donde todos mostraban su alegría hacia los novios, una fiesta que se desarrollaba sin ninguna complicación..., exceptuando la de un impertinente sujeto que permanecía demasiado cerca de Bianca y pretendía invitarla a bailar.

Al ver que ella estaba a punto de aceptar esa mano que la alejaría de mí en algún momento, no sabía si con mentiras o con la simple verdad, volví a interrumpir a ese hombre y a apartarlo de ella.

—¿Qué haces en el salón, Colin? ¿No sabes que trae mala suerte para los novios que los invitados constituyan un número par en una boda griega?

—¿Qué? No... ¿En serio? —preguntó él, creyendo que mis palabras eran mentira, hasta que más de un invitado lo fulminó con la mirada.

Viendo que Colin era reticente a moverse, Bianca intentó hallar una solución al nuevo problema que había aparecido en esa boda. Pero el remedio que ofreció en esa ocasión fue algo con lo que no estuve de acuerdo.

—Si quieres, me voy yo del salón y...

—No —negamos Colin y yo al unísono.

Tras su negativa, él me observó sorprendido al comprobar que hubiera algo en lo que coincidiéramos, mientras yo, por mi parte, lo fulminaba con la mirada al tiempo que le señalaba la salida.

—Colin, tú ya has terminado tu trabajo por hoy, así que vete a casa. En cuanto a Bianca, ella

se queda —ordené a la vez que cogía la mano de mi sorprendida ayudante y la atraía hacia mí.

Solo cuando ese hombre desapareció de mi vista pude suspirar aliviado y dejar de apretar fuertemente a esa mujer contra mi intranquilo corazón.

—¿Quieres bailar? —le pregunté entonces a Bianca, que me miraba molesta a causa de mi infantil comportamiento.

—No me digas que te has deshecho de Colin solo para poder bailar conmigo...

—Está bien, no te lo digo —bromeé mientras la dirigía hacia la pista de baile.

—¿Eso son celos? —preguntó ella al tiempo que yo la retenía entre mis brazos y hacía que se moviera al lento son de la balada que estaba sonando.

—No. Tan solo tengo unas tremendas ganas de golpear a ese idiota cada vez que se acerca demasiado a ti. Aunque me conformaré con echarlo a los tiburones en nuestra próxima boda.

—¡Eso son celos, Alex! —exclamó Bianca asombrada, exhibiendo una complacida sonrisa mientras volvía a hacerse un hueco entre mis brazos, sintiendo con una de las manos que apoyaba sobre mi pecho el intranquilo y acelerado latido de mi corazón cada vez que ella se encontraba cerca—. Pero ¿tú no quieres mantener las distancias? —preguntó asombrada con mi comportamiento.

—Sí, mira lo bien que lo hago —respondí, besando esa traviesa mano que comprobaba mi inquieto corazón.

—No puedes resistirte a mis encantos, ¿verdad? —bromeó ella al tiempo que acomodaba presumidamente su recogido cabello con una mano hasta que un gran mechón se salió de este y acabó sobre sus ojos, tras lo cual Bianca reaccionó instintivamente y lo apartó de un brusco soplido, acabando con esa romántica escena que intentaba representar ante mí. Sin embargo, la torpeza que demostró conquistó mi corazón mucho más de lo que lo podría haber logrado un gesto seductor de cualquier mujer manipuladora como aquella con la que estaba casado.

—No, no puedo —confesé, dejándola asombrada para luego enfadarla un poco cuando comencé a recitarle una lista de defectos que, en ocasiones, era lo que más amaba de esa mujer —: Eres demasiado inocente y soñadora. Tanto, que puedes llegar a dejar de lado la realidad. En ocasiones te implicas demasiado en las bodas, y tu blando corazón puede acabar estropeándolo todo mientras buscas ese amor que no siempre estará presente en nuestras celebraciones. Tus nervios te llevan a cometer errores, pero tus ganas de hacer felices a los que te rodean te llevan a enmendarlos. Eres todo lo contrario de lo que soy yo... —declaré mientras alzaba su rostro y me acercaba a sus labios para confesarle una verdad que ni yo ni mi corazón podíamos negar por más tiempo—. Por eso nunca puedo resistirme a ti —finalicé antes de besar sus labios, reclamando ese dulce amor que tanto había echado de menos en mi frío corazón.

Y, una vez más, ella me lo dio.

Capítulo 15

Cada vez que Alex me besaba sentía que esas palabras que se negaba a decirme en voz alta las expresaba con cada uno de sus besos. En mitad de ese baile, sus manos acogieron mi rostro con cariño y profundizaron un beso que me llegó al corazón. Sabía que los celos habían llevado a ese hombre a mostrar más de lo que quería y que al día siguiente volvería a alejarme con la excusa de que no deseaba hacerme daño, a pesar de que ya me lo estaba haciendo al no permitirme decidir en esa confusa relación.

Mañana probablemente me arrepentiría de haberlo amado, pero en ese momento solo podía disfrutar de los instantes que me dedicaba, haciendo que dejara mis sueños de lado cada vez que estaba junto a él.

Pese a que la lenta balada terminó y comenzó a sonar otra música más animada, nosotros seguimos abrazados, enlazados en un beso al que ninguno quiso poner fin hasta que el escándalo de los invitados nos recordó que aún teníamos trabajo por hacer en esa boda.

Alex bailó, animado por la familia del novio, y yo, alentada por la de la novia, me uní a esos alocados pasos que apenas sabía dar y que él manejaba a la perfección. Juntos saltamos, bailamos y gritamos, celebrando con alegría ese día, y, cuando todo terminó, nos despedimos con un abrazo de la pareja de recién casados antes de comenzar a recoger la decoración y las mesas. Mientras Alex cerraba el lugar, yo decidí esperarlo y, de repente, de entre las sombras del edificio apareció Colin, dándome un susto de muerte.

—¡Dios, qué susto me has dado! Creí que te habías ido a casa —manifesté mientras me acercaba ingenuamente a él y observaba que en una mano llevaba una botella casi vacía.

—Pensé que podrías necesitar que el hombre perfecto te llevara a casa —repuso él cínicamente, para luego añadir mientras recorría mi cuerpo con una ávida mirada—: Pero veo que te gustan más los imperfectos —finalizó refiriéndose a Alex.

Sin negar sus palabras, intenté quitarle algo de hierro al asunto.

—Vamos, Colin: cuando conoces a Alex descubres que no es tan terrible como parece.

Ante mis palabras, él se acercó a mí, haciéndome dar un paso atrás hasta encontrarme acorralada entre él y la pared. A continuación, apoyó las manos en ella a ambos lados de mi cuerpo y se aproximó para susurrarme al oído, aumentando mi nerviosismo.

—Pero yo no quiero conocerlo tan bien como lo haces tú. ¿Acaso no sabes que es un hombre casado? —dijo, tras lo que se alejó de mí al tiempo que me juzgaba con la mirada, tal y como harían otros si supieran que Alex y yo manteníamos algún tipo de relación.

Y, mientras observaba el comportamiento de Colin, supe que esa era una de las razones por

las que Alex quería mantenerme alejada de él. No deseaba que esas miradas me persiguieran como en esos momentos estaba sucediendo sin que Colin conociera toda la historia.

—¿Y tú no sabes que ese hombre quiere divorciarse? —le pregunté a mi vez, recordando la conversación que había oído detrás de la puerta del despacho de Alex, devolviéndole a Colin sus impertinentes palabras, que tan solo le perdoné porque estaba borracho.

—¡Por Dios, Bianca, ese es el cuento que todos los hombres casados les sueltan a sus amantes para mantenerlas atadas a ellos! Ese hombre no te conviene en absoluto, porque, ¿a que no sabes por qué su esposa se niega a concederle el divorcio? Por simple venganza, ya que él se acostó con otra mujer el día de su boda —declaró él mientras se jactaba de ser el mejor.

—Ah, así que eso es lo que dicen de mí... —oí de repente una cínica voz detrás de Colin que conocía demasiado bien. Y cuando vi la ira en el rostro de Alex supe que esas palabras lo habían afectado demasiado—. ¡Tú no sabes una mierda de lo que pasó aquel maldito día! —exclamó mientras acorralaba a Colin violentamente contra la pared, cogiéndolo de las solapas de su camisa.

—¡Alex, déjalo! Está borracho —intervine agarrándolo de un brazo para intentar alejarlo del pobre Colin y de sus inadecuadas palabras.

Alex miró con furia a ese sujeto y su desaliñado aspecto, nada habitual en él. Y luego observó detenidamente la botella que sujetaba en una mano. Tras arrebatarla, se alejó de Colin y después dio un sorbo del fuerte alcohol que quedaba en ella para acabar diciéndole:

—Será mejor que alguien te lleve a casa y que esta vez desaparezcas de verdad de mi vista.

Yo podría haberme ofrecido para llevar a Colin, pero vi que en esos momentos, en los que Alex no dejaba de lado la botella que le había arrebatado, él me necesitaba mucho más. Así que busqué a Buster y logré convencerlo para que se llevara a Colin, quien, gracias a su borrachera, aún no había conseguido insertar las llaves en el contacto de su coche. Buster se lo llevó con algo de dificultad, indicándome que le debía una, y yo volví a por Alex, puesto que no quería dejarlo atrás.

Cuando fui a buscarlo lo encontré en el mismo lugar donde lo había dejado, apoyado en la pared. Se había terminado el resto del contenido de la botella, un licor tan fuerte que pocos lo aguantaban.

—Vamos, te llevo a casa —le anuncié, llamando su atención.

—¿No prefieres llevar a casa al hombre perfecto? —replicó bastante molesto.

—Sí, pero no conozco ninguno. Si tú conoces a alguno, ¿por qué no me lo presentas? —dije sin amedrentarme por sus pullas, devolviéndole sus cínicas palabras. Pero tal vez no debería haber jugado con un hombre herido y celoso porque, tras agarrar una de mis manos, me arrastró junto a él y me acorraló contra la pared para susurrarme al oído:

—Si sabes que no te convengo, ¿por qué sigues acercándote a mí?

—Porque, me equivoque o acierte en el amor, la elección de a quién quiero amar es mía. Y solo yo decido a quién me conviene tener en mi corazón o no —le dije enfrentando su fría

mirada. Y únicamente para alejarme una vez más de él, Alex empezó a repetir esos rumores sin contarme toda la verdad de su historia.

—¿Acaso no lo has oído de boca de ese idiota? Soy un hombre infiel que traicionó a su esposa el mismísimo día de su boda. Un hombre al que esa mujer castiga solo porque fui tremendamente cruel con ella en aquella ceremonia que todos habían preparado cariñosamente durante mucho tiempo, en la que se suponía que había amor y no solo una estúpida conveniencia por parte de las dos familias. Pero ella se equivocaba: yo no la amaba. Un hombre como yo nunca puede llegar a amar a nadie, ni siquiera a...

—No puedo creer que, aun mirándome a los ojos, seas capaz de mentirme tan descaradamente —manifesté, queriendo detener esas cínicas palabras antes de que nos hicieran más daño, tanto a mí como a él. Para mi desgracia, la solución que encontró Alex fue darme la vuelta y ponerme contra la pared mientras seguía intentando que creyera sus mentiras.

—Sabes que solo estoy jugando contigo, ¿verdad? —susurró en mi oído, causándome el daño que yo había querido evitar.

Y, pegando su cuerpo al mío, noté el enérgico brazo que me rodeaba, el fuerte pecho contra el que se apoyaba mi espalda y la dura evidencia de su deseo que se acomodaba entre mis nalgas, demostrándome que estaba perdiendo el control que tan firmemente mantenía siempre mientras intentaba alejarme de él.

Una de sus manos guio la mía contra la pared, mostrándome su cariño sin pretenderlo, mientras la otra se deslizaba por mi cuerpo. Supe que con sus intimidantes acciones solo trataba de alejarme de él, algo que yo no estaba dispuesta a permitir.

—Creí que ya habrías entendido que únicamente me aprovecho de ti y de tu tierno corazón... —declaró al tiempo que alzaba mi falda y acariciaba mi trasero hasta deslizar la mano entre mis piernas, donde sus dedos comenzaron a tantear mi húmedo sexo por encima de mi ropa interior, guiando mi cuerpo a su antojo.

Sus expertos dedos rozaron sin clemencia mi parte más sensible, haciéndome estremecer mientras mis caderas se movían buscando el placer hacia el que Alex me conducía. De repente, como si el liviano encaje de mi ropa interior fuera una barrera demasiado grande, él la desgarró.

Mis protestas ante ese violento gesto murieron entre mis labios al sentir cómo sus dedos se deslizaban por mi húmedo sexo y uno de ellos se adentraba bruscamente en mí. Mi apretado interior lo acogió a la vez que yo gemía su nombre, y, tras introducir otro de sus dedos, Alex comenzó a marcar el profundo ritmo de mi deseo. Su dura erección se rozaba contra mi trasero mientras su mano me dirigía implacablemente, estableciendo un placentero ritmo para ambos.

Sin piedad alguna, los dedos de Alex salían y se adentraban muy hondo en mí, haciéndome gemir a la vez que una de mis manos arañaba la pared y la otra apretaba la de Alex que aún me sujetaba. Mis caderas se movieron más rápido contra esa mano, y mi cuerpo se convulsionó en pos del clímax, maldiciendo al hombre que lo reclamaba todo de mí y solo me ofrecía crueles palabras a cambio.

—¿Es con esto con lo que sueñas? ¿Con un canalla que solo te utiliza para aplacar su deseo?
—susurró él cruelmente, recordándome mis sueños de amor, haciendo que unas lágrimas solitarias se deslizaran por mi rostro porque aunque sabía que esas palabras eran mentira, dolían demasiado.

El placer al que me había guiado se mezcló por unos instantes con el dolor de mi corazón, hasta que lo oí susurrar una vez más junto a mi oído:

—Yo no soy un hombre con el que puedas soñar.

—¿Por qué sigues mintiéndome? —le pregunté. Y, siendo incapaz de dirigir la mirada hacia él, me fijé en esa mano que, entrelazada con la mía, delataba muchos de los sentimientos que Alex pretendía esconder de mí.

Su silencio me hizo ver que lo había pillado en sus mentiras, y, dándome la vuelta, me acogió entre sus brazos y me besó, acallando la verdad que salía de mis labios. Una vez más, me pegó contra esa pared, pero en esa ocasión mis manos no se apoyaban en un frío muro, sino sobre un cálido cuerpo que no podía ni quería seguir mintiéndome.

Sus manos alzaron mi trasero y mis piernas rodearon su cintura. Yo me moví contra su dura erección, reclamándolo, y él no tardó en sacar su miembro de su encierro para rozarlo contra la húmeda entrada de mi sexo mientras me repetía:

—Nunca seré el hombre de tus sueños.

—Eso lo decidiré yo, ya que son mis sueños —repliqué, tan reticente como siempre a que alguien me dijera lo que tenía que hacer. A continuación, como si quisiera castigarme por mis palabras, Alex se adentró en mí de una profunda embestida que me hizo gritar su nombre mientras marcaba su espalda con mis uñas.

Sus acometidas fueron implacables mientras yo, aún sensible por mi orgasmo anterior, no tardaba en volver a excitarme. Hundiéndose profundamente en mí, me hizo gritar su nombre al tiempo que aumentaba el ritmo de sus envites y me conducía de nuevo a la cima del placer, hasta que, finalmente, ambos gritamos el nombre del otro al llegar al orgasmo.

Cuando todo terminó, yo me derrumbé sobre el fuerte cuerpo que me sujetaba.

—¿Qué voy a hacer contigo? —lo oí suspirar como en la última ocasión en la que habíamos estado juntos, pero esta vez Alex me abrazó con fuerza, resistiéndose a dejarme marchar.

Quise reclamarle que me amara, pero, sabiendo que ese era un deseo que aún estaba muy lejos de cumplirse, simplemente le respondí al oído mientras me abrazaba a él:

—No mentirme más.

Por lo visto, en esa ocasión también exigí demasiado, ya que Alex se tensó entre mis brazos. Cuando se apartó de mí y ambos recompusimos nuestro aspecto, él llamó a un taxi y yo regresé a casa con la única compañía de una botella de licor vacía.

* * *

Cuando Bianca volvió a su trabajo al siguiente día, Alex parecía querer ignorar que había vuelto a acostarse con ella y Colin evitaba su compañía algo avergonzado, por lo que ella se estaba quedando sin opciones que llevar a esa cena del domingo. «Pero ¿para qué están las amigas si no es para ayudarte o incordiarte?», pensó Bianca cuando recibió una llamada de Kelsie en medio de su jornada laboral.

—Bianca, ¿has encontrado ya al hombre perfecto que llevar a esa cena? —preguntó su amiga, para luego añadir sin esperar a oír su respuesta—: Porque tengo una lista de números de teléfono que estoy dispuesta a pasarte.

—No serán de algunos de tus exnovios, ¿verdad? —inquirió Bianca algo asustada, recordando los peligrosos tipos con los que Kelsie solía relacionarse.

—No, qué va... Aunque al de los tatuajes le gustaste bastante.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió a su alocada amiga, decidida a no llevar consigo a un hombre por el que su padre pudiera sufrir un infarto.

—No te preocupes, descartamos a Bobby. La lista de la que te hablo son los teléfonos de hijos y sobrinos de los ancianos que llevo a mi programa para que se reencuentren con sus antiguas parejas: algunos de ellos no están nada mal. También te podría prestar al presentador, pero no te lo aconsejo: se tira a todo lo que se menea..., incluso se acostó conmigo.

—¡Uf! No sé si llamar al azar a algún nombre de esa lista tuya para concertar una cita sería adecuado. Te recuerdo que la cena será en casa de mis padres.

—Entonces, ¿has encontrado ya a alguien apropiado para acompañarte? ¿Hay alguien que quieras tener a tu lado?

—Tú ya sabes a quién me gustaría tener a mi lado, pero no creo estar preparada para pedirle que me acompañe a esa cena, ni mucho menos para oír una respuesta que solo me hará daño.

—¿No habíamos descartado ya a ese tipo de tu vida?

—Sí, pero no puedo descartarlo con tanta facilidad de mi corazón.

—Bueno..., ¿y no tienes otra opción mínimamente aceptable que llevar contigo a casa de tus padres?

—Hay un chico en el trabajo que parece perfecto: no se me acelera el corazón al estar a su lado, pero es muy simpático y puede que me sirva para una cena.

—¿De verdad? En ese caso, tú procura no espantarlo. No le hables de tus sueños ni de tu complicada relación con Alex, límitate a comentarle cosas del trabajo y luego le metes el tema de la cena, a ver si cuela. Si no, siempre puedes contar conmigo para apuñalar los panecillos de tu hermana y su prometido, o con Penny, cuyas miradas asesinas pueden acojonar bastante cuando se cabrea, algo que tu hermana siempre ha sabido hacer con facilidad.

»Ahora tengo que dejarte, ya que estoy en el trabajo y me he escaqueado usando como excusa que iba al baño y llevo más de una hora al teléfono. Primero con mi hermano, luego con Penny, luego otra vez mi hermano y por fin pude llamarte a ti antes de que el pesado de mi hermano me

volviera a llamar para aburrirme con sus lloros mientras yo intento suicidarme haciendo una sogá con el papel higiénico. ¡Adiós!

Tras colgarle a su alocada amiga, Bianca encontró la oportunidad para intentar hablar con Colin a la hora del almuerzo, cuando él, arrepentido por su comportamiento, le propuso invitarla a comer para disculparse.

La joven no dudó en aceptar, recordando por el camino todos los consejos de su amiga para convencer a ese hombre de acompañarla a una cena familiar. Que esos consejos funcionaran o no dependía únicamente de las dotes de comunicación que tuviera Bianca y de su suerte, que, para su desgracia, desde que había entrado a trabajar en esa empresa parecía haberla abandonado.

* * *

Como solo teníamos una hora, Colin y yo fuimos a una cafetería que quedaba cerca de nuestro trabajo y pedimos un menú rápido del día.

Tras aceptar sus excusas, intenté mantener una conversación alejada de temas relacionados con el amor y los sueños, como Kelsie me había aconsejado, pero como mi trabajo formaba parte de estos últimos, no pude evitar exponer emocionada lo mucho que me gustaba unir a las parejas y crear esos momentos mágicos para ellos.

Me agradó no recibir unas cínicas palabras por parte de ese hombre, rebatiendo mi postura como casi siempre hacía Alex, pero cuando oí a Colin mencionarme sus sueños, tan parecidos a los míos, sus palabras me sonaron falsas, como si formaran parte de un guion que había memorizado.

Él, que afirmaba ser un romántico empedernido, tuvo hermosos gestos conmigo, como regalarme una rosa o dedicarme bonitas palabras que me alababan, tal vez demasiado. Pero esa rosa con la que decía haber transmitido sus sentimientos me parecía falsa y me hizo recordar a otra que otro hombre había colocado en mi pelo con cariño, una flor que se negó a decirme qué representaba, tal vez porque significaba demasiado para los dos.

Las palabras de Colin refiriéndose continuamente a mi belleza, que nunca había sido tan deslumbrante como él aseguraba, no me gustaron y me hicieron sentir incómoda a la vez que me recordaron las de un tipo que se quejaba de mis sueños, de mi inocencia, de mi empecinado carácter por perseguir ese final feliz, pero lo hacía con una sonrisa en los labios, como si eso fuera lo que más le gustara de mí.

Colin, el hombre que en el pasado habría representado todo un sueño para mí y mi iluso corazón, ahora solo parecía un príncipe falso y deslucido con el que nunca podría crear esa magia con la que yo soñaba y que solo aparecía si había amor.

Ese hombre tan parecido a mí no era mi media naranja, no me complementaba ni hacía latir mi corazón, así que, finalmente, sin saber si sería adecuado pedirle que me acompañara a la cena familiar, nuestra conversación solo se centró en temas de trabajo. Increíblemente, eso hizo que

Colin se pusiera tremendamente nervioso, sobre todo cuando comencé a hablarle de la boda en *puenting* en la que, posiblemente, podría tocarnos ser testigos. Mi noticia hizo que retirara su silla espantado mientras se excusaba con nerviosismo:

—Yo, yo... tengo vértigo...

—Bueno, Alex no suele preguntar a la hora de asignarnos nuestro trabajo en un evento. Cuando a mí me hizo saltar de un avión...

—¿Tú...? ¿Tú saltaste desde un avión? —preguntó emitiendo un gritito bastante agudo.

—Sí, claro... Hacía falta un testigo en aquella boda y me tocó a mí. Pero también fui dama de honor en una boda nudista, inflé unas muñecas hinchables para un enlace en el que nuestro cliente se casaba con una de ellas y estuve a punto de correr con una ristra de salchichas delante de una jauría de perros hambrientos durante la ceremonia en la que dos de ellos se casaron.

—¿Qué?!

—Sí, ya sé que las bodas de Alex no parecen demasiado normales, pero te dan la oportunidad de crear un momento de ensueño de una forma única... —comencé a explicarle a mi compañero, que, a saber por qué, en esos instantes mostraba todos los síntomas de un ataque de ansiedad—. No te preocupes: si Alex no puede contar contigo para la boda del *puéning*, seguro que podrás ayudarlo en la siguiente...

—¿Será algo más normal?

—La verdad es que no, pero será muy refrescante: se celebrará en el mar.

—¡Oh! ¿En un barco? —preguntó Colin esperanzado. Y aunque yo no quería romperle sus esperanzas, vi más cruel ocultarle la verdad.

—No, será bajo el mar. Entre tiburones.

Tras mis palabras, él se puso de pie con decisión, se sacó una carta del bolsillo y, tras depositarla delante de mí sobre la mesa, anunció:

—Esto es algo que he querido darle a Alexander Coleman desde el primer día. ¿Me harías el favor de entregársela por mí?

Luego, sin esperar mi respuesta, Colin se marchó dejándome sola en ese restaurante. Confusa, miré la carta y luego mi reloj.

—Este no vuelve —concluí cuando la hora de nuestro almuerzo terminó y mi compañero no volvió a aparecer.

Mientras regresaba al trabajo supe que me había quedado sin pareja para la cena familiar, y me pregunté cuánto se molestaría Alex al saber que se había quedado sin su nuevo ayudante.

Capítulo 16

En esos momentos contemplaba con asombro la carta de renuncia de Colin. A pesar de todas las jugarretas que le había hecho al encargarle los trabajos más denigrantes y duros con la esperanza de que se largara, sin lograr mi objetivo, una sola conversación con Bianca durante un almuerzo había bastado para que ese hombre huyera espantado.

—¿Qué hiciste para que saliera corriendo de esa manera? ¿Le contaste tus sueños de color de rosa? —le pregunté a Bianca, provocando que ella me fulminara con la mirada mientras yo intentaba ocultarle mi sonrisa satisfecha—. Bueno, en fin..., uno menos. De modo que volvemos a la normalidad de nuestro trabajo —declaré muy contento con las acciones de mi ayudante, que me habían quitado un peso de encima.

—¿No vamos a hacer nada? —preguntó ella, mostrando una vez más lo tierno que podía ser su corazón, y yo, enseñándole cómo era el mío, contesté a su pregunta sacando una botella de un fuerte licor y dos vasos mientras exclamaba:

—¡Sí: celebrarlo!

—Has perdido a uno de tus ayudantes en un momento en el que se nos está acumulando el trabajo. Creo que lo mejor sería que corrieras tras él para pedirle que se quedase —opinó Bianca.

—Cielo, yo nunca he corrido detrás de ninguna mujer, así que mucho menos voy a hacerlo en pos de un hombre.

—Y si fuera yo la que se marchase..., ¿correrías detrás de mí? —inquirió ella, haciéndome guardar silencio, porque, a pesar de que en ocasiones me comportaba como un canalla con ella, no sabía qué sería capaz de hacer por esa mujer.

—Pero tú no vas a irte, ¿verdad? —la interrogué, acorralándola contra la pared de mi despacho—. Porque tú eres demasiado valiente como para huir ante la menor adversidad que encuentres en tu camino, y también demasiado decidida como para abandonar tus sueños.

—¿Y si resultara que mi sueño es imposible de alcanzar? —insistió ella fijando sus ojos en mí como si yo fuera ese sueño. Y cuando su mano acarició mi rostro con cariño, yo cerré los ojos, permitiéndome por unos instantes disfrutar de esas caricias que no me merecía—. ¿Por qué nunca te permites soñar? —se lamentó Bianca cuando aparté con delicadeza su mano de mi rostro, recibiendo de ella una mirada apenada.

—Porque los sueños son algo efímero que puede romperse con mucha facilidad, haciéndote daño en el proceso —declaré con cinismo.

—Solo si te rindes ante las dificultades que encuentres en el camino.

—No vas a permitir que nadie rompa tus sueños, ¿verdad? —le pregunté, admirado ante su

determinación, deseando que nadie le hiciera daño y que nunca perdiera esa pasión y esa inocencia que un día perdí yo. Para mi desgracia, mientras yo formase parte de esos sueños era inevitable que Bianca se hiciera daño.

—No.

—¿Y si te rompen el corazón y destrozan tus sueños?

—Recompondré mi corazón y crearé nuevos sueños. Que tú formes parte de ellos o no dependerá de lo valiente que seas para enfrentarte a tus heridas —declaró Bianca con firmeza, dándome una nueva oportunidad de llegar hasta su corazón. Una que yo volví a desperdiciar al dar un paso atrás y alejarme de una mujer que nos tentaba demasiado, tanto a mí como a mi reacio corazón.

* * *

El domingo se aproximaba y yo solamente tenía en mi lista de candidatos a acompañantes a un hombre con múltiples tatuajes y a un actor porno, opciones que me había enviado Kelsie y que eran bastante cuestionables..., aunque cualquiera de las dos lograría que mi madre volviera a hablarme, aunque fuera para gritarme escandalizada.

El príncipe azul había huido y Alex había sido descartado por mis amigas alegando que siempre sería la peor opción. Él era el jefe que me torturaba, el amante que solo me concedía una noche, el hombre que intentaba mantener las distancias conmigo, la persona de la que, estúpidamente, me había enamorado y el único que quería llevar a esa maldita cena familiar.

Por suerte para mí, Alex también era un organizador de bodas muy entregado, así que me hice con su agenda y le programé una cena con unos nuevos clientes, añadiendo la dirección de mis padres, consiguiendo que acudiera a mi cena... Ahora solo me faltaba que no saliera corriendo cuando se enterase de que lo había engañado para no tener que oír cómo mi hermana se metía conmigo una vez más.

—Bueno, ahora que estamos aquí, antes de que llames al timbre y me presentes a esos nuevos clientes que has conseguido por tu cuenta, quiero que me comentes algo sobre ellos resumidamente, ya que aún no me has entregado el informe que te pedí hace varios días sobre las características del evento que quieren organizar —dijo él, decidido a no dar ni un paso más si no recibía esa información.

Sin embargo, yo, resuelta a que no pudiera escapar de esa situación, toqué al timbre de mis padres antes de ofrecerle el rápido resumen que quería.

—La boda que organizaremos es la de mi hermana mayor. Estamos en casa de mis padres, en una cena familiar, y les he dicho a todos que me adoras y que no puedes hacer nada sin mí, así que ha surgido un pequeño malentendido por el que mis familiares creen que, en vez de mi jefe, eres mi novio, un malentendido que no pienso rectificar todavía para que mi hermana no me moleste durante la cena... —declaré con todo descaro justo antes de que se abriera la puerta.

Y, mientras yo exhibía en mi rostro una falsa sonrisa, Alex me fulminaba con la mirada, haciendo que, a ojos de mi madre, que acababa de abrir la puerta, no pareciéramos una pareja demasiado bien avenida.

No obstante, ella, tan cariñosa como siempre, me recibió con sus típicos gruñidos de desaprobación.

—¡Hola, mamá! Yo también te quiero —la saludé irónicamente, logrando que me gruñera un poco más—. Este es Alex y yo estoy muerta de hambre, así que... ¿dónde está la cena? —dije cogiendo a Alex de un brazo mientras lo arrastraba hacia el comedor, consiguiendo que mi madre y él se pusieran de acuerdo en dedicarme unos gruñidos muy bien sincronizados.

Cuando llegamos allí, mi padre nos recibió con efusividad. A mí me dio un gran abrazo que me demostraba cuánto me echaba de menos, y luego se presentó ante Alex apretando demasiado su mano mientras le echaba una de esas miradas de advertencia que siempre dedicaría a los hombres que salieran con alguna de sus hijas.

Kimberly se quedó sin habla por primera vez ante el hombre que llevaba como pareja y no tardó en presentarnos a Daylon, su prometido, un hombre de unos treinta y cinco años, de cabellos castaños, ojos verdes y una amable sonrisa que no terminó de convencerme mientras mi hermana presumía de él, y, por supuesto, lo siguiente que hizo al sentarnos a la mesa fue sacar a relucir todos y cada uno de mis defectos.

Creí que Alex no tardaría en denunciar mi mentira y huir de la cena, molesto con mi engaño, pero en cuanto Kimberly comenzó a hablar de mis defectos, él apartó educadamente mi silla para que me sentara y luego ocupó su lugar a mi lado, siguiendo la farsa mientras miraba molesto a mi hermana desde detrás de su copa.

—¿Cómo conoció a mi hermana, señor Coleman? Porque no creo que un hombre como usted frecuente los mismos lugares que una simple organizadora de bodas, aunque tal vez los de una abogada... —dijo Kimberly, presumiendo como siempre de su trabajo mientras intentaba denigrar el mío.

—Yo soy organizador de bodas como ella. De hecho, soy su superior —declaró Alex pasivamente tras su copa, haciendo que mi hermana se atragantara con su bebida y que mi madre gruñera.

—No sabía que los *wedding planners* ganaran tanto dinero —declaró Daylon mientras señalaba el caro traje de Alex.

—Si son buenos, pueden llegar a ganar bastante, y yo soy el mejor, además de ser uno de los propietarios de la empresa Dream Weddings C&S, así que, señorita Ellis, en los lugares que frecuento suelo encontrar más organizadores de bodas que abogados —respondió Alex, devolviéndole la pelota a mi hermana.

Yo quise levantarme de la mesa y dedicarle un bailecito de la victoria a Kimberly, pero me contuve y, siguiendo el educado comportamiento de Alex, anuncié ante todos:

—¿Veis cómo me adora?

Mi hermana me fulminó con la mirada ante el hecho de que yo le quitara protagonismo justo ese día, y Alex, dirigiéndome una de sus más maliciosas sonrisas, cogió una de mis manos entre las suyas y la besó con cariño antes de anunciar:

—Sí, por eso no puedo separarme de ti en ningún momento y voy a llevarte conmigo a todas las bodas que organice. Absolutamente a todas...

Esas palabras, que mis familiares podrían considerar sumamente románticas, yo las interpreté como la amenaza que en realidad eran, ya que sabía que la próxima boda que Alex llevaría a cabo era una que se celebraría entre tiburones. En esos momentos tuve la fuerte convicción de que, después de esa encerrona, yo iba a acabar haciendo el papel de cebo en esa celebración.

Cuando logré soltarme de su mano y mi hermana dejó a un lado su *hobby* de meterse conmigo, ya que Alex le devolvía todas sus pullas, mi padre nos pidió que lo ayudáramos con la organización.

Yo, a pesar de que Kimberly me fastidiara bastante a menudo, no la odiaba. Por eso, queriendo lo mejor para ella, extraje de mi bolso un gran libro para enseñarles emocionada todas las posibilidades de elección que tenían para la boda: desde los salones, los tipos de ceremonia, los adornos, los manteles, los menús, las invitaciones, las tiendas donde podríamos adquirir un bonito vestido...

Quería que ese día fuera mágico y maravilloso, quería convertir a mi hermana en una princesa y convertir ese momento en un recuerdo que perdurara toda la vida junto al hombre que amaba. Y, mientras ella hacía alguna de sus elecciones junto a mí, no vi a su pareja a su lado, no contemplé las sonrisas cómplices que solían dedicarse los novios en esas circunstancias mientras escogían los elementos del que sería uno de los días más importantes de su vida en común. Por ello, decidida a que los sueños de mi hermana se hicieran realidad, me dirigí al novio, que, manteniéndose apartado y distanciado de nosotros, solamente se dedicaba a contemplar su teléfono móvil, como si esperara una llamada para salir lo más pronto posible de allí.

—Oye, Daylon, ¿no vas a ayudar a Kimberly con todas las decisiones que hay que tomar para organizar la celebración?

—¿Por qué debería hacerlo? Yo estoy muy ocupado con mi trabajo y ella es la que ha elegido casarse. Que tome todas las decisiones que quiera y luego, simplemente, pásame la factura.

Cuando me alejé del novio vi a mi hermana seleccionando animadamente algunos de los elementos de su ceremonia, que Alex apuntaba eficientemente en su agenda. No obstante, me percaté de que su sonrisa era fingida y de que hacía un verdadero esfuerzo por no dejar escapar algunas de las lágrimas que guardaba en su corazón después de haber oído las palabras de Daylon.

Tal y como sospechaba, Kimberly no tardó en ir al baño con la excusa de retocarse el maquillaje. Cuando volvió, su atareado novio se apresuró a llevarla a casa, ya que tenía una importante reunión de negocios en perspectiva. A la vista de las circunstancias, quedé con mi hermana para continuar con la organización de su boda otro día.

Mientras mi padre conversaba con Alex sobre deportes, mi madre decidió declarar una tregua y preparó café en la cocina. Sabiendo que ella no entablaría una conversación conmigo, saqué el libro de muestras y rememore cada una de las solitarias elecciones de mi hermana.

—¡Esta es la boda más difícil de mi vida! —exclamé. Tras derrumbarme sobre ese libro, añadí—: Aquí no hay magia...

Para mi gran sorpresa, mi madre me puso una taza de café delante y, por primera vez en años, rompió el voto de silencio que solía mantener frente a mí.

—No, no la hay.

Sus palabras hicieron que me levantara abruptamente de mi silla y mirase a esa intrigante mujer para enfrentarme a ella mientras la señalaba con un dedo acusador después de comprender lo que estaba ocurriendo allí.

—¡Ah! ¡Por eso me has llamado! ¿Verdad? ¡Para que yo cree esa magia!

Mi madre me ignoró y solamente mostró una maliciosa sonrisa detrás de su humeante taza de café mientras yo intentaba que me explicara qué quería que hiciera para que mi hermana no cometiera el peor error de su vida. Entonces ambas oímos los nerviosos toques que alguien daba en la puerta de la cocina.

Cuando mi madre abrió vimos ante nosotras a Jimmy Rockman, el hijo de uno de nuestros vecinos, un hombre de treinta años que había salido con Kimberly en su adolescencia. A pesar de los años que habían transcurrido, Jimmy continuaba siendo el amable chico de cabellos morenos y ojos castaños dotado de una bella y amable sonrisa que siempre nos había gustado a todos. A mi madre y a mí nos encantó volver a verlo, sobre todo cuando comprobamos que llevaba entre las manos un gran ramo de flores que, sospechamos, iba dirigido a mi hermana.

—Siento venir a estas horas, pero mi madre me comentó que Kimberly iba a casarse y quise pasarme para desearle lo mejor —anunció él, perdiendo esa sonrisa que intentaba fingir ante nosotras mientras sus labios pronunciaban unas palabras que indicaban que la mujer a la que aún parecía amar iba a casarse con otro—. ¿Está Kimberly aquí para que pueda entregarle estas flores y felicitarla? —continuó ese hombre, esperanzado con ver a mi hermana aunque le doliera.

—No, Jimmy, lo siento, pero hace muy poco que se marchó. Si quieres, yo puedo dárselas cuando la vea —declaré aceptando el ramo que ese hombre me entregó con cierta reticencia.

—Sí..., creo que eso será lo mejor —manifestó él desesperanzado mientras se despedía de nosotras y se marchaba tan precipitadamente como había llegado.

Mi madre y yo nos quedamos mirando ese ramo sin saber qué hacer hasta que apareció Alex en la cocina seguido de mi padre. Al observar el presente que yo sostenía entre las manos, Alex puso mala cara.

—¿Quién te ha regalado eso? —me preguntó.

—No es para mí, sino para mi hermana, de un vecino. No sé por qué pones esa expresión, ¿no te gustan? Son unas flores muy bonitas.

—Mi expresión se debe a que ese ramo se compone de nomeolvides, flores que simbolizan

una despedida pero con una promesa de amor eterno, y de pensamientos, que significan «piensa en mí». Sin duda, el hombre que encargó ese ramo sabía lo que se hacía, ya que no es muy común ver esas flores juntas, a no ser que quieras entregar un mensaje a alguien.

Mi madre y yo nos miramos con decisión para luego contemplar el ramo. Entonces no dudé en anunciarle:

—¡Prepárate, mamá, porque voy a crear mi magia en esa boda!

Por una vez, ella no me miró con desaprobación después de que le hablara de mi trabajo y solo me observó desde detrás de su taza de café mientras intentaba ocultar una sonrisa complacida ante mis palabras, sin saber cómo podía acabar una boda cuando yo formaba parte de la organización.

* * *

—Comprendo por qué me engañaste para que fuese a casa de tus padres, pero ¿podrías decirme qué narices estamos haciendo ahora en casa de sus vecinos? —inquirió Alex mientras se dejaba arrastrar una vez más por las locuras de esa mujer.

—Estamos arreglando la boda de mi hermana. O estropeándola, según se mire —respondió Bianca, aumentando todavía más las dudas de Alex sobre qué estaban haciendo en ese lugar antes de que los vecinos abrieran la puerta, extrañados ante la tardía visita a su hogar—. Buenas noches, señores Rockman, este es Alex, mi..., bueno, es algo complicado de explicar —anunció recibiendo una molesta mirada de su acompañante—. En fin, el caso es que su hijo Jimmy le ha llevado un ramo de flores a mi hermana para felicitarla por su compromiso matrimonial... —continuó Bianca, consiguiendo que esos preocupados padres negaran con la cabeza ante las acciones de su hijo.

—Y vienes a devolvérselo, claro... —supuso Samantha, la madre de Jimmy, antes de tender sus brazos para recoger el ramo.

—Sí, vengo a dárselo a Jimmy, pero para que se lo entregue a mi hermana en persona. Verán: yo seré la organizadora de la boda de Kimberly y su novio está demasiado ocupado con su importante trabajo, con lo que no podrá asistir a las reuniones que celebraremos para tomar todas las decisiones acerca de los distintos elementos que tienen que elegirse para organizar una boda, así que he pensado que Jimmy podría acudir para sustituir al novio y aportarme el necesario punto de vista masculino que preciso para algunos momentos de la organización. Así que denle este ramo a su hijo junto con mi tarjeta, para que me llame si está de acuerdo en ayudarme a efectuar algunos pequeños cambios en la boda de mi hermana.

Tras oír esas palabras, los Rockman volvieron a negar con la cabeza, pero en esta ocasión por las locuras de esa chica. Sin embargo, conociéndola como la conocían, no dejaron de lucir unas sonrisas en sus rostros.

—Y este hombre que te acompaña, ¿no podría él ayudarte a aportar el punto de vista

masculino para esas elecciones? —preguntó Samantha, intentando atrapar a esa chica en su descarada mentira.

—¿Él? ¡Oh, no! Alex no cuenta: tiene un gusto horrendo. Sin embargo, estoy segura de que Jimmy será el más adecuado para ayudar a mi hermana a tomar las decisiones correctas. Por lo pronto, Kimberly ha escogido un horroroso color rosa pálido para las invitaciones, uno que pienso cambiar en cuanto se descuide. Y hay muchas más decisiones que no me agradan en absoluto.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles? —preguntó Jerry, el padre de Jimmy, interesado en lo que quería realmente esa chica de su hijo. Y en cuanto oyó la respuesta supo que, una vez más, la pequeña Bianca quería jugar a ser Cupido.

—La peor de todas: el novio.

—¡Bianca Ellis, ¿vas a sabotear la boda de tu propia hermana?! —exclamó Samantha con un pequeño tono de reprimenda.

—No, qué va... Solo voy a hacer magia —anunció ella, lo que provocó que Alex se llevara las manos a la cabeza—. ¿Me ayudarán? —inquirió a continuación.

Los Rockman, sabiendo que lo que esa ilusa chica siempre buscaba en una boda era el amor de los novios, no dudaron en asentir y dar su conformidad para hacer todas las trampas que fueran necesarias con el objeto de concederle una última oportunidad a su hijo para conseguir el corazón de la mujer que amaba.

—Quiero una invitación para esa boda. Acabe bien o mal para mi hijo, no me gustaría perderme una de tus bodas —pidió Jerry con una sonrisa, hecho que permitió a Bianca deducir que su padre iba hablando por ahí de su trabajo.

—No se preocupen, señores Rockman: estarán ustedes en primera fila —aseguró Bianca antes de despedirse de la pareja para comenzar con los preparativos de una gran celebración.

—La primera fila siempre está reservada para los padres de los novios —le recordó Alex mientras caminaban ya hacia el coche.

—Sí, lo sé... —contestó Bianca con una maliciosa sonrisa que le hizo saber a su jefe que esa boda no sería fácil de organizar, ni para él ni para la novia, que había tenido la brillante idea de elegir como organizadora a una mujer que siempre creería en el amor.

* * *

Cuando visité en compañía de mi hermana una de las *boutiques* de novias más selectas con las que colaboraba mi empresa, no dudé de que esta tenía todo lo que ella deseaba. Los grandes escaparates con lujosos trajes de novia que habían salido en alguna importante revista no tardaron en atraer la atención de Kimberly y hacerla entrar por la puerta del establecimiento sin ninguna protesta.

Dentro nos esperaba un amplio espacio de recepción con un mostrador de cristal desde el que

las elegantes dependientas no tardaron en ofrecernos una calurosa bienvenida tras mencionarles la cita que teníamos y el nombre de mi empresa.

Los suelos de mármol blanco, las paredes revestidas de madera con varias columnas negras estratégicamente colocadas, los enormes espejos y las grandiosas fotografías enmarcadas de las novias que aparecían en el catálogo de ese año que se esparcían por el lugar sacaron varias complacidas sonrisas de mi hermana.

Kimberly, que habitualmente protestaba ante cualquier tipo de espera, no lo hizo en esa ocasión mientras disfrutaba en la zona de descanso de una exclusiva copa de champán, que la *boutique* ofrecía a sus clientes, sentada en uno de los sillones de diseño al tiempo que posaba los pies sobre una mullida alfombra y ojeaba una revista de bodas.

Mientras yo comentaba con la dependienta nuestras preferencias en el diseño del vestido de novia de Kimberly y la talla para que fuesen preparando el amplio vestidor privado para mi hermana y le llevaran varios modelos adecuados, ella comenzó a ojear unos percheros que contenían los trajes de las damas de honor y entonces decidió quiénes representarían ese papel en su boda.

Como siempre, queriendo destacar entre todas las demás, Kimberly eligió para ella un hermoso vestido blanco que la hacía parecer una elegante princesa, mientras que para las damas de honor seleccionó una horrenda abominación llena de volantes de un tono rosa chicle. Para mi desgracia, yo sería una de esas damas de honor, y tuve que encargarme de buscar a las demás, que, en esos instantes, me fulminaban con sus furiosas miradas en el gran vestidor, una sala enmoquetada dotada de un gran sofá blanco y unos inmensos espejos similares a los que disponía la novia para sí.

—¿Qué? Me pediste que te invitara a una de las bodas que organizara, ¿no? —me quejé ante el amenazante dedo de Kelsie, que me señalaba acusadoramente al verse frente al espejo con ese vestido rosa y esos volantes, características que ella detestaba.

Por su parte, Penny se limitó a apartar de un brusco soplado uno de los lazos del horrendo tocado rosa a juego que todas deberíamos llevar, y cuando logró verme mejor, me dedicó una de sus amenazantes miradas que prometían venganza.

—¡Vamos, vamos, que no es para tanto! Fuisteis las primeras de la lista en las que mi hermana pensó para ser damas de honor —declaré, recibiendo dos cínicas cejas alzadas como respuesta, exigiendo la verdad—. ¡Está bien! Fuisteis la segunda opción... —rectifiqué. Y, como aún no me creían, pues me conocían muy bien, al igual que también conocían a Kimberly, al final tuve que confesarles la verdad—. ¡Bueno, vale: fuisteis la opción desesperada, junto con las hermanas del novio, para que mi hermana no se quedara sin damas de honor! ¿Contentas?

»De acuerdo, y ahora que he conseguido ablandar vuestros corazones con el hermoso vestido que llevareis en la boda de Kimberly... —continué, ofreciéndoles la más falsa de mis sonrisas, una que Alex siempre me había asegurado que me servía muy bien con los clientes, pero con mis amigas parecía no funcionar en absoluto—, os diré vuestro cometido en esta boda. Penny y yo

sostendremos la cola del vestido de mi hermana y tú, Kelsie, irás por delante lanzando pétalos de flores de una hermosa cesta que llevarás a juego con el vestido.

Pero, en el momento en el que le entregué a Kelsie una cesta de mimbre forrada con una decena de volantes, su respuesta no se hizo de rogar.

—¡Me voy! ¡Esto me puede! —exclamó. Y, tras dejar la cesta en el suelo, se encaminó hacia la puerta del vestidor con intención de marcharse. Yo, como la intachable organizadora que era, sin perder la compostura ni mi dignidad, no tardé en utilizar argumentos irrefutables para convencerla de que se quedara y continuara con el plan previsto.

—¡Porfiiiiii! —dije agarrándome con desesperación a las piernas de Kelsie, sabiendo que, si ella se iba, Penny no tardaría en seguirla.

—Penny, tengo un bicho muy molesto, al que en ocasiones llamo «amiga», agarrado a la pierna. Ayúdame a librarme de él para que ambas podamos salir de este infierno.

—¿Para qué están las amigas si no es para ayudarse en los momentos difíciles? —pregunté, poniéndole una triste mirada a Penny que la hiciera desistir de ayudar a Kelsie en su huida.

—Pero es que ahora estamos ayudando a Kimberly, no a ti —respondió Kelsie—. Además, el cupo de cosas humillantes que puedo hacer por mi amiga fue sobrepasado con creces cuando me diste la cesta con los volantes rosas.

—Es que si te pongo a llevar la cola del vestido de mi hermana eres capaz de tirar de ella y dejarla desnuda en mitad de la boda... —declaré, conociendo perfectamente a mi amiga. La maliciosa sonrisa que surgió en su rostro tras darle mi explicación terminó de confirmar que no me había equivocado.

—Dame una sola razón por la que yo debería asistir a esa boda —exigió Kelsie, cruzándose de brazos.

Y, siendo plenamente consciente de que necesitaría su ayuda y la de Penny para intentar convencer a mi hermana de que se casara con alguien por amor, les confié algunos de mis descabellados planes para ese enlace tras ponerme de pie y anunciar con firmeza:

—Voy a realizar mi magia en esa boda.

—¡Oh! ¿Como la que has realizado hasta ahora? —inquirió Penny un tanto escéptica, recordando todos mis fracasos.

—Sí —confirmé, sabiendo que podría pasar cualquier cosa en una boda a la que pensaba invitar a un ex de la novia.

—¡Hum! Está bien: en ese caso, esto no me lo pierdo. Pero te advierto que, a la menor oportunidad, me deshago de este horrendo vestido —declaró Kelsie con una maliciosa sonrisa, cediendo solamente para ver la locura en la que podía convertir la boda de mi hermana con la excusa del amor.

* * *

Kimberly contemplaba su hermoso vestido delante del espejo mientras oía de fondo los gritos y las discusiones de las improvisadas damas de honor que se encontraban en el vestidor adjunto. Como siempre, esas escandalosas chicas no eran capaces de comportarse bien y lo convertían todo en una locura, una que a ella en esos instantes le habría gustado experimentar, junto a alguna risa amiga que le asegurara que su elección era la correcta.

Daylon era un magnífico partido. Tenía un trabajo estable y prometedor, era una persona amable y educada que quería compartir su vida con ella, un hombre con el que disfrutaba del mismo estatus al que había conseguido acceder gracias a todos los esfuerzos y los sacrificios que había realizado en su trabajo.

Ambos sabían que el siguiente paso para ascender de categoría en el bufete de abogados en el que trabajaban era formar una familia, y habían considerado adecuado el matrimonio, principalmente por insistencia de Kimberly. Pero mientras se contemplaba en ese gran espejo no comprendía por qué no se sentía como esa radiante y feliz princesa con la que siempre le gustaba soñar a su hermana, ni tampoco por qué a su rostro no asomaba una sonrisa, si en momentos como ese debería sentirse la mujer más feliz del mundo.

De repente, el escándalo del cuarto de al lado cesó y su hermana apareció junto a ella luciendo el horrendo vestido de dama de honor que Kimberly había elegido y la sonrisa que Bianca siempre llevaba en los labios, tal vez porque ella se había atrevido a perseguir sus sueños y Kimberly no.

—¡Ya está! ¡Ya he convencido a Penny y a Kelsie para que sean tus damas de honor!

—¿En serio? ¿Y qué les has prometido? —preguntó Kimberly, sabiendo que convencer a esas dos no era nada fácil.

—Sexo y alcohol —bromeó Bianca, sacando una sonrisa del triste rostro de su hermana—. El alcohol se lo proporcionarás tú con la barra libre de tu boda; en cuanto al sexo, creo que ya encontrarán algo por ahí ellas mismas. ¿Ese es el vestido que has elegido?

—Sí, ¿qué te parece? ¿Crees que será lo suficientemente elegante para mi boda? ¿Le gustará a Daylon o a los altos ejecutivos que ha invitado a nuestro enlace? —preguntó Kimberly nerviosa, aún dudando delante del espejo.

Bianca la miró de arriba abajo y ella esperó impaciente sus consejos de experta organizadora, aunque, para su asombro, solo oyó las palabras de su hermana:

—Pero ¿te gusta a ti? ¿Te hace sentirte como esa princesa de cuento de hadas que está viviendo un sueño?

—No lo sé... —respondió Kimberly, confusa frente al espejo. Y, tras contemplar por última vez su aspecto, profirió un suspiro resignado antes de anunciarle a Bianca con decisión—: Pero este será el vestido de mi boda.

—Bien, perfecto. Entonces le diremos a la vendedora de la *boutique* que este modelo es el elegido y que nos traiga los complementos adecuados para él —manifestó Bianca sin emitir ninguna protesta ante la elección de su hermana. Sin embargo, cuando Kimberly vio una taimada

sonrisa en su rostro, supo que tenía planeada alguna de las suyas—. Como tenemos que encontrar un traje para el novio que vaya acorde con el tuyo, le he pedido a alguien que venga para que se los pruebe.

—¿Has conseguido que Daylon venga a esta prueba de vestuario? —preguntó Kimberly, extrañada porque el ocupado hombre que se había desentendido de todo como si no le importara esa ceremonia tuviera tiempo para ella.

—No, él no. Además, trae mala suerte que el novio vea el vestido de la novia antes de la boda, por lo que he llamado a un sustituto que no tardará en llegar. Espero que no te importe.

—No, claro que no. Así le podremos especificar el modelo del traje del novio a la dependienta para que Daylon solo tenga que venir a probárselo y no pierda demasiado tiempo —anunció Kimberly, creyendo que el hombre que sustituiría a su novio sería Alex Coleman, el elegante compañero de Bianca.

No obstante, para su asombro, cuando llegó el ayudante de su hermana unos minutos más tarde, resultó ser el último hombre que Kimberly podría haber imaginado.

Jimmy, su antiguo vecino y enamorado de antes de ir a la universidad, entró precipitadamente por la puerta del vestidor donde ella se encontraba, como si alguien lo hubiera llamado en el último momento. Todavía llevaba puesto el delantal de su floristería y, cuando se adentró en la estancia, tuvo que recuperar el aliento después de la imprudente carrera que se había dado hasta ese lugar.

—¿Jimmy?! ¿Qué haces aquí?

—Tu hermana... me comentó... que necesitabas mi ayuda... y aquí estoy... Si me das unos segundos... para que me recupere, claro... —respondió él entrecortadamente, intentando recobrar el aliento.

—No lo habrás llamado en el último momento, ¿verdad? —reprendió Kimberly a su hermana.

—No, qué va... —contestó Jimmy, quitándose rápidamente el delantal de su tienda y escondiéndolo detrás de él.

Kimberly sabía que debía rechazar la ayuda de ese hombre que solo la metería en problemas, porque Jimmy todavía lograba que su corazón se acelerara y que surgieran dudas a la hora de realizar las elecciones más adecuadas para su planificada vida. Pero antes de que sus labios pudieran rechazarlo una vez más como tantas veces había hecho en el pasado, él consiguió que su corazón diese un salto dentro de su pecho al opinar sobre su vestido:

—Estás preciosa, Kim.

Ambos se contemplaron unos instantes, como si no hubiera nadie más en esa habitación. El mundo se perdió para ellos durante unos segundos, y cuando Jimmy estaba a punto de acercarse demasiado y Kimberly se disponía a huir, Bianca interrumpió el momento concediéndoles a sus corazones una distancia y, tal vez, una nueva oportunidad de descubrir lo que sentían al no permitir que ambos se alejaran con excusas.

—Bueno, voy a llevarme al novio suplente para que vayan haciendo la prueba de vestuario

con él —declaró arrastrando de esa habitación a Jimmy.

Kimberly siguió probándose diferentes velos y zapatos con la ayuda de la vendedora, y cuando Bianca volvió a entrar en el vestidor llevaba un gran ramo de flores que, por unos instantes, su hermana envidió. Pero eso solo fue hasta saber que ese ramo era para ella.

—Toma, es para ti. Jimmy lo dejó en recepción para que te lo entregaran más tarde, al marcharte de la *boutique*, pero yo he pensado que puede que fuera mejor que lo recibieras ahora.

—Ese hombre nunca ha sabido expresarse demasiado bien con las palabras, pero sus regalos siempre fueron únicos —manifestó Kimberly mientras cogía el ramo y lo admiraba con una dulce sonrisa.

—¿Estás segura de que Jimmy no se ha expresado bien? —le preguntó Bianca, atrayendo su atención—. Tengo a mi lado a un hombre que todavía no me ha dicho que me quiere, pero sin embargo me ha dedicado muchos gestos que me han llegado al corazón. Sé que esos gestos significan algo, pero Alex tiene miedo de revelármelo y, tal vez, yo tenga miedo de averiguarlo y enamorarme mucho más de él. En ocasiones, un sencillo gesto tiene un significado más profundo que unas simples palabras, Kimberly —declaró. Y, poniéndose detrás de su hermana, la acercó al gran espejo para que ambas pudieran contemplar la felicidad que irradiaba mientras sostenía ese ramo. Entonces anunció—: Mira, ahora sí pareces una princesa. La magia de este momento la ha aportado este hermoso ramo de flores..., o, tal vez, el hombre que te lo ha regalado.

A continuación, salió de la habitación con la excusa de vigilar a las damas de honor mientras Kimberly se quedaba delante del espejo, preguntándose por qué las palabras de su hermana se acercaban tanto a la verdad y la animaban a sumergirse en la locura de perseguir sus sueños en vez del futuro que durante tanto tiempo había planificado cuidadosamente, dejando sus fantasías atrás.

Capítulo 17

—Bianca, estoy comenzando a pensar que quieres fastidiar mi boda —declaró Kimberly desde el probador de la selecta tienda de lencería que habían ido a visitar esa mañana, al tiempo que, molesta con su hermana, se preguntaba si había sido buena idea contratarla como la organizadora de su boda.

—¿Yo...? ¡Qué va! ¿Por qué lo dices?

—¿Tal vez porque cada vez que tengo que elegir algún elemento de la boda es Jimmy el que aparece a mi lado en lugar de Daylon, mi prometido?

—¡Eh! ¡Que yo intento contactar con tu futuro marido para concertar una cita antes de dar cualquier otro paso! Pero como él nunca tiene tiempo para estas cosas, he tenido que buscar un sustituto adecuado. Por cierto, ¿estás segura de que Daylon tendrá libre el día de vuestra boda? —preguntó Bianca esperanzada, mientras recibía como única contestación de su hermana un gruñido de descontento—. Bueno, será mejor que ponga a Jimmy en marcación rápida por si acaso —terminó, ignorando su gruñido.

—Bianca, no intentes cambiar mi vida solo para cumplir con tus estúpidos sueños de magia y amor. En ocasiones, las parejas que se casan solamente quieren para su futuro una cómoda convivencia.

—¡Hum...! Pero tú me has contratado a mí como organizadora en lugar de a otra persona. Por algo será, ¿no?

—Sí: porque eras la única que estaba libre para organizar este evento en la fecha que Daylon me comunicó que no interferiría con su agenda. Además, creí que por ser familia me harías algún tipo de descuento, un detalle que comienzo a cuestionarme tras ver los precios de algunos de los servicios que me estás ofreciendo.

—¡Oh, no te preocupes por eso! Cuando te decidas a cambiar de novio te haré un dos por uno y prometo organizar gratis tu siguiente boda.

—No tienes remedio... Bueno, dime qué te parece este conjunto de lencería para mi luna de miel —reclamó Kimberly presumidamente mientras apartaba con decisión la cortina del probador... para encontrarse con los ojos no solo de su hermana, sino también con los de Jimmy, que, tan asombrado como ella, no sabía qué hacer en esa situación, salvo ofrecerle un nuevo ramo de flores que había traído como obsequio.

»¡Bianca, ¿cómo has podido?! —gritó Kimberly mientras se apresuraba a meterse otra vez en el probador.

—Supuse que necesitaríamos la opinión de un hombre para este asunto concreto, y como tu

futuro marido estaba otra vez muy ocupado, he vuelto a sustituirlo. Por cierto, a juzgar por el lugar donde Jimmy se está poniendo en estos instantes el ramo para intentar ocultar lo evidente, creo que ese conjunto tiene todas las de ganar —declaró Bianca, consiguiendo que Kimberly asomara su curiosa naricilla desde detrás de la cortina para fijar los ojos sobre Jimmy.

Tras cruzar su mirada con la de un hombre que se mostraba tan avergonzado como ella, no pudo evitar observarlo. La reacción de su exnovio ante esa lencería le decía a Kimberly que, a pesar del tiempo transcurrido, este aún la deseaba. Y las rosas rojas que sujetaba entre las manos le indicaban que no había olvidado su amor.

* * *

Estaba más que dispuesta a unir a mi hermana con Jimmy, pues saltaba a la vista que él la amaba con locura. Y aunque ella quisiera negarlo, yo veía cómo se le aceleraba el corazón cada vez que estaba cerca de ese hombre, al que consideraba el menos adecuado para ella y su perfecta y planificada vida.

Tras comprobar la reacción de ambos ante ese súbito encuentro en los probadores, quedaron claras dos cosas: que entre esa pareja aún había chispa y que mi hermana podía dejarme sorda con sus gritos y sus recriminaciones.

No obstante, como yo era la organizadora de esa boda, seguí adelante con mis ambiciosos planes de juntar a esa pareja y que hubiera magia en esa boda..., magia o un gran escándalo, cualquiera de los dos resultados eran muy típicos de los enlaces que yo planificaba.

Queriendo unirlos más, hice que visitaran en mi compañía varios elegantes hoteles que solíamos recomendar para los novios. Tras dejar caer el nombre de mi jefe, como si fuéramos de su parte, se nos abrieron las puertas con facilidad y muchos de ellos nos mostraron la *suite* nupcial y sus mejores instalaciones y servicios.

Pensé que sería una buena idea dejar a la pareja encerrada en una de las habitaciones, pero, tras ver el precio, preferí invitarlos a una cena en uno de los caros restaurantes, presentándosela a mi hermana como un gesto de disculpa por mi comportamiento. Una cena que, por supuesto, luego metería en sus facturas y de la que no tardé en escabullirme a la menor oportunidad.

Alegando estar muy ocupada, dejé a mi hermana y a Jimmy solos disfrutando de un íntimo momento en medio de un ambiente romántico como salido de un cuento de hadas y me alejé complacida cuando por fin dejaron de esquivar la mirada del otro y comenzaron a hablar.

Desde la distancia, contemplé a la pareja con orgullo. Ante las palabras de ese hombre, Kimberly se mostraba radiante y la magia que buscaba se hacía patente, aunque mi hermana estuviera dispuesta a rechazarla.

De repente, la feliz sonrisa que asomaba a mi rostro por haber ejercido de Cupido con éxito desapareció cuando vi a otra pareja disfrutando de una cena y reconocí a uno de ellos como el hombre que jugaba continuamente con mi corazón.

Una mujer rubia, alta y elegante estaba sentada frente a Alex, manteniendo una postura muy íntima y cercana con él, sin dejar de coquetear. Primero pensé en dirigirme hacia la barra del bar, que estaba en un apartado rincón, llamar a mis amigas para invitarlas a unas copas y dejarle una enorme factura a su nombre hasta que consiguiera olvidarme de él, pero luego, al descubrir en el rostro de Alex esa cínica sonrisa que tanto detestaba, supe que no estaba disfrutando de la velada y cambié de opinión.

Fue entonces cuando decidí acercarme, hacerle frente y descubrir algunas de las mentiras que ese hombre me ocultaba, queriendo saber si él tan solo estaba jugando conmigo o si, simplemente, aún era un cobarde que con la excusa de protegerme únicamente se protegía a sí mismo por no afrontar que lo que sentía por mí era amor, un amor que su herido corazón temía nombrar y que el mío quería gritarlo en todo momento.

* * *

Por fin Hillary había accedido a reunirse conmigo y con la posibilidad de que le hiciera entrega de los papeles del divorcio que finalmente me librarían de esa tortuosa relación. Como siempre, había sido mi mujer la que había escogido el lugar de nuestro encuentro: un elegante restaurante francés con lujosos suelos de mármol e impolutas paredes blancas adornadas con algún caro cuadro que exhibía paisajes de París.

El establecimiento se encontraba ubicado en uno de los más exclusivos hoteles de la ciudad, donde tanto los Coleman como los Smith estábamos acostumbrados a hospedarnos. Los grandes ventanales daban paso a unas hermosas vistas que creaban una atmósfera encantadora, las lujosas lámparas de araña del techo iluminaban con magnificencia todo el lugar, mientras las impecables mesas blancas concedían a las parejas la cómoda intimidad que necesitaban al tiempo que un centro floral de mesa con una vela aromática encendida y la melódica compañía de un piano de cola, que amenizaba la cena, contribuían a crear el ambiente acogedor que ese restaurante garantizaba a sus selectos clientes, lo que a su vez me confirmaba una vez más que Hillary y yo veíamos esa reunión de maneras muy distintas.

Cuando había aceptado esa cena no esperaba demasiados resultados, ya que mi mujer siempre me atraía a ese tipo de eventos con engaños y luego se alejaba de mí sin llevarse los papeles del divorcio, pero en esa ocasión yo tenía un motivo muy importante para intentar conseguir la separación de una vez por todas: tenía a mi lado una mujer a la que ya no podía ignorar por más tiempo. Bianca se había hecho un hueco en mi corazón y yo quería poder amarla libremente, sin que nadie cuchicheara sobre nosotros ni se inventara rumores a nuestras espaldas, sin que nadie le pudiera asignar el papel de mala en una historia que no conocían, tal y como todavía seguían haciendo conmigo.

Tras tomarme la copa que necesitaba para afrontar esa reunión, desplegué sobre la mesa del restaurante los modales que mi familia siempre me había exigido en todo momento y aguanté

estoicamente las palabras de Hillary y sus recriminaciones, mostrando en mi rostro una falsa sonrisa cuando lo que realmente quería en esos instantes era marcharme lo más rápidamente posible de su lado.

—Así pues, ¿cuándo volverás a casa, Alex? —preguntó Hillary después de aburrirme con un discurso en el que me culpaba por el hecho de que nuestro matrimonio hubiera resultado un fiasco, provocando que reaccionara con mi típica sonrisa cínica.

—Creí que mi ausencia durante dos largos años te habría bastado para comprobar que no pienso volver contigo jamás.

—Sabes que yo siempre seré la mejor opción para ti, querido. Nuestro matrimonio es lo que nuestras familias siempre desearon para terminar de cohesionar nuestra empresa. Si tú no me hubieras abandonado, podríamos haber constituido el ejemplo viviente del final feliz que todas las parejas de novios buscan, una imagen que habría llevado a muchos clientes más a contratar nuestros servicios.

Al oír sus palabras no pude evitar que de mis labios escaparan unas carcajadas cargadas de cinismo, ya que su «final feliz» dejaba mucho que desear, y yo mismo era un ejemplo de lo falso que este era. Posiblemente tan falso como la mujer que tenía ante mí en esos momentos.

—Puede que estar casado contigo sea la mejor opción para nuestra empresa... —reconocí, consiguiendo que a los labios de Hillary asomara una sonrisa satisfecha que no tardé en hacer desaparecer al continuar con mis palabras—: Pero, definitivamente, no es la mejor opción para mí.

Y, poniéndome de pie, deposité delante de ella los papeles del divorcio por enésima vez.

—¿Qué vas a hacer si firmo esto? ¿Ir corriendo en busca de la chica con la que te acuestas para darle falsas esperanzas? ¿Te vas a convertir en su príncipe azul? ¿Te vas a casar con ella? —declaró Hillary, burlándose de mí. Pero sus risas terminaron abruptamente cuando yo le respondí, sorprendiéndola:

—Puede que lo haga.

—¿De verdad crees que esa mujer se quedará a tu lado si yo no firmo esto? ¿Que te amará cuando los rumores comiencen a circular a su alrededor, tachándola de ser la responsable de la ruptura de nuestro matrimonio? ¿Piensas que te creará a ti cuando todos le cuenten sus versiones de lo que pasó en nuestra boda? ¿Que no tendrá dudas de ti y de lo que sientes cuando vea que esa relación no la lleva a nada?

—Ella afirma que me ama, y en esta ocasión estoy dispuesto a arriesgarme para comprobar si es de verdad —dije recordándole lo efímero que había sido su amor y lo falsas que eran siempre sus palabras.

—Es evidente que aún no has aprendido lo que te conviene —declaró Hillary, arrugando los papeles del divorcio y mostrándome así una vez más que, a pesar de no quererme, tampoco pretendía dejarme marchar.

Tras sus palabras, apreté con fuerza uno de mis puños y, conteniendo la ira como me habían

enseñado, me limité a sonreír cínicamente en su dirección mientras alzaba mi copa para anunciarle:

—Deséame suerte, puede que en esta ocasión ese amor no sea mentira.

Luego dejé unos billetes sobre la mesa mientras me disponía ya a marcharme y terminar definitivamente con esa cena. Pero, justo en el instante en el que pensaba sobre lo mucho que necesitaba ver a Bianca para dejar atrás el mal trago de esa reunión, ella apareció ante mí, haciendo saltar mi intranquilo corazón, ya que las mentiras que me rodeaban podían llegar a espantarla. Y más aún si estas las pronunciaba Hillary con una de sus maravillosas actuaciones, con las que siempre acababa convenciendo a quien la escuchara de su inocencia y de que la culpa de todos sus errores la tenía yo.

—No es lo que parece —le dije señalando lo que podía malinterpretarse como una velada romántica pero que en realidad tan solo era una fastidiosa reunión.

—¡Ah! ¿Entonces no estabas manteniendo una cena incómoda de la que quieres desaparecer lo más rápidamente posible para estar conmigo? —inquirió esa mujer, sorprendiéndome por completo y haciéndome sonreír finalmente ante esa situación.

—Bueno, en ese caso, sí: es justo lo que parece.

—¿Quién es ella, Alex? ¿Tu amante del momento? —me increpó Hillary, odiando que la ignoráramos—. ¿Por qué no nos presentas? O no, déjalo: tal vez sea mejor que me presente yo misma. Soy Hillary Coleman, la esposa de Alex —dijo al tiempo que exhibía una complacida sonrisa, daba un paso hacia Bianca y le tendía la mano. Una mano que, para mi asombro, ella estrechó sin amilanarse por sus palabras, con las que Hillary solo pretendía alejarla de mí.

—Yo soy Bianca, una maravillosa organizadora de bodas.

—¡Vaya! Y yo que había oído por ahí que solo eras la mujer que se acostaba con mi marido.

—Hillary, no vayas por ahí... —le advertí airadamente, ante lo que ella solo me sonrió con malicia y, tras ocultar ese gesto de los demás, comenzó con su espectáculo.

—¡Eres la mujer por la que mi esposo no viene a casa! —exclamó en medio de unas convenientes lágrimas, fingiendo que aún manteníamos una relación—. ¡Eres esa interesada que ha roto nuestro feliz matrimonio solo para escalar puestos en la empresa de mi marido! —continuó, aumentando sus sollozos y atrayendo hacia nosotros todas las miradas de ese restaurante y los cuchicheos de unos desconocidos, que comenzaron a juzgarnos como los malos de la historia—. ¡Eres la mujer que ha conseguido que Alex deje de amarme! —terminó reclamando mi atención.

Entonces me acerqué a ella y, como sabía que sucedería, sus lágrimas cesaron en cuanto consiguió lo que quería de mí. Pero, para su desgracia, yo era un hombre que ya no me dejaba manipular, y únicamente había accedido a acercarme a ella para aclararle algo que, a pesar de los años, Hillary aún no había comprendido.

—La única mujer que logró que dejara de amarte fuiste tú misma el día de nuestra boda —susurré antes de alejarme de ella. Por su parte, Hillary me miró con asombro. Luego con enfado

y, más tarde, volvió a llorar para echarme la culpa de todo.

Estaba seguro de que con su actuación solo pretendía alejar a Bianca de mí, pero, para el asombro de ambos, a ella sus falsas lágrimas de cocodrilo tan solo la aburrieron porque había aprendido a reconocer a ese tipo de farsantes y sus actuaciones, con las que mi esposa pretendía hacerme daño.

En ese momento Bianca fijó sus ojos en los arrugados papeles que había en el suelo junto a nuestra mesa. Al ver qué era, se agachó para recogerlos, los alisó y se los dejó a mi esposa en las manos para exclamar en el mismo volumen que Hillary había empleado antes para que todos la oyeran:

—¡Toma, te paso los documentos del divorcio para que te suenes los mocos con ellos como has estado haciendo hasta ahora durante los dos años que Alex te los daba para separarse definitivamente de ti! ¡Y, por lo que he oído, eso pasaba ya antes de que yo apareciera en su vida!

Tras sus escandalosas palabras, Bianca se terminó mi copa y la depositó bruscamente sobre la mesa para dar por terminada esa conversación. Luego me cogió del brazo y ambos salimos de ese caro restaurante, donde algunos de los cuchicheos habían cambiado de dirección y hacían que Hillary se mostrase avergonzada ante ellos como había estado haciendo yo hasta entonces cada vez que me declaraba culpable de una historia en la que mi único error había sido enamorarme de la mujer equivocada cuando creía ingenuamente en el amor.

* * *

Kimberly miraba asombrada el escándalo que protagonizaba su hermana en ese exclusivo restaurante. No podía creerse que la soñadora Bianca, que confiaba en los finales felices por encima de todo, estuviera viviendo uno tan amargo tan solo por dejarse guiar por el amor. Y, viendo cómo todos los sueños de esa ilusa iban a romperse por un hombre, se reafirmó en su decisión de no cometer ese mismo error.

Tiempo atrás había dejado al hombre que tenía junto a ella para centrarse en su carrera, mientras Jimmy, por su parte, en vez de seguirla se dedicó a cumplir su sueño de abrir una floristería. Ambos lograron alcanzar sus metas y, cuando se reencontraron, por un momento olvidaron los años que habían pasado separados y rememoraron ese efímero sueño que en cierta ocasión fue para ellos su amor.

Pero sus mundos estaban demasiado alejados y ellos eran demasiado distintos como para que ese sueño pudiera funcionar. Kimberly sabía que, si quería avanzar en su carrera, debía tener junto a ella al hombre adecuado, y ese no era Jimmy. Así pues, resuelta a dejarle claro a su antiguo amor que no era posible un futuro entre ellos, decidió hablar seriamente con él antes de que siguiera dejándose manipular por su hermana Bianca y acabara saliendo muy dañado.

—Jimmy, ¿qué haces aquí?

—Recordar viejos tiempos y crear algunos nuevos —respondió él con una sonrisa feliz.

—Sabes que voy a casarme con mi prometido y que nada de lo que hagas me hará cambiar de opinión, ¿verdad? —manifestó Kimberly abruptamente, consiguiendo que ese hombre cerrara los ojos, resignado a dejarla marchar.

Cuando los abrió unos segundos después, levantó su bebida para brindar por ella mientras descubría su corazón y le decía la verdad.

—Sí, lo sé. Por eso aprovecho los pocos momentos que puedo pasar a tu lado antes de desaparecer del todo de tu vida.

—Jimmy, un hombre como tú no tiene cabida en mi vida... —insistió ella cruelmente, siendo interrumpida por los recuerdos del pasado que, aunque no quisiera rememorar, todavía atesoraba en su memoria.

—Pero una vez lo tuve en tu corazón.

—Si lo que pretendes es hacerme cambiar de opinión, ya te digo que eso no ocurrirá.

—Kim, lo que pretendo es averiguar si eres feliz. Si tengo que dejar ir a la mujer que llevo en mi corazón, quiero asegurarme de que ha encontrado la felicidad, aunque sea al lado de otro hombre. En ese caso me apartaré sin causarte más quebraderos de cabeza.

—¡Por supuesto que soy feliz! ¿Acaso no ves que estoy a punto de casarme con el hombre de mis sueños?

—No, Kim. No veo tu felicidad por ningún lado, y tu hermana tampoco la ve. Por eso estoy aquí, en esta cena, sustituyendo al hombre que debería mostrar su amor por ti en estos momentos y que solo muestra su ausencia. Te lo preguntaré de nuevo: ¿eres feliz?

—No voy a cambiar de opinión, Jimmy. Daylon es el hombre que me conviene para avanzar en mi carrera. Él me da todo aquello que tú nunca podrás darme —declaró Kimberly mientras le mostraba el lujoso anillo que llevaba en el dedo.

Él, sujetando esa mano entre las suyas, observó el espectacular diamante que le enseñaba con una sonrisa irónica y entonces, cogiendo una de las flores del centro de mesa, colocó en el dedo corazón de Kimberly un anillo improvisado hecho con una margarita blanca. Un presente muy sencillo que no podría soportar en ningún caso la comparación con una carísima joya como la que Kimberly lucía..., siempre y cuando uno no entendiera el significado simbólico de esa flor.

—Comprendo que un hombre tan simple como yo nunca tendrá cabida en la glamurosa vida que deseas. Entiendo perfectamente que tu rico novio cumplirá con todos tus caprichos y valdrá para ti mucho más que un hombre que solo puede regalarte su amor.

»No te preocupes, Kimberly: no voy a volver a aparecer en estos encuentros que organiza tu hermana a modo de encerronas, pero permíteme que asista a tu boda. Déjame que te vea desde lejos y me despida de ti ese día para decirte adiós para siempre una vez que compruebe que ya no tengo esperanza alguna de ocupar un sitio en tu corazón —declaró Jimmy antes de darle un beso en el dorso de la mano que lucía su simple margarita y de decirle adiós, dejándola sola en su mesa.

A pesar de que Kimberly hubiera conseguido lo que deseaba, unas lágrimas aparecieron en su rostro, haciéndole recordar las palabras de ese hombre que se alejaba de ella, como le había pedido.

No obstante, tras limpiarlas con decisión, Kimberly siguió su camino y se encontró a su hermana en el vestíbulo del hotel. En ese momento no pudo evitar reprocharle los confusos sentimientos que embargaban su corazón justo antes de su boda.

—¿Por qué no intentas arreglar tu vida antes que entrometerte en la de los demás? —increpó a Bianca, alejándola de Alex.

Ante esa pregunta, su hermana le contestó con una sonrisa.

—Porque, a pesar de mis problemas, yo persigo mi felicidad y tú no.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hay de tus sueños? ¿Acaso los vas a abandonar por un hombre? No vas a poder casarte como siempre has deseado, no conseguirás ser una princesa de ensueño ni vivir un «felices para siempre»... Nada de eso será posible con un hombre que ya está atado a otra mujer.

—Kimberly, mis sueños han ido cambiando a lo largo del tiempo. Sueño con ser una buena organizadora de bodas que una a muchas parejas haciéndolas brillar durante ese día tan especial, sueño con tener mi propia empresa, sueño con que el final feliz no me lo dé una ceremonia, sino el amor que ella representa, y sueño con estar junto al hombre al que amo para tener, no un final feliz, sino un «para siempre».

»Yo he aprendido que la magia con la que siempre he soñado para ese día tan especial no la proporciona la celebración de una boda, sino el amor que hay en ella. Si no puedo tener la ceremonia, pero sí el amor, mi sueño no se ha roto. La finalidad de perseguir un sueño es ser feliz. ¿Tú eres feliz, hermana? —preguntó Bianca, consiguiendo que a los ojos de Kimberly volvieran a asomar esas solitarias lágrimas que habían aparecido cuando Jimmy le había hecho la misma pregunta.

—Daylon puede darme cosas que Jimmy nunca podrá —declaró ella empecinadamente, exhibiendo de nuevo su caro anillo de compromiso, sin recordar que en esa mano también llevaba la margarita de Jimmy.

Bianca sonrió al ver la flor que adornaba el dedo de su hermana.

—Tienes razón, Kimberly, como también creo que él puede darte cosas que nunca podría darte Daylon... Pero, como me has pedido que no intervenga más en tu vida, no lo haré y me limitaré a organizar tu boda. Por cierto, este es mi regalo: un libro barato que tal vez no vaya mucho contigo, pero, si le das una oportunidad, tal vez pueda demostrarte su valor con el tiempo —finalizó Bianca, poniendo entre las manos de su hermana un libro titulado *El significado oculto de las flores*, antes de alejarse de ella.

Kimberly miró el libro con extrañeza y estuvo tentada de tirarlo. De hecho, se acercó a la papelería más próxima con él en las manos, pero la curiosidad la condujo a abrirlo para averiguar el significado que tenía esa simple margarita que Jimmy había puesto en su dedo.

—«Amor eterno»... —leyó, tras lo que las lágrimas que había intentado retener hasta ese

momento volvieron a empañar sus ojos, provocando que maldijera una vez más a su hermana por hacerla dudar en el último instante acerca de cuál era realmente su sueño.

* * *

Me alejé de Kimberly sabiendo que ella ya había hecho su elección y ahora era mi turno de hacer la mía. Alex me esperaba en el vestíbulo para que aclaráramos muchas de las cosas que aún teníamos pendientes entre nosotros, pero nuestra conversación tuvo que ser aplazada cuando lo vi paseando intranquilo por el vestíbulo mientras se deshacía nerviosamente la corbata que siempre llevaba impecable sobre su camisa, un complemento que en esos instantes comenzaba a estorbarle.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté extrañada, cogiendo su brazo para poner fin a su inquieto caminar, ante lo que él reaccionó apartándose de mí y sorprendiéndome con su brusca respuesta.

—No me toques.

—¿Otra vez vas a alejarme de ti? —le pregunté dolida, recordando lo crueles que eran sus palabras en ocasiones.

—No... Sí... Por favor, no te me acerques... —contestó mientras se mesaba los cabellos confuso—. Creo que Hillary ha vuelto a hacer de las tuyas y ha echado algo en mi bebida.

—¿Esa mujer te ha drogado? —pregunté asustada de lo que pudiera pasarle a Alex.

—No te preocupes, solo es una droga excitante que esa víbora ya ha probado en más de una ocasión conmigo, a ver si había suerte y sucumbía a sus encantos. ¡Pero antes me la corto que volver a acostarme con ella!

—¿Cómo has solucionado esta situación en esas otras ocasiones?

—Seduje a alguna mujer en el bar o llamé a alguna de las chicas de mi agenda.

—¿Y por qué no haces eso ahora? —repliqué acercándome seductoramente a él, a ese cálido cuerpo que comenzaba a calentar el mío.

—Porque la única mujer a la que deseo eres tú. Por eso te quiero lejos de mí, no quiero ignorar tus deseos y sucumbir solo a los míos, haciéndote daño como en la última ocasión en la que me dejé llevar por los celos.

Su respuesta hizo que lo deseara más que nunca y que mi cuerpo comenzara a impacientarse por sentir de nuevo sus caricias, sus besos y esas muestras de amor sobre las que él siempre guardaba silencio. Quería una excusa para acercarme a Alex y que él no me rechazara, pero de repente recordé algo y no tuve que buscar ningún pretexto para acercarme a él.

—Alex..., ¿dónde crees que puso Hillary esa droga?

—En mi copa, obviamente. Creí que con permanecer atento a ella en todo momento evitaría que esa arpía hiciera algún movimiento, pero, al parecer, me descuidé... —declaró, volviendo a pasear intranquilo por el vestíbulo.

—¿Te refieres a esa copa que yo me terminé? —le pregunté, lo que hizo que Alex se parara

abruptamente para luego correr hacia mí.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Creo que lo más sensato sería alquilar una habitación de hotel antes de que comencemos a montárnoslo en el vestíbulo, ¿no te parece? —le susurré al oído, no mejorando demasiado su situación.

Entonces él se decidió de repente y me tomó entre sus brazos para dirigirnos hacia el mostrador de recepción.

—¿Tiene libre la *suite* nupcial?

—¡Oh! ¿Son recién casados? —preguntó la recepcionista emocionada por nuestras románticas muestras de amor, por las que no podíamos separarnos ni un momento.

Y, antes de que yo la corrigiera, Alex respondió:

—Sí, nuestro viaje se retrasó y nuestro hotel no nos mantuvo la reserva, así que hemos venido a este con la esperanza de encontrar una habitación adecuada para pasar esta noche. Así que, si pudiera hacernos el favor de encontrarnos una *suite* similar si esa no está libre, se lo agradeceríamos mucho...

—¡Oh, están de suerte: la *suite* nupcial está libre! Una noche serían tres mil dólares.

—Déjalo, nos lo montaremos en tu coche —le susurré a Alex al oír el desorbitado precio de esa habitación.

—Cariño, coge la cartera que tengo en el bolsillo de la chaqueta y dale mi tarjeta de crédito y mi identificación a la señorita —señaló él, negándose a soltarme.

—¿Podrías dejarme en el suelo? —susurré en su oído mientras sacaba su cartera.

—No, si no quieres que todos descubran por qué necesitamos urgentemente esa habitación —contestó rozando su dura erección contra mi trasero y haciendo que, tras depositar bruscamente su tarjeta de crédito sobre el mostrador, le exigiera a la recepcionista:

—¡Dese prisa!

Cuando tuve la llave de la habitación en las manos, Alex se alejó con paso rápido pero elegante hasta el ascensor, donde recibimos las miradas de curiosidad de más de un cliente al ver que ese hombre me llevaba en brazos.

—Somos recién casados —mentí con descaro, haciendo que más de una de esas rectas personas suspiraran aliviadas. Sin embargo, luego los volví a poner un poco nerviosos cuando, para no recibir preguntas sobre nuestra relación, añadí—: Aunque también podríamos ser unos perversos.

De parte del novio obtuve una mirada de reprimenda y de las personas de mi alrededor, más de un molesto carraspeo, hasta que se abrió la puerta del ascensor y Alex salió con su correcto caminar, que demostraba que solo era un hombre enamorado. En cuanto las puertas se cerraron, el recto Alex se perdió y corrió como un loco hacia la habitación.

—¡Abre la puerta! —ordenó dejándome ante la puerta de nuestra *suite* y dificultándome enormemente la tarea de abrirla cuando él se bajó la cremallera de los pantalones, sacó su

erección y comenzó a rozarse por detrás contra mi húmedo sexo después de levantarme la falda.

—¡Alex! ¡Alguien podría vernos! —protesté mientras mis temblorosas manos intentaban pasar una y otra vez la maldita tarjeta magnética con penosos resultados.

—¡Pues date prisa! —exigió él perdiendo todo el control, hasta el punto de que una de sus manos se dirigió hacia mi tanga, lo apartó e hizo que la punta de su erecto miembro se rozara directamente con mi sexo, logrando que me estremeciera.

—¡Alex, que yo también estoy mal! —le dije mientras esa droga comenzaba a calentar mi cuerpo y mis caderas se movían reclamando los roces que me calmaran.

—¡Abre ya! —volvió a ordenarme él mientras sus manos comenzaban a desabrochar mi blusa, poniéndome cada vez más difícil el abrir esa puerta, pues al volver a pasar la tarjeta por el lector, sonó de nuevo el pitido que indicaba que había algún tipo de fallo.

Mientras tanto, Alex continuó poniéndome difícil la tarea de concentrarme en esa puñetera puerta cuando sus manos abrieron el cierre delantero de mi sujetador para comenzar a jugar con mis excitados senos. Sus dedos pellizcaron con impaciencia mis enhiestos pezones, haciéndome gemir de placer, ya que la maldita droga parecía aumentar la intensidad de cualquier roce que sufriera mi cuerpo, por lo que me resultó imposible introducir la tarjeta llave en su ranura.

—¡Alex, si sigues así no vamos a llegar a la habitación!

—¡Oh! ¡Te prometo que llegar sí vamos a llegar! —declaró ese hombre a la vez que mordía seductoramente una de mis orejas.

Y, al mismo tiempo que yo intentaba meter la tarjeta en su sitio, él intentaba meter otra cosa.

El roce de su duro miembro me distrajo por completo, aunque mis temblorosas manos siguieron tratando de abrir la maldita puerta. Y, cuando ya creía que en esa ocasión aparecería la lucecita verde franqueándonos el paso, Alex se adentró en mí de una profunda embestida, haciendo que la tarjeta se me cayera de las manos.

—Cógela —me ordenó maliciosamente junto al oído, pero, apretando fuertemente mis caderas con las manos, no me dejó marchar.

Con su duro miembro en mi interior y mi cuerpo temblando de deseo con cada uno de sus movimientos, tuve que agacharme como buenamente pude para recoger la llave magnética. Alex, mostrándose tan canalla como siempre, me dedicó varias duras acometidas cada vez que mis manos se aproximaban para intentar alcanzarla, y, en el instante en el que por fin pude hacerme con ella, volví a dirigirme hacia la puerta.

Sin embargo, sus acometidas se hicieron más profundas, y su ritmo, más frenético. Finalmente, acabé apoyándome contra la puerta de la *suite*, reclamando de Alex todo lo que necesitaba, sin importarme que ese lugar no fuera el más adecuado para ello.

Mis senos se rozaron contra la puerta, que aún no había conseguido abrir, provocando que la fricción más simple me excitara. Una de las fuertes manos de mi amante se dirigió hacia mi zona más sensible para reclamar sin piedad la rendición de mi cuerpo, mientras unos escandalosos gemidos comenzaban a salir de mi boca al sentir un indescriptible placer.

Alex dirigió una mano hacia mi boca para acallar mis gritos, tras lo cual yo lo mordí como castigo. Entonces él respondió incrementando el ritmo de sus envites hasta un nivel enloquecedor, arrastrándome de manera irremediable hacia el clímax, al que me acompañó susurrando mi nombre en todo momento. Unos segundos después, cuando todo terminó, acabé derrumbada y avergonzada sobre la puerta cerrada.

Alex se apresuró a adecentar mínimamente mi aspecto antes de alejarse de mí y, tras arrebatarme la tarjeta de las manos, me susurró al oído:

—Intentabas meterla al revés.

A continuación, pasó la tarjeta por el lector y abrió con facilidad la puñetera puerta, haciendo que yo lo fulminara con la mirada.

—¿Y no podrías habérmelo dicho antes? —protesté mientras me adentraba en la *suite*.

Pero, antes de que siguiera reprendiéndolo, Alex me siguió al interior, cerró la puerta y me cogió otra vez en brazos, haciendo que rodeara su cintura con las piernas.

A continuación, para mi asombro, desgarró violentamente mi fino tanga y se adentró en mi interior para dirigirse de esa manera hacia la cama, que estaba decorada con hermosos pétalos de rosas esparcidos por encima. Un gesto romántico del que no pude disfrutar porque el hombre al que deseaba lo reclamaba todo de mí sin importarle nada lo demás, incluso si mi corazón estaba preparado o no para aceptar lo poco que me daba en esa extraña relación, en la que siempre estaba prohibido hablar de amor.

Capítulo 18

Mientras observaba a la mujer que tenía junto a mí en esa cama comprendí que ella siempre me daba demasiado y yo no le daba nada. Pretender alejarla no me estaba funcionando porque, aunque en un principio me había parecido la opción más lógica, tenerla lejos de mí dolía demasiado.

Mientras acariciaba con cariño su rostro, supe que la amaba y que ella se merecía tener todo aquello con lo que soñaba y no solo una parte. La solución para todos nuestros problemas sería que yo dejara de portarme como un cobarde que permitía que su familia lo manipulara a su antojo y retomara las riendas de mi vida.

Hasta el momento había guardado silencio sobre lo ocurrido en mi matrimonio con Hillary, consintiendo que mi familia esparciera mentiras a su conveniencia, había permitido que me asignaran un trabajo que ellos veían como un castigo y yo, a veces, como una bendición al no tener que tratar con personas tan falsas como ellos.

La única forma de ganar mi libertad era alejándome de la influencia de mis padres, conseguir el dinero o los socios para crear un nuevo negocio en el que, seguramente, ellos no me lo pondrían nada fácil y tratarían de hundirme para castigar mi rebeldía a la vez que buscaban que regresara al redil con el rabo entre las piernas. Pero si no arriesgaba nada, no ganaría nada, y en esa ocasión el premio era demasiado importante como para dejarlo marchar sin más, pensé mientras observaba a la mujer que tenía entre mis brazos.

—¿Con qué estás soñando ahora? —susurré al oído de Bianca, quien, adormilada, se acomodaba entre mis brazos—. ¿Estás soñando con organizar una nueva boda? ¿Con un final feliz o con un amor eterno? —insistí en preguntarle al tiempo que mordía sutilmente su oreja, exigiendo una respuesta de esa mujer que se hacía la dormida entre mis brazos.

—Estoy soñando contigo —dijo sin abrir los ojos, acurrucándose más contra mi pecho para escuchar mi acelerado corazón, tras lo que añadió—: Déjame seguir soñando, porque, ya que tú no puedes hacerlo, yo lo haré por los dos.

—¿Sabes que últimamente me he permitido volver a creer en algo, volver a soñar...? —declaré, consiguiendo que finalmente abriera los ojos y me preguntará emocionada:

—¿Y cuál es tu sueño?

Y, acercando su rostro al mío, susurré mi respuesta frente a esos tentadores labios que quería tomar:

—Eso es un secreto.

A continuación, acallando esa boca que seguramente preguntaría demasiado, la besé mientras

pensaba cómo podría hacer que el sueño de tenerla a mi lado se convirtiera en realidad.

* * *

Tal y como Alex había sospechado, después de que Hillary recibiera al fin su demanda de divorcio, su familia volvió a intentar entrometerse en su vida para dirigirla del modo en el que ellos creían que más le convenía, aunque en realidad se trataba de lo que más les beneficiaba a ellos y a su empresa.

En esa ocasión, el Coleman que lo esperaba en su despacho no era su madre ni su hermano, sino Arthur, su regio padre, para quien Alex siempre había sido perfecto, hasta que se atrevió a elegir el camino que deseaba y no el que le marcaba su familia. En aquellos momentos ninguno comprendió sus elecciones ni se molestó en preguntarle por sus razones, sino que, simplemente, le ordenaron lo que tenía que hacer y, cuando él los ignoró, trataron de castigar su desobediencia.

Durante dos años, después de que lo cambiaran de sección, Alex trató de contactar con su padre, pero él nunca dio la cara. Y, justo cuando no lo necesitaba, aparecía ante él únicamente para intentar demostrar que aún estaba al mando de esa empresa y, tal vez, también de su vida.

La sonrisa que compartía con Bianca antes de entrar en su despacho no tardó en desaparecer de su rostro en cuanto vio a su padre sentado en su lugar, y, queriendo alejar a la mujer que amaba de los problemas, la envió a hacer un inventario completo de los adornos que había en el almacén mientras él se enfrentaba con el hombre que no había tenido ningún hueco libre en su agenda para hablar con él en todo ese tiempo.

—Hola, papá. Veo que, después de dos años, al fin has sido capaz de despejar tu agenda para que podamos mantener una conversación... Pero, mira por dónde, ahora yo no estoy libre... Me encuentro demasiado ocupado con las bodas que nadie de esta empresa quiere y que, por lo visto, solo yo puedo organizar, tal vez porque soy el mejor —dijo Alex señalándose con orgullo mientras pasaba junto a él y se servía una copa del aparador de su despacho.

—¿Es esa la mujer con la que te acuestas? No puede compararse con Hillary —declaró Arthur Coleman en tono despectivo.

—No, tienes razón. Gracias a Dios, Bianca nunca se parecerá a Hillary. Ahora, ¿podrías decirme qué haces aquí? —preguntó él, dejando violentamente una copa para su padre sobre la mesa, la única muestra de amabilidad que pensaba dedicarle a ese hombre antes de sacarlo de su despacho.

—He venido a decirte que, después de ver cómo te has desempeñado en la empresa durante estos años, ocupándote exitosamente de encargos bastante difíciles, hemos decidido asignarte el trabajo que te mereces como director de una de nuestras nuevas sucursales. Es una gran oportunidad que, sin duda, no debes desaprovechar.

—¿Dónde está la trampa? —preguntó Alex con cinismo, puesto que conocía demasiado bien a su padre.

—Sería en el extranjero.

—Y, por supuesto, esta oferta de trabajo aparece ahora por pura casualidad y no tiene absolutamente nada que ver con que yo le volviese a reclamar el divorcio a Hillary.

—Ya sabes que no es bueno para tu imagen ni para la de nuestra familia tener un divorcio a tus espaldas, especialmente si quieres seguir siendo un respetable organizador de bodas.

—Y dime, padre, ¿podré llevarme a cualquiera de mis empleados a mi nuevo destino conmigo?

—Si ellos quieren, no veo por qué no —respondió Arthur, luciendo en su rostro una amplia sonrisa, mostrándole a su hijo que había algún tipo de ardid en esa afirmación.

—¿Y por qué no iban a querer acompañarme si, según tú, este trabajo es una gran oportunidad? —inquirió él.

—No lo sé, puede que alguien les ofrezca un puesto estable en la empresa, una cartera exclusiva de clientes y su propio despacho. ¿Quién podría rehusar una oferta como esa, sobre todo si es el trabajo con el que siempre ha soñado? —repuso Arthur, tras lo que se terminó la copa que Alex le había servido de un solo trago. Y, exhibiendo una victoriosa sonrisa, dejó el vaso vacío en la mano de su hijo, pretendiendo demostrarle quién había ganado antes de abandonar el despacho.

—Papá, ¿qué harías si alguna vez te equivocaras y las cosas no salieran como tú esperabas? —preguntó Alex a ese estricto padre que, una vez más, trataba a todos los que lo rodeaban como a muñequitos a los que pretendía manejar a su antojo.

—Mis planes, tanto en la vida como en los negocios, siempre salen tal y como yo los he diseñado. Tan solo una vez me fallaron, y espero que no se vuelva a repetir jamás —respondió Arthur, intentando recordarle todo lo que había perdido en una ocasión.

No obstante, como ahora Alex sentía que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar, se limitó a contestarle a su padre con una cínica sonrisa.

—No te preocupes, papá: no tardaré en darte una respuesta adecuada a esa propuesta de negocios.

—No es una decisión difícil. Tú eliges tus sueños o lo hará ella. Y te puedo asegurar que una mujer tan soñadora como esa no se decantará por ti —declaró él con una jactanciosa sonrisa, pensando que en esa ocasión estaba poniendo sobre la mesa algo que podría separarlos, sin sospechar mientras salía del despacho de su hijo que los sueños de las personas pueden cambiar con el paso del tiempo.

—Mi sueño es ella —susurró Alex en medio de la silenciosa habitación, para luego dirigirse hacia su mesa con la intención de empezar a planificar la respuesta apropiada para la propuesta de su progenitor.

* * *

—Y, por eso, después de comprobar tu desempeño en el trabajo, he decidido concederte un ascenso y una cartera de clientes propia.

—¿En serio? —le preguntó Bianca a Kara extrañada, al tiempo que rememoraba cada una de las bodas que había organizado, tras lo que añadió con cinismo—: ¿Y qué momento exacto fue el que te llevó a tomar esa decisión: cuando hice que la muñeca hinchable de Andy saliera volando, los cañonazos de caramelos a los invitados, cuando aplasté a los novios tras mi salto en paracaídas o, quizá, el episodio de la jefa siendo perseguida por una jauría de perros hambrientos mientras huía como alma que lleva el diablo después de que yo le entregara una ristra de salchichas?

Ante esa pregunta, Kara intentó seguir manteniendo su falsa sonrisa al tiempo que un incómodo tic surgió en su ceja derecha mientras volvía a alabar hipócritamente a una mujer a la que muchos habían definido en esa empresa como «un completo desastre».

—Evidentemente, has tenido que organizar bodas muy difíciles y lo has logrado con notable eficacia. Por eso queremos recompensarte.

—¿No me dijiste en la entrevista que debía esperar varios años antes de conseguir tener una cartera de clientes propia?

—Es cierto, pero, debido a tus grandes dotes de organizadora, hemos decidido adelantar ese momento.

—¡Ah! ¿Y cuáles son exactamente esas «grandes dotes de organizadora» que os han llevado a ofrecerme este puesto? —preguntó Bianca alzando impertinentemente una ceja, consiguiendo que esa falsa sonrisa que había aprendido a reconocer se intensificara en el rostro de Kara mientras intentaba cambiar de tema.

—Bueno, aquí lo importante es que puedes dejar atrás ese complicado trabajo que tienes junto a Alex y podrás trabajar en el tipo de bodas que siempre quisiste dirigir: eventos más normales y de elevado presupuesto con los que, estoy convencida, muy pronto te harás un nombre.

—¿Mi supervisor me ha recomendado para ese puesto? —preguntó Bianca, muy segura de que Alex no querría quedarse sin su ayuda hasta tener un sustituto apropiado al que torturar.

—No, pero la sección de Alex pronto desaparecerá, ya que le han ofrecido ser el director de una sucursal en el extranjero.

—¡Ah, vaya! ¿Y cómo es que le han ofrecido ese puesto de esta forma tan repentina?

—Creo que su familia ha decidido darle otra oportunidad para conseguir lo que siempre ha deseado. Tan solo tiene que hacer las paces con su mujer. Sería estúpido renunciar a un sueño cuando se te presenta la oportunidad de cumplirlo, ¿no crees? —le preguntó Kara, recordándole a Bianca cuál era su sueño y cuál el de Alex, así como lo mucho que ambos podían perder si perseguían ese amor imposible.

—Lo pensaré —contestó Bianca antes de abandonar el despacho de Kara, dándose cuenta de cuánto habían cambiado sus sueños desde que entró en esa empresa y conoció a un hombre imperfecto que le hizo ver el amor de otra manera y descubrir que, en ocasiones, este no venía

acompañado de momentos mágicos, sino de un millón de problemas que las personas tenían que superar juntas si deseaban llegar a ese final feliz que era tan difícil de alcanzar.

* * *

Tras enterarme de la noticia de mi posible ascenso fui en busca de Alex para saber si había aceptado ese puesto en otro país y se alejaría de mí. Cuando vi salir de su despacho a un trajeado y serio hombre de elegante porte y unos sesenta años de edad, con unos encanecidos cabellos y unos fríos ojos azules luciendo una complacida sonrisa, no tuve dudas de que Alex se marcharía.

Un hombre que no creía en el amor, que era ambicioso y anteponía su trabajo por encima de todo no rechazaría una gran oportunidad como esa por quedarse junto a una estúpida chica que tan solo quería amarlo. No obstante, adentrándome en su despacho, cerré la puerta y me quedé a solas con Alex, sin saber qué hacer o qué decir para convencerlo de que podíamos tener un futuro juntos, a pesar de encontrarnos con tantas dificultades en nuestro duro camino.

—Me han ofrecido un ascenso —le dije mientras me sentaba frente a él, a lo que Alex reaccionó sirviéndome una copa de un fuerte licor que puso frente a mí.

Y, antes de que yo le dijera si iba a aceptar o no ese trabajo, él me recomendó:

—Acéptalo. Después de todo, ¿no es tu sueño convertirte en una maravillosa organizadora de bodas?

—Los sueños cambian —respondí nerviosa, sabiendo que, aunque quería perseguir ese sueño, también tenía otro, que era continuar a su lado.

—Lo sé —manifestó Alex, sonriéndome como si yo lo hubiera ayudado a volver a soñar—. Los míos han cambiado, de hecho.

—¿Te irás? —pregunté conteniendo unas lágrimas que pugnaban por salir, intuyendo que si me animaba a aceptar ese ascenso se debía a que él ya no estaría junto a mí.

—Sí —confirmó, haciendo que las lágrimas empezaran a aparecer aunque yo no quisiera.

—Entonces, ¿vuelves con tu mujer? —pregunté de nuevo, aun sabiendo que su respuesta me haría daño.

Y, a la espera de sus palabras, que no quería oír, cerré los ojos.

—No —negó él, y cuando los abrí tras oír su respuesta, él ya no se encontraba detrás de su escritorio, sino frente a mí, limpiando mis lágrimas con sus dedos y con sus besos, que me llevaron a albergar esperanzas en ese amor.

»Confía en mí —me pidió. Y, tras besar mis labios con dulzura, apoyó su frente sobre la mía para anunciarme con pasión—: Recuerda lo egoísta que puedo ser y todo lo que puedo hacer con tal de ganarme una gran recompensa. Ahora que me has hecho soñar, no pienso conformarme solo con una parte de ese sueño, sino que lo quiero todo y voy a luchar con todas mis fuerzas, pues el premio que me espera es algo que no puedo dejar atrás —declaró, haciéndome sentir como si yo fuera ese premio y sus nuevos sueños, un futuro para los dos.

Finalmente, dejándome llevar por mis fantasías, permití que sus labios se unieran a los míos en un apasionado beso que en esa ocasión me supo a despedida.

* * *

El día después de que Bianca aceptara su ascenso, Alex desapareció de la empresa. Su sección de organización de bodas extravagantes fue eliminada, el eslogan se cambió rápidamente, y la primera tarea de Bianca fue limpiar ese despacho en el que ella había creado tantos recuerdos.

En principio, el despacho de Alex se parecía al de cualquier empresario de éxito: caras alfombras recubriendo un suelo de madera, blancas e impolutas paredes en las que colgaban carteles publicitarios de la empresa, un regio escritorio de madera noble con un moderno ordenador y una lámpara de oficina y, detrás, un gran sillón negro de aspecto cómodo para Alex y dos pequeñas e incómodas sillas de diseño dispuestas para los clientes que descansaban enfrente.

Al fondo de la estancia, unos grandes ventanales permitían el paso de la luz del sol, que inundaba la habitación de claridad, mientras que a la derecha se extendían dos inmensas estanterías blancas llenas de libros de planificación de eventos y de archivos de los diferentes clientes que Alex había tenido hasta entonces. Entre esos estantes se encontraba el moderno aparador sobre el que descansaban caras bebidas y un juego de copas y vasos del más fino y elegante cristal para agasajar a los clientes.

La eficiencia que el despacho desprendía a simple vista no era lo único que esa habitación mostraba. Si se observaba más detenidamente el lugar, se podía descubrir, además de lo profesional que era Alex, el cariño que guardaba hacia cada una de las bodas que había preparado y llevado a cabo: en las estanterías, además de las gruesas guías de planificación y decenas de archivadores escrupulosamente ordenados, también aparecía algún que otro pequeño recuerdo o regalo que los novios le habían hecho a su organizador. Además, en los archivos de sus clientes Alex no solo guardaba datos fríos y analíticos, sino también animadas fotografías, recuerdo de esos eventos. Por su parte, los cajones estaban llenos de pequeños objetos sueltos que, mientras que para un observador ajeno tan solo podrían calificarse de basura, para él habían significado mucho más... Pero eso era algo que no todos llegaban a comprender.

—Mételo todo aquí y tíralo bien lejos —ordenó Kara despectivamente, dejando una caja vacía sobre la mesa del que hasta entonces había sido el despacho de Alex.

—Pero aquí hay muchas cosas de valor... —replicó Bianca, mostrándole un álbum de fotos de antiguos clientes que Alex había guardado con mucho cariño en el cajón de su escritorio.

Kara le echó una ojeada superficial antes de tirarlo a la papelera.

—No sé qué es lo que has aprendido con Alex, pero si no tiene ningún número de contacto de posibles clientes, esto solo es basura. Límpialo lo más rápidamente posible: Emma, mi antigua ayudante, necesita un despacho.

—¿Y el mío? —preguntó Bianca, viendo que las promesas de esa mujer eran muy efímeras.

—No creo que Alex te haya enseñado demasiado bien, así que he decidido que trabajarás conmigo durante un tiempo antes de poder tener tus propios clientes. No te preocupes: al contrario de lo que te haya enseñado él, todo lo que aprendas conmigo te será útil para organizar nuestras glamurosas bodas. Pero te advierto que yo no admito errores; quiero que sigas mis órdenes al pie de la letra, y mi primera orden es que limpies todo esto. No quiero que quede el menor rastro de ese hombre en este despacho.

—De acuerdo —dijo Bianca, exhibiendo la falsa sonrisa que Alex le había enseñado a mantener frente a los clientes.

—¡Así me gusta! Estoy segura de que aprenderás mucho bajo mi tutela —anunció Kara antes de desaparecer con una gran sonrisa de satisfacción.

Y cuando las puertas del despacho se cerraron tras ella, Bianca susurró, bastante descontenta con su nuevo puesto:

—No sé si me va a gustar lo que aprenda de ti...

Luego, decidida a no cambiar demasiado a la hora de realizar su trabajo, sacó el álbum de Alex de la papelería y lo abrazó con cariño para, a continuación, llamar por teléfono para solicitar la inestimable colaboración de una de sus amigas con el objetivo de que la ayudara a afrontar esa ardua tarea que le habían encomendado.

—¿Kelsie? ¿Cuánto me dijiste que tardaba tu amigo ese de los tatuajes en dismantelar una habitación?

* * *

—¡¿Se puede saber qué significa esto?! —gritó Kara horas después mientras se adentraba en la estancia con Emma, su ayudante, tras haberle prometido un elegante despacho para ir a encontrarse con una habitación totalmente vacía—. ¿Y los archivos de clientes de Alex? —me increpó un tanto alarmada, ya que alguno de ellos, a pesar de haber sido unas bodas bastante excéntricas, habían sido clientes de renombre que podrían servirle a la empresa para obtener nuevos contactos.

—En la basura, como me ordenaste que hiciera —declaré, dejando a Kara bastante alterada.

Su enfado hacia mí aumentó un poquito más cuando su ayudante salió del cuarto de baño privado del despacho, gritando alarmada:

—¡Se han llevado hasta el inodoro!

—¡Quiero una explicación a lo que está sucediendo aquí! ¡Y la quiero ya! —exigió Kara, a lo que yo respondí con toda tranquilidad.

—Me dijiste que siguiera tus órdenes al pie de la letra. Estas fueron: «No quiero que quede el menor rastro de ese hombre en este despacho», y eso es exactamente lo que he hecho —contesté

sin inmutarme ante sus gritos, recordándole cuáles habían sido sus palabras textuales y que no había sido yo quien había cometido ningún error, sino ella.

—¡Quiero que vayas ahora mismo a la tienda y elijas muebles nuevos para este lugar y...!

—Lo siento, pero ahora es mi hora del almuerzo, así que voy a descansar. No sabes lo arduo que ha sido completar este trabajo. ¡En fin! Todo sea por ayudar a una compañera... —respondí descaradamente, dejando a Kara boquiabierta. Y cuando pasé junto a Emma, le puse una mano en el hombro y le dije con una maliciosa sonrisa—: Espero que disfrutes mucho de tu nuevo despacho.

Unos segundos después, dejando a dos mujeres completamente asombradas ante mis acciones, me aparté de ellas para tomarme mi almuerzo lejos del trabajo, a ser posible en un lugar donde ellas no pudieran encontrarme. Y, mientras disfrutaba de mi merecido descanso, llamé a Kelsie para agradecerle el favor.

—No me puedo creer que se te haya ocurrido hacer eso —dijo mi amiga, asombrada porque yo, que siempre tenía un carácter bastante dulce incluso con aquellas personas que me desagradaban, hubiera sacado las uñas en esa ocasión—. ¿Qué hizo para cabrearte?

—Tiró las cosas de Alex a la basura, por lo que yo decidí tirar todo lo demás.

—¿Todavía piensas en ese hombre, a pesar de que te ha abandonado?

—Me pidió que confiara en él. Estoy segura de que volverá.

—Pues espero que lo haga a tiempo para la boda de tu hermana porque, si no, vas a tener que llevar como acompañante al chico de los tatuajes. Por cierto, ¿qué debería hacer Bobby con las cosas que tiene en su camión?

—Dárselas a alguien que las necesite. Todo excepto la caja grande de cartón: esa es mía.

—No tienes remedio, ¿sigues soñando con el príncipe azul?

—No, solo sueño con el hombre del que me he enamorado —contesté, sabiendo que alcanzarlo era un sueño que aún seguía estando demasiado lejos de mi mano, aunque no de mi corazón.

* * *

—¿Se puede saber cómo demonios has conseguido todas las cosas de mi despacho? —preguntó Alex a su amigo Matt, un famoso presentador de televisión que últimamente trabajaba en un programa de poca monta para alejar de él los cuchicheos de la prensa sobre sus líos de faldas.

—¿Qué quieres que te diga? Entre mis conocidos tengo muchos contactos y... —comenzó a presumir Matt, hasta que Alex, con su impertinente ceja alzada, hizo que dejara de mentir—. Me los ofreció un tío con tatuajes en un camión que se encontraba fuera del plató esperando a alguien, y yo, tras reconocer los muebles de tu oficina, no dudé en aceptarlos.

—Creo que esto es cosa de mi antigua ayudante. Seguro que Kara ha dicho algo que la ha

molestado.

—¿En serio? ¿Y qué crees que puede haber sido? —inquirió Matt mientras señalaba un rollo de papel higiénico que les mostraba que esa chica había arrasado con todo.

—Conociéndola como la conozco, seguramente Kara le dijo a Bianca que limpiara mi despacho a fondo y ella se lo tomó al pie de la letra. Y, gracias a eso, hemos recuperado los archivos de mis antiguos clientes y me será más fácil volver a empezar.

—¿Falta algo de lo que tenías allí? —preguntó Matt a su amigo, lo que hizo que Alex recorriera la habitación observando atentamente todo lo que había en ella. Cuando comprobó cuáles eran las cosas que faltaban, no pudo evitar sonreír complacido mientras recordaba una vez más a esa soñadora mujer a la que tanto echaba de menos.

—Sí, pero sé que las cosas que faltan están en buenas manos.

—Vas a ir a por todas, ¿verdad? —preguntó Matt al ver cómo su antiguo y cínico amigo por fin volvía a perseguir sus sueños y, tal vez, también el amor.

—Sí, esta vez lo quiero todo, y no me conformaré con otra cosa que no sea ese final feliz.

—¡Oh! Pues buena suerte con ello, ya que puede ser bastante difícil —declaró Matt tras proferir un gran suspiro al recordar lo difícil que lo tenía él para alcanzar ese final con la mujer de la que, estúpidamente, se había enamorado—. Cambiando de tema..., ¿tu familia todavía piensa que estás disfrutando de unas merecidas vacaciones mientras sopesas su propuesta? —quiso saber Matt, riéndose de la jugada de su amigo, en la que él había colaborado aportando el capital y el nombre a una empresa que la familia de Alex nunca podría imaginar que había creado de la nada.

—Sí, y no pienso sacarlos de su error hasta que abra mi propia empresa y les mande una invitación para la inauguración —contestó él, luciendo una de esas maliciosas sonrisas que últimamente acudían a su rostro cada vez que pensaba en su familia.

—Entonces, ¿vas a robarles a tus padres la cartera de clientes adinerados, convirtiéndote así en su competencia?

—No, eso no. Voy a robarles a los clientes que no quieren, con lo que no seré ninguna competencia para ellos, ya que, ahora que yo no estoy en la empresa, no van a ser capaces de organizar el tipo de bodas que esas personas desean.

—Entonces, ¿qué cambia de ese trabajo del que tanto te quejabas al que vas a realizar a partir de ahora? —preguntó Matt, confuso ante las palabras de su amigo.

—Lo que varía es que desde ahora nadie va a manipularme nunca más y yo voy a elegir las bodas que llevo a cabo.

—¿Y cuáles vas a escoger? —quiso saber Matt, sintiendo curiosidad por el tipo de eventos que Alex querría organizar, a lo que su amigo le contestó, dejándolo más confuso que antes.

—Solo aquellas en las que haya magia.

Cuando Alex sonrió, Matt supo que sus palabras ocultaban algún secreto que compartía con la chica por la que era capaz de cometer tantas locuras, una actitud que solo podía explicarse

porque estuviera enamorado. Ahora solo hacía falta que ella se diera cuenta de lo que Alex sentía, como ya se habían dado cuenta todos los que rodeaban a ese hombre al que el propio Matt había apodado irónicamente *Cupido* en su momento, cuando vio cómo unía a tantas parejas sin permitirse nunca alcanzar él mismo la felicidad y el amor.

Capítulo 19

Habían transcurrido varios meses desde la marcha de Alex de la empresa y yo aún no sabía dónde se encontraba. Los rumores afirmaban que se había tomado unas largas vacaciones antes de hacer frente a sus nuevas responsabilidades en el extranjero y que ese viaje lo estaba haciendo en compañía de su esposa, y aunque confiaba en él, me resultaba muy difícil creer en un hombre al que no veía y del que no tenía noticias desde hacía tanto tiempo.

Ahora, mis bodas eran eventos completamente normales y convencionales: ningún lugar extraño donde celebrar una alocada ceremonia, ninguna pareja rara ni ninguna petición peculiar. Todos eran eventos elegantes, bonitos y muy caros, y, a pesar de estar organizando esas bodas con las que un día soñé, yo no era feliz. En muchas ocasiones no sentía esa magia que quería ofrecerles a esas parejas, no las veía felices, sino agobiadas con sus elecciones, y yo, que deseaba crear un sueño que no fuera fácil de olvidar, solo creaba un serio y formal momento que, tal vez, con el tiempo no recordaría nadie.

Echaba de menos las locuras que había hecho con Alex, donde la magia de esas parejas había brillado en todo momento. Sin saber por qué, ahora que mis sueños de convertirme en una exitosa organizadora de bodas se estaban cumpliendo, me sentía perdida, por lo que acudí a la mujer que siempre me había prohibido soñar.

Mi madre me recibió con sus típicos gruñidos, pero después de ver mi apenado rostro me llevó a la cocina, donde me sirvió un café. Pensé que comenzaría a molestarme con sus gruñidos una vez más, pero, para mi sorpresa, el silencio que siempre mostraba ante mí se rompió, en esta ocasión para dar paso a la madre preocupada que no veía desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó.

—No lo sé, mamá. Estoy cumpliendo mis sueños, debería sentirme feliz por convertirme en una exitosa organizadora de bodas de la que puedas presumir, pero no lo soy... —declaré, derramando unas silenciosas lágrimas sin conocer la razón.

Mi madre se sentó junto a mí, soltó su taza de café y tomó mi lloroso rostro entre las manos. Entonces esperé a que me dedicara uno de sus interminables discursos por el que me exigiría, como siempre, que dejara de soñar, pero, para mi sorpresa, tras ver mis lágrimas, no me prohibió perseguir sueños imposibles.

—Los sueños que queremos van cambiando a lo largo de nuestra vida. A veces, estos son tan imposibles que los olvidamos y damos paso a otros que sí están al alcance de nuestra mano. En otras ocasiones, los perseguimos durante toda la vida sin lograr cumplirlos, e incluso, de vez en cuando, también puede ocurrir que lo consigamos y el resultado no sea como esperábamos.

»Hija, si tras cumplir ese sueño no te sientes feliz es porque, simplemente, ese ya no es tu sueño. Ha cambiado. Lo único que tienes que hacer ahora es reflexionar acerca de qué es lo que te hace sonreír para averiguar cuál es tu nuevo sueño —declaró mi madre antes de abrazarme con cariño, animándome a soñar en esta ocasión.

—¿Por qué no me habías dicho nunca esas palabras? —le recriminé, recordándole que hasta entonces solo había oído sus gruñidos de descontento.

—Porque no las necesitabas. Siempre habías perseguido tus sueños sin que te importara lo que pensarán los demás, y eso me llevaba a admirar tu valor y, a la vez, a preocuparme por cuánto sufrirías cuando uno de ellos se rompiera. Y, tal vez, debido a mi miedo a que sufrieras demasiado, siempre quise ponerte unos objetivos más realistas y alcanzables para ti, manteniéndote con los pies en el suelo.

—¿Te cuento cuáles son ahora mis sueños? —le pregunté, sintiéndome un poco perdida pero sabiendo en el fondo qué era lo que tanto mi corazón como yo deseábamos.

—¿Esos sueños tuyos van a hacer que me enfade? —preguntó mi madre a su vez, limpiando mis lágrimas con sus manos.

—Sí.

—¿Van a llenarme de preocupación por ti?

—Sin duda —confirmé, recordando que el principal de todos ellos era estar con el hombre que menos me convenía.

—Y si logras alcanzarlos, ¿serás feliz? —dijo ella, esperando con impaciencia mi respuesta.

—Sí —contesté, rememorando la sonrisa que acudía a mi rostro cada vez que recordaba a Alex.

—Entonces tal vez debería escucharlos en esta ocasión... —declaró mi madre con un gran suspiro, dispuesta a oír ese imposible que tanto mi iluso corazón como yo queríamos alcanzar.

* * *

El resultado de mantener una conversación con mi madre me había llevado a reflexionar si merecía la pena luchar por ese sueño aparentemente inalcanzable que podía ser amar a ese hombre.

Al no saber qué sentía Alex por mí, se me hacía muy difícil seguir creyendo en ese amor, así que, ya que no podía preguntarle a él directamente, cogí esa caja que contenía recuerdos importantes para Alex, de la que no había podido deshacerme, y busqué el significado de cada uno de esos gestos que él había tenido conmigo y que se había negado a explicarme.

Por supuesto, para darme valor en mi afán de conocer esos detalles, me hice con una botella de licor y la compañía de mis impertinentes amigas, que estaban más que dispuestas a juzgar con dureza al hombre que me había hecho llorar en más de una ocasión.

Finalmente, reunidas en torno a esa caja, la contemplamos como si fuera un complicado puzle

y cada una bebió un sorbo de la botella antes de decidimos a abrirla.

—¿Qué hace esta corbata aquí? ¿Acaso te hizo algo pervertido con ella? —preguntó Kelsie, agitando burlonamente la prenda delante de mis ojos hasta que se la arrebaté.

—Alex ató nuestras manos con ella mientras hacíamos el amor.

—¿Lo buscamos en perversiones de internet? —preguntó Kelsie antes de que Penny, que se encontraba ojeando una libreta escrita por Alex, la interrumpiera revelando su significado.

—Escuchad esto: «El ritual de la unión de manos, o *handfasting*, es una antigua costumbre celta en la que las parejas unen sus manos como símbolo de eternidad. Según los celtas, dos almas se juntan en ese momento supliendo las carencias del otro y aprendiendo a ser más fuertes juntos» —leyó Penny, provocando que a las tres se nos escapasen algunas lágrimas, lo que intentamos disimular con un nuevo trago.

—¿Y esto? Una botella llena de arena —apuntó Kelsie, poniéndola encima de la mesa, tras lo que todas miramos preocupadas ese objeto sin saber si en esa ocasión nos haría llorar.

—Recuerdo esa botella: Alex intentó mostrarme lo diferentes que éramos y quiso establecer simbólicamente una línea divisoria entre ambos al echar arena de dos colores diferentes en ese recipiente. Yo las mezclé, señalándole que no permitiría que lo hiciera.

—Aquí lo tengo: «La ceremonia de la arena indica la unión de dos personas muy diferentes para toda la vida, ya que, una vez que la arena que representa simbólicamente a cada uno de los novios se mezcla, es imposible volver a separarlas» —leyó Penny de nuevo, haciéndome descubrir los sentimientos que ese hombre había pretendido ocultarme mientras intentaba apartarme de él.

—¡Dame esa botella! —exclamó Kelsie para intentar ocultar sus lágrimas con el alcohol y darse fuerzas para coger un nuevo recuerdo de esa caja, ya que yo no me atrevía a hacerlo—. A ver: un largo lazo rojo, parece el adorno de un camión. Dime que en esta ocasión se trata de algo pervertido.

—Alex lo usó para atar los dedos meñiques de nuestras manos mientras hacíamos el amor.

—No encuentro ningún lazo, pero sí algo de un hilo rojo atado al meñique de los novios —anunció Penny mientras rebuscaba en esa guía de ceremonias que, seguramente, había creado Alex para sus clientes.

—Puede que improvisara —repuse, bastante interesada en descubrir qué significaba ese nuevo gesto de amor.

—«En el rito del hilo rojo se unen los meñiques de la pareja, hecho con el que pretenden anunciar que han encontrado a su alma gemela. Con este acto se crea un vínculo inquebrantable.

»Proviene de una leyenda oriental que asegura que las personas destinadas a conocerse están conectadas por un hilo rojo invisible. Este hilo, que siempre permanecerá en sus dedos, nunca se romperá, a pesar de lo lejos que estén o del tiempo que pase.»

—Vale, ya sabemos que ese tipo no es un pervertido, pero sí un cabrón por no decirte toda esta mierda con palabras —dijo Kelsie, volviendo a hacerse con la botella de licor que Penny me

había quitado.

—¿Hay algo acerca de pintar un cuadro juntos? —le pregunté a Penny, señalándole la nefasta obra que adornaba mi salón.

—Pues sí, te lo leo: «La ceremonia por la que una pareja de novios pintan juntos un cuadro representa un lugar en el que se mezclan las emociones y los sentimientos de dos personas, que colaboran para crear un momento único que recordarán para siempre» —leyó Penny, reprendiéndome con la mirada al ver ese cuadro.

—Bianca, ¿me puedes aclarar qué narices querías recordar al pintar un conejo tan feo? —inquirió Kelsie.

—No sabía lo que significaba —respondí arrebatándole la botella. Y, tras darle un largo trago a la bebida, en esa ocasión fui yo quien sacó el último recuerdo de esa caja: una flor seca—. Alex intercambió conmigo una rosa antes de una boda, ¿tienes algo ahí sobre eso, Penny?

—A ver esto: «En la ceremonia de las rosas, la rosa roja representa el amor que cada uno de los novios siente por el otro y que le entrega a su pareja».

—Definitivamente, tenemos que mandarle la invitación para la boda de Kimberly: no hay otra persona que pueda ser tu pareja, Bianca —dijo Kelsie, mirando cada uno de los gestos de amor que había sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo —manifestó Penny—. No puedo poner ninguna pega a que invites a Alex a la boda: ese hombre te ha mostrado sus sentimientos de un montón de maneras distintas y, aunque no haya dicho las palabras que esperabas de él, es más que evidente lo que siente por ti, a juzgar por sus actos.

—Creo que tenéis razón... Voy a invitarlo a la boda y a exigirle esas palabras que quiero oír para poder seguir soñando.

—¡Ve a por el ramo! —me animó Penny, alentándome a perseguir un final feliz.

—Mejor ve a por ese hombre —opinó Kelsie, y yo, mostrándome ambiciosa, exclamé mientras me hacía nuevamente con la botella de licor que ahora tenía Penny:

—¡Iré a por los dos!

* * *

Deseando escapar de los grilletes que me amenazaban, aún no podía acercarme a Bianca ni contactar con ella. Si mi familia sospechaba de mis movimientos, no me dejaría despegar en mi negocio e intentarían poner un millón de obstáculos en mi camino, y si me aproximaba a ella, tal vez tratarían de hacerle daño para llegar hasta mí.

Mi amigo Matt me había seguido en mi loco proyecto y no dudaría en promocionar mi empresa aprovechando su fama y su dinero. Yo estaba volviendo a soñar, y eso era posible solamente gracias al amor de una mujer que ya no me atrevía a rechazar.

Las únicas cosas que no había conseguido recuperar de mi despacho eran un álbum donde

recogía las fotografías de las bodas de mis clientes y los recuerdos que guardaba de Bianca, con los que rememoraba los momentos en los que habíamos estado juntos y yo había dicho demasiado, aunque no con palabras.

Sabiendo que esos recuerdos estarían a salvo en manos de la mujer que amaba, quise cobardemente que ella averiguara todo lo que sentía y no me había atrevido a gritar en voz alta a causa de las asfixiantes ataduras que rodeaban mi vida, impidiéndome avanzar tanto en el trabajo como en el amor. Unas ataduras que estaba apartando de mi vida poco a poco y rompiendo para reclamar la libertad de amar a quien yo quisiera, así como de poder seguir mi propio camino, en lugar del que me habían señalado otros.

Perseguir la felicidad no era nada sencillo. E intentar alcanzar mis sueños, aún menos. Pero mientras pensaba en lo que podía ganar cuando los hubiera alcanzado, acudía a mi rostro una sonrisa y comprendía por qué la chica a la que amaba nunca quería dejar de soñar.

En esos instantes en los que me veía tan cerca y, a la vez, tan lejos de cumplir mis sueños, lo único que deseaba era verla a ella para que Bianca, siempre tan diferente de mí, protestara cuando alguna cínica palabra acudiera a mi boca, me reprendiera cuando dudara del amor y demostrara, no solo con sus palabras, sino con sus besos, sus caricias y sus abrazos, que yo podía volver a creer en ese loco sentimiento hacia el que ella nos había conducido, tanto a mí como a mi reacio corazón.

Sacando la cadena con el anillo que siempre llevaba en el bolsillo para recordarme mis errores al confiar demasiado en otros y por amar demasiado a alguien que no lo merecía, la observé fijamente y en ese instante decidí que había llegado el momento de seguir adelante y concederle otra oportunidad al amor.

Por ello, rompí la cadena dejando que el anillo que simbolizaba mi breve y erróneo matrimonio cayera al suelo. Cuando lo recogí creí que me dolería volver a tenerlo entre mis manos, pero únicamente sentí indiferencia, y concluí que tan solo era un anillo, sin más, sin ningún significado en mi vida o en mi corazón.

Tras dar ese decisivo paso adelante comprendí que, a pesar de las dificultades que todavía tenía en mi camino, debía buscar el momento oportuno para ofrecerle muchas explicaciones a la mujer que amaba, si no quería perderla. Seguramente, en esos instantes, los maliciosos rumores que otros habían esparcido sobre mí a su alrededor la harían dudar y ella comenzaría a pensar si seguir amando a un hombre como yo era buena idea.

Mientras reflexionaba acerca de cuál podría ser el mejor momento para acercarme, fui incapaz de dormir. Y, para mi asombro, la respuesta a esa cuestión llegó a mí tras revisar la correspondencia de mi nueva empresa, un negocio que nadie sabía que yo dirigía, a excepción de mi amigo Matt y yo mismo: la invitación a una boda a la que, definitivamente, tenía que asistir.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad? —le pregunté a Matt, cuya reacción fue mirar al techo mientras se ponía a silbar—. No intentes negarlo, eres penoso a la hora de mentir.

—Ya, por eso me recomendaron que me quedara callado y que, si me ponía nervioso,

comenzara a cantar *La cucaracha*.

Y antes de que mi amigo comenzara a berrear esa canción, le tapé la boca.

—Iré a esa celebración, ¿cómo podría perderme la primera boda que Bianca Ellis organizará sola? Y tú me acompañarás —anuncié, provocando el espanto de Matt ante la idea, quizá porque le había contado cómo habían acabado otras bodas que Bianca me había ayudado a organizar, o puede que fuera porque temía enfrentarse a una chica con la que tenía una relación bastante complicada que asistiría a ese evento, una chica que provocaba reacciones en él que lo confundían, sin que el muy tonto se percatara de que se trataba de ese amor que tanto predicaba en su programa y que no acababa de reconocer, únicamente porque había entrado en su vida de una forma muy alocada. Sin embargo, ¿para qué estaban los amigos si no era para dar ese empujoncito que a veces necesitaban las parejas para comprender qué era el amor?

* * *

Al fin había llegado el día de la boda de Kimberly.

Después de que Jimmy desapareciera, nadie volvió a sustituir al novio en las restantes elecciones que hubo que hacer para organizar adecuadamente ese evento, y ella, aunque no lo reconociera en voz alta, se sintió muy sola. Su hermana menor le demostró lo profesional que era y, tal y como Kimberly le pidió, Bianca se limitó a hacer su trabajo haciendo que Kimberly echara mucho de menos la magia que solo Bianca podía crear a su alrededor gracias a sus sueños y sus fantasías, que hacían soñar a otros.

—Hoy es el día de mi boda —manifestó Kimberly delante del espejo al tiempo que contemplaba su hermoso vestido, dándose cuenta de inmediato de que faltaba algo en ese gran día. Tal vez, la sonrisa de felicidad que debería lucir una novia.

—Siempre puedes salir corriendo y dejarlo plantado... —sugirió Bianca mientras abrazaba a su hermana, dándose cuenta de lo que Kimberly no quería admitir: aunque todo estuviera organizado y preparado a la perfección y fuese exactamente como ella deseaba, no había magia a su alrededor que la hiciera brillar, y eso era porque, simplemente, en esa relación no había amor.

—Es demasiado tarde —declaró Kimberly, sabiendo que en esos instantes no podía cambiar de opinión.

—No, no lo es: yo los distraigo y tú sales corriendo. Prometo no placarte en tu huida —bromeó Bianca de nuevo.

—Daylon me ofrece un futuro prometedor. Tendremos una relación en la que me respetará como su esposa y me dará todo su cariño.

—¿Esa es una de las promesas que te ha hecho antes de vuestra boda? Prefiero quedarme con las de amor...

—¿Ah, sí? ¿Y dónde te han llevado esas a ti? —replicó Kimberly, enfadada con esa hermana que la hacía dudar—. Estás sola, Bianca, y seguirás estándolo si solamente te dedicas a perseguir

sueños imposibles en lugar de poner los pies en la Tierra.

—Kimberly, prefiero estar sola y permitirme soñar antes que dejar de hacerlo y permanecer junto a un hombre que nunca me traerá la felicidad. Hoy es la primera boda que organizo yo sola y quería convertir a mi hermana en una princesa, hacerla brillar y conseguir un recuerdo mágico para los novios, pero no puedo, porque la magia de ese momento, más allá del dinero que alguien se gaste en una boda, solo puede aportarla el amor. Y tú y yo sabemos que ese que te está esperando frente al altar no es el hombre al que amas... —dijo Bianca, dejando a su hermana sin palabras porque esa era la cruda realidad.

Cerrando los ojos ante una imagen que no quería ver, como era la de una novia con lágrimas en los ojos, Kimberly permaneció delante del espejo hasta que Bianca puso en sus manos su ramo de novia. Y, tan empechinada como siempre en perseguir el amor, a continuación esta le susurró al oído:

—Un último ramo de Jimmy. En esta ocasión yo te diré el significado de estas flores: las rosas de color rosa son las que se utilizan para pedir perdón, y las rojas, las que expresan amor.

—«Perdón por amarte» —susurró Kimberly mientras abría los ojos para ver ante sí únicamente lágrimas de esa infeliz novia que era ella el día de su boda—. ¿Dónde está Jimmy? —preguntó enjugándose las.

—Creo que aún está entre los invitados, pero no creo que se quede mucho tiempo más. No soy capaz de imaginarme qué debe de sentir al ver cómo la mujer que ama se va a casar con otro —respondió Bianca, animando a su hermana a aprovechar la oportunidad de ser feliz.

—Creo que tengo que hablar con él, y tal vez con Daylon y... —comenzó a divagar Kimberly, preocupada porque nadie le perdonara el gran lío en el que iba a convertirse esa boda. Sin embargo, cuando se fijó en su hermana solo vio una sonrisa—. ¿Crees que podrías perdonarme que la primera boda que organices sea un fracaso?

—¡Bah! Si me habías contratado a mí, creo que no deben de quedar muchas dudas de que estaba destinada a ser un fracaso desde el principio —bromeó Bianca, dejándole claro a Kimberly que lo único que le importaba ese día era su felicidad.

Y, agarrando del brazo a su hermana, Kimberly decidió seguir sus consejos y permitir que hiciera su magia mientras ella solamente corría hacia el amor por ese hombre que todavía llevaba en su corazón y que había intentado negar durante tanto tiempo.

* * *

Cuando guie a mi hermana para que hablara con Daylon antes de que comenzara la ceremonia, Kimberly estaba totalmente decidida a romper con él. Pero en cuanto me aparté de ellos para concederles la intimidad que exigía el momento, vi cómo comenzaba a jugar nerviosamente con su ramo, cómo desviaba la mirada de Daylon, sintiéndose culpable, y cómo

finalmente empezaba a asentir ante las palabras de ese manipulador que no quería a mi hermana, sino solamente una esposa florero para poder avanzar en su carrera.

Al tiempo que disimulaba fingiendo que terminaba de arreglar algunos de los adornos de la pared, me acerqué a ellos poco a poco hasta que mis curiosos oídos pudieron captar parte de su conversación. Entonces descubrí por qué mi hermana había dudado desde el principio si quedarse con sus sueños o perseguir el amor y que esas dudas se debían, simplemente, a que nadie le había dicho que podía ser egoísta en ese caso y quedarse con los dos.

—Ya hemos hablado de esto, Kimberly —decía Daylon—. Este reencuentro con tu exnovio te ha hecho recordar cuánto lo querías en el pasado, añorando algo que fue real hace tiempo pero que nunca podrías estar segura de que durase en el futuro. ¿Estás totalmente convencida de que quieres quedarte junto a un hombre sin porvenir alguno, tan simple que, posiblemente, te avergonzarías de él al presentárselo a tus amigos y conocidos? Además, ¿qué clase de reputación tendrás en el bufete si me abandonas justo el día de nuestra boda? La de una mujer inconstante, indigna de confianza, que no cumple una promesa importante por la infantil ilusión de «perseguir sus sueños». Créeme, Kimberly: una mujer así no es adecuada para convertirse en una respetable abogada con despacho propio. Después de este escándalo, ¿quién crees que te contrataría o confiaría en ti para poner cualquier caso en tus manos?

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó mi hermana, mostrándose como la novia más infeliz de todas cuantas había visto hasta entonces.

—Lo que has hecho hasta ahora, querida —respondió Daylon mientras, exhibiendo un falso gesto de cariño, le limpiaba las lágrimas a Kimberly—: Tomar la decisión más acertada y proseguir con esta boda, tras la que yo seré un buen compañero que te respetará siempre.

—¿Y el amor? —preguntó mi hermana, demostrando con sus lágrimas lo que echaba en falta en esa celebración y en su futuro.

—¡Bah! ¡Eso es solo un cuento de hadas! La realidad será una demanda por daños morales si me abandonas y me dejas en ridículo delante de todos nuestros invitados. ¿Estás segura de que podrías permitirte pagar la indemnización? ¿O tus padres? ¿O incluso tu alocada hermana? —declaró ese tipo despreciable, al cual estaba decidida a alejar a toda costa de la vida de Kimberly. Pero ella se limitó a acallar sus quejas, y, tras bajar su rostro lleno de lágrimas, tomó la peor decisión:

—Seguiré con la boda.

—¡Así me gusta! Ahora, ve a secarte esas lágrimas para que los invitados puedan contemplar tu felicidad —ordenó ese idiota, mostrando una sonrisa complacida en su victorioso rostro, sin importarle nada más que él y su reputación.

—Creo que eso será algo que nadie podrá ver este día —dije interrumpiendo a Daylon y sus crueles palabras mientras cogía entre mis brazos a mi abatida hermana.

—Pero ¿acaso no eres tú la organizadora que hace magia en sus bodas? —inquirió él, burlándose de mí.

—Sí, pero no hago milagros —respondí al tiempo que fulminaba a ese sujeto con la mirada.

Luego conduje a Kimberly hasta la habitación donde la había ayudado a vestirse antes y entonces las hermanas de Daylon, con la excusa de retocar su maquillaje, me apartaron de ella.

Indignada, me arremangué mi vestido de dama de honor y decidí convertirme en una perfecta organizadora de bodas para buscar lo que siempre había querido en cada una de ellas: que triunfara el amor.

* * *

Convenientemente acicalado para ese evento, me presenté con mi amigo Matt en la boda de Kimberly Ellis, hermana de Bianca. Recordando mi antiguo cometido en la empresa de mi familia, no dejé de revisar que todo estuviera en su lugar, y descubrí que Bianca había hecho un trabajo perfecto para la boda de su hermana. Me alegraba mucho que nada fallara en esa celebración, ya que la primera boda de un organizador era muy importante y lo llevaría a elevar su reputación o a hundirla.

Nada podía salir mal si Bianca quería tener un futuro en ese trabajo.

Cuando la vi desde lejos me percaté de que se encontraba muy atareada, y en el instante en que nuestras miradas se encontraron y ella se acercó con paso decidido hacia mí, estuve seguro de que me exigiría explicaciones por mi ausencia, explicaciones que yo debía darle mientras le contaba finalmente toda mi historia, y no solo parte de ella.

—Sé que te debo una justificación por mi ausencia y... —dije siendo cortado súbitamente por Bianca.

—Eso después, ¡ahora necesito tu ayuda para esta boda! —me reclamó en tono desesperado, tal vez un poco asustada por encontrarse sola a la hora de organizarlo todo, o tal vez con miedo a fallar.

—Bueno, soy todo tuyo. Ya sabes que soy el mejor organizador, así que hazme las preguntas que quieras, que yo te ayudaré en todo lo que necesites —declaré presumiendo de mi profesionalidad hasta que toda ella se fue al garete cuando la oí preguntar:

—¿Cómo puedo arruinar esta boda?

Su pregunta me confundió por completo y no fui capaz de contestar nada, pues no comprendía del todo lo que estaba pasando en esa boda o lo que Bianca quería de mí. Matt, que había oído las palabras de Bianca al mismo tiempo que yo, se atragantó con el champán y, cuando se recuperó, me señaló con una sonrisa:

—Cuando una persona me dijo que no me aburriría en esta boda no la creí, pero, por lo visto, estaba en lo cierto. Si quieres arruinar una ceremonia, lo mejor siempre es pillar a uno de los novios montándoselo con uno de los invitados.

—Si es la novia, el novio nos demandará.

—Entonces, que sea el novio. Créeme: conozco a ese tipo y no es muy fiel que digamos... —

declaró Matt, señalando al inquieto novio—. Tú busca entre los asistentes, que seguro que el muy capullo ha invitado a alguna de sus amantes —señaló, sacando del rostro de Bianca una maliciosa sonrisa que nos anunció que esa boda no terminaría como ninguno había podido imaginar cuando aceptamos esa invitación.

Capítulo 20

—¡Al fin una boda en la que voy a divertirme! —exclamó Kelsie en cuanto me oyó decir que teníamos que arruinar el enlace de mi hermana en la precipitada reunión de emergencia que había convocado en un lateral del jardín mientras, como la perfecta organizadora que era, le asignaba a cada uno un papel en esa misión.

—Papá, como tú eres el padrino, tienes que fingirte enfermo para que la boda no se celebre: una indigestión, un infarto, almorranas..., cualquier cosa que se te ocurra. Ponte tan malo como cuando mamá intenta hacerte comer uno de sus platos cuando experimenta con alguna receta de cocina —ordené, obteniendo un gesto de conformidad de mi progenitor mientras mi madre fulminaba a mi padre con su mirada tras haber descubierto sus mentiras.

—Explícame brevemente por qué tenemos que arruinar la boda de tu hermana en lugar de intentar hablar sosegadamente con Daylon. Él es un hombre razonable y seguro que comprenderá la situación —apuntó mi madre, mostrándose como la seria y competente abogada que siempre sería en cualquier circunstancia.

—Porque mi hermana ya ha intentado hablar con su prometido para cancelar el evento y Daylon la ha manipulado y amenazado con una demanda hasta hacerla llorar con tal de salirse con la suya. No quiere una amada esposa: quiere un bonito trofeo para presentar el perfil adecuado en sus pretensiones de ascender en su bufete.

La respuesta de mi madre fue soltar uno de sus profundos gruñidos y arrastrar a mi padre consigo mientras todos oíamos sus palabras:

—En cuanto a ti, espero que finjas bien tu malestar porque, si no, voy a hacerte probar todos los platos de mi nuevo libro de cocina de novecientas recetas de comidas exóticas...

—¡Nooo...! —gritó mi padre, poniéndose blanco. Ninguno dudamos de que fingiría como un experto su enfermedad... o mi madre lo intoxicaría de verdad para acabar con esa boda.

—Bueno, ahora tenemos que localizar a alguna de las amantes de ese hombre. ¿Cómo podríamos saber cuál es entre todas las invitadas?

—Yo propongo que nos mezclemos y localicemos a las mujeres que hablen mal de la novia —dijo Kelsie.

—¡Eh! ¡Yo he visto a una mujer vestida de blanco despotricando sobre Kimberly! —señaló Penny.

—¿De blanco? ¡Tiene que ser esa, ya que las invitadas a una boda nunca deben vestir de blanco como la novia, salvo que quieran fastidiarla!

—Exacto. Debe de ser ella —afirmó Penny.

—Tú déjamela a mí, Bianca, que yo le arreo y la dejo inconsciente dentro de un armario —propuso Kelsie, aportando su granito de arena a su manera. Pero para mi impulsiva amiga tenía otra tarea.

—Agradezco tu ofrecimiento, Kelsie, pero tengo otra misión para ti: tienes que despegar a las hermanas de Daylon de mi hermana. Esas damas de honor de segunda se han atrevido a apartarme de Kimberly después de que me enfrentara a Daylon, y no tengo dudas de que la vigilan a cada instante para asegurarse de que mi hermana llega al altar, algo que yo no pienso permitir.

—¡Oh, sí! ¡Cómo me voy a divertir en esta boda! —anunció Kelsie mientras se crujía los nudillos y se alejaba dispuesta a todo con tal de ayudar a una amiga y salvar a la novia de su boda... O también podía ser que prefiriera pegarle una paliza a alguien antes que verse relegada a desempeñar de nuevo el papel de dama de honor, que detestaba.

—Yo voy a emborrachar al novio y a animarlo a que se acueste con su amante en medio de la boda, creando un buen escándalo —propuso Matt, el hombre que Kelsie decía que era todo un conquistador.

—Yo chingaré a la amante hasta que se decida a ir en busca del novio —manifestó Penny, declarándole la guerra a esa chica que se había atrevido a acudir a una boda ajena vestida de blanco.

—Muy bien, avisadme cuando vuestro trabajo esté hecho para que yo haga el mío, que es pillar al novio in fraganti, terminando así con esta boda —dije, tras lo que cada uno de ellos se alejó para cumplir con su papel en esa ceremonia, en la que todos los invitados esperaban con impaciencia la unión de los novios, todos excepto mis cómplices y yo, que solo queríamos separarlos.

Como experta organizadora, controlé desde lejos todo lo que pasaba y, al contrario de lo que solía hacer en mi trabajo, en esa ocasión no solucioné nada, sino que ignoré todos y cada uno de esos pequeños problemas que siempre surgían en una celebración, creando así un caos mayor.

—Esto no va a reportarte una buena publicidad en tu trabajo —dijo Alex cuando, en vez de alejar a los niños de la tarta, los animé a acercarse ella, meter los dedos en el apetitoso postre y luego pasárselos por el vestido a la madre del novio, la madrina de la boda.

—Me da igual. Si este es el tipo de trabajos con los que voy a tener que lidiar a partir de ahora, no los quiero. Me niego a ver una novia infeliz en una de mis bodas, y mucho menos si esa novia es mi propia hermana. ¿Sabes? He acabado extrañando mucho tus celebraciones. Eran algo locas y problemáticas, pero, al contrario de las que lleva Kara, en las tuyas siempre había magia, siempre había amor —dije admitiendo que echaba de menos mi antiguo trabajo, aunque lo que debería haberle dicho es que lo echaba de menos a él.

—¿Y a mí? ¿Me has extrañado? —preguntó Alex acercándose.

—¿Al hombre que se alejó de mí con una simple despedida con la que no me aclaró nada de su pasado o de nuestro posible futuro? No, qué va... —negué mintiendo con descaro, hasta que

Alex, alzando mi rostro, exigió que lo mirara.

—Mientes fatal —afirmó al tiempo que acercaba sus labios a los míos para reclamar ese beso con el que no me revelaba nada acerca de su pasado, pero sí todo lo que guardaba en su corazón.

A pesar de sentirme muy tentada de dejarme embaucar una vez más por ese hombre, tuve que volver a mi labor cuando sonó mi teléfono, mostrándome sendos mensajes de Penny y Kelsie, que me anunciaban que cada una había hecho su parte.

Entonces busqué a Daylon con la mirada hasta localizarlo escabulléndose junto a una mujer visiblemente molesta a la que Penny de seguro habría provocado hasta la extenuación. No tardé en encontrarme con que la pareja había terminado su pelea dentro del gran armario del vestíbulo en el que se habían ocultado y estaban a punto de comenzar con su reconciliación.

Apresurándome para pillarlos en el momento oportuno, fui a por mi hermana. La hallé paseándose nerviosamente por el vestidor mientras intentaba convencer a Kelsie para que desatara a las damas de honor, que se encontraban atadas y amordazadas en unas sillas con los lazos y encajes del horrendo vestido que Kelsie había acabado destrozando para fabricar esas ataduras.

—¿Qué?! ¡Te advertí que me lo quitaría a la menor oportunidad! —dijo Kelsie, mostrándome que debajo del feo vestido de dama de honor llevaba unos pantalones negros de cuero y una bonita camiseta a juego.

—¡Bianca, ¿qué significa esto?! ¡Ya has oído a Daylon: tengo que casarme con él o...!

—No permito que nadie que no sea yo estropee mis bodas —dije con firmeza—. No ha quedado demasiado profesional, ¿verdad? —le pregunté a Kelsie al ver a tantas personas mostrándose confusas ante mi afirmación.

—No mucho —confirmó Kelsie.

—Pues en ese caso solo diré que estoy dispuesta a todo con tal de ver a una novia feliz, y más aún si se trata de mi hermana. ¿Me sigues en esta locura o no? —inquirí tendiéndole la mano a Kimberly. Y, a pesar de que aún dudaba de mí, ella cogió mi mano y confió en que la chica que siempre soñaba pudiera cumplir sus sueños de amor.

Al no querer decepcionarla, la llevé rápidamente hasta el armario donde Penny me esperaba con el móvil en la mano. Entonces, tanto Kelsie como yo nos apresuramos a preparar los nuestros.

—¿Qué significa esto, Bianca? ¿Por qué me traes junto a este armario, donde estoy oyendo que una pareja está manteniendo un momento muy íntimo? —preguntó Kimberly sonrojada.

—Ya lo verás —respondí.

Luego, volviéndome hacia Alex, le di una firme orden:

—¡Abre la puerta!

Para mi asombro, la mano de Alex tembló mientras se dirigía hacia el pomo del armario y, dando un paso atrás, me miró con expresión de pánico mientras manifestaba:

—No puedo.

Al comportarse de esa manera, me desveló algunos de sus miedos y temores, llevándome a imaginarme parte de esa historia que se negaba a contarme. Así pues, al final fui yo misma quien abrió la puerta del armario a la vez que, con unas maliciosas sonrisas en nuestros rostros, tanto mis amigas como yo tomamos decenas de fotografías de esa pareja. Daylon y su amante, pillados con las manos en la masa en medio de su escarceo amoroso, nos contemplaron asombrados y aturcidos.

—Eh... Yo... Kimberly, puedo explicártelo. No es lo que parece. A pesar de lo que puedas creer, yo te admiro y te respeto... —declaró Daylon, que, con los pantalones bajados y una amante medio desnuda que intentaba huir de ese armario, no ofrecía una imagen de mucha credibilidad en ese momento.

—¡Y una mierda me respetas! —gritó mi hermana, harta de las mentiras de ese hombre, tras lo que comenzó a golpearlo con su ramo de novia—. ¡¿Esta es tu forma de respetarme, maldito desgraciado?!

—Te advierto que sigo siendo mucha mejor opción que ese florista y...

—¡¿Tú, mi mejor opción?! ¡No me hagas reír! —declaró Kimberly, completamente furiosa, haciendo que en esa ocasión el novio se comiera alguna de las rosas de su ramo cuando lo golpeó con él—. ¡No le llegas a Jimmy ni a las suelas de los zapatos! ¡Se cancela la boda! —exclamó mi hermana, mostrándose firme en una decisión con la que todos estuvimos de acuerdo.

—Pues pienso demandarte, tal y como te dije...

—Lo dudo mucho, ya que, según las fotografías que os hemos hecho, la novia tiene motivos de peso para no seguir adelante con esta boda. Y si insistes con tus amenazas yo, como la buena hermana que soy, no tendré más remedio que mandar las fotos más jugosas a todos los contactos que tengo de los asistentes de esta boda. Y recuerda que soy la organizadora del evento, por lo que dispongo de muchos: compañeros de trabajo, jefes, clientes, amigos, familiares... Más de un centenar de personas a las que mandaré las imágenes de tu escarceo dentro de ese armario poniéndole los cuernos a tu prometida minutos antes de casarte con ella... Dime, Daylon, ¿quién en su sano juicio confiaría un despacho, un ascenso o un solo caso a alguien tan poco digno de confianza? —expuse, devolviéndole una por una las palabras con las que había intimidado a mi hermana.

—¡Eres una pésima organizadora de bodas! ¡Para hacer un buen trabajo solo tenías que mantener la boca cerrada! —dijo Daylon, centrando su ira en mí.

—¡Y tú eres una mierda de novio! ¡Y como no queremos que seas también una mierda de marido, te quiero lejos de mi hermana! —exclamé sin amedrentarme.

A continuación, mis amigas pasaron junto a mí y me defendieron como solían hacer:

—¡Bianca siempre será la mejor organizadora de bodas! —gritó Kelsie, a pesar de que detestaba esa clase de eventos.

—¡Y eso es porque ella siempre busca que triunfe el amor! —continuó Penny, a pesar de que en algunas ocasiones me reprendiera por mi escasa profesionalidad.

—Si algo ha fallado en esta boda eres tú, Daylon. No culpes a quien ha organizado el evento, sino a la persona que no ha estado a la altura —declaró entonces mi hermana.

Y cuando mi madre aplaudió las palabras de Kimberly, yo sonreí complacida al no haberles fallado a las personas importantes de mi vida mientras el novio, frustrado, se escapaba de esa celebración arruinada.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó mi hermana mientras contemplaba el desastre en el que se había convertido su boda.

Y antes de que yo dijera nada, mi madre se adelantó:

—Magia.

A continuación, sonriendo complacida, lo dejó todo en mis manos, mostrándose orgullosa de haber participado en el proceso de creación de un final feliz para mi hermana, a pesar de que hubiéramos tenido que destruir una boda por el camino.

* * *

La segunda vez que Kimberly se miró en el espejo, su vestido estaba algo estropeado tras el forcejeo que había mantenido con Kelsie para que desatara a las damas de honor. Su ramo se encontraba arruinado tras golpear repetidas veces al novio infiel con él, su peinado estaba completamente desordenado y, a pesar de todo, al mismo tiempo que se contemplaba frente al espejo del vestidor, no podía dejar de sonreír.

Su hermana Bianca, tal y como había prometido, había puesto a Jimmy en marcación rápida y, para su asombro, lo había llamado de inmediato para que sustituyera a Daylon en su boda. Kimberly se había echado las manos a la cabeza, sabiendo que esa ceremonia no sería de verdad, pues ya hacía rato que el sacerdote se había marchado y, aunque aún hubiera estado allí, en todos los documentos aparecería el nombre de Daylon, no el de Jimmy. Pero su soñadora hermana deseaba que olvidara el amargo momento que había pasado durante el día de su boda frustrada y, aprovechando, había decidido regalarle otra.

—¡Esto es una locura! —dijo Kimberly frente al espejo mientras sonreía viendo a su hermana intentando recomponer su destrozado peinado—. ¿Quién va a casarnos en esta falsa boda?

—El mejor: Alex ha oficiado muchas ceremonias para personas que ya se habían casado y no habían podido tener su boda de ensueño en su día, sino hasta que habían ahorrado lo suficiente.

—¿Queda algún invitado?

—La parte del novio se ha marchado ofendida cuando les he dicho que Daylon era lo único que íbamos a cambiar en la celebración. Nuestra familia se queda para el convite y los padres de Jimmy están en primera fila. En cuanto a las damas de honor, como tardemos mucho empezarán con la barra libre antes de tiempo.

—¡Esto es un desastre de boda! —anunció Kimberly mientras su hermana, mirándola en el espejo, colocaba sobre su velo una diadema al tiempo que le preguntaba:

—Entonces, ¿por qué no puedes dejar de sonreír?

—Ni siquiera tengo un ramo... —continuó Kimberly.

—¡Oh! Eso tiene fácil solución —anunció Bianca, abriendo la puerta para dar paso a un elegante y nervioso novio que, una vez más, ofrecía con un ramo algo más que unas simples flores.

—Amor para toda la vida... —susurró Kimberly tras reconocer las rosas rojas, que significaban amor, y las blancas, que simbolizaban que ese sentimiento era para toda la vida.

Al oír sus palabras, Jimmy abrió los ojos asombrado y se ruborizó visiblemente al percatarse de que el significado de esas flores ya no era un secreto.

—Te esperaré todo lo que haga falta... —declaró disponiéndose a robarle un rápido beso a la novia antes de tiempo.

Y cuando ese hombre se marchó de la habitación, Kimberly volvió a sonreír, radiante delante del espejo. Mientras abrazaba con cariño el ramo de rosas contra su pecho, al fin se sintió como esa princesa de ensueño con la que su hermana siempre había soñado y a la que ella solo había contemplado desde lejos.

—¡Esto es una locura! —exclamó una vez más.

Y mientras la abrazaba, Bianca, esa eterna soñadora que siempre animaría a todos a perseguir la felicidad, le susurró al oído:

—No, esto es amor de verdad.

* * *

Me sentía enormemente orgullosa de esa boda que, para cualquier espectador que la contemplara desde fuera, podía parecer un auténtico desastre: la tarta estaba destrozada, los invitados se habían reducido a la mitad, la dama de honor que llevaba las flores, Kelsie, iba ataviada con unos pantalones negros y una camiseta de tirantes del mismo color, que, para no desentonar del todo con nosotras, había complementado con algunos volantes arrancados de su arruinado vestido rosa y que, en lugar de arrojar los pétalos de flores al suelo al paso de la novia, se los arrojaba a los invitados a la cara cuando oía de ellos algún comentario que no le gustaba.

Penny y yo sujetábamos la cola del vestido de novia de mi hermana, ataviadas con esos espantosos vestidos repletos de volantes. El novio, esta vez el correcto, irradiaba felicidad junto al altar y exhibía una enorme sonrisa mientras mi hermana le correspondía luciendo otra similar tras aceptar seguir adelante con la locura de celebrar esa boda.

Detrás del altar, Alex oficiaba la ceremonia pronunciando un nuevo discurso con el que unía a la pareja, ofreciéndoles sus mejores deseos. De vez en cuando, en medio de sus palabras, me buscaba con la mirada, como si esas palabras fueran dirigidas a mí y no a los novios.

Cuando llegó el momento de intercambiar los anillos, Jimmy improvisó un par a partir de unas pequeñas flores que adornaban el lugar, y en el instante en el que Alex preguntaba si existía

algún impedimento para que esa boda no se llevara a cabo, yo intervine, ganándome una airada mirada de mi hermana.

—No es lo que pensáis... Después de todo lo que me ha costado organizar esta boda, no creeréis realmente que yo podría hacer algo que la arruinara, ¿verdad? —dije, ante lo que Kelsie y Penny alzaron irónicamente sus cejas en mi dirección.

Ignorando a mis amigas, me acerqué a los novios con un pequeño cofre que dejé junto a ellos en el improvisado altar. Ese regalo, que les ofrecía de todo corazón, formaba parte de otro de los rituales de amor que Alex describía en su libreta y que me había gustado mucho.

Después de abrirlo, saqué su contenido y se lo mostré a Kimberly y a Jimmy: un brillante bolígrafo y unas pequeñas notas.

—Este cofre es para que guardéis en él las promesas de amor que os hagáis este día, así como los pequeños objetos que os permitirán recordar esos momentos importantes de vuestra vida que os han llevado hasta aquí. Aquí podréis atesorar todos los sentimientos que albergáis en este instante en vuestros corazones para que, si algún día tenéis dudas o surgen dificultades en este amor que os profesáis, rememoréis la magia que creasteis un día al creer en vuestro mutuo amor.

Mi hermana lloró con mis palabras y luego me abrazó para agradecerme ese extraño regalo que solo yo podía hacerle. A continuación, tanto Jimmy como Kimberly escribieron unas breves notas, sonrieron al leer esos íntimos mensajes que únicamente eran para ellos y los depositaron en el cofrecito junto con algún recuerdo importante: mi hermana puso una margarita mustia que llevaba guardada en su liga de novia; Jimmy, un viejo lazo rosa que mi hermana había perdido en su juventud. Después, ambos cerraron el cofre mientras Alex declaraba con una sonrisa, mirándome a los ojos:

—Lo que la magia del amor ha unido nadie ha de separarlo, haciendo posible ese «felices para siempre».

Tras esas palabras, Jimmy besó impetuosamente a la novia entre los aplausos y los vítores de los invitados. Todos tiramos pétalos de flores a la pareja que había unido ese día sus corazones y Alex, cogiendo mi mano para alejarme de la multitud, me condujo a un rincón y me susurró al oído:

—Tengo tantas cosas que explicarte que no sé por dónde empezar...

—El resumen es que tu mujer se acostó con tu hermano el mismo día de vuestra boda y tú los pillaste en el armario —dije, sacando a la luz el secreto que, por vergüenza o por miedo, él aún guardaba en su corazón.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —farfulló él confuso.

—Porque no soy idiota, Alex, y tras ver cómo trataste a tu hermano cuando acudió a la empresa resultaba evidente que te hizo algo difícil de olvidar... Por otro lado, cuando vi cómo te alejabas hoy de la puerta del armario donde se encontraba Daylon con su amante deduje que la angustia que mostrabas se debía a un mal recuerdo de un suceso parecido.

»Además, siempre me has estado advirtiéndome sobre el daño que podrías hacerme, por lo que

es evidente que nunca querrías dañar a otros, y traicionar a la mujer amada no es propio de un hombre como tú. Así que todo eso me llevó a concluir que hubo un episodio de infidelidad en tu matrimonio, protagonizado por tu mujer con tu hermano. Aunque supongo que tus familiares cambiaron convenientemente el nombre del culpable de ese bochornoso momento.

—Sí, tanto mi familia como la suya vieron beneficioso cambiar esa historia —declaró Alex con una sonrisa irónica mientras se mesaba nerviosamente los cabellos—. Yo tenía el corazón roto y ellos lo redujeron todo a un «pequeño inconveniente» en mi relación con Hillary. Ni ella ni mi hermano me pidieron disculpas o me ofrecieron alguna explicación por su traición, y en cuanto a mis padres y mis suegros, se limitaron a esperar a que yo siguiera adelante con mi vida y mi matrimonio como si no hubiera sucedido nada.

»Pasé mi luna de miel junto a una botella de alcohol mientras recibía decenas de llamadas exigiéndome que me comportara como un Coleman..., y lo hice: a la mañana siguiente llamé a mi abogado para que comenzara los trámites de mi divorcio, pero, al parecer, mi solución no coincidía con los deseos de mis padres —terminó Alex, riéndose de sí mismo en medio de su dolor.

Yo, incapaz de soportar verlo tan dolido, lo abracé queriendo eliminar de su corazón todos los fantasmas que no lo dejaban avanzar y le pregunté:

—¿La amabas?

—Era mi novia desde la adolescencia. Quería a Hillary y me gustaba el futuro con el que habíamos soñado, pero un instante después de habernos casado todo se derrumbó. Mis sueños se rompieron y ya no volví a confiar en el amor, o, por lo menos, no lo hice hasta que llegaste tú —declaró Alex, cogiendo mi rostro entre las manos—. Tú, tan distinta de mí, tan soñadora, tan crédula en el amor y en que esos finales felices son posibles... Tú hiciste que yo quisiera derribar esos ideales tan infantiles e ingenuos que tenías y, de algún modo, ponerles fin como mis familiares habían hecho conmigo, pero, al contrario que yo, tú no eres una persona fácil de derribar, y al final fuiste tú, Bianca, quien me demostró que podía volver a soñar.

—¿Y cuáles son tus sueños ahora? —pregunté a ese intrigante hombre, sin saber el lugar que ocupaba en su vida.

Y Alex, colocando su frente sobre la mía, cerró los ojos y me confesó:

—Tú eres mi sueño ahora.

—¿De verdad? ¿Y cómo piensas alcanzarlo? —insistí sin poder resistirme a acercar mis labios a los suyos para reclamar uno de sus besos.

—Haciendo todos tus sueños realidad —respondió él con una sonrisa en la que, en esa ocasión, no había rastro alguno de ese cinismo que siempre lo había acompañado.

Mientras besaba a ese hombre quise hacer trampas y averiguar mucho más de lo que Alex me estaba permitiendo saber ese día, de modo que, con la esperanza de que me hiciera un hueco en su corazón, introduje una mano en los bolsillos de sus pantalones en busca de la cadena y el anillo que mantenían a su corazón prisionero del pasado, obligándolo a enfrentarse a un amargo

momento por el que se guiaba su precavido amor. No obstante, para mi sorpresa, el anillo que buscaba no se encontraba en los bolsillos de Alex, y en su lugar hallé otro que llevaba grabada una promesa que Alex colocó en el dedo anular de mi mano izquierda en medio de nuestro beso.

Cuando lo miré asombrada, él se llevó mi mano a los labios, la besó y me pidió:

—¿Estarías dispuesta a esperarme un poco más?

—Sí —contesté sin dudar, besando ese anillo que significaba la promesa de un compromiso, para luego volver a besarlo a él.

Después de ese beso, los invitados de la boda de mi hermana nos reclamaron, así que nos separamos intentando que ese momento siguiera siendo perfecto para Kimberly y Jimmy, buscando cualquier problema para darle solución.

En la boda de mi hermana bailamos, bebimos, disfrutamos de una sabrosa cena y de todos los momentos que los novios compartieron con nosotros. Los brindis, las risas, las felicitaciones y las voces que pedían a gritos que los novios se besaran me hicieron saber que ese era su día y que había sido todo un éxito. Durante algunos instantes también sentí que era el mío, ya que al fin estaba pasando algún tiempo con el hombre que amaba.

Cuando la boda terminó y los novios se fueron, yo me quedé para organizar la recogida y la limpieza del lugar. Alex se despidió de mí con un beso en los labios y otro en ese anillo que tanto significaba para ambos, y mientras mis inseparables amigas me ayudaban a guardar los adornos de la boda, en el momento en que les enseñé mi anillo me mostraron su preocupación, conscientes de la promesa que este representaba:

—Pero ¿te ha dicho que te ama? —inquirió Kelsie.

—Porque, ya sabes, si no hay amor... —dijo Penny, bromeando con la frase que siempre utilizaba yo.

—... no hay magia —finalizó Kelsie, que, en vez de tirar a la basura los pétalos que había recogido del suelo, me los lanzaba a mí.

—Tramposo... —susurré entonces mirando ese anillo con el que Alex, una vez más, expresaba su amor pero sin dejar salir esas palabras que yo estaba más que decidida a obtener de ese malicioso hombre al que aún le gustaba jugar conmigo y con mi corazón.

Capítulo 21

Un mes después

—Estoy segura de que hoy van a echarme —anunció Bianca a sus amigas a través de una videollamada mientras esperaba en el despacho de Emma, observando la puerta por la que, de un momento a otro, entraría la persona que le entregaría su carta de despido.

—¡Vaya! ¿Se han enterado ya del momento orgía que organizaste, cuando salió un estríper de la tarta de los novios en aquella épica celebración? ¿O lo hacen porque serviste un menú de carne en una boda vegana? —inquirió Kelsie, recordándole a Bianca algunos de los posibles motivos que podrían causar su despido.

—Esos fueron pequeños errores del servicio de *catering* que no tardé en solucionar y...

—Bueno, la verdad es que con todas las promesas que tu empresa ha roto desde que te contrataron como organizadora, eres tú la que debería irse —interrumpió Penny, aconsejándole que abandonara su trabajo antes de que la echaran.

—No está tan mal.

—¡Bianca, por Dios! ¡Que estás trabajando para una aprendiz con aires de grandeza que te trata como a una esclava! —la reprendió Penny.

—Es verdad que las cosas han cambiado mucho desde que Alex se fue: ya no hay más bodas extrañas, aunque tampoco veo muchas felices. Este trabajo está perdiendo su magia, pero como no tenía ofertas de ninguna otra empresa a la que pudiera trasladarme, decidí quedarme aquí con esas condiciones.

—Nos llamas ahora porque te vas, ¿verdad? —preguntó Kelsie, imaginándose la razón por la que su amiga las telefoneaba en esa ocasión.

—No, esperaré a que me despidan —declaró Bianca mientras jugaba con una invitación que tenía entre las manos.

—¡Ah! Tú también has recibido la invitación, ¿no? —interrogó Penny mientras Kelsie sonreía ante la forma que tenía Alex de mandar su carta de renuncia a la empresa de sus padres.

—Sí, es por eso por lo que no tengo dudas de que hoy estaré fuera de esta empresa. Me mantenían aquí con la promesa de que cumplirían mis sueños, unos que nunca se hicieron realidad. Con ello solo pretendían separarme de Alex, pero ahora que él ya no forma parte de Dream Weddings C&S y yo ya no soy útil como herramienta para manejarlo, pueden deshacerse de mí. Por eso les he dado últimamente tantas excusas para poder prescindir de mis servicios y

que no tuvieran que molestarse excesivamente en buscarlas —comentó Bianca con una maliciosa sonrisa en los labios, reconociendo que muchos de los supuestos errores que había cometido en sus eventos no habían sido tales.

—¡Así me gusta: que te vayas por todo lo alto! Aunque luego tengas que quedarte en casa de tus padres..., ¡pero eso es lo de menos! —exclamó Kelsie, intentando animar a su amiga aunque fuera nefasta para esa labor.

—¿Crees que Alex te contratará en su nuevo negocio? —quiso saber Penny, recordando la invitación que ella misma había recibido para asistir a la inauguración de esa nueva empresa de organización de bodas, donde se llevaría a cabo un evento muy especial.

—No tengo dudas, si no... ¿por qué otro motivo me habría mandado esta invitación? —contestó Bianca, haciendo que sus amigas sonrieran complacidas ante la trampa que ese hombre le había preparado a su inocente amiga—. Os tengo que colgar ya, que Emma no tardará en volver de su descanso, momento desde el cual yo no tendré ni un segundo de reposo.

—¡No lo sabe! —exclamó Penny dirigiéndose a Kelsie cuando Bianca hubo abandonado la videollamada.

—¡Dios! ¡Cómo me voy a divertir en esa fiesta! —apuntó su amiga con una sonrisa, recordando cuál sería su papel y el de Penny en ese evento para el que, por lo visto, Bianca no estaba preparada.

* * *

Cassandra Coleman no podía creer que sus planes no hubieran funcionado: se suponía que, después de ofrecerle a su hijo ese puesto en el extranjero, Alexander debía dejar de lado a su amante del momento y volver con su esposa. Cassandra contaba con que un hombre tan serio y responsable como él sabría lo que le convenía, pero Alex, al contrario de lo que todos pensaban, no había dado ninguna contestación a esa propuesta de trabajo y se había tomado unas largas vacaciones.

Su sorprendente respuesta había llegado unos meses más tarde a cada miembro de la familia por separado a través de la recepción de unas invitaciones para la inauguración de una nueva empresa dedicada a la organización de bodas.

Al principio todos se habían reído de la ínfima competencia que les supondría ese nuevo negocio, del que no dudaron que podrían deshacerse en cualquier momento. Hasta que observaron que no lograban hacerse con ninguno de los clientes que llevaba Alex.

Su hijo, en lugar de organizar las elegantes bodas que había aprendido a montar desde su adolescencia, se había decantado por llevar a cabo esos peculiares enlaces que su empresa le había asignado en una ocasión como un castigo.

Para desgracia de Cassandra, en Dream Weddings C&S nadie sabía crear ese tipo de bodas ni tampoco disponía de los contactos necesarios para ello, así que esa pequeña empresa iba a

convertirse en algo que no podrían tocar, y Alex estaba logrando mantener su independencia con respecto a su familia, cosa que a Cassandra no le interesaba.

La madre de Alex atribuía la culpa de que todo hubiera fallado a una chica en concreto. Una molesta, ilusa y soñadora mujer que había llenado la cabeza de su hijo mayor con ridículas ideas, como que podía labrarse su propio futuro lejos de su prestigioso apellido o que podría tener la libertad de amar a quien quisiera. Un estorbo que solamente habían mantenido en la empresa porque creían que podrían utilizar su presencia para manipular a Alex, pero ahora que este se había alejado definitivamente de su influencia, Cassandra no veía ninguna razón para mantenerla allí.

Kara le había entregado suficientes quejas sobre esa chica como para que su despido no fuera nada complicado legalmente, aludiendo a su ineptitud y al perjuicio que le causaba a la empresa, por lo que había decidido que ese día se daría la satisfacción de echarla de su compañía, de ponerla de patitas en la calle cerrándole con su despido muchas puertas si pretendía buscar un nuevo empleo en el sector de organización de eventos.

Pero la satisfacción que Cassandra esperaba recibir al contemplar el lloroso rostro de esa muchacha, rogándole por una nueva oportunidad ante la amenaza del despido, se vio frustrada cuando entró en el despacho de Emma, donde la esperaba Bianca sin lágrima alguna en su impecable rostro, y peor aún: luciendo una sonrisa satisfecha.

Aquella insolente la recibió sentada detrás del escritorio de su superior con una copa en la mano al tiempo que señalaba con un gesto de su otra mano la silla vacía que se encontraba frente a ella, demostrando que estaba esperando su llegada.

—¡Vaya! ¡Qué inesperado honor! No sabía quién vendría a despedirme. Supuse que encargarían a Kara que hiciera el trabajo sucio, pero, por lo que veo, han decidido enviar a uno de los grandes.

—¡Ese no es tu lugar! —exclamó Cassandra Coleman, fulminando a esa mujer con la mirada mientras Bianca, sin sentirse intimidada en absoluto, se limitaba a acomodarse aún más en el sillón.

—Pero es el que me habían prometido, ¿recuerda...? Por cierto, ¿tiene ya las suficientes quejas para despedirme o quiere alguna más? —preguntó con insolencia antes de que la mujer abriera la boca.

—Esas quejas demuestran que no estás a la altura de esta empresa, por lo que...

—O tal vez demuestran que esta empresa no está a mi altura —la interrumpió Bianca—. ¿Sabe una cosa? Cuando era pequeña asistí a más de una boda preparada por esta compañía. Aquellas celebraciones fueron las que hicieron que me decidiera a convertirme en organizadora de bodas: eran bonitas y parecían un sueño, un cuento de hadas que se hacía realidad. Pero, cuando crecí y tuve la oportunidad de verlas de cerca, muy pocas de esas ceremonias me hicieron soñar otra vez.

»En esta empresa solamente he conocido a una persona que se molestaba en tratar de cumplir

a toda costa los deseos de sus clientes, alguien que hacía realidad lo imposible, un organizador tan loco como para cumplir con las más extravagantes peticiones de los novios, creando para ellos un momento tan mágico como irrepetible. Ese era su hijo Alex, y si él ya no está aquí, definitivamente, este no es mi lugar.

—¿Te vas con la esperanza de que mi hijo te acepte a su lado y te haga un hueco en esa pequeña empresa sin futuro que ha abierto? Te recuerdo que Alexander te abandonó aquí... —declaró Cassandra, luciendo una sonrisa satisfecha que no tardó en borrarse de su rostro cuando oyó la impertinente contestación de Bianca.

—No, yo no me voy: me echa usted porque ya no le sirvo para manipular a su hijo a su antojo. En cuanto a lo de dejarme aquí, Alex no me abandonó, sino que me permitió elegir mi sueño. Con el tiempo, he descubierto que mi sueño no está aquí —contestó Bianca, levantándose de su asiento. Y, tras dejar su copa vacía sobre la mesa, se enfrentó a esa intransigente madre—. Cuando amamos a alguien, solemos dejarle decidir qué cosas le hacen feliz y alegrarnos por esa felicidad. Eso es algo que Alex sabe y que, tal vez, usted tardará un poco más en aprender —anunció mientras colocaba una mano sobre uno de los hombros de la mujer, sintiendo lástima por ella, ya que, al luchar por conseguir una obediencia ciega por parte de su hijo, Cassandra se estaba perdiendo muchos momentos que no podría recuperar—. ¿Irás a la inauguración del nuevo negocio de Alex? —preguntó antes de marcharse. Y, tras ver el regio gesto de la mujer, esta no tuvo que responder, ya que Bianca se le anticipó—: No, por supuesto que no irá, pero ¿sabe qué? Llegará un momento en el que su hijo se canse de mandarle ese tipo de invitaciones, no solo para asuntos de negocios, sino también para momentos importantes de su vida, y ese día será muy triste. No demasiado para el hombre que habrá aprendido a vivir sin su familia y estará acostumbrado a esa decepción, claro, sino más bien para esa familia que se perderá tantas experiencias junto a ese gran hombre que es su hijo, solamente porque su forma de ser no se amolda a sus rígidas expectativas.

—¡No se vive de sueños! —exclamó Cassandra, manteniendo su rígida postura ante la mujer que pretendía darle una lección.

Pero, para su asombro, Bianca simplemente sonrió y, pese a haberlo perdido todo, replicó:

—Pero se vive más feliz soñando.

* * *

Al fin había logrado cumplir uno de los sueños de mi pasado y ahora tan solo me faltaba hacer realidad otro de mi presente para ser completamente feliz, pero tenía claro que ese sería el más difícil de alcanzar.

Tras decantarme por un lugar que no tuviera nada que ver con la empresa que habían fundado mis padres, el edificio que había adquirido para mi negocio no era un sofisticado *loft* de la Quinta

Avenida, sino un viejo inmueble de estilo industrial del siglo XIX que se encontraba ubicado en Long Island.

Sus paredes exteriores eran de ladrillo rojo, cubiertas por verdes enredaderas que le daban un aspecto de ensueño. Por dentro, siguiendo la tendencia industrial-chic del momento, las vigas y los ladrillos quedaban a la vista. Una parte de ese edificio estaba abierta y quedaba expuesta al exterior, bajo el cielo raso, proporcionando una oportunidad perfecta para celebraciones románticas debajo de un cielo estrellado.

El espacio interior, de unos trescientos metros cuadrados con aforo aproximado para unas doscientas personas, también contaba con un patio al aire libre, una terraza en la azotea, un invernadero interior, un salón de recepción y una gran cocina industrial totalmente equipada para el servicio de *catering* del chef exclusivo que tenía en plantilla, así como varios despachos para mis empleados.

Me había decidido por ese edificio porque, por un lado, era un espacio fácilmente adaptable que podía acomodarse a los gustos de distintas parejas, donde podían realizarse celebraciones tanto en el interior como en el exterior. Y, por otro lado, me había decantado por ese espacio porque era el lugar perfecto para que una chica que nunca dejaba de soñar siguiera haciéndolo a mi lado.

Pensaba celebrar el día de la inauguración de mi empresa con un evento que me permitiría cumplir con todos los sueños de Bianca de una sola vez, pero ese detalle era una cuestión que yo trataba de mantener en secreto frente a ella. Por eso, mientras que los familiares y los amigos de Bianca habían recibido dos invitaciones, una para la inauguración de la empresa y otra para el evento especial que se llevaría a cabo en ese mismo acto de forma simultánea, ella y mi familia tan solo habían recibido la primera.

Ninguno de mis parientes había confirmado su asistencia para ese día. Sin embargo, todos los familiares y amigos de Bianca se habían apresurado a asegurar su presencia en ese mágico momento que todos juntos crearíamos para la chica que siempre nos hacía soñar.

Gracias a mi amigo Matt, y a su participación en mi compañía, habíamos conseguido adquirir el edificio en un tiempo récord y levantar mi empresa, que apenas estaba comenzando. Matt había sido mi apoyo económico, mientras que Wilson había representado el apoyo legal que había necesitado para hacer posibles mis negocios sin la intromisión de mi familia.

Para mi aventura empresarial me había llevado conmigo a varias personas de Dream Weddings C&S que mis padres no valoraban en absoluto. Una de ellas era Buster, el molesto fotógrafo que en ocasiones hacía fotos fabulosas y que había insistido en acompañarme en cuanto se enteró de que pretendía contratar a Bianca, esa soñadora mujer que aún no sabía que sería la cara visible de una empresa en la que estaba prohibido no soñar con un final feliz.

Finalmente, el lugar había sido preparado hasta el último detalle para darle una sorpresa a Bianca, que desconocía que ese sería su día especial. El espacio interior estaba decorado como

una boda típica para mostrar a nuestros clientes potenciales lo que podíamos crear para ellos, aunque era más que evidente para cualquiera que conociera a Bianca que ese día era para ella.

De los altos techos colgaban guirnaldas de luces y los balcones interiores rebosaban de flores blancas que adornaban también los techos, transformando ese lugar en un espacio mágico para la chica que amaba.

Las blancas sillas destinadas a los invitados se encontraban ordenadas en varias filas a ambos lados de una serie de columnas de flores, las cuales guiaban a los novios a través de un camino señalado por una larga e impecable alfombra roja que desembocaba en el altar, donde descansaba un centro de mesa de rosas rojas y blancas. A un lado, una pequeña mesa contenía numerosos paquetes llenos de pétalos de flores y pomperos para agasajar a los novios.

A simple vista, la decoración parecía contar con los habituales adornos de cualquier boda, pero, si se observaba más atentamente, se podía comprobar que algunos de los invitados habían querido participar activamente en el maravilloso evento.

Por su parte, Jimmy y Kimberly habían elegido juntos las flores que adornaban las columnas, así como un arco en forma de corazón que se había colocado detrás del altar y que enmarcaba un bonito *collage* hecho por los invitados a partir de fotografías captadas por Buster y que incluía imágenes de los momentos más felices de los enlaces que Bianca me había ayudado a crear. Incluso la madre de la joven, cuando creía que nadie podía verla, había colaborado aportando algunas fotografías de la infancia de Bianca, en las que la protagonista aparecía jugando a casar a sus peluches o a sus amigos en el jardín.

Yo contemplé esas imágenes con una sonrisa mientras dirigía nerviosamente la mirada hacia el lugar por donde debería aparecer Bianca si aún me amaba lo suficiente como para seguirme en esa locura.

—¿Estás tan nervioso como en tu primera boda? No te preocupes: esa chica no es de las que dejan de lado una celebración —dijo Matt, intentando calmar mis nervios.

—Siempre estoy nervioso ante las bodas que organizo.

—Quizá, pero normalmente sabes disimularlo mejor.

—Esta es la presentación más difícil que he hecho nunca, Matt. Es una locura, es...

—Es simplemente un sueño que no has podido evitar hacer realidad para la mujer que amas —declaró mi amigo, comportándose como un hombre que siempre creería en el amor mientras yo, el cínico realista, habiendo perdido la razón, solo pude admitir ante él la verdad que guardaba en mi corazón.

—Sí, este es uno más de esos gestos con los que solo quiero expresarle cuánto la amo.

—Vale, pero la próxima vez podrías probar a decírselo con palabras, ¿no te parece? Tú ensaya, creo que tienes tiempo antes de la boda... Bueno, tal vez no... —manifestó Matt justo en el momento en el que Bianca hacía su aparición por la puerta, conducida por sus amigas hacia el vestidor, donde Penny y Kelsie le explicarían el papel que debía representar en esa celebración.

Que aceptara o no dependía de si ella aún quería soñar a mi lado o si había cambiado de opinión y yo ya no formaba parte de sus sueños o de su realidad.

* * *

—¿Cómo que yo soy la novia y esta es mi boda?! —exclamé, completamente asombrada, cuando mis amigas me llevaron a una habitación donde estaba el vestido de novia de mis sueños y me revelaron que era para mí.

—Alex se ha decantado por inaugurar su empresa con una boda, y ha decidido que la primera será la tuya —anunció Penny, comenzando a quitarme la ropa mientras yo me encontraba completamente paralizada por la sorpresa.

—Pero ¿quién es el novio? —pregunté totalmente confundida y aturdida, ante lo que mis amigas respondieron poniendo los ojos en blanco.

—¿Quién va a ser? —preguntó Kelsie retóricamente, molesta con mi indecisión.

—Alex... —susurré emocionada, cayendo en la cuenta de que todo ese montaje era un nuevo gesto con el que ese hombre pretendía mostrarme su amor—. ¿Cómo habéis podido ayudarlo en esta locura? —les pregunté a mis amigas, que me habían ocultado el secreto de esa celebración.

—¿Bromeas? Al fin me han dado un papel en una boda en la que no soy una maldita dama de honor... ¡Esto no me lo pierdo! —manifestó Kelsie, exhibiendo una amplia sonrisa llena de felicidad por compartir ese momento conmigo.

—¿Qué papel? —pregunté algo confusa, ignorando qué era lo que haría Kelsie en esa boda para sentirse tan orgullosa de ello y no protestar en absoluto. Me temía lo peor.

—Yo os casaré en esta ceremonia no oficial. Así que, si decides huir, aún estas a tiempo..., porque cuando yo esté detrás del altar oficiando la ceremonia, no pienso dejarte escapar.

—Yo preferí seguir siendo la solitaria dama de honor —apuntó Penny, señalando el horrendo vestido que llevaba puesto y que ya había usado en otra ocasión.

—¡Pero Alex nunca me ha pedido que me casara con él! —exclamé todavía confusa, sin creerme aún lo que ese hombre que aseguraba no creer en el amor había preparado para mí.

—¡Perfecto! Entonces, más emoción para este evento: si apareces en la ceremonia, él sabrá que quieres formar un futuro a su lado, y si huyes, yo te ayudaré a dejar plantado al novio —anunció Kelsie, dispuesta a cualquier locura, y más si se trataba de estropear una boda.

—¿De verdad no sospechabas lo que Alex quería de ti? —preguntó Penny, la más racional de nosotras, mientras señalaba el anillo que tenía en mi mano. Y cuando lo miré con cariño, la sonrisa de mi rostro se amplió, y entonces todas supimos que yo no huiría de esa boda ni del hombre que llevaba en mi corazón.

—Creo que aunque no salgas corriendo de tu boda tampoco me aburriré: ese tipo ha pedido ayuda para organizar tu fiesta a todas las personas a las que has dado la lata durante años, y también a todos los ilusos a los que has casado para que aporten su granito de arena. Y, por

supuesto, todos hemos contribuido a crear la magia que tú siempre creas para los demás, pero nunca para ti misma —me informó Kelsie al tiempo que arreglaba mi pelo y me colocaba sobre la cabeza una hermosa corona de princesa encima del velo.

—Creo que al final Alex no va a ser tan malo como parecía —declaró Penny, dándole su aprobación a la imagen que nos devolvía el espejo: la sonriente novia que era yo en esa ocasión.

—¡Mira! ¡Pero si hemos hecho magia! —bromeó Kelsie, recordándome una de mis frases.

—Sí, al final te hemos convertido en una princesa —finalizó Penny, haciéndome llorar.

Luego las dos me besaron y me abrazaron, compartiendo mi felicidad.

Unos minutos más tarde, mi padre vino a recogerme. En ese instante fue cuando de verdad comencé a sentir que ese era mi día especial, el instante en el que me había convertido finalmente en la princesa con la que siempre había soñado.

Una sonrisa de felicidad asomó a mi rostro y así se mantuvo en todo momento, ampliándose al ver a todas las personas que me querían, compartiendo ese momento conmigo. Percibí los buenos deseos de todos los presentes, que me llegaron al corazón. Entre los rostros que me deseaban felicidad contemplé a mis amigas, que siempre me apoyaban en mis locuras; a mis padres, que me cuidaban dándome sus consejos y su amor; a compañeros de mi antiguo trabajo, que no dudé que desde ese día formarían parte de la nueva empresa de Alex, y las parejas para las que había creado un mágico momento que ahora estaba viviendo yo.

Nunca vi bien que una novia llorase el día de su boda, pero yo no pude impedir que lágrimas de felicidad se derramaran por mi rostro y me acompañaran hasta el altar donde me aguardaba el hombre que, como me había prometido, había decidido hacer realidad mis sueños.

—Algún día te regalaré una boda de verdad —susurró Alex mientras me tomaba entre sus brazos.

—Lo sé, y, cuando eso ocurra, seguiré recordando este momento —respondí, sabiendo que nunca olvidaría ese día.

—¿Estoy cumpliendo al fin alguno de tus sueños? —me preguntó entonces al oído, provocando que Kelsie comenzara a carraspear ruidosamente para que le prestáramos atención, aunque nosotros preferimos ignorarla y seguir disfrutando de nuestro momento.

—Casi... ¿Dónde está la magia? —repuse. Y, separándome de él, me crucé de brazos a la espera de esas palabras que Alex se había negado a pronunciar en voz alta hasta ese momento, aunque sus actos hablaban por él.

—A pesar de todas las veces que te he demostrado que es a ti a quien llevo en mi corazón, ¿aún necesitas oír esas palabras? —inquirió negando con la cabeza ante mi empecinado deseo de oírlo hablar de su amor.

—Sí —le exigí, queriéndolo todo de él en ese día tan especial.

—Te quiero —susurró entonces, estrechándome de nuevo entre sus brazos.

—Te amo —contesté, totalmente consciente de que él era el único hombre que llevaba en mi corazón.

Ante el sombro de los invitados, Alex y yo nos besamos antes de tiempo, ganándonos con ello una mirada de reprimenda de Kelsie, que aguardaba con impaciencia detrás del altar para dar inicio al ritual.

—¡Eh, tortolitos! ¡Que eso es lo último de la ceremonia! —protestó mientras nosotros, como dos idiotas enamorados, nos mirábamos a los ojos y susurrábamos como un secreto lo que nuestros corazones habían sabido desde que nos conocimos.

—Si hay magia... —comencé yo, deteniéndome para que Alex acabase por mí esa frase que siempre llevaríamos grabada en nuestros corazones.

—... es porque hay amor.

* * *

Alex sujetó la mano de Bianca durante toda la ceremonia y juntos esperaron para oír las palabras de esa amiga que, aunque detestase las bodas, iba a casarlos. Ninguno sabía qué clase de discurso podría dar una chica como ella, pero Kelsie los sorprendió con unas bonitas palabras, tal vez debido a que estas iban dirigidas a personas a las que amaba y a las que les deseaba lo mejor.

—Hoy estamos todos aquí para celebrar que el amor siempre es posible, y la muestra de ello es esta pareja que tengo ante mí. Nadie podría haber imaginado jamás que dos personas tan distintas llegarían a enamorarse, pero resulta que un día, un hombre tremendamente cínico que no creía en el amor se cruzó en el camino de una chica que no dejaba de soñar con él, y algo tenía que pasar.

»El resultado es esta boda. Conozco a Bianca desde siempre, tan bien como puede conocerse a una hermana, y por eso sé que mi amiga lleva toda la vida soñando con un momento como este. Cualquiera que no la conociera y pasara un poco de tiempo con ella acabaría pensando irremediabilmente que era una loca de las bodas. Pero lo cierto es que mi amiga no soñaba con una simple celebración, sino con algo más importante: ella siempre ha anhelado vivir un momento que la llevara a sentir esa magia que solo el amor puede concedernos.

»Si tenemos ese amor que nos hace brillar en un día como este, cualquiera de nosotros podemos sentirnos como príncipes o princesas, ya pronunciemos ese «sí, quiero» saltando desde un avión, sin ropa alguna o simulando ser un personaje de cuento. La felicidad de ese amor que queremos compartir con todos nos hará brillar y apreciar este momento como algo mágico.

»El trabajo de mi amiga es el más difícil del mundo: Bianca tiene que asegurarse de que nada estropee ese día especial. Pero ella siempre busca ir más allá y quiere, no solo un momento feliz para los novios, sino un momento definitivamente mágico e inolvidable que las afortunadas parejas que se crucen en su camino recuerden para siempre. Yo creo que lo hace así y es tan exigente porque sabe lo difícil que puede ser hallar el amor; conoce las dificultades que encontramos a menudo en nuestro camino y también que, a veces, necesitaremos recordar esos

momentos para perseguir el difícil sueño que una vez decidimos escoger al dejarnos guiar por nuestro corazón.

»Alex ha decidido volver a creer en ese sueño hacia el que mi amiga lo ha guiado, dejando atrás al cínico que no creía en el amor. Y ahora yo te pregunto: Alexander Coleman, ¿quieres compartir tu futuro, tus sueños y tu destino con la persona a la que has aprendido a amar, sin olvidarte de cuidar la promesa que hoy haces frente a todos estos testigos, para que la magia no desaparezca y se apague ese amor que muestras ante nosotros? —inquirió Kelsie, sin poder evitar añadir una sutil amenaza que llevó a Bianca a recordar con una sonrisa la primera vez que jugó a las bodas con sus queridas amigas—: Y ten en cuenta que, si no cumples con tu palabra, te llenaré los calzoncillos de purpurina...

—Sí, quiero —afirmó Alex feliz, comprendiendo que se trataba de una broma privada entre esas tres inseparables amigas.

—Y tú, Bianca Ellis, ¿querrás cometer una infinidad de locuras por este hombre y seguir persiguiendo su amor para siempre, cumpliendo sus sueños y los tuyos para hacerlos realidad pese a las dificultades que encontréis por el camino? Y, de paso..., ¿quieres dejar de llamarme para hacer de dama de honor en tus bodas?

—Sí, quiero —respondió Bianca, antes de contestar a la broma de su amiga—: Y no, no te libras de ser dama de honor en la próxima boda que organice..., a no ser que seas la novia.

—Bueno, ¡tenía que intentarlo! —dijo Kelsie con una sonrisa antes de continuar—: Por el poder que me confiere haberme puesto detrás de este improvisado altar, yo os uno hoy como pareja y os deseo lo mejor en este mágico momento en el que solo prevalece el amor. De modo que... ¡ya puedes besar a la novia! —finalizó Kelsie, dando paso a las exclamaciones de alegría de todos los presentes mientras los novios se besaban con pasión, guardando un hermoso recuerdo en sus corazones que perduraría por siempre.

Después de un largo beso jaleado por silbidos y bromas, los invitados lanzaron hacia los novios pétalos de flores y pompas de jabón, celebrando su felicidad. A continuación, se dispusieron a compartir una deliciosa cena que había sido preparada en la gran terraza, llena de alegría, risas, fotografías y bailes.

Varias horas más tarde, cuando ya todos se habían marchado y solo quedaban Alex y Bianca en medio de la penumbra, iluminados por las tenues guiraldas luminosas de la decoración y una esplendorosa luna, ambos se miraron a los ojos, colmados de la felicidad de ese día.

—¿Es esto nuestro final feliz? —preguntó él, besando la mano que llevaba su anillo, sabiendo que su amor aún tenía muchos obstáculos que superar.

—No, esto es nuestro principio —respondió Bianca mientras reclamaba un beso que la ayudara a luchar por ese amor que ambos querían cuidar desde ese día y hasta el fin de la eternidad.

Epílogo

Tal y como sospechaba, después de casarnos, Alex se dio cuenta de lo maravillosa que era y me contrató para su nuevo negocio. Ahora era una persona indispensable en una empresa llamada Crazy Weddings, dedicada a planificar bodas atendiendo las más locas peticiones de nuestros clientes para cumplir con nuestro eslogan: «Todos los sueños son posibles si hay amor».

Allí trabajaba a gusto y nadie ponía límites a mi imaginación cuando intentaba soñar a lo grande. Era el empleo de mis fantasías y el hombre que trabajaba a mi lado, el amor de mi vida. Cada vez me encontraba más cerca de conseguir ese «felices para siempre» que había deseado desde niña, aunque todavía seguían apareciendo algunas trabas, tanto para nuestro amor como para nuestro negocio.

Tratando de ser una piedra en nuestro camino, la empresa de la familia de Alex había intentado hacernos la competencia en ese tipo de bodas, fallando estrepitosamente, ya que no estaba preparada para organizar esas peculiares ceremonias. Sus intentos de borrarlos del mercado solo consiguieron que ellos salieran bastantes dañados en su reputación, mientras nuestra popularidad subía como la espuma.

Yo vivía junto al amor de mi vida en su lujoso apartamento y también trabajaba con él, por lo que en ocasiones surgían algunas disputas entre nosotros que Alex siempre sabía solucionar, sobre todo cuando yo me emocionaba ante un nuevo cliente o con uno antiguo que quería volver a experimentar la magia de nuestros eventos.

—Me parece maravilloso que quieras celebrar una nueva boda con nosotros, Andy. ¿Qué tal si en esta ocasión, además de hacer que vuele la novia, conseguimos que vuelen también las damas de honor y las hacemos explotar en el aire, llenándolo todo de purpurina? —le expuse, tras lo cual el hombre me miró espantado a causa de mis ocurrencias—. Bueno, no te preocupes: tengo muchas ideas más para esa boda, así que... —continué, haciendo que Alex me diera un beso que yo sospeché que solo buscaba acallarme.

—Andy, te prometo que será una ceremonia normal en la que no haremos volar a nadie, ya que *nadie* inflará a la novia ni a las damas de honor con helio, ¿verdad? —intervino Alex, reprendiéndome con la mirada al tiempo que recordaba uno de los pequeños errores que yo había cometido en la anterior boda de Andy.

Después de contemplar la cara de espanto del hombre ante la idea de que yo dirigiera su nuevo enlace, decidí dejarlo todo en manos de Alex y fui a recibir a un cliente recién llegado. Para mi desgracia, la persona que tenía delante no había pedido una cita ni quería verme a mí; tan

solo había acudido a nuestra empresa para tocar las narices. No obstante, comportándome como la profesional que era, la recibí desde detrás de mi escritorio mientras, tal y como me había enseñado Alex, le ofrecía el tipo de evento que más se adecuaba a sus necesidades.

—¡Buenos días! Podemos ofrecerte una hermosa ceremonia de divorcio, ideal para ambientar la firma de los documentos que Alex te ha vuelto a mandar y que, por lo que veo, en esta ocasión sí has recibido —le dije a Hillary, sabiendo que tramaba algo con su visita.

—He quedado con Alex, no contigo, porque quería una explicación sobre esto —dijo ella, bastante molesta, dejando sobre la mesa una invitación para mi boda.

—¡Oh! La explicación es sencilla: Alex ha decidido celebrar el primer aniversario de su negocio y el de nuestro amor con una boda a la que, por lo visto, te ha invitado.

—Sabes que eso es solo teatro, ¿verdad? —repuso señalando la gran foto que tenía detrás de mí en el despacho, en la que aparecíamos Alex y yo posando junto a los invitados del gran evento con el que habíamos celebrado nuestro amor.

—Quizá, pero estoy segura de que Alex fue mucho más feliz en esta que en el teatro que fue tu boda.

—Mi boda fue un acto legal; el tuyo, solo una pantomima.

—Mi celebración estuvo llena de amor, ¿y la tuya? —repliqué haciendo que se comiera sus palabras, con las que solo pretendía fastidiarme.

—¡No pienso acudir a esto!

—¡Perfecto! Se lo comunicaré a Alex. Ahora, ahí tienes la puerta...

—¡No me marcharé de aquí hasta que haya hablado con mi marido! —exigió Hillary como la niña mimada que era, reclamando que se cumplieran todos sus deseos. Pero, lamentablemente para ella, allí solo se cumplían los míos y los de mis clientes cuando me contrataban, y como ella no estaba en esa lista, no dudé en llamar a seguridad.

Por desgracia, fue Alex quien apareció por la puerta, y, ofreciéndole una de sus falsas sonrisas a su futura exmujer, no dudó en situarse a mi lado mostrándome su apoyo en esa batalla que no había empezado yo.

—¿A qué has venido, Hillary?

—A tirarte esta invitación a la cara mientras te hago saber que acepto firmar esos documentos de divorcio de mutuo acuerdo a cambio de quedarme con la mitad de todos tus bienes —declaró esa víbora, poniéndole un precio muy caro a la libertad de Alex, ya que le exigía la mitad de todo aquello que había conseguido.

—¡Serás...! —exclamé mientras intentaba levantarme del asiento para sacar a esa mujer a patadas de mi despacho. Pero Alex me retuvo en mi sitio, poniendo una mano sobre uno de mis hombros.

—¡Estupendo! ¿A qué esperamos para firmar esos papeles? —exclamó él, arriesgándolo todo por nuestra relación.

—¡No! —grité con desesperación, deseando que Alex no tirara por la borda todo el trabajo

que había hecho por el capricho de una mujer.

—Mi abogado espera fuera —dijo Hillary, demostrando que había venido preparada para todo.

—Bien. El mío tardará quince minutos en venir, junto con un notario.

Después de que Alex tomara esa decisión que no se había parado a reflexionar ni un instante, yo traté de convencerlo por todos los medios posibles, pero se mostró inflexible. Diez minutos más tarde llegó su abogado, que, para mi enorme sorpresa, resultó ser mi madre.

El hecho de que Kimberly y su abogada ignoraran mis protestas era algo normal y lo tenía asumido, pero que también lo hicieran el hombre que amaba y mi madre me molestó profundamente. La negociación fue muy corta, pronto llegaron a un acuerdo, redactaron las condiciones y, cuando le tocó a Alex el turno de firmar, le arrebaté el bolígrafo para rogarle:

—¡No quiero cumplir mis sueños a costa de los tuyos!

Alex me abrazó con cariño, y, como el tramposo que era, solo lo hizo para recuperar el bolígrafo, aunque aprovechó para susurrarme al oído:

—No te preocupes por eso. Recuerda que, con lo egoísta que soy, siempre buscaré cumplir los sueños de los dos.

A continuación, mientras firmaba, lo vi luciendo una maliciosa sonrisa, y entonces supe que ese hombre estaba haciendo algún tipo de trampa, aunque, ya se sabe: todo vale a la hora de alcanzar los sueños.

En cuanto el notario firmó los pertinentes documentos, repartió copias a los presentes y al fin todo fue legal, Hillary comenzó a reclamar la mitad del negocio de Alex, a pedir cosas imposibles y a exigir mi despido.

Como respuesta, tanto mi madre como él observaron su comportamiento con una sonrisa y, a continuación, Alex se acercó a su exesposa, sacó un billete de cincuenta dólares de su cartera y se lo entregó.

—Toma: aquí tienes la mitad de todos mis bienes.

—¡No digas tonterías! Esta empresa es tuya y, por tanto, al tratarse de bienes gananciales obtenidos durante nuestro matrimonio, la mitad de este negocio es mío, lo quieras o no. Seguramente haré que lo dirija mi padre, o quizá puede que le pida ayuda a tu hermano, que siempre ha sabido hacer las cosas mucho mejor que tú. En cuanto a Bianca Ellis, la quiero en la calle.

—Pues va a ser complicado..., ya que Bianca Ellis es la propietaria de todo esto y yo aquí solo soy un simple empleado.

—Pero ¿qué dices? Estás bromeando, ¿verdad? ¿Has levantado esta empresa de la nada y se la has regalado a ella? Eso es algo completamente ridículo. No obstante, te llevaré a los tribunales para reclamar lo que me pertenece, ya que esta empresa debió de figurar a tu nombre en algún momento de nuestro matrimonio.

—No, Hillary. Siento desilusionarte, pero Crazy Weddings nunca fue de mi propiedad:

inicialmente fue de mi amigo Matt, hasta que él se la traspasó a Bianca —declaró Alex, ampliando esa maliciosa sonrisa que yo había aprendido a reconocer.

—¡Chúpate esa, no puedes echarme! —me burlé infantilmente mientras me acercaba a Alex para preguntarle—: ¿Cuándo firmé los documentos que me hacían dueña de este negocio?

—¿Te acuerdas de aquel anexo de tu contrato que no leíste cuando firmaste para entrar en la empresa? Pues ahí fue donde Matt y yo te los colamos.

—Entonces, durante todo este tiempo que me has estado mandando..., ¿yo siempre he sido tu superior? —pregunté, tras lo que recibí un apasionado beso con el que Alex pretendió acallar mis protestas.

—¡En ese caso, quiero que vendas tu elegante apartamento y tu coche y me des la mitad de ese dinero! —exigió Hillary de nuevo, decidida a llevarse algo de ese divorcio.

—El piso es alquilado y el coche es prestado. Habla con mi padre y te daré encantado la mitad de las participaciones que tengo de la empresa de mi familia. Por lo demás, solo llevo cien dólares en el bolsillo y te he dado cincuenta así que, a no ser que quieras la mitad de alguno de mis trajes, ya tienes la mitad de todos mis bienes.

—Lo tenías planeado, ¿verdad?

—¿El qué?, ¿que por fin vinieras a mí, decidida a firmar los papeles del divorcio? Imaginé que ese escenario tendría muchas posibilidades de darse si yo comenzaba a triunfar por mi cuenta. Supuse, acertadamente, que mi avariciosa familia querría castigar mi osadía por desobedecer sus órdenes y vivir como a mí me da la gana..., ¿y qué mejor modo que aconsejar a mi exmujer que firmara los papeles del divorcio para que se llevara consigo la mitad de todo lo que hubiera conseguido? Por suerte, cuento con una excelente abogada que supo aconsejarme lo que tenía que hacer en todo momento y unos buenos amigos que me apoyaron. Pues nada..., ¿cómo te sientes al disponer de la mitad de todo lo que tengo, Hillary? ¿Has quedado satisfecha?

—¡Eres...! ¡Eres...! ¡Esto no va a quedar así! ¡Yo soy tu...!

—Mi exmujer —dijo Alex, acercándose a ella para poner en su mano el anillo que tanto le había pesado a lo largo de los años y que tantas heridas había supuesto para su sufrido corazón.

Hillary apretó el anillo con furia y salió airadamente de mi despacho mientras mi madre y el notario la acompañaban a la salida para asegurarse de que se marchara sin formar más escándalos.

Entonces, Alex se arrodilló frente a mí y me preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Siempre —contesté, sabiendo que una ceremonia nunca cambiaría lo que llevaba en mi corazón, sino que únicamente serviría para mostrarles a otros cuán grande era mi dicha, la cual exhibía todos los días viviendo felizmente junto al hombre al que amaba.

—¡Vamos a por el final feliz! —me propuso él, haciéndome sonreír.

Y, tras llevar su mano a mi corazón, le susurré al oído:

—El final feliz siempre ha estado aquí.

Luego él me besó y la magia volvió a hacer acto de presencia en mi vida, simplemente porque había amor.

Biografía



Silvia García Ruiz siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: [Silvia García Ruiz](#)

Instagram: [@silvia_garcia Ruiz](#)

Sin amor no hay magia
Silvia García Ruiz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Esencia digital / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): septiembre de 2023

ISBN: 978-84-08-27774-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



9788408277743_epub_cover.jpg